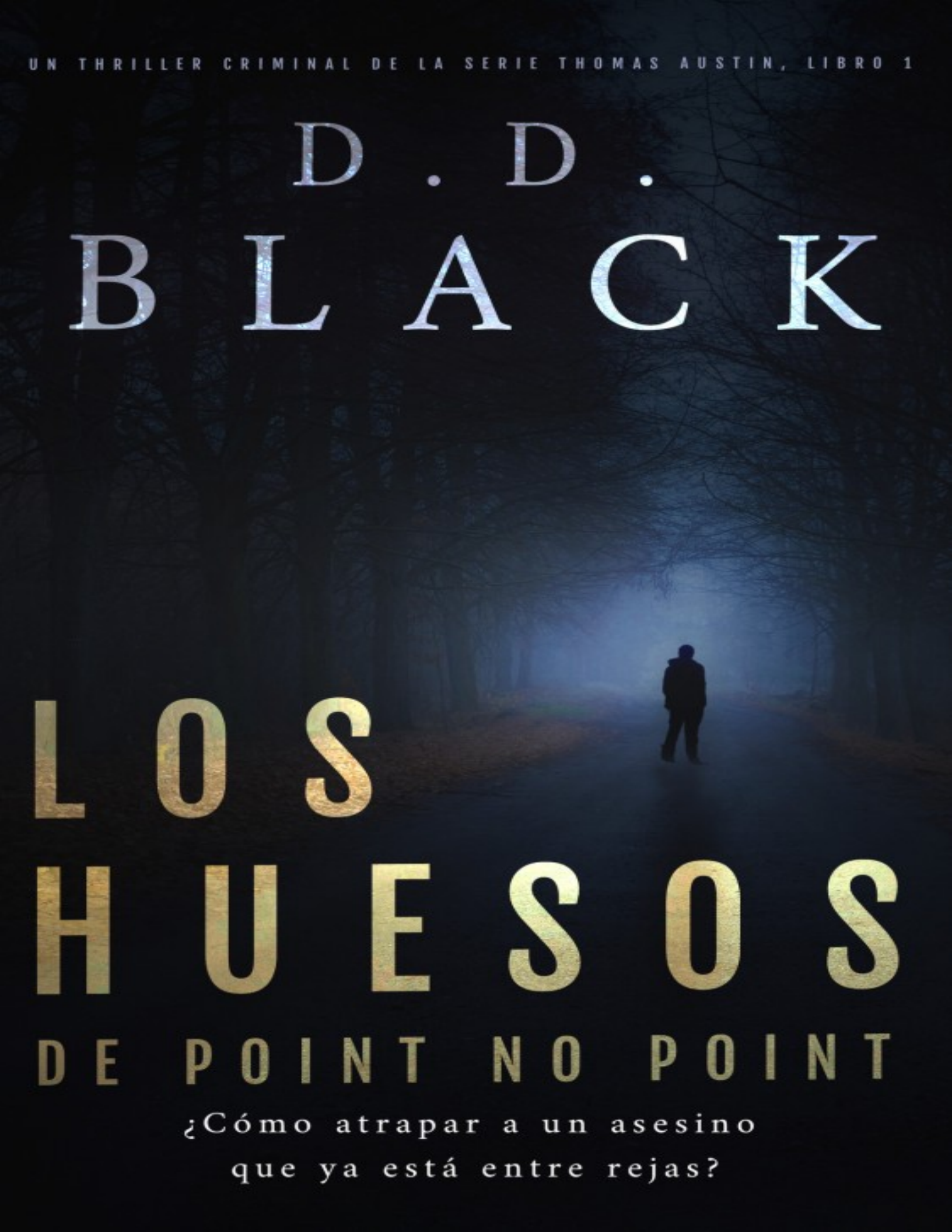
UN THRILLER CRIMINAL DE LA SERIE THOMAS AUSTIN, LIBRO 1

D. D.

BLACK



LOS HUESOS DE POINT NO POINT

¿Cómo atrapar a un asesino
que ya está entre rejas?

LOS HUESOS DE POINT NO POINT

UN THRILLER CRIMINAL DE LA SERIE THOMAS AUSTIN,
LIBRO 1

D.D. BLACK

DARKNESS AND LIGHT PUBLISHING

Nota sobre la ambientación

Hansville es un pueblo real; Point No Point, una playa real con un famoso faro. Y aunque muchas de las localizaciones de este libro son fieles a la realidad, se han modificado algunos detalles de la ambientación.

Solo un personaje de estas páginas existe en el mundo real: el corgi de Thomas Austin, *Run*. Su personalidad es un reflejo de la de mi propia corgi, Pearl. Cualquier otro parecido entre los personajes de este libro y personas reales es pura coincidencia. En otras palabras, me los he inventado todos.

Gracias por leer,

D.D. Black

Derechos de autor

Copyright © 2022, D.D. Black

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, a excepción del uso de breves citas en una reseña literaria.

ÍNDICE

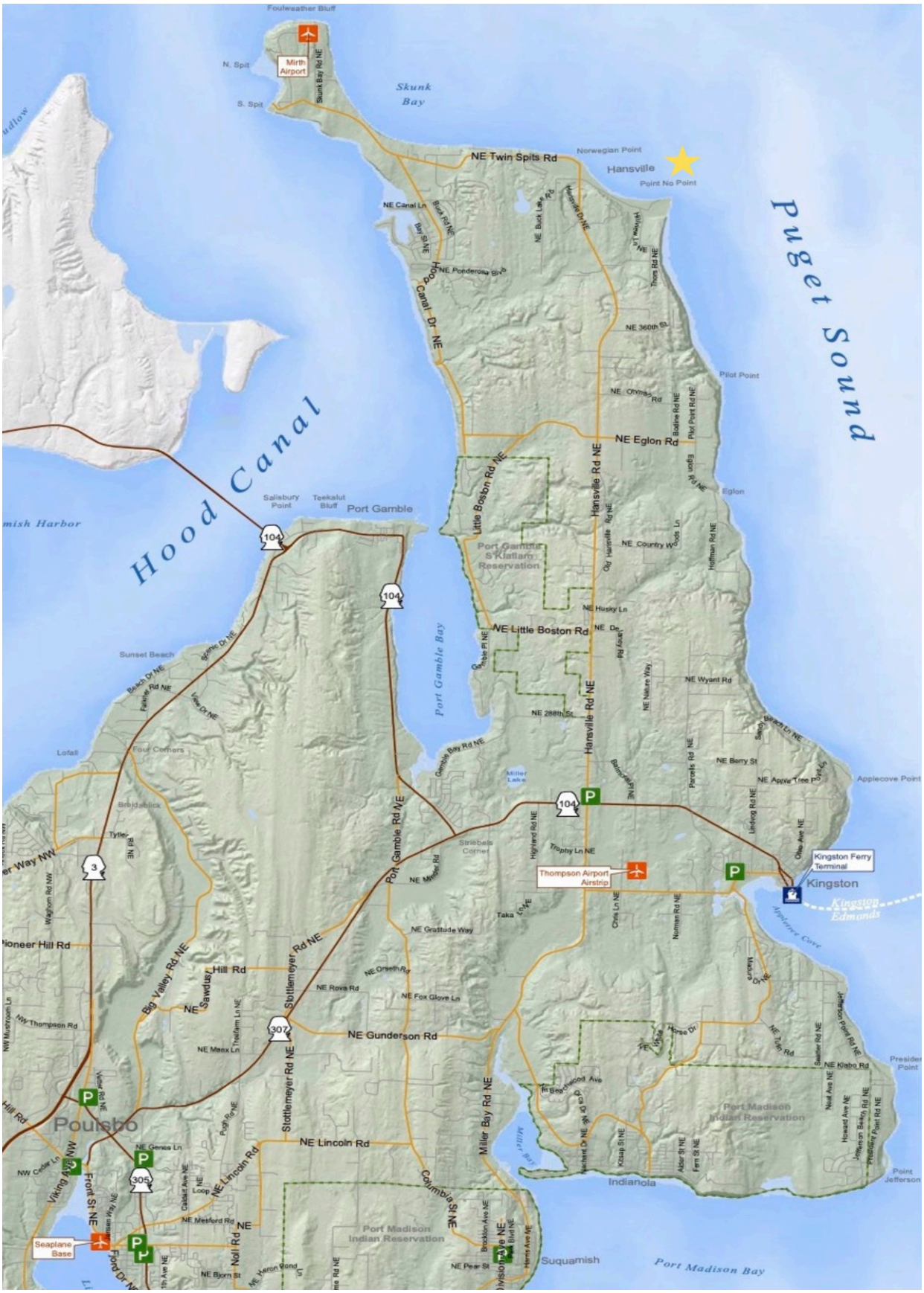
I. Los huesos y la playa
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12

II. La persecución
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

III. La verdad

Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Nota del autor
Más novelas de D.D. Black
Sobre el autor


Foulweather Bluff
Mirth Airport
N. Spit
S. Spit
Skunk Bay
Norwegian Point
Hansville
Point No Point
NE Twin Spits Rd
Puget Sound
Hood Canal
Salisbury Point
Teekalut Bluff
Port Gamble
Port Gamble S'Klallam Reservation
Port Gamble Bay
Pilot Point
Eglon
NE Eglon Rd
NE 360th St
NE Little Boston Rd
NE 288th St
NE Wyant Rd
NE Berry St
Applecove Point
Sunset Beach
Lofall
Four Corners
Bridgdalick
Miller Lake
Strieblels Corner
Thompson Airport Airstrip
Kingston Ferry Terminal
Kingston
Kingston Edmonds
Apple Tree Cove
Pioneer Hill Rd
Big Valley Rd NE
NE Sawdust Hill Rd
Stottlemeyer Rd NE
NE Gunderson Rd
NE Lincoln Rd
Poulsbo
Front St NE
Seaplane Base
Miller Bay Rd NE
Columbia St NE
Port Madison Indian Reservation
Indianola
Suquamish
Port Madison Bay
Point Jefferson
NE Klabo Rd
Port Gamble Rd NE
Hansville Rd NE
Little Boston Rd NE
Big Valley Rd NE
NE Lincoln Rd
NE Gunderson Rd
NE Fox Glove Ln
NE Rose Rd
NE Gratitude Way
NE Meadow Rd
Trophy Ln NE
NE Berry St
NE Wyant Rd
NE Husky Ln
NE Country Woods Ln
NE Ponderosa Blvd
NE Canal Ln
NE Buck Lake Rd
Skunk Bay Rd NE
Bay St NE
Hood Canal Dr NE
Thors Rd NE
Bodine Rd NE
Pilot Point Rd NE
Eglon Rd NE
Hoffman Rd NE
Old Hansville Rd NE
NE Nikkes Way
Parcels Rd NE
Linfield Rd NE
Ohio Ave NE
Highland Rd NE
Chris Ln NE
Norman Rd NE
Taka Ln NE
Horse Dr NE
Tulip Rd NE
Barker Rd NE
Klabo Rd NE
Howard Ave NE
Jefferson Beach Rd NE
Point Rd NE
Madrona Dr NE
Alder St NE
Fern St NE
Cedar St NE
Maple St NE
Columbia St NE
Brooklyn Ave NE
Division Ave NE
Harris Ave NE
NE Pear St
NE Bjorn St
NE Mesford Rd
Noll Rd NE
Viking Ave NW
NW Cedar Ln
NE Lincoln Rd
NE Geneva Ln
NW Thompson Rd
NW Muzzy Ln
Hwy 3
104
305
307
P

PARTE I

LOS HUESOS Y LA PLAYA

1

Playa de Norwegian Point, Hansville, WA

Sarah sabía que no debería estar allí. Le había dicho a Benny que no podía ir, que no *iría*. Pero al tercer mensaje, había aceptado. Y ahora era *él* quien llegaba tarde.

Llevaba diez minutos sentada en el enorme tronco arrastrado por la marea, con la vista fija en el estrecho de Puget, cuando empezó a lloviznar. Era el tipo de lluvia con el que se había criado, esa que te permitía estar fuera todo el día sin que te calara el fino forro polar de cuadros de búfalo. Ya había roto con Benny tres o cuatro veces y se había asegurado a sí misma —por no hablar de a sus padres— de que *no* volverían. Pero Benny tenía la mejor maría del condado de Kitsap —su primo trabajaba en una de las tiendas— y, después del estrés de los exámenes finales y las solicitudes para la universidad, necesitaba reírse y pillar un blancazo.

Por fin. Sonrió al verlo acercarse por la playa. Llevaba una sudadera negra con capucha y unos vaqueros azules, y caminaba con más chulería de la que se había ganado. No iban a volver juntos, se aseguró, pero la verdad es que le *gustaba* su chulería. Era exagerada, como si imitara a alguien que se pavonea. Irónico, lo que de algún modo lo hacía entrañable. Quizá podría volver con él, solo

durante las vacaciones de Navidad, que empezaban en un par de semanas.

La vio y le dedicó una amplia sonrisa. Ella le devolvió la sonrisa.

Se pasó las manos por los vaqueros húmedos y dejó escapar un largo suspiro. —Hola —dijo mientras él se dejaba caer en el tronco a su lado, estirando sus largas piernas.

—Hola. —Su voz era profunda y somnolienta, como si acabara de salir de la cama, que era lo más probable.

¿Pero qué coño estaba haciendo? Se había dicho a sí misma que de ninguna manera volverían y, sin embargo, allí estaba, sentada en el tronco donde se habían besado por primera vez, dedicándole una sonrisa de recién apretados brackets. Debería irse.

Pero, por otro lado, el semestre casi había terminado y ya había entregado todos los trabajos. Se merecía un descanso. Sarah saltó del tronco. —¿Quieres que demos un paseo?

—Podemos fumarnos uno aquí mismo. —Recorrió con la mirada la playa desierta.

Todo eran tonos de gris: el agua gris azulada lamiendo las piedras gris verdosas de la orilla y la madera de deriva gris parduzca. Incluso la arena parecía desvaída y sin vida bajo el cielo gris oscuro.

—¿Quién demonios viene a la playa un día de lluvia la semana después de Acción de Gracias? —se rio él entre dientes—. Aparte de una expareja que sigue locamente enamorada y quiere fumarse un porrito.

Sarah le dio una palmada en el brazo y luego miró hacia la pequeña cafetería y tienda de ultramarinos, cuya entrada estaba decorada con unas tenues luces de Navidad azules y blancas. Era el único negocio del pueblo, aparte de la oficina de correos, y había dos coches en el aparcamiento; uno era el de Benny. En la otra dirección se encontraban las cabañas abandonadas de Norwegian Point.

Diciembre en Hansville era un mes lúgubre, la mayor parte del tiempo. Dudaba que apareciera nadie por la playa, pero, aun así… —Vamos al acantilado —insistió.

Benny se encogió de hombros y bajó del tronco para seguirla.

Tomaron la ruta de siempre, recorriendo un tramo de playa de una milla que pasaba junto a una hilera de casas frente al mar y se adentraba en el parque Point No Point. Había unos cuantos coches en el aparcamiento y una pareja de piragüistas con trajes de neopreno caminaba con dificultad hacia el agua.

Caminaron en silencio justo por la orilla y rodearon la punta de la península, dejando atrás el faro. El agua se mecía suavemente ante ellos. En un día despejado, habría podido ver Edmonds y Seattle al otro lado del agua, e incluso el monte Rainier, a cientos de millas al sudeste.

Sarah señaló con la cabeza el sendero que se alejaba de la playa, atravesaba las marismas y subía hasta el acantilado.

Benny la siguió con las manos en los bolsillos. —¿Crees que seguiremos siendo amigos cuando te vayas a la universidad?

—Claro que sí —dijo Sarah, pero no sabía si era verdad. Ni siquiera sabía a qué universidad iría, y ambos sabían que Benny no iría a ninguna.

Él la miró a los ojos. —Estás tarareando otra vez esa canción.

—No, no lo hago —protestó ella.

—Llevo como dos minutos escuchándola.

¿Era cierto? La melodía volvió a surgir en su cabeza.

Da-da-di-da-da-*diiiii*-da, da-da-di-da-*da*-diiiii.

Era una vieja canción de rock indie sobre una chica que no iba a volver *nunca* con su novio. La primera vez que rompieron, ella la había puesto en bucle, y se habían reído de ello cuando volvieron a estar juntos unas semanas después. Ahora que habían roto tres o cuatro veces —ella ya había perdido la cuenta—, era más que una broma recurrente.

Benny se dejó caer de rodillas en la arena, usando un palo a modo de micrófono mientras cantaba el estribillo a pleno pulmón.

—La última vez que vi tus ojos *brillaaaantes*...

—La última vez que dijimos *adióóóós*.

Llevaba poco más de un año en una banda mediocre y tenía una voz bastante decente para un tío que no se esforzaba lo más mínimo.

—Basta ya —dijo Sarah, riéndose mientras tiraba de su codo para levantarlo.

Continuaron subiendo por el sendero, dejando atrás el famoso faro y la placa que conmemoraba el tratado firmado por las tribus locales y el gobierno del estado en 1855.

Cuando llegaron a lo alto de las escaleras, se sentaron en un banco que ofrecía una vista parcial de la playa a través de un hueco entre las zarzas. Benny sacó un porro de un pequeño vial de cristal y se lo tendió, con el mechero preparado en la otra mano. —Las damas primero.

Estaba a punto de cogerlo cuando vio una silueta en la playa, caminando junto a la orilla. —Espera —dijo señalando.

—Tía, no puede vernos desde ahí. Y eso sin contar con que la maría ahora es *legal*.

—No para los que tenemos diecisiete años. Y si yo puedo verla a ella, ella puede vernos a nosotros. Y no me llames tía. En serio, ¿por qué los chicos de tu edad llamáis a todo el mundo tío o tía?

Benny sonrió con aire de superioridad. —Vale, *tronca.*

Sarah entornó los ojos. La mujer era menuda, de pelo castaño claro y andaba con paso rápido y decidido, pero no pudo distinguirle bien la cara. —¿La conoces?

Benny se puso el porro y el mechero en el regazo y se llevó las manos a los ojos como si fueran unos prismáticos. —Nop. —Fue a encender el porro y Sarah le apartó las manos de un manotazo.

—No. Lo olerá. Espera a que pase.

Observaron en silencio cómo la mujer recorría la playa, adentrándose desde el Sound hacia un montón de maderos a unos treinta pies de la orilla. —¿Qué lleva? —preguntó Sarah.

—¿La comida de un pícnic?

Benny se rio, pero Sarah lo ignoró. Siempre estaba haciendo bromas. O intentándolo.

Moviéndose con decisión, la mujer se detuvo a medio camino entre el faro y el comienzo del sendero que subía por el acantilado. Tras echar un rápido vistazo a su alrededor, dejó algo sobre un tronco. Desde el acantilado parecía una bolsa verde.

A continuación, la mujer sacó el móvil y pareció que le hacía unas cuantas fotos a la bolsa. Luego se dio la vuelta y volvió a toda prisa al aparcamiento de al lado del faro, dejando la bolsa allí.

—¿Pero qué coño? —preguntó Sarah.

Benny no parecía preocupado. —A lo mejor está en una de esas búsquedas del tesoro de internet o algo. Las he visto en Insta.

Sarah lo miró con escepticismo. —¿En Hansville, con una población de, qué sé yo, dos mil habitantes? ¿En diciembre?

Benny encendió el porro y le dio una larga calada. El dulce olor de la marihuana de alta calidad se mezcló con el aire húmedo y salado. Sarah se subió el cuello de la chaqueta. Benny le ofreció el porro y, como ella lo rechazó, él le dio otra calada, lo apagó contra el banco y lo guardó de nuevo en el vial.

—Solo se puede hacer una cosa —dijo. Se levantó de un salto y bajó corriendo las escaleras hacia la playa, agitando los brazos como si fueran las alas de un pájaro en pleno vuelo mientras cantaba a pleno pulmón la canción de ruptura.

—La última vez que vi tus oooojos *brillaaaantes*

La última vez que dijimos *adióóóós*.

Sarah lo siguió, sonriendo a su pesar. Era divertido cuando estaba colocado. Estaba claro que no iba a volver con él, pero quizá podrían tener un rollito durante las vacaciones de Navidad.

Benny derrapó hasta detenerse en la arena. Se dejó caer de rodillas frente a la bolsa y se echó hacia atrás, moviendo los dedos en un gesto hipnótico, casi de oración, una imitación del famoso momento de Jimi Hendrix cuando'd prendió fuego a su guitarra e imploró a las llamas que se elevaran. Benny sabía que aquello siempre le sacaba una carcajada a Sarah.

El saco era más o menos del tamaño de una bolsa de plástico del súper, pero estaba hecho de fieltro verde, al estilo de una bolsa de regalo festiva. Estaba decorado con recortes horteras de pavos de Acción de Gracias y arándanos.

Benny alargó la mano para cogerlo.

—¡No lo toques!

Él esbozó una sonrisa tonta. —Está claro que quería que nos quedáramos con lo que sea que haya aquí dentro.

Sarah se agachó a su lado. —¿Y si es una bomba o algo?

—Ah, sí, porque los terroristas siempre quieren hacer estallar troncos en playas desiertas en penínsulas casi desiertas en el confín del mundo. —Volvió a alargar la mano para cogerlo—. ¿Cómo podríamos *no* mirar dentro?

Ella recorrió la playa con la mirada. Ni un alma a la vista. —¿Por qué iba a dejarlo aquí sin más?

—El mundo es un lugar extraño, Sarah. —Miró al cielo—. ¿Por qué hace la gente las cosas?

—Estás *colocadíííísimo*.

Benny se rio y se revolcó sobre un trozo de arena, abriendo mucho los brazos y las piernas y agitándolos como si intentara hacer un ángel de nieve.

Sarah echó un último vistazo a su alrededor y luego alargó la mano hacia la bolsa.

¡Bang!

Un estallido atronador rompió el silencio.

A Sarah se le tensaron los hombros.

Benny se incorporó, mirando en dirección al aparcamiento.

—¿Ha sido un disparo? —preguntó Sarah.

Benny se rio. —Seguro que ha sido el petardeo de un coche.

Oyó el siseo silencioso de un coche que pasaba por la carretera detrás de ellos.

—Vaya susto te has llevado —dijo Benny con voz de pito, imitándola—. *¿Ha sido un disparo?*

—Cállate, gilipollas.

Él siguió revolcándose en la arena, riéndose. —Esto es la hostia.

Con cuidado, Sarah deslizó el cordón rojo entre sus dedos. El contenido de la bolsa produjo un leve traqueteo cuando tiró de él para abrirla. Al principio, solo vio sombras. Luego, inclinando el cuerpo para que la luz que se filtraba entre las nubes se colara dentro de la bolsa, ahogó un grito.

—¿Qué? —Benny estaba ahora mirando por encima de su hombro—. ¿Es un premio? ¿Se ha adelantado la Navidad? ¿Pasta? Oh, por favor, dime que es pasta.

Sacó el móvil. —Patata. —Antes de que ella pudiera protestar, antes de que pudiera girarse, le hizo una foto.

—Eres un capullo, Benny. —Sarah bajó la mirada, sacudiendo la bolsa ligeramente. Quizá no había visto lo que creía haber visto. A lo mejor eran de plástico o algo. A lo mejor eran… —Miró dentro, abriendo la bolsa un poco más.

Huesos. Cien, quizá doscientos. Esparcidos al azar como si lucharan por el espacio dentro de la bolsa.

Diminutos. Huesos.

Bajó los bordes de la tela, dejando que entrara más luz en la bolsa, y entonces lo vio.

Un cráneo humano, el más pequeño que había visto nunca.

Dando un salto hacia atrás, Sarah soltó la bolsa y gritó, haciendo que los pájaros se levantaran de la marisma y alzaran el vuelo en busca de un lugar más seguro.

2

Café, Emporio y Tienda de Cebos Hansville
Tres semanas después

Hansville era el tipo de pueblo costero y tranquilo en el que Thomas Austin ni siquiera se molestaba en cerrar la puerta con llave. Después de veinte años en Nueva York, era un cambio que agradecía.

Estaba en su tercer intento de preparar la hamburguesa perfecta cuando su móvil volvió a sonar. No reconoció el número, así que lo silenció y se volvió hacia la parrilla. Le dio la vuelta a la carne, añadió una loncha de queso 'pepper jack' y la tapó. El beicon crujiente y los chiles verdes chamuscados reposaban en un plato junto a la parrilla. El panecillo estaba en la tostadora, casi listo para untarlo con la mermelada de tomate a la pimienta que se había pasado el fin de semana perfeccionando.

—Jefe, ¿por qué no contesta al teléfono? —Andy, su jefe de cocina, estaba fregando los platos al otro lado de la cocina, que, en realidad, solo estaba a un metro y medio de él. La cocina industrial de la trastienda era lo bastante grande para dar servicio a la cafetería de doce plazas, que estaba vacía a pesar de que eran las siete de la mañana, teóricamente la hora punta de los desayunos.

Las mañanas tranquilas, se dijo a sí mismo, eran perfectas para probar nuevas recetas.

Austin se encogió de hombros. —Si es importante, ya volverán a llamar.

—Eh..., es la tercera vez que le ha sonado el móvil en los últimos cinco minutos.

—Si es importante, dejarán un mensaje.

Andy se rio.

—Además —dijo Austin, sacando el panecillo de la tostadora—, la mitad de las veces se corta la maldita llamada, otras van directas al buzón de voz.

—Mi novia dice que Hansville es un desierto de Instagram, un pueblucho con una sola raya de cobertura.

Austin lo miró sin comprender.

—Una raya, como en «una sola raya de cobertura en el móvil». E Instagram...

—Me suena. Creo. —A sus cuarenta y tres años, Austin no se *sentía* viejo, pero estar cerca de un cocinero de veintitantos años le hizo darse cuenta de que se había quedado descolgado en más de un sentido.

Sonó el teléfono de la tienda y Andy se apresuró a cogerlo de la pared. —Emporio Hansville, cafetería y tienda de cebos. ¿En qué puedo ayudarle?

Austin deslizó una espátula por debajo de la hamburguesa y la colocó sobre el panecillo.

Estaba a punto de añadir los ingredientes cuando Andy le tendió el teléfono inalámbrico rojo. —Jefe, será mejor que coja usted esta llamada.

—¿Quién es?

—Riley…, o algo parecido. ¿O Reynold? Ha dicho que es detective del condado de Kitsap. Era él quien llamaba al móvil. Parece importante.

Austin le cambió el plato por el teléfono. —Termina tú esto, a ver qué tal queda. —Se apoyó en el fregadero y se llevó el teléfono a la oreja—. Thomas Austin.

—Señor Austin, le habla Ridley Calvin, detective de homicidios del departamento del sheriff del condado de Kitsap. Es usted un hombre difícil de localizar.

Austin hizo una pausa. —Gracias.

—No pretendía ser un…, bueno, de nada.

—Mala broma, detective Calvin. Y, por favor, llámeme Austin, no 'señor'. ¿De qué se trata? —Desde que dejó el cuerpo de policía de Nueva York un año antes, Austin había recibido algunas llamadas sobre casos antiguos, pero siempre de excompañeros. Nunca de un detective local—. Uno de mis casos antiguos, ¿supongo?

—Ha acertado usted —dijo Ridley—. Pero antes de continuar, solo para confirmar, ¿hablo con Thomas Aaron Austin, detective jubilado del cuerpo de policía de Nueva York de 2002 a 2022?

—Correcto.

Al otro lado de la diminuta cocina, Andy levantó la hamburguesa terminada con orgullo y le dio un bocado enorme y teatral. Austin sonrió. En su luna de miel, en el bar de un hotelito de Texas, Austin y su mujer habían compartido la hamburguesa perfecta, y él llevaba una semana intentando recrearla para añadirla a su carta.

El detective Calvin continuó. —Usted fue el investigador principal en el caso de Lorraine D'Antonia, alias la Carnicera de Bebés de las Fiestas, ¿correcto?

A Austin se le borró la sonrisa. —Fui el detective principal en el secuestro y asesinato que cometió en Nueva York, sí. No tuve nada que ver con los asesinatos y la investigación de Seattle.

—Entendido. Antes de entrar en materia, ¿puedo preguntarle por qué se mudó de Nueva York al condado de Kitsap? Y por qué Hansville, de entre todos los sitios.

Austin miró por la ventanilla hacia el aparcamiento que llegaba hasta la misma playa. El día era soleado y fresco, el tipo de día que anhelaba en un invierno poblado sobre todo por una llovizna gris. —Supongo que sabe lo de mi mujer, ¿verdad?

La corgi de Austin, Run, se coló por debajo de las puertas batientes de madera que separaban la zona de la tienda de la diminuta cocina. Se quedó mirando la parrilla y olisqueó. Como nadie le ofreció una chuchería, se tumbó en el trozo de sol que

entraba por la ventana e iluminaba el suelo de linóleo, ocupando aproximadamente un tercio del espacio disponible.

—Sí —dijo Ridley. —Esa historia llegó a las noticias hasta aquí. Y lo siento.

—Gracias. Ella era del pueblo de al lado. Kingston. Habíamos hablado de jubilarnos aquí. Y yo viví dos años en Bremerton cuando era niño.

—Hijo de militar, supongo.

—Exacto. Nunca pensé que me jubilaría tan pronto, pero aquí estoy.

—¿Y compró la tiendecita?

—Y la tienda de cebos y la cafetería, sí. ¿Puede decirme de qué se trata?

Un nudo de hierro se había formado en el estómago de Austin en el último minuto. La mención de Lorraine D'Antonia bastó para provocarlo.

Ridley dejó escapar un suspiro largo y lento, el tipo de suspiro que Austin conocía bien. Hab'ía oído mil como ese y él mismo había soltado otros mil a lo largo de los años. Era un suspiro que decía: *Odiarás oír esto tanto como yo odiaré decírtelo.*

—Hace tres semanas —dijo Ridley—, un par de adolescentes encontraron una bolsa en una playa muy cerca de aquí. En Point No Point. Una bolsa de regalo decorativa de Acción de Gracias. De fieltro.

Austin escuchó la respiración de Ridley y después la suya propia. —No quiero tener nada que ver con esto.

—Lo sé, pero…

—De verdad, me mudé aquí para alejarme de este tipo de cosas.

—Austin, por favor. Le estoy enviando una foto ahora mismo. Revise su móvil.

—Aquí la cobertura es una mierda y…

Andy agitó la mano para llamar su atención. —El wifi, jefe. Las fotos llegan por el wifi.

El móvil de Austin sonó con la notificación de un nuevo mensaje.

—¿La ha recibido? —preguntó Ridley—. Sin ningún compromiso, solo échele un vistazo. Dígame que no le intriga y cuelgo ahora

mismo.

Austin deslizó el dedo para abrir la foto. Como había dicho Ridley, era una bolsa de regalo decorativa, con motivos de Acción de Gracias, colocada sobre una mesa de color beis. Una mesa de pruebas. Austin notó un amargor salino en la boca. Como a piel de pomelo salada. Frustración.

—Ahora mire esta otra —dijo Ridley.

Apareció otra foto, una toma del interior de la bolsa hecha desde algo menos de un metro por encima. Austin saboreó el pan mohoso. Asco. Dentro de la bolsa había docenas de diminutos huesos blancos. Sabía lo que venía a continuación.

—Los huesos pertenecían a un bebé —dijo Ridley—. De cuatro semanas. Fue secuestrada en Bremerton unos días antes de Acción de Gracias. Hace ahora algo menos de un mes. —Hizo una pausa y, cuando volvió a hablar, se le quebró la voz—. Cuatro. Semanas. Se llamaba Allie.

Austin se quedó mirando la foto, con el nudo de hierro oprimiéndole cada vez más el estómago. Dijo la única palabra que se le ocurrió, la única palabra que pudo formarse en sus labios. —Imitador.

—Eso suponemos, pero, aun así, me encantaría conocer su punto de vista sobre esto.

—Espere un segundo —dijo Austin.

Al otro lado de la cocina, Andy había dejado de comerse la hamburguesa. Se encogió de hombros como preguntando: *¿Qué pasa?*

Austin tapó el auricular con la mano. —¿Puedes encargarte del resto del día?

—Hemos tenido siete clientes en toda la semana, jefe. Por la cocina acaba de pasar rodando una de esas bolas del desierto y en el comedor se oye aullar a un coyote solitario. Sí, creo que me las apaño.

—¿Dónde tiene la oficina? —preguntó Austin, destapando el auricular.

—Silverdale.

Austin suspiró. —Deme cuarenta minutos.

Colgó. —¿Qué tal la hamburguesa?

—Buena, pero...

—¿No estaba perfecta? —La cogió, sopesó la idea de darle un bocado, pero volvió a dejarla. Aún tenía la lengua impregnada del sabor a pan mohoso.

Andy lo observó con aire pensativo. —¿Le ha vuelto a dar lo suyo?

Austin asintió. Había intentado explicarle su sinestesia léxico-gustativa a Andy varias veces, pero era consciente de lo raro que sonaba cuando lo intentaba. A veces, las palabras y las emociones le provocaban sabores y, en ocasiones, las emociones fuertes le impedían por completo saborear la comida. —Si la pruebo ahora..., bueno, estoy demasiado cabreado para saborearla como es debido.

—¿Qué está pasando?

Austin ignoró la pregunta y se quitó el delantal. —Voy a estar fuera un tiempo. ¿Le darás de comer a Run? El apartamento está abierto. —El edificio albergaba la diminuta cafetería, la tienda y un pequeño apartamento donde Austin vivía con Run.

—Claro, pero ¿por qué le ha llamado el detective? ¿Qué quería?

Austin lanzó el delantal al cubo de los trapos sucios del rincón. —Quería que me diera un paseíto por la senda de las pesadillas.

3

El trayecto en coche llevó a Austin a pasar por el casino de los s'klallam de Port Gamble, a través de Poulsbo —una ciudad conocida por su desfile de temática vikinga, sus impresionantes vistas de las montañas Olympic y su legendaria tienda de dónuts— y por un bonito tramo de autopista hasta Silverdale. Llevaba viviendo en la zona poco más de un año y todavía no se acostumbraba a tanto verde. Faltaban pocos días para Navidad y los árboles eran de un verde intenso que se extendía hasta donde alcanzaba la vista a ambos lados de la autopista. A lo lejos, unas montañas nevadas asomaban entre nubes finas.

Cuando dejó el cuerpo de policía de Nueva York, se mudó al oeste por muchas razones, entre las cuales no era la menos importante la de alejarse de casos como el que condujo a la detención de Lorraine D'Antonia. Todo detective que llevara una o dos décadas en el cuerpo tenía *su Gran Caso.* Un caso que impulsaba su carrera, la definía o, en algunos casos, la destruía. El *Gran Caso* de Austin fue el de los asesinatos en serie de Lorraine D'Antonia o, como la había bautizado la prensa sensacionalista de Nueva York, «La Carnicera de Bebés de las Fiestas».

Aquel caso no había impulsado su carrera; cuando le llegó a su mesa, ya era uno de los mejores detectives del cuerpo de policía de Nueva York. Tampoco la había destruido. Su carrera no se destruyó

hasta un martes de septiembre, cuando dos pistoleros abrieron fuego contra Austin y su esposa mientras salían de un asador del Upper East Side en su décimo aniversario de boda. Él recibió cuatro balazos y sobrevivió. Fiona, ayudante del fiscal del distrito del condado de Manhattan, recibió un disparo en la cabeza y murió en el acto. Todavía no estaba seguro —nadie lo estaba porque el caso seguía sin resolverse—, pero Austin suponía que todas las balas habían sido para ella.

No, el caso de Lorraine D'Antonia no había sido el que había impulsado o malogrado su carrera, pero era el que lo atormentaba más que ningún otro. D'Antonia había crecido en Seattle en los años setenta y ochenta y trabajó como enfermera itinerante durante veinte años antes de regresar a casa. Su primera víctima fue Johnathan Gruber, un bebé de tres semanas al que robó en plena noche tres días antes del Cuatro de Julio de 2014. El 5 de julio, sus huesos fueron hallados en una bolsa decorativa —roja, blanca y azul, con barras y estrellas incluidas— junto al Green Lake en Seattle. Cometió cuatro asesinatos más durante los dos años siguientes: en Acción de Gracias de 2014, en Navidad de 2014, en Pascua de 2015 y en Acción de Gracias de 2015. Después de eso, desapareció sin dejar rastro.

Reapareció tres años más tarde en Nueva York, el territorio de Austin. Su víctima fue la pequeña Sonya Lopez, una niña prematura que solo llevaba seis días en casa desde que le dieron el alta cuando D'Antonia la robó. Los huesos de la pequeña fueron encontrados al día siguiente de Navidad, metidos en una bolsa de regalo navideña de fieltro decorada con un alegre Papá Noel. Ese fue su primer asesinato en Nueva York.

También fue el último.

En coordinación con la policía de Seattle y el FBI, Austin había dirigido el equipo que finalmente detuvo a D'Antonia. Una negociación por encima de su categoría profesional había llevado a que D'Antonia fuera enviada de vuelta a Seattle para ser juzgada y, durante los últimos veintiséis meses, había estado exactamente donde debía: pudriéndose entre rejas en el ala de máxima seguridad del Centro Penitenciario para Mujeres de Washington.

Austin aparcó su camioneta frente a la oficina del sheriff de Kitsap, un edificio de dos plantas que se parecía mucho a una casa normal, con un árbol de Navidad incluido que brillaba con espumillón plateado y luces, visible a través de la puerta de cristal. La única prueba de que se trataba de una oficina de las fuerzas del orden era la enorme estrella de sheriff estampada en una amplia ventana que daba al aparcamiento.

Mientras se acercaba a la puerta, un coche aparcó detrás de él. Un hombre se bajó y se dirigió hacia él con paso decidido, vestido con unos vaqueros negros, una americana azul y una sonrisa carente de toda calidez.

—¿Es usted Thomas Austin? —le preguntó, acercándose a toda prisa y tendiéndole la mano. Era alto, de una estatura parecida a la de Austin, pero más corpulento, con una cara redonda de mejillas rojas y carnosas que le hicieron pensar a Austin que era un bebedor empedernido.

Austin le tendió la mano para estrechársela. —El mismo.

—Sheriff Grayson Daniels. El detective Calvin me dijo que quizá se pasaría por aquí.

—Ah. Encantado de conocerle. Le he dicho que repasaría con él el caso antiguo. Que le contaría lo que sé.

La sonrisa del sheriff se había desvanecido y sus labios formaban ahora una línea tensa. —Usted es el que compró el Hansville Café, ¿verdad?

—Y la tienda de ultramarinos y la de artículos de pesca, sí.

—Me lo arrebató en mis propias narices. Vino volando desde Nueva York y se lo agenció sin más, ¿a que sí, señor ricachón?

Austin ladeó la cabeza. ¿Hablaba en serio ese tipo? Había conducido media hora en pleno día para hablar de un caso en el que no había querido volver a pensar nunca más. ¿Y ahora esto? —Perdone, ¿estaba usted intentando comprarlo también?

—Ya lo creo que sí.

Austin retrocedió un paso. El aliento del tipo olía tanto a whisky como al enjuague bucal de menta que había usado para intentar disimularlo. —Mi agente inmobiliaria no me dijo nada de… Vamos, que yo hice una oferta, la aceptaron y me mudé.

—Bueno, sin rencores. Mi mujer y yo habíamos ahorrado durante mucho tiempo con la esperanza de comprarle esa cafetería y, en fin, supongo que no todos podíamos competir con el dinero de Nueva York.

Como «hijo de la Marina», Austin se había criado en todas partes, pero sus veinte años en Nueva York le habían enseñado lo valiosa que podía llegar a ser una mirada gélida. Le dedicó una de las más frías al sheriff Daniels. —¿Puedo ayudarle en algo? —Había comprado el edificio con el dinero de la indemnización por la muerte de Fiona y la pensión que le había quedado por la jubilación anticipada después de recibir cuatro balazos. No es que fuera a contarle nada de eso a aquel cabrón.

El sheriff Daniels se aclaró la garganta. —Bueno, agua pasada no mueve molino. —Abrió la puerta de un empujón y guio a Austin al interior del edificio. Se detuvieron en el vestíbulo. —Escuche, Austin, le dije al detective Calvin que no necesitamos ayuda externa en esto, sobre todo porque parece un caso de imitación.

—*Es* un imitador. A menos que Lorraine D'Antonia se haya escapado y no haya salido en las noticias.

El sheriff Daniels soltó una risita educada. —Está a buen recaudo entre rejas. De hecho, Ridley la entrevistó la semana pasada. —Hizo un gesto vago con la mano—. Seguro que él ya le contará.

—Me lo imagino.

El sheriff Daniels señaló un pasillo. —La segunda puerta a la derecha. —Se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo—. Una cosa más, *exdetective* Austin. He oído que solía usted ir por libre de vez en cuando. Aquí hacemos las cosas más despacio. Nos ceñimos al reglamento. ¿Está seguro de que atraparon a la mujer correcta?

¿Pero este tipo iba en serio? Austin respondió entre dientes. —A Lorraine D'Antonia la condenaron por cuatro asesinatos. En *sus* tribunales. Sí, estoy bastante seguro de que la tenemos.

—Bueno, como le dije a Ridley, por mí no hay problema si quiere usted ayudar-

—*No* quiero ayudar.

—Está bien, está bien. Bueno, gracias por venir a charlar con Ridley. Es el mejor detective que tenemos, así que si está atascado…

—Le dedicó a Austin la mirada más seria que pudo—. Solo asegúrese de no salirse del tiesto.

No era una expresión que Austin hubiese oído antes, pero captó la indirecta. Al sheriff Daniels solo le quedaban cinco o seis meses para el inicio de su próxima campaña electoral. No quería mala prensa, especialmente en un caso de tan alto perfil. Por supuesto, para Austin, merecía la pena remover cielo y tierra —y romper algunas cabezas— para quitar de la calle a gente como Lorraine D'Antonia.

Mientras llamaba a la puerta del despacho de Ridley, lo único en lo que podía pensar era en que había dejado su trabajo, había viajado casi cinco mil kilómetros para cruzar el país y todavía tenía que tragar mierda de un superior.

4

El inspector Ridley Calvin era demasiado grande para su despacho. Austin era más alto que la media, pero Ridley le sacaba al menos diez centímetros, tenía los hombros anchos y un cuello tan grueso como uno de los muslos de Austin. Cuando Austin entró, Ridley estaba encogido detrás de un escritorio que parecía de juguete; se levantó y le tendió una mano carnosa. Su apretón era como un tornillo de banco.

—Me imagino que haces ejercicio —dijo Austin, sentándose en la silla que le ofrecieron.

—Alivia el estrés. Y me mantiene con un aspecto más joven de lo que me siento.

—Encantado de conocerle, inspector.

—Llámame Rid —dijo él, encajando de nuevo las piernas bajo el escritorio.

—En realidad, llámalo Black Sherlock —se oyó una voz de mujer desde el pasillo.

Austin se giró y vio a una mujer joven; su tez pecosa era tan pálida como la de Ridley era de un intenso negro ónix. Estaba en el umbral de la puerta, sonriendo.

—Austin, te presento a Lucy O'Rourke, inspectora adjunta, alias Lucy O'Licorice, alias Lucy O'Law-and-Order, alias Lucy O'Lager, alias Lucy O'Lexus, alias…

—Oye, que yo no conduzco un Lexus.

—Y a mí no me llaman Black Sherlock.

Lucy entró tranquilamente en el despacho, se apoyó en el escritorio de Ridley y se dirigió a Austin como si fuesen viejos amigos. —Una vez me envió un mensaje… quería enviárselo a su mujer, pero ella se llama Luanne, así que supongo que estará justo al lado de mi nombre en sus contactos o lo que sea… y me lo envió a *mí*. Nada *demasiado* inapropiado, por suerte, pero firmó el mensaje con un *«Black Sherlock»*. —Hizo una pausa—. En esta oficina, *jamás* se le conocerá por otro nombre. No *solo* es que se refiriese a sí mismo con un apodo hablando con su mujer, es que ¿quién firma los mensajes de texto?

Lucy parecía unos diez años más joven que Austin, probablemente en la treintena, mientras que la barba de Ridley, cuidadosamente recortada pero canosa, le hacía parecer unos diez años mayor.

Lucy le tendió la mano. —Respondo a cualquiera de esos otros nombres, o a cualquiera que te inventes. Siempre que se refieran a cosas que me gusten. Les tengo especial cariño a Lucy O'Limonada y a Lucy O'Latte. Básicamente, cualquier cosa que pueda beber. Y no dejes que este hombre te diga que no es el Sherlock Negro. Se *ha ganado* esas canas de la barba. Le vibró el móvil y miró la pantalla para ver quién llamaba, luego se dirigió a la salida, deteniéndose en el umbral de la puerta. —Bienvenido a Kitsap, Austin, del NYPD.

Ridley la despidió con un gesto de la mano y ella cerró la puerta tras de sí. —Es un torbellino de energía —dijo—. ¿Te acuerdas de los treinta?

Austin sonrió. —No te sientas tan mal. Hace poco que he dejado de firmar los mensajes. El cocinero de mi cafetería es cinco años más joven que Lucy y habla un idioma completamente distinto. Me instaló el wifi en casa y, por cómo me explicaba su funcionamiento, parecía que estaba recitando conjuros antiguos o algo por el estilo.

Ridley se rio. —La brecha generacional parece ensancharse a la velocidad del rayo.

—Por mí, perfecto. Siempre he ido unos diez años por detrás de la gente de mi edad en lo que se refiere a ordenadores, móviles y

todo eso. Estoy la mar de contento fosilizándome yo solo en Hansville.

Ridley lo miró con escepticismo. —Fuiste uno de los detectives más jóvenes del NYPD y, por lo que he oído, uno de los mejores. Tienes..., ¿cuarenta?

—Cuarenta y tres.

—Me cuesta creer que vayas a ser feliz vendiendo cebo para salmones el resto de tu vida.

Austin apretó la mandíbula. —Lo seré. Su tono fue un poco más contundente de lo que pretendía, como si se estuviera esforzando por convencer a Ridley. O quizá intentaba convencerse a sí mismo.

Hubo un silencio incómodo. Ridley jugueteó con una pila de papeles que tenía sobre el escritorio. Finalmente, dejó escapar un largo suspiro. —Bueno.

—Bueno —convino Austin.

—No hay una forma fácil de hacer esta transición, así que iré al grano: el Carnicero de Bebés de las Fiestas.

Austin hizo una mueca. —Mira, he tenido que aguantar a los tabloides de Nueva York forrándose con su apodo y, bueno..., mejor la llamamos por su nombre, ¿vale?

—Entendido —dijo Ridley—. Es lógico. ¿Puedes contarme lo que sabes de ella?

Austin suspiró. —¿Por dónde empiezo? ¿Cuánto has leído de los expedientes?

—Todo lo que he podido conseguir hasta ahora, pero todavía estoy esperando algunas piezas de tu zona. Y el FBI es…, bueno…, lento para compartir su trabajo.

Austin se rio entre dientes. —¿No me digas?

Ridley sonrió, pero cambió de tema rápidamente. Deslizó una fotografía sobre el escritorio. Era un bebé precioso, acunado en los brazos muy bronceados de alguien, probablemente la madre, ya que Austin distinguió la manga de una bata de hospital. —Allie Shreever. Aquí tenía un día de vida. Al día siguiente, estaba en casa con sus padres en Bremerton. Diecinueve días después, en algún momento entre la una y las cinco de la madrugada, se la llevaron de la cuna. Ni huellas de pisadas, ni huellas dactilares, ni pruebas forenses, ni

grabaciones de seguridad, ni testigos. Unos tres días más tarde, fue asesinada. Un par de días después, la bolsa de huesos de la que te hablé por mensaje apareció en la playa. Casualmente, a solo una milla de tu casa.

Austin exhaló lentamente, intentando mantener la calma mientras devolvía la foto deslizándola por la mesa. Se le había tensado la mandíbula durante el resumen de Ridley y rechinaba los dientes. Sonaba exactamente igual que todos los asesinatos que Lorraine D'Antonia había cometido.

—Entonces —continuó Ridley—, quiero saber tu opinión sobre lo que tenemos, pero primero, ¿qué opinas de ella? De D'Antonia, quiero decir.

—¿Por qué? Está en prisión de por vida. Claramente tienes un imitador, así que…

—Lo entiendo —dijo Ridley—, y nadie está cuestionando que cogierais a la mujer correcta. Ya he pasado por esto con la gente de Seattle. Todo el mundo sabe que cogisteis a la mujer correcta. Por eso la procesaron. Por eso confesó. Lo que pienso es que, suponiendo que tengamos un imitador, es uno *jodidamente* bueno. Quizá puedas darme algo que no esté en los expedientes, algo sobre la forma de pensar o de actuar de D'Antonia que un imitador podría utilizar. —Ridley se levantó y caminó lentamente alrededor de su escritorio, pareciendo un león gigante atrapado en una jaula pequeña. —Llevo tres semanas en este caso y, aparte de un par de porreros que vieron a una mujer dejar los huesos en la playa, no tengo nada. Busco toda la ayuda que pueda conseguir.

A Austin le gustaba este tipo. En la tele, los detectives a menudo parecían genios solitarios que derrotaban al mal sin ayuda de nadie. En la práctica, atrapar asesinos era más bien un deporte de equipo, incluso para los detectives más brillantes que existían.

—¿La versión corta? —preguntó Austin.

Ridley asintió.

—Lorraine D'Antonia era enfermera titulada. Trabajaba en la sala de partos, pero, salvo por el secuestro de Sonya Lopez en Nueva York, no elegía como objetivo a bebés nacidos en los hospitales donde trabajaba. Se centraba en parejas heterosexuales con ambos

progenitores, matrimonios felices y estables, con vidas familiares modélicas. *No* en los más vulnerables, lo cual es interesante porque revelaba el móvil. Sentía unos celos atroces de esos niños, por muy demencial que suene. *Sí* que confesó haber merodeado por los hospitales, seguido a padres hasta casa y ese tipo de cosas. Siempre se trataba de un secuestro en plena noche, sin huellas dactilares ni ADN, sin vigilancia directa. Y ya sabes lo que hacía después de llevarse a los niños."

Ridley se mesó la barba suavemente, sumido en sus pensamientos. —¿El perfil psicológico que elaboró el FBI coincide con tu opinión sobre ella?

Austin asintió. —Contaba una historia sobre que era adoptada y echaba de menos a su madre biológica, pero en realidad D'Antonia tuvo una buena vida. El FBI dice que sociopatía y psicopatía. Añádele un par de tipos más de locura y ahí tienes a Lorraine D'Antonia. —Austin se estremeció por dentro, al recordar algunos de los detalles del caso—. Siempre se llevaba a los bebés unos días antes de alguna festividad, los vestía con ropita monísima y jugaba a ser su mamá durante unos días. Los trataba increíblemente bien, como a principitos y princesitas. Les hacía regalos relacionados con la festividad —cestas de Pascua y cosas así—, les daba el biberón, se hacía fotos con ellos y luego…

Austin dejó la frase en el aire, pero Ridley terminó la idea por él. —Luego los drogaba y hervía los cuerpos hasta que la carne se desprendía de los huesos. Metía los huesos en bolsas con motivos festivos y los dejaba en lugares donde los encontrarían. Para que se escribiera sobre ello. Para sembrar el pánico entre los padres de todo el mundo.

—Exacto. Algunos pensaban que el proceso por el que pasaba —el secuestro, los mimos y luego el asesinato— satisfacía algún dolor profundo y persistente en ella. Por si sirve de algo. ¿Yo? No pretendo saber el porqué, pero sí sé que es una de las personas más malvadas que han existido."

Ridley echó la silla hacia atrás y cruzó una pierna sobre la otra. —He leído los expedientes del caso. ¿Hay algo importante que no llegara al juicio?

—Los poemas. Nunca salió a la luz en el juicio ni en la prensa: grababa poemas sobre las festividades en los huesos de sus víctimas. Usaba una Dremel.”

Ridley asintió. —Los poemas. En un caso tan nauseabundo como cualquiera que haya visto, ese detalle lo lleva a otro nivel.

Ambos negaron con la cabeza, sentados en silencio mientras ese dato llenaba la habitación. Ante un caso tan repugnante, tan perturbador, a menudo no había nada que decir.

Finalmente, Ridley dijo: —Tenemos un pequeño presupuesto para asesores expertos. ¿Habría alguna posibilidad de que tú…

Austin levantó ambas manos como diciendo: *«Para el carro»*.

—Escúchame —dijo Ridley—. Lucy va a seguir unas cuantas pistas sobre esto y espero que aceptes trabajar con ella, solo una o dos semanas como asesor, con una función muy limitada. Tú conoces el caso y los expedientes mejor que nadie. Y Lucy tiene más calle que estudios. Apenas consigo que se lea los informes. Yo…

—No quiero saber nada de esto.

—Nadie *quiere* saber nada de esto. Preferiría estar en casa ayudando a mi hijo a estudiar para la selectividad, o enseñando a mi hija a conducir. Preferiría comerme un bocadillo de mierda con chinchetas, joder. Pero aquí estoy. —Ridley le suplicó a Austin con la mirada—. Mira, te propongo algo. La semana pasada fui a la cárcel y le hice una entrevista de veinte minutos a la Ca..., a D’Antonia. Mírala, y si después eres capaz de irte de aquí, te dejaré en paz y no volverás a saber de mí.

Austin no dijo nada.

—Mira el vídeo —dijo Ridley—. Te menciona por tu nombre.

A Austin le asaltó una punzada de curiosidad acompañada del sabor a guindas, el sabor que siempre sentía al principio de un caso. Entonces le vino otra punzada, un pensamiento sobre algo que Ridley había dicho. —Espera, cuando he mencionado los poemas, has dicho: «Ese detalle lo *lleva* a otro nivel». Presente.

Clavó la mirada en Ridley, que descruzó las piernas y soltó otro de esos suspiros que Austin conocía bien. —Ya llegaremos a eso.

5

Ridley metió un televisor en su despacho y atenuó las luces. No conseguía transmitir la entrevista desde el móvil al televisor, así que fue a buscar a un joven agente llamado Jimmy a la otra sala. Jimmy era tan musculoso como Ridley, aunque este le sacaba media cabeza, y no tardó en hacer funcionar el televisor.

El vídeo comenzaba con un rápido zum que pasaba de un plano general de la sala a un plano más cerrado que se iniciaba en los pies encadenados de Lorraine D'Antonia y terminaba en lo alto de su cabeza, cubierta por un pelo fino y ralo. Tenía el rostro pálido, casi del color del uniforme de presa blanco que llevaba, y había envejecido más de lo que Austin esperaba. Su pelo había sido espeso y voluminoso cuando la detuvo. Quizá lo había perdido por el estrés, o quizá simplemente había recuperado su estado natural al verse privada de los productos capilares que tanto le gustaban. Sus uñas ya no eran las postizas, gruesas y bien cuidadas que llevaba cuando estaba en libertad. Las llevaba bien arregladas, limadas en punta redondeada y pintadas de un gris claro, del mismo color que las paredes de la prisión. El esmalte de uñas no estaba permitido en la cárcel, pero D'Antonia se las había apañado. Pintura y sellador para suelos, pensó Austin.

En cualquier caso, parecía que había envejecido diez años en los tres que llevaba encerrada. Había esperado no volver a ver su cara

nunca más. No volver a oír nunca más su voz grave y monótona, y su extraña forma de hablar; no como una caricatura del mal —aunque era la maldad personificada—, pero tampoco como una persona normal. La suya era una patología que no había presenciado antes ni ha vuelto a presenciar desde entonces.

Austin oyó la voz de Ridley desde fuera de plano: —Diga su nombre, por favor.

—Lorraine D'Antonia. —A pesar de que la había adoptado una familia italoamericana, había vivido por todo el país —igual que el propio Austin—, lo que la había dejado sin ningún acento discernible.

—Gracias, señora D'Antonia. Soy el detective Ridley Calvin, del Departamento del Sheriff del condado de Kitsap. Le agradezco que se reúna hoy conmigo. Estoy aquí porque recientemente ha ocurrido un secuestro y asesinato, y me gustaría hacerle unas cuantas preguntas.

—¡Es usted altísimo!

—Lo soy —dijo Ridley.

—Yo solo mido un metro cincuenta y siete —dijo D'Antonia. Su voz aún tenía un timbre profundamente perturbador. Grave y constante, como un susurro fuerte—. Últimamente he estado leyendo mucho. Harry Potter. Es usted tan grande como Hagrid.

Desde fuera de plano, Ridley dijo: —Una vez llevé a mis hijos a la exposición de Harry Potter en Seattle y tenían la silla de Hagrid del plató de la película para que la gente se sentara. Así que les hice fotos a mis hijos en ella y parecían diminutos. Luego me senté *yo* y mis hijos se rieron porque parecía del tamaño justo.

La risa de D'Antonia era aún más inquietante que su voz. Seca y forzada, como si tuviera una lata de risa atascada en la garganta y soltara ráfagas de una en una.

La forma en que Ridley abordó el interrogatorio confirmó la corazonada de Austin de que era jodidamente bueno en su trabajo. Austin sabía lo repugnante que era tener una charla trivial con los asesinos más despiadados del mundo. También sabía que era parte del trabajo, una parte que podía resolver crímenes y salvar vidas si se te daba bien. Y a Ridley se le daba bien. Había calado a D'Antonia desde el momento en que entró en la sala. A veces era buena idea

entrar en un interrogatorio a tumba abierta, de forma agresiva y beligerante. Pero no con alguien como D'Antonia. Ella creía de verdad que no había hecho nada malo. Quería que la escucharan, necesitaba que la valoraran. En resumen, sin duda requería un interrogatorio del tipo «se cazan más moscas con miel».

Cuando su risa se apagó, D'Antonia dijo: —¿Qué le gustaría preguntarme, señor Calvin?

—Por favor, el señor Calvin es mi padre. Llámeme Rid. —Se aclaró la garganta—. Quiero que sepa que sabemos que no tuvo nada que ver con el motivo de mi visita y no estoy aquí para volver a litigar sobre el pasado, sobre lo que pasó en Seattle o en Nueva York.

—Yo quería a esos niños. Y ellos me querían a mí.

Austin se tensó. Volvió a saborear el pan mohoso. Les había dado una sobredosis de estricnina a esos bebés y luego los había hervido en enormes ollas de conserva. Ni siquiera Ridley, haciendo de poli bueno, pudo encontrar una respuesta trivial a eso.

Ignorando su afirmación, le preguntó: —¿Conoce a alguien que pudiera haberla admirado, que quisiera celebrar las fiestas con bebés como lo hacía usted?

A Austin se le revolvió el estómago y miró a Ridley, que tenía los pies sobre el escritorio. —Tienes más paciencia que yo —dijo Austin.

—Me ha costado todo lo que tengo mantener la compostura —replicó Ridley.

En la pantalla, D'Antonia dijo: —*Celebrar*, sí. Usted lo entiende. A esos bebés les encantaban las fiestas, igual que a mí. —Permaneció en silencio durante un buen rato, con la mirada fija al frente, inmóvil. Finalmente, se movió despacio en la silla, que crujió bajo su peso. —No. No se me ocurre nadie.

—¿Tuvo alguna vez ayuda cuando se llevaba a los niños? ¿Un novio, quizá, una novia?

Ella negó con la cabeza lentamente. —Me gustan los chicos.

—¿Y después de que la detuvieran? ¿Alguien se puso en contacto con usted para averiguar sobre el caso, alguien que pareciera especialmente interesado?

—Mis abogados.

—Aparte de ellos.

Volvió a negar con la cabeza. Entonces, un destello en sus ojos, una especie de reconocimiento. —¿Hay alguien ahí fuera celebrando la llegada de bebés como lo hacía yo?

—Sí, por eso estoy aquí.

—¿Pero quién?

—Bueno… —se carraspeó, y Austin pudo percibir la frustración en su tono—. Como le he dicho, por eso estoy aquí, señora D'Antonia. Se lo preguntaré directamente. ¿Puede pensar en alguien con quien pudiera haber hablado de la naturaleza específica de lo que hizo, de los detalles, alguien que conociera las cosas que usted hacía y que quisiera hacerlas de forma parecida?

Mirándose las uñas, juntó y separó las manos en su regazo mientras las esposas tintineaban con un sonido sordo. —¿Cómo se llamaba el guapo?

—¿Perdón?

—¿El que me detuvo en Nueva York?

Austin oyó el ruido de unos papeles en el vídeo. Ridley dijo: —El agente que la detuvo fue Thomas Austin.

—Mmm, sí, Austin. Hizo *muchísimas* preguntas.

—Ese era su trabajo, señora D'Antonia.

Ella se encogió de hombros. —No era tan grande como usted.

—Pocos lo son.

—Usted es más grande que la mayoría.

—Lo soy.

—Él no. Pero es más guapo.

D'Antonia tenía una forma de conversar peculiar. A veces podía mantener una conversación aparentemente normal, otras caía en una extraña y literal franqueza. Y otras veces podía describir sus propios actos, los crímenes más atroces que él había visto jamás, como si leyera las instrucciones de montaje de un mueble. Era casi como si estuviera fuertemente drogada. Con tranquilizantes, tal vez. Pero no habían encontrado pruebas de consumo de drogas en su pasado.

D'Antonia dijo: —Mi abogado me dijo que no podré tener un nuevo juicio. Que el juez no estaba dispuesto a desestimar mi

confesión. ¿Es algo en lo que usted puede ayudarme? Yo no pinto nada aquí.

—No le voy a mentir, no sé si puedo ayudarla. Pero le diré una cosa: si puede darme información que me ayude a averiguar quién se está llevando a niños como usted solía hacer, intercederé por usted ante el juez.

Ella se lo pensó. —No sé si servirá de algo ya. Me han denegado la apelación."

Ridley detuvo la reproducción y se volvió hacia Austin. —Hace un par de meses, su cabrón de abogado intentó conseguir un nuevo juicio basándose en una sarta de gilipolleces. Confesión falsa. El juez lo desestimó y le ratificó la condena. No volverá a ver la luz del día."

Austin había estado en la sala cuando ella confesó el secuestro y asesinato de Sonya Lopez. La confesión no tenía nada de falsa y se alegraba de que el juez estuviera de acuerdo.

Cuando Ridley reanudó el vídeo, resumió el encuentro mientras pasaba una parte larga a cámara rápida. —Estuvo un rato andándose por las ramas, me preguntó por otros libros… Le encanta la fantasía, sobre todo la juvenil. Me revolvió un poco las tripas, muchas de las mismas cosas que leen mis hijos. A veces parece una adulta, otras se comporta como si todavía fuera una niña. A veces parece que está en el espectro autista, otras para nada. Hay una parte al final que quiero que veas."

Cuando reanudó el vídeo, estaba a mitad de una pregunta. "...más puede decirme sobre eso?"

—Nunca le conté a nadie lo de los poemas. Salvo al detective Austin. Me dijo que no le gustaban mis poemas, pero no le creí. Después de todo, el atractivo detective se mudó al otro lado del país, igual que yo. De Nueva York al estado de Washington, aunque creo que su nuevo hogar es probablemente más bonito que el mío." Soltó una risita por su propia broma, una risa infantil y repugnante que desentonaba con su rostro pálido y sus mechones de pelo cano.

Ridley apagó el vídeo y encendió las luces. —Pasé mucho tiempo preguntándole por los poemas. No me dio nada."

—¿Por qué dedicarle tanto tiempo a eso?"

Ridley deslizó su móvil por la mesa. —Hay algo que todavía no te he contado.” La pantalla mostraba una fotografía, la misma que Ridley le había enviado antes ese día, que miraba el interior de la bolsa de huesos desde arriba. —Desliza a la derecha.”

Austin lo hizo. En la siguiente foto, un par de docenas de huesos estaban esparcidos sobre una brillante mesa de metal. La siguiente mostraba un primer plano de un único hueso.

Austin intentó tragarse el sabor del pavor, una amargura seca a tostada quemada. Hizo zoom en el hueso. Con unos rasguños diminutos, pero lo bastante claros como para leerlos, vio dos palabras: «Acción de Gracias es».”

Un mes o así antes de que mataran a Fiona, ella y Austin habían pasado una noche —con un par de botellas de buen Borgoña de por medio— debatiendo si los criminales verdaderamente malvados como D’Antonia nacían así o eran producto de las circunstancias. El clásico debate entre lo innato y lo adquirido. Austin tendía a inclinarse por lo segundo: la crianza, los traumas, los abusos y la desesperación eran la causa de la mayoría de los delitos. Pero Fiona había utilizado su propio caso en su contra, concretamente la buena educación de D’Antonia y los poemas que había tallado en los diminutos huesos de sus víctimas. ¿Qué podía pasarle a una persona para que hiciera algo así?

Deslizó de nuevo el dedo hacia la izquierda y amplió otro hueso: —Tiempo de alabar.

Deslizando el dedo y ampliando la imagen tan rápido como pudo, leyó el poema entero, grabado en una docena de diminutas costillas. Tal como había hecho Lorraine D’Antonia, el asesino había escrito doce versos usando las doce costillas del bebé, el primer verso escrito en la costilla superior y el resto descendiendo a partir de ahí.

Acción de Gracias es
Tiempo de alabar
De amarnos los unos a los otros
Y apreciar cada día
De reunirse en torno a
Un festín digno de un rey
De reír y brindar

De amar y cantar
Así que venid todos
A nuestra mesa este otoño
Y saboread cada momento
Y amaos los unos a los otros

Le pasó el móvil a Ridley. Dando por hecho que a Austin no se le había escapado nada, los poemas nunca habían llegado a la prensa y se habían omitido en el juicio.

Ridley supo leerle el pensamiento. —Como te he dicho, agente Austin, tiene que ser un imitador, pero puede que sea el mejor que hayamos visto.

6

Austin dio un sorbo lento, aspirando aire para enfriar el café abrasador. Algo no iba bien con el termostato de la cafetera. Mantenía el café justo por debajo del punto de ebullición y le daba un sabor amargo y a quemado. Sopesó la idea de ir a la tienda a por un café con hielo de la nevera, pero había dormido mal y necesitaba la cafeína de inmediato. Añadió un chorrito de agua fría del grifo.

Run entró atropelladamente por la gatera y le dio varios toques con el hocico en la espinilla para llamar su atención. Él se agachó para acariciarla, pero ella retrocedió de un salto y cogió una pelota del suelo; luego, la dejó caer a sus pies con teatralidad. Era la perra más lista y activa que había conocido y no era muy de mimos. Pero en el año que llevaba con ella, no se había cansado ni una sola vez de perseguir cualquier cosa que le lanzara. Abrió la puerta corredera de cristal y lanzó la pelota al pequeño jardín vallado.

Mientras ella salía corriendo a buscarla, él levantó la vista hacia la placa que colgaba encima de la cafetera. Parecía el tipo de cosa que te daría tu jefe para conmemorar cinco años en el puesto. Era de imitación de madera, con el lacado desvaído, y llevaba estampada una plancha de metal donde se habían grabado tres líneas:

Cada segundo,
de cada día,
cada víctima merece lo mejor de mí.

El primer día que pasó en la fiscalía, Fiona la había encargado en una tienda en línea que hacía trofeos y placas personalizadas. La había colocado en su escritorio junto a una solitaria planta y una foto de su boda. Durante seis años, había vivido según ese lema. Y durante más tiempo, había sido en lo que ambos creían.

Ahora no era más que una placa, un recuerdo. Austin nunca había dejado de creer en ello. Pero cuando volvió al trabajo después de salir del hospital, ya no había sido capaz de vivir según ese lema. Lo que fuera que le había permitido preocuparse lo suficiente como para hacer bien su trabajo había muerto junto con Fiona.

Tras leer los poemas en los huesos de la pequeña Allie Shreever, Austin le había dicho al inspector Calvin que estaba dispuesto a responder por teléfono a cualquier pregunta que tuvieran, pero que no le interesaba nada oficial. Había tenido suficiente trabajo policial y se había mudado a casi cinco mil kilómetros de distancia para alejarse de él. Se conformaba con vender cebo, cerveza y hamburguesas a los lugareños en invierno y a las hordas de visitantes y jubilados que regresaban en verano.

Run irrumpió por la gatera y dejó caer la pelota con un ademán antes de dar una vuelta de 360 grados, emocionada. Austin añadió un poco más de agua del grifo a su café, se lo bebió de un trago y dejó la taza en el fregadero. Levantó las manos vacías y las giró a un lado y a otro como un mago que demuestra que el objeto ha desaparecido. —Lo siento, Run, se acabó.”

Run le dedicó su mejor mirada de monada con los ojos muy abiertos y luego se retiró al salón para roer un hueso.

Austin se puso una chaqueta y salió con sigilo por la puerta trasera, cruzando la única carretera que atravesaba el pueblo y colándose por la puerta trasera abierta de la iglesia comunitaria de West Sound. La puerta daba a un pequeño almacén que comunicaba con una cocinita. Austin avanzó a través de la oscuridad, conteniendo la respiración, y se dirigió a la nave, un espacio de unos cincuenta y cinco metros cuadrados, con diez filas de asientos. Se sentó en un banco de madera de la última fila y cerró los ojos, aunque todas las luces del lugar estaban apagadas. Finalmente, soltó el aire que contenía e inspiró hondo.

Y, así sin más, Fiona estaba de vuelta.

Sus padres lo habían llevado a la iglesia de vez en cuando de niño, pero había perdido el contacto en la universidad y nunca había vuelto de adulto. Una vez le había dicho a Fiona que, después de ver el tipo de cosas que veía en el trabajo, ir a la iglesia ya no tenía ningún sentido. Ella le había respondido que, después de ver el tipo de cosas que *ella* había visto en su trabajo, ir a la iglesia era una de las *únicas* cosas que tenían sentido. Habían acordado estar en desacuerdo, pero él la acompañaba cada año en Nochebuena. No venía ahora porque ella quisiera que lo hiciera. Venía por el olor.

Abrió los ojos al oír el suave barrido de una escoba sobre un suelo de madera. Al levantar la vista, vio al pastor Johnson acercándose a él, barriendo mientras avanzaba lentamente por el pasillo. —Creía haberte oído entrar —dijo el pastor—. ¿Ya van tres días seguidos? Era un hombre mayor, probablemente en la setentena a juzgar por las arrugas de su cara, pero tan ágil y activo como el propio Austin. Además de dirigir un banco de alimentos e innumerables reuniones comunitarias, era un fotógrafo aficionado, conocido en la comunidad por sus impresionantes fotos de los amaneceres sobre las Cascadas y los atardeceres sobre las Olympics.

—Cuatro —dijo Austin—. Espero no ser una molestia.

—En absoluto. Nos encantaría verte en el servicio regular, pero, bueno, lo entiendo.

—Gracias.

—Quédate todo el tiempo que necesites.

—Gracias.

El pastor volvió a barrer, pero se detuvo y se apoyó en la escoba. —¿Cómo funciona eso de tu mujer?

Austin dijo: —¿Sabes cuando hueles algo, como el viejo jersey de tu abuela, y te transporta a un recuerdo? Estar sentado en su regazo de niño o de pie junto a ella en el porche. Los olores transportan recuerdos. Es algo que le pasa a la mayoría de la gente.

—En mi caso es el café soluble. Ahora tomamos del bueno, pero me crio mi abuelo y él bebía Folger’s todo el santo día. Diez tazas, tal vez. Una sola bocanada y vuelvo a estar en su cocina.

—Sí, la mayoría de la gente tiene algo así.

—¿Pero para ti es diferente?

—La primera vez que entré aquí, mi mujer estaba conmigo. Se me cruzan los sentidos. Normalmente con los sabores, las palabras y los sentimientos. Cuando estoy aquí, hay algo en el ambiente…, quizá sea la antigüedad de la madera mezclada con la pintura, mezclada con… No sé. Por lo general puedo identificarlo. Aquí no puedo.

—¿Qué sientes?

—¿Que qué siento? —Austin no era de hablar mucho de sus sentimientos. A cualquier otro que le hubiera preguntado, le habría lanzado una mirada, esa mirada de neoyorquino que quería decir: *esta conversación se ha terminado*. Pero el pastor Johnson le dejaba el local abierto, le permitía colarse y sentarse todo el tiempo que quisiera, y siempre había sido de lo más amable. —Te dedicas a la fotografía, ¿verdad?

El pastor Johnson asintió.

—Imagina que sales al amanecer, completamente solo, solo tú y la cámara. Quizá llovió el día anterior, pero ahora está despejado, así que todo está fresco y limpio. Paseas por la orilla, se oye el piar de algunos pájaros y un velero de un blanco resplandeciente se desliza cerca. Entonces, el primer resplandor del alba asoma por encima de las montañas al este y te baña en una luz dorada. ¿Cómo te sientes?

El pastor Johnson sonrió con tristeza, pero no dijo nada.

—Así es como me siento cuando estoy aquí. Así es como me sentía con Fiona.

El pastor le sostuvo la mirada un instante, luego asintió y volvió a barrer.

Andy se encargaba solo del mogollón de los desayunos de la cafetería, si es que a aquello se le podía llamar «mogollón». Hoy, el señor y la señora McGuilicutty eran los dos únicos clientes, ambos encorvados sobre el mismo desayuno que pedían cada día: dos

huevos revueltos, dos tostadas requemadas, una sola tira de beicon para cada uno y un café tan dulce que Andy tenía que rellenar el azucarero de su mesa de siempre el doble de veces que los demás.

—Buenos días, Nueva York. —Así era como lo llamaba siempre el señor McGuilicutty, a pesar de que había vivido en San Diego, Virginia, Connecticut y en prácticamente cualquier otro estado con una base de la Marina.

—Buenos días —respondió Austin, dándole una palmada en la espalda—. ¿Os está cuidando bien Andy?

La señora McGuilicutty hizo crujir su tostada requemada. —Dicen que las tostadas quemadas dan cáncer. Pues mírame. ¡Tengo noventa y un años!

—Y tanto que los tiene —dijo el señor McGuilicutty—. ¿A que sí? Y yo, noventa y cuatro. —Agitó una tostada quemada en el aire—. ¡Te ganaría a correr ahora mismo, vaya si podría!

—¡Oh, no! —Los ojos de la señora McGuilicutty estaban clavados en la televisión que había sobre la barra.

—Claro que le ganaría —insistió el señor McGuilicutty—. Tengo las piernas tan fuertes como…

—No, mira la tele. —La señora McGuilicutty señaló con la tostada hacia la pantalla.

Austin levantó la vista. La televisión solía estar sintonizada con los deportes: partidos de los Mariners, los Seahawks, la UW y las Seattle Storm. Hoy daban las noticias locales, algo que Austin intentaba evitar del mismo modo que intentaba evitar todo lo que no fuera su perra o su negocio.

El nudo en el estómago se le volvió a formar en un instante al leer el cintillo de la parte inferior de la pantalla: *Secuestrado un recién nacido de su casa en un barrio de lujo de Bainbridge Island*.

7

—¡Sube el volumen! —dijo Austin mientras se dirigía a la barra, donde el televisor estaba colgado en la pared.

Andy le quitó el silencio al televisor y la voz de un presentador de noticias con un tono solemne inundó la pequeña cafetería. —Trágicas noticias nos llegan hoy desde Bainbridge Island, Washington, donde un bebé ha sido secuestrado esta noche. De momento, los detalles son escasos, pero nuestra reportera Sandra Chang ha estado en el lugar de los hechos toda la mañana intentando averiguar más. Sandra, ¿qué puede contarnos?

El plano cambió a un gran angular de una calle residencial, donde una reportera se encontraba de pie ante un telón de fondo de grandes casas con preciosos jardines y patios impecables y cuidados. A medida que el plano se acercaba a la reportera, una casa en particular destacaba. Rodeada de cinta policial amarilla, era una impresionante casa moderna —ángulos rectos de acero, cristal y madera noble— con un BMW plateado aparcado en una preciosa entrada de piedra. —Gracias, Chet. Efectivamente, estoy en directo desde el extremo oeste de Bainbridge Island, donde, según la policía, un niño de tan solo tres semanas fue sustraído de su cuna a última hora de anoche o a primera de esta mañana. La familia no va a hacer declaraciones por el momento y los nombres no se han revelado para proteger su intimidad, pero algunas fuentes afirman

que está desconsolada. De momento, según la policía, no han surgido sospechosos, pero para muchos las similitudes con el reciente secuestro de Bremerton son inevitables. La víctima de ese caso fue hallada muerta hace poco, después de que una búsqueda desesperada del niño desaparecido resultara infructuosa.

El plano cambió a unas imágenes grabadas más temprano; a juzgar por el cielo más oscuro, parecía ser el amanecer. La reportera corría detrás de un agente uniformado, lanzándole preguntas a gritos. —Agente, ¿puede hacer algún comentario sobre las similitudes entre este caso y el secuestro y asesinato de Allie Shreever? Agente, ¿hay un secuestrador en serie suelto en el condado de Kitsap?

El agente, que entraba a toda prisa en la casa, se detuvo y se giró. Era Jimmy, el detective adjunto más joven que había ayudado con el vídeo el día anterior. Tenía una expresión de frustración en el rostro, una expresión que Austin conocía bien. La mayoría de los detectives estaban desesperados por encontrar información y pistas, sobre todo en las primeras horas de un caso. Lo último que querían hacer era responder preguntas, especialmente cuando la respuesta requeriría una especulación descabellada. Jimmy abrió la boca para hablar, se mordió el labio inferior, y luego continuó más allá de la cinta policial y entró en la casa.

—Malditos piratas. Qué triste —dijo la señora McGuilicutty—. Antes era una zona muy segura.

Austin la miró confundido. —¿Piratas?

—Sí, *New York*, los llama piratas. —El señor McGuilicutty meneó la cabeza e hizo un siseo con los dientes.

La señora McGuilicutty se animó. —Los ladrones vienen en sus barcos, paran en las playas y cogen lo que les da la gana antes de escapar por el agua. Me robaron las joyas.

El señor McGuilicutty hizo un gesto despectivo con la mano. —Eso pasó *una* vez. En 1974. Ahora todo son *piratas por aquí y piratas por allá*.

—Apágala —dijo Austin—. O pon otra cosa.

Andy cambió a las noticias deportivas.

Austin cogió la cafetera de detrás de la barra, les rellenó las tazas a sus dos únicos clientes y luego salió a la pequeña zona de playa que había frente a su café. Un pescador solitario estaba metido en el estrecho, con el agua hasta la cintura, vestido con un mono de goma y una sudadera gruesa con capucha. Un cigarrillo le colgaba de la comisura de los labios, lo que le dejaba las manos libres mientras lanzaba el sedal lejos, en el agua, y luego lo recogía lentamente. Austin había aprendido durante su primer invierno en Hansville que, aunque el verano era con diferencia la época de más trabajo, un puñado de lugareños pescaban todo el año, a pesar de que el mejor salmón no pasaba por allí en invierno. Si el tipo tenía suerte, podría pescar algún salmón keta, pero el chinuc no volvería hasta dentro de unos meses.

A lo lejos, en el agua, a medio camino entre Hansville y Edmonds, un remolcador arrastraba una gigantesca plancha de chatarra, probablemente de camino a China. De mayo a septiembre, docenas de cruceros pasaban con regularidad por su pequeño tramo de playa, en dirección a Alaska o de vuelta. Una parte de él deseaba poder subirse a uno ahora mismo. El reportaje había despertado su curiosidad, esa punzada aguda de cerezas ácidas a la que una vez había sido adicto. Era la emoción de lo desconocido —el misterio— mezclada con la justa indignación que sentía hacia quienes perpetraban crímenes contra niños.

Durante años, esa sensación lo había sacado de la cama por la mañana y lo había mantenido en la oficina hasta altas horas de la noche. Por eso él y Fiona trabajaban como bestias y nunca tuvieron hijos. Aún la sentía, pero ahora iba acompañada de un deseo de huir.

Como había dicho el detective Calvin, se trataba de un imitador, pero de uno rematadamente bueno. Los detalles del secuestro y asesinato de Allie Shreever parecían sacados directamente del manual de Lorraine D'Antonia. Según las noticias, el nuevo caso parecía seguir el mismo patrón. Austin ya había trabajado en casos de asesinos imitadores. Sus responsables siempre resultaban estar obsesionados con los asesinos originales y recopilaban todo lo que podían de las noticias, los archivos del juicio e incluso informes

policiales filtrados. Pero lo de los poemas grabados en los huesos nunca había salido a la luz; ni en las noticias, ni en el juicio. Si D'Antonia no estuviera entre rejas, Austin se habría jugado la vida a que ella estaba implicada. Ahora, tenía que ser alguien cercano al caso, o alguien que se había hecho con fotografías o archivos que nunca habían visto la luz. Fuera como fuese, si el imitador estaba decidido a seguir el modus operandi de D'Antonia, significaba que al bebé le quedaban unos tres días de vida.

Empezó a caer una fina llovizna. Austin se metió las manos en los bolsillos y observó cómo la lluvia repiqueteaba en el agua, chocando con las pequeñas ondas que se movían hacia la orilla por la estela del barco.

Austin se sacó el móvil del bolsillo y buscó un lugar donde la cobertura pasara de una a dos rayas, lo justo para hacer una llamada.

El detective Calvin descolgó al segundo tono. —¿Diga?

—Rid, soy Thomas Austin.

—¿Te has enterado?

—Lo he oído.

—¿Y? Ahora mismo estoy jodidamente ocupado.

—Es veintidós de diciembre. Para la mañana de Navidad, los huesos de ese crío estarán en una bolsa de regalo navideña a menos que encontremos... ¿a él? ¿A ella?

—A él. Joshua Green. Austin oyó voces de fondo, el pasar de los coches. Probablemente, Ridley estaba en el lugar del secuestro. —¿Has dicho «nosotros»?

—No voy a cobrar. No quiero que nada sea oficial. Incluso si *es* un imitador —y lo es—, lo más seguro es que pueda ayudar. Ponme donde te haga falta y haré todo lo que esté en mi mano para atrapar al monstruo que está detrás de esto.

—Voy de vuelta a la oficina. ¿Cuánto tardarás en llegar?

8

Tras una parada rápida para darle de comer a Run, lanzarle la pelota un par de veces y disculparse por no haberla llevado todavía a la playa, Austin condujo hasta la oficina del sheriff.

Al bajar de su camioneta, distinguió a una mujer al otro extremo del aparcamiento, sentada en el capó de una ranchera vieja y destartalada. Parecía como si hubiera estado merodeando, esperando a que llegara alguien, porque en cuanto cerró la puerta del coche, empezó a caminar hacia él con determinación, con la mirada fija en su cara.

Tenía más o menos su edad, el pelo rubio ceniza y un aspecto vagamente norteuropeo que era habitual por la zona. Fiona se había criado allí y tenía un aspecto similar. Como muchos de los residentes del condado, la familia de Fiona había llegado de Europa a principios del siglo XX: la de su madre de Irlanda y la de su padre de Suecia. En un viaje para visitar a sus padres justo después de casarse, Fiona había bromeado diciendo que la mitad de las mujeres de Kitsap —incluida ella misma— parecían granjeras noruegas del siglo XIX con camisetas de Nirvana. La mujer que se acercaba no llevaba camiseta —vestía vaqueros y el anorak negro que parecía ser el uniforme tanto de hombres como de mujeres en la zona—, pero clavaba el rollo de granjera noruega.

Austin se detuvo en el bordillo, delante de la puerta. —¿Puedo ayudarla en algo?

La mujer sacó un par de gafas de sol del bolso y se las puso, protegiéndose del resplandor del sol, que se abría paso entre las nubes por primera vez en todo el día. Sostenía un teléfono móvil entre ellos, de la misma forma que los periodistas de antes sostenían las grabadoras. Él ya sabía por dónde iban los tiros.

—Soy Anna Downey, periodista. ¿Habría alguna posibilidad de hablar con usted sobre el secuestro que tuvo lugar anoche?

Cuando era detective, los periodistas por lo general le habían complicado el trabajo, aunque a él no le importaba utilizarlos, o dejar que *ellos* lo utilizaran *a él*, cuando le convenía. Pero después de que mataran a su mujer, se había arraigado en él una animadversión especial hacia los periodistas. Esbozó la sonrisa más educada que pudo forzar. —No trabajo aquí. Será mejor que hable con otra persona.

Ella se quitó las gafas de sol, estudiándole la cara, y volvió a ponérselas. —¿Es usted Thomas Austin, por casualidad?

Él retrocedió un paso. —¿Cómo sabe eso?

—Google.

Se le quedó mirando. —Perdone, ¿para qué periódico trabaja?

—No trabajo para ningún periódico.

—Ha dicho que era periodista.

—¿Ha oído hablar de internet?

Él frunció el ceño y la miró de arriba abajo. Se había desabrochado la cremallera del anorak, dejando a la vista una camisa roja de botones que habría parecido profesional en otro contexto, pero que desentonaba con los vaqueros y las zapatillas de deporte. —Sí, he oído hablar de internet, pero por lo general los periodistas no solo dicen cuál es su trabajo, sino también dónde trabajan.

—Escribo una columna semanal para el *Kitsap Union*. Solo en la edición digital. Es un resumen de todos los delitos de la semana, informes sobre investigaciones en curso, juicios, ese tipo de cosas. Básicamente, soy la Carrie Bradshaw de las periodistas de sucesos del condado de Kitsap.

Austin la miró con cara de no entender nada, como hacía siempre que alguien hacía una referencia que sabía que debería pillar, pero que no pillaba.

Ella le devolvió la mirada. —Es, eh, de una serie. ¿*Sexo en Nueva York*? Usted no sale mucho, ¿eh?

—No.

—También tengo un blog, un pódcast y hago algunos trabajos como *freelance*. Una tiene que comer, ¿no?

Austin se dio la vuelta para marcharse, pero entonces recordó algo. —Espere, ¿cómo sabía mi nombre?

Ella se adentró en la sombra del edificio y se quitó las gafas de sol, seguramente por última vez, mientras se las guardaba en el bolsillo de la camisa. —Sé lo de los huesos de la bolsa, los que encontraron en la playa —dijo con naturalidad, como si no tuviera importancia—. No se preocupe, no voy a escribirlo. Todavía. Pero sé que existen y, por supuesto, eso me llevó a investigar sobre el Carnicero de Bebés, lo que me condujo hasta usted y me hizo darme cuenta de que ahora vive aquí. Compró el Hansville Café, ¿verdad? Una llamada rápida a una de mis fuentes y me enteré de que podría ser asesor en este caso.

—No lo soy.

—Entonces, ¿por qué está aquí?

—¿Quién es su fuente?

Ella rio. —¿Veinte años en el cuerpo de policía de Nueva York y todavía no sabe cómo funciona la prensa?

Él se acercó un paso, con la mirada dura. —Ha dicho que ha investigado sobre mí, ¿verdad?

Ella asintió.

—¿Ha leído lo que escribió la prensa sensacionalista después de que me dispararan, después de que mataran a mi mujer?

Ella asintió. —Sentí mucho leerlo. De verdad. Parece que pasó usted por un infierno. Pero, por favor, no me diga que es uno de esos policías que culpan a los periodistas.

—No soy policía. —Austin respiró hondo, intentando calmarse. —Y no culpo a los periodistas por descargarme una nueve milímetros en el hombro, en las costillas, en el antebrazo y en el muslo. —Tragó

saliva con dificultad. —Tampoco culpo a los periodistas por la bala que mató a mi mujer. ¿Sabe de qué los culpo? De titular tras titular que cuestionaba por qué yo había recibido cuatro balazos y seguía vivo mientras que ella, con uno, había muerto. De titular tras titular que planteaba si la habían matado por un caso en el que trabajaba *yo*. Los culpo por el artículo que insinuaba si yo la había mandado matar porque tenía una aventura, lo cual era mentira, y que para disimular había recibido cuatro balazos estratégicamente colocados para mantenerme con vida. Los culpo por… —Se interrumpió y soltó el aire, lenta y profundamente. —Yo culpo a los cabrones que apretaron el gatillo. Ustedes, los de la prensa, solo lo empeoraron un poco. Una pizca de amargura en una pesadilla interminable.

Anna Downey bajó la vista. —Lo siento. Y eso que dice es muy poético, pero aun así tengo que hacer mi trabajo. No trabajo para la prensa sensacionalista de Nueva York y no escribo gilipolleces. —Levantó la mirada. —Suponiendo que esté aquí para ayudar en este caso… —le deslizó una tarjeta de visita en el bolsillo de los vaqueros —…, no dude en llamar. De día o de noche. Yo me crie aquí. Conozco la zona, conozco a todo el mundo. —Se rio entre dientes. —La mitad de los polis del condado son tíos míos.

—Gracias, pero no tendrá noticias mías. Créame.

Se dio la vuelta y abrió la puerta.

—Austin —lo llamó ella—. —Siento lo que pasó con su mujer. De verdad. Y creo que entiendo por qué hace lo que hace, o por qué hacía lo que hacía antes de dejarlo. Yo vivo aquí. Este lugar me importa. Mis reportajes han puesto a los detectives de ese edificio sobre la pista de dos sospechosos de asesinato y han traído a casa a un niño que había sido secuestrado por su padre biológico. *A mí me importa una mierda.* Y no hago las cosas como la prensa sensacionalista de Nueva York. Pero tengo que preguntárselo: ¿fue un poco de mala prensa suficiente para que lo dejara, para que abandonara un trabajo que, según todo el mundo, se le daba de maravilla?

Él se lo pensó un momento; sopesó la idea de cerrarle la puerta en las narices e irse. Pero algo lo impulsó a responder. Había en ella una seriedad que nunca había visto en ningún periodista de Nueva

York, la mayoría de los cuales eran de otro lugar o trabajaban como locos para irse a otro sitio. —Durante mucho tiempo mi mujer y yo pensamos que podíamos salvar el mundo. O, al menos, salvar una ciudad. O, como mínimo, salvar a suficiente gente en una ciudad como para sentir que habíamos hecho algo. Lo dejé porque decidí que el mundo no se puede salvar. O que quizá no merece la pena salvarlo.

Su expresión era neutra, sus ojos de un azul brillante le escudriñaban la cara como si buscara la verdad en sus palabras. —Y, sin embargo —dijo, mientras se guardaba el móvil en el bolsillo trasero de los vaqueros—, aquí está.

Ella regresó a su coche mientras él salía por la puerta.

9

La sala de reuniones al final del pasillo parecía una salita auxiliar cutre de un centro de conferencias de dos estrellas. Una mesa plegable y seis sillas sobre una moqueta desgastada y sin dibujos. Una cafetera encaramada sobre una mininevera negra junto a un fregadero en una esquina. Una pizarra blanca colgada torcidamente de una pared que tenía más agujeros de chincheta que un muñeco de vudú. Eso era todo. Austin no sabía si la estancia olía a ramen instantáneo rancio o si era el sabor que tenía en la boca lo que se lo hacía pensar.

El detective Ridley Calvin estaba de pie frente a la pizarra blanca, ya cubierta de anotaciones sobre el caso. A su lado, Lucy O'Rourke pegaba con cinta adhesiva un mapa del condado de Kitsap a una de las paredes mientras Jimmy, sentado en una silla de plástico, miraba fijamente el móvil.

En la pared de su izquierda había un retrato robot grande de una mujer de aspecto corriente, de unos cincuenta o sesenta años y con el pelo rubio ceniza. Austin supuso que se trataba de la mujer a la que habían visto dejando los huesos en la playa. Era uno de los peores retratos robot que había visto en su vida, probablemente una combinación de un mal dibujante y testigos poco fiables. Junto al retrato había dos fotos de bebés muy pequeños, una con la etiqueta «Joshua Green» y la otra, «Allie Shreever, fallecida».

Arriba a la izquierda de la pizarra blanca, Ridley había escrito «Allie Shreever-Bremerton». En el lado derecho, estaba añadiendo un nuevo nombre: «Joshua Green-Bainbridge Island». Debajo del nombre de la primera víctima había un par de fechas —probablemente la del secuestro, la presunta fecha de la muerte y la fecha en que se encontraron los huesos—, junto con media docena de nombres que no reconoció: familiares, testigos y sospechosos, seguramente. Bajo el segundo nombre solo había un gran espacio en blanco.

Conocía bien ese espacio en blanco. Significaba que no tenían nada.

Austin se aclaró la garganta. Jimmy levantó la vista un instante y luego la bajó de nuevo hacia el móvil. Ridley y Lucy se giraron.

—Tome asiento —dijo Ridley—. Y gracias por venir.

Ridley añadió los nombres de los padres de la última víctima a la pizarra —Deidre Gailhammer y Damian Green— y luego se apoyó en la pared. —Jimmy, deja el móvil, vamos, ¿qué tienes?

Lucy se sentó al lado de Jimmy y le dio una patada en la bota al hacerlo. —Deja el móvil, gilipollas.

Él dejó el móvil sobre su regazo. —Mira quién fue a hablar, Lucy «Por-Favor-Dad-Like-A-Mi-Publicación-de-Instagram». Tú estás mucho más enganchada al móvil que yo. Y, de todos modos, no estaba perdiendo el tiempo. Han llegado las primeras grabaciones de vigilancia de Hansville.

—Son buenas noticias —dijo Ridley—, pero un momento. Permítame decir primero, para hacerlo oficial: este es Thomas Austin, detective jubilado del Departamento de Policía de Nueva York. Nos va a echar una mano con esto. Lucy, él te acompañará. Se conoce el caso D'Antonia al dedillo. Su perspicacia será sin duda valiosa. Los imitadores suelen estar obsesionados con el original, intentan imitar cada detalle. Thomas, tendrá que firmar unos papeles al salir. No sé el qué, solo, bueno, fírmelo. Algo sobre la responsabilidad civil y no ponerse en peligro.

Austin asintió. —Entendido. Y, por favor, llámeme Austin.

—De acuerdo. Así lo haré —hizo un gesto con la mano hacia Jimmy—. Este es Jimmy Jule, alias «el No-JJ». El único hombre que

conozco capaz de levantar en press de banca cuatro veces su coeficiente intelectual.

Austin se rio. —¿Se supone que eso es un cumplido?

Dijo Jimmy: —Yo me lo tomo como tal. Y sí, no me llaméis JJ —parecía tener veintitantos años, con un bronceado tan uniforme que tenía que ser artificial, sobre todo en diciembre. Llevaba el pelo corto y castaño, fijado con gomina, y tenía un tatuaje de un águila en el musculoso antebrazo.

—¿Por qué no? —preguntó Austin.

—No le gusta hablar de ello —dijo Lucy—. Debajo de todos esos músculos es una florecilla delicada.

La cara de Jimmy enrojeció. —Mira, tuve un gato que se llamaba JJ. La cosa no acabó bien.

Lucy le tiró un papel arrugado a la cabeza. —Dile lo que significaba «JJ».

—Justice Jellybean —él le devolvió el papel, pero ella lo esquivó, dejando que pasara volando por encima de su cabeza—. ¿Qué quieres? Tenía cinco años y esas eran las dos cosas que me encantaban. En fin, gracias por echar una mano, Austin. ¿Por qué te llaman por tu apellido?

—De niño me flipaban las reposiciones de *El hombre de los seis millones de dólares*. Les dije a mis padres que quería que me llamaran «Austin». Ellos seguían llamándome «Tommy», pero en la universidad a mi compañero de cuarto le flipaba la lucha libre y pensaba que Stone Cold Steve Austin era el tío más genial del mundo. Así que empezó a llamarme Austin, y a partir de ahí se me quedó.

—Pues *sí* que te pareces un poco a Lee Majors —dijo Ridley.

Lucy y Jimmy se quedaron mirando con la mirada perdida. Austin dijo: —No tenéis ni idea de quién estamos hablando, ¿verdad?

Jimmy negó con la cabeza. —¿Amigo vuestro?

Lucy le lanzó otra bola de papel a la cabeza.

Ridley empezó a pasearse de un lado a otro. —Acabo de volver de la casa de las víctimas en Bainbridge. La madre, Deirdre, estaba desesperada. Apenas he podido sacarle nada. Su madre ha llegado

desde el otro lado de la isla y está intentando calmarla. El marido estaba fuera de la ciudad y volverá pronto.

—¿Fuera de la ciudad? —preguntó Lucy—. ¿Estamos seguros de eso?

—Lo interrogaré yo mismo —dijo Ridley—. Ya estamos investigando su coartada.

Ridley sabía tan bien como Austin que la mayoría de los secuestros los cometía alguien que conocía a la víctima. Padres que se llevaban a sus hijos en plena batalla por la custodia, ese tipo de cosas. No parecía ser uno de esos casos, pero tenían que investigarlo todo.

—A partir de este momento —dijo Ridley—, vamos a tratar el secuestro de los Green como si estuviera directamente relacionado con el secuestro y asesinato de Allie Shreever. Aparte de la similitud en los secuestros, no tenemos ninguna prueba directa de que estén conectados, pero mi instinto me dice que lo están.

—El mío también —añadió Jimmy.

—Tu instinto probablemente solo quiera otro batido de proteínas —dijo Lucy.

Jimmy flexionó un bíceps perfectamente bronceado. —Hay que alimentar los cañones, Lucy Chupitos de Limón.

—Entonces —dijo Austin—, supongo que trabajaremos ambas vías: el caso nuevo, Joshua Green, y el antiguo, Allie Shreever.

Ridley asintió. —Justo después de esta reunión, los tres iremos a Bainbridge para interrogar a los Green. —Señaló a Jimmy—. Tú quédate aquí y repasa esas grabaciones de vigilancia como si te pagaran un millón de pavos por cada pista.

—¿*M*e pagan un millón de pavos por cada pista? —preguntó Jimmy.

Ridley lo ignoró.

Austin recordó el reportaje de las noticias. —La casa de los Green parecía de lujo, moderna. ¿Tenía cámaras de seguridad?

—Qué va —dijo Jimmy—. Son, no sé cómo decirlo, me dieron una especie de rollo hippy. El padre dirige un pez gordo de zumos ecológicos en Seattle. Le pregunté a la madre sobre el tema y me

soltó algo sobre 'el Estado vigilante'. La casa olía raro: a incienso y kombucha.

—Volveremos a comprobar si hay grabaciones de vigilancia —añadió Ridley—, pero Jimmy tiene razón, por lo que sabemos. Estoy seguro de que conseguiremos grabaciones de alguna otra casa de la manzana o de un semáforo cercano, pero eso podría tardar unos días, y puede que no dispongamos de tanto tiempo. —Paseó un momento y luego continuó—. Lucy, pon a Austin al corriente del caso Shreever desde el principio. Infórmale de lo que tenemos. —Le lanzó una mirada de disculpa a Austin—. No es mucho. Los padres, los sospechosos que hemos investigado. Y los testigos. Id a hablar con Benny y Sarah otra vez. Quizá Austin pueda sacarles algo nuevo.

Lucy asintió. —Ya los he llamado. Después de que hablemos con las familias Green y Gailhammer, nuestra primera parada son Benny y Sarah.

Ridley se giró hacia Jimmy, que había vuelto a coger el móvil. —Musculitos, ¿qué tienes de la vigilancia?

Jimmy se acercó a la pizarra. —Ahora voy a eso, pero primero, tengo todos los archivos digitales disponibles del caso D'Antonia. Los revisaré más tarde, pero mientras tanto tengo una IA analizándolos en busca de anomalías.

—Espera —dijo Austin—. ¿Cómo? —El día anterior, Ridley había presentado a Jimmy como un agente y también como su «experto en tecnología» residente. Austin supuso que eso significaba que sabía reiniciar el wifi o hacer que la tele funcionara. Las apariencias podían engañar, pero Austin pensó que tenía pinta de ser un poco cabeza hueca. Su mentor le había dicho una vez que había dos tipos de policías: los pensadores y los que tiran puertas abajo. Era, por supuesto, una simplificación excesiva, pero Jimmy parecía de los que tiran puertas abajo como el que más.

Jimmy dijo: —Rara vez sacamos algo, pero es pan comido. Con cualquier archivo que se pueda leer digitalmente, ejecuto una serie de algoritmos para buscar patrones. Palabras que se mencionan una y otra vez, nombres que aparecen una vez y de los que nunca se hace seguimiento. —Al parecer, pudo ver el escepticismo en la cara de Austin—. Lo sé, lo sé. Esto no es *Minority Report*. No estamos

basando nada en esto. Es una flecha más en nuestro carcaj. De vez en cuando escupe algo que se nos había pasado. En realidad es cosa de Samantha. La becaria. Seguro que la conoces más tarde.

Austin asintió. —¿Qué decías de los vídeos de vigilancia? Eso va más conmigo.

—Los huesos de Allie Shreever se encontraron hace ya tres semanas. Por supuesto, no hay grabaciones de la playa, pero hemos llamado a todas las puertas y hemos visto horas de grabaciones inútiles de las cámaras de seguridad domésticas de la gente con la esperanza de encontrar a un sospechoso, un coche extraño que pasara por allí, algo.

La de Austin había sido una de las puertas a las que habían llamado. Cuando encontraron los huesos, un agente había entrado en su cafetería y le había interrogado a él, a Andy y a unos cuantos clientes, que estuvieron encantados de compartir detalles sobre todo lo que habían visto, aunque nada de ello había parecido útil. Los agentes, por supuesto, no mencionaron que los huesos se habían encontrado en una bolsa de regalo navideña.

—Por fin hemos dado con algo —dijo Jimmy—. La cámara del acceso a una casa que apunta a un buzón en la carretera de Hansville. Los dueños han estado fuera las últimas semanas, pero tienen una grabación de esa mañana. No es gran cosa, pero se ven coches que iban y venían en dirección a la playa la mañana en cuestión.

—¡Toma ya! —dijo Lucy—. A la O'Rourke le mola.

Jimmy se levantó e hizo un gesto a medio camino entre una reverencia y estornudar en el hueco del codo.

Austin estaba bastante seguro de que los chavales lo llamaban «dabbing». Miró a Ridley e hizo un gesto con la mano hacia Lucy y Jimmy. —¿Esto es lo normal?

Ridley negó con la cabeza. —Por desgracia, sí. —Luego, le preguntó a Jimmy—: ¿Cuánto tardarás en tener más?

—Veré la grabación en cuanto terminemos.

Ridley asintió y dio un trago largo de una taza de café plateada gigante. —Una cosa más. Estoy peleando para mantener al shérif Daniels a raya, pero tenemos que dar resultados, y rápido. Vamos a

tratar este caso como si tuviéramos tres días —dos y medio ahora— antes de que Joshua Green aparezca en una bolsa. No *podemos* permitir que eso ocurra. El shérif ya ha recibido una llamada del FBI. Me ha dicho que, por ahora, ofrecen amablemente su ayuda. Perfiles. Análisis forenses más avanzados de los que nosotros podemos hacer. Ha hecho hincapié en el *por ahora*. Les ha hablado de los huesos, de las similitudes con el caso D'Antonia. Todavía no se han hecho cargo del caso, pero pueden hacerlo y lo harán si les da la gana. Y si se filtra a la prensa que los huesos de Allie Shreever se encontraron en la bolsa... —hizo una mueca, como si la sola idea le doliera—, si eso se filtra, los medios de comunicación nacionales se nos echarán encima y al FBI no le quedará más remedio que seguirlos. Si eso ocurre, acabaré sirviéndole el café a capullos del FBI con el pelo a cepillo que tienen la mitad de mi edad. Lucy y Jimmy, no os queréis ni imaginar dónde os dejará eso en el escalafón. Seguramente incluya sacar brillo a unos zapatos de punta fina.

Austin levantó un dedo. —Puede que tengamos un problema. Me encontré con una reportera, o bloguera, o, bueno, no sé lo que era, pero…

Ridley sonrió. —¿Anna?

—Sí, es ella.

—Es un coñazo, pero es una amiga. Bueno, no una amiga, pero, en fin, la odio bastante menos que a la mayoría de los periodistas.

—Vale —dijo Austin—, pero tiene los huesos. Los de la bolsa de Acción de Gracias. Ha dicho que todavía no va a publicar la noticia.

Austin pudo ver cómo se le marcaban las venas de las sienes a Ridley. —¿Que qué? —Paseó la mirada de Jimmy a Lucy. Podía pasar de la calma a la furia en un santiamén, y acababa de hacerlo.

Jimmy se puso en pie. —Probablemente sea culpa mía. Lo siento. Estaba hablando por el móvil y me oyó mencionar a los testigos: Benny y Sarah. Conoce a *todo el mundo*. Seguramente los localizó y se lo sacó.

—Jimmy el Gilipollas —dijo Lucy, lanzando un puñetazo hacia su hombro, pero falló al verlo saltar hacia atrás—. ¡No hables por el puto teléfono!

—Lo sé. —Miró al suelo—. Estaba al acecho en el aparcamiento.

Ridley dio una vuelta lentamente alrededor de la mesa plegable. —¿Por qué no lo habría publicado ya?

—Me llamó para que hiciera declaraciones —dijo Jimmy—. La convencí de que lo retuviera un día o dos a cambio de una entrevista en exclusiva con quienquiera que atrape al cabrón que está detrás de esto.

Ridley frunció el ceño. —Resolvemos los crímenes en equipo, Jimmy. Y *no* nos damos baños de gloria en la prensa.

Miró al suelo, avergonzado. —La he cagado.

Ridley soltó un bufido, como una tetera al liberar vapor. —La llamaré e intentaré convencerla de que haga lo correcto. —Se volvió hacia Lucy—. Tú y Austin, poneos en marcha. Iré justo detrás de vosotros. Hablamos con las víctimas recientes y luego vais los dos a ver a Benny y a Sarah. Espero que su nueva perspectiva aporte algo nuevo a este asunto.

10

—Háblame de las primeras víctimas, la familia Shreever —dijo Austin —. ¿Entrevistaste a los padres?

—Ridley dirigió el interrogatorio —dijo Lucy accionando el limpiaparabrisas—, pero yo estuve presente. Él y yo solemos ser compañeros.

Estaban a mitad del puente de Agate Pass, un antiguo puente de celosía de acero que había sustituido a un servicio de ferri que había comunicado la península de Kitsap con la isla de Bainbridge desde los años veinte hasta los cincuenta. Pese a la ligera llovizna, las vistas hacia el sureste eran espectaculares: aguas de color gris azulado, perennes tsugas del Pacífico y abetos de Douglas salpicando las brumosas orillas. La zona era un laberinto interminable de ensenadas, bahías, playas de guijarros y una vista tras otra que parecía sacada de una postal.

—¿Hasta qué punto investigasteis a la familia Shreever? —preguntó Austin. Todos los detectives compartían el mismo instinto primario tanto en secuestros como en asesinatos: trabajar de dentro hacia fuera. El interior era el círculo más cercano a la víctima: cónyuges, novios y novias, familiares directos, familia lejana, amigos y conocidos del trabajo. Aunque la mayoría de la gente temía los ataques aleatorios y los asaltos a viviendas sin sentido, la verdad era

que la mayoría de los delitos violentos los cometían personas que la víctima ya conocía.

—Los investigamos a fondo —dijo Lucy—. Una familia normal de Bremerton. Bastante acomodada. La madre era abogada del Cuerpo de Abogados Generales del Juez. De la Marina. El padre no era de la Marina, pero trabajaba en el astillero.

—¿En qué puesto?

—Contratista. Bueno, trabaja para uno. Pintura, reparaciones, cosas de ese tipo. Mi impresión sobre ellos fue negativa desde el principio, pero nos lo curramos bastante. Antes de que se encontraran los huesos, lo tratábamos como un secuestro normal, si es que algún secuestro puede considerarse «normal».

—¿Su matrimonio?

—Sorprendentemente bueno. Acababan de celebrar su quinto aniversario de bodas, fueron docenas de personas. Años de publicaciones en Facebook el uno sobre el otro. El tipo de pareja que publica cursilerías de agradecimiento mutuo todos los días. Un poco asqueroso, pero también un poco tierno, dependiendo de lo sensible que me sienta.

—¿Teatro, quizás?

Lucy negó con la cabeza. —Nos entregaron sus móviles a los diez minutos. Ni una discusión reseñable. Los médicos y enfermeras del hospital dijeron que él la apoyaba, que era atento. Soy cínica de cojones, y hasta yo acabé envidiando su matrimonio. Mataría por un hombre así.

Austin la miró. —¿Y qué hay de Jimmy?

Ella bufó. —*No*.

Austin esperó a que ella lo mirara y, entonces, enarcó una ceja. —Parecía que…

—Pues tampoco.

Austin sonrió. —Es un tema delicado, ¿eh?

—Tuvimos un rollo durante un mes más o menos cuando empezó a trabajar aquí. Es cinco años menor que yo. Ridley me dijo que lo dejara si quería llegar a ser su jefa algún día.

—¿Y quieres ser su jefa algún día?

—Ridley debería ser el sheriff. Le da mil vueltas a Daniels. Cuando él sea sheriff, yo podría ascender a detective jefa. Sonrió con incomodidad. —Con el tiempo.

Austin quiso indagar más, una distracción bienvenida para no pensar en si una pareja aparentemente feliz sería capaz de fingir el secuestro y asesinato de su propio bebé. No era probable, pero Ridley y su equipo ya habían estudiado todas las opciones probables. A él lo habían traído para que considerara las improbables.

Lo primero que había pensado era que algo podía ir mal en el matrimonio Shreever, algo que no apareciera en los mensajes de texto y las publicaciones de Facebook. Quizá el padre quería largarse y no quería a la cría, así que lo había montado para que pareciera obra de un asesino en serie imitador. Era una posibilidad remota, aunque no imposible. O quizá la pareja se había enterado de que Allie tenía una enfermedad rara después de nacer y no querían lidiar con ello. Por muy retorcido que fuera, lo había visto en más de una ocasión. —Entonces, para ti, ¿hay cero posibilidades de que los Shreever estuvieran implicados?

—Cero. Y ahora con este nuevo caso…

—Los asesinos y secuestradores en serie son muchísimo más raros que las madres y los padres que sienten que no tienen otra opción, madres y padres con problemas de drogas y alcohol, madres y padres que matan a su hijo por accidente y luego intentan encubrirlo.

Lucy le lanzó una mirada de frustración. —Ya lo sé, neoyorquino, no me dieron la placa hace dos semanas. Lo único que digo es que dos secuestros tan seguidos, con tantas similitudes y, sumado a los huesos, me hace pensar que no vamos a descubrir que un familiar está detrás de esto.

—Perdona, no pretendía… Solo intentaba volver al principio.

—No, lo siento yo. Para eso te ha traído Ridley. Apretó con más fuerza el volante al salir de la carretera principal para tomar una sinuosa calle lateral en dirección este. —Este caso me está afectando mucho. Estoy frustrada. No sé si podré soportar otra reunión con una familia en la que tenga que enseñarles una bolsa con los huesos de su bebé.

—¿Tiene hijos? —preguntó Austin.

—Qué va, ¿y usted?

—No.

Continuaron el viaje en silencio, con el único sonido del chapoteo ocasional del agua de lluvia que caía sobre el techo del coche tras acumularse en las ramas de las coníferas que envolvían la carretera.

—Entiendo lo de los padres —dijo Austin. Los horrores de este trabajo ya eran bastante terribles, pero explicárselos a familiares inocentes era aún peor—. No permitamos que eso suceda.

El detective Calvin había mencionado que habían visto a una mujer en la playa donde se encontraron los huesos. La mente de Austin se centró en eso a continuación. —¿Hay alguna novedad sobre la mujer que creemos que dejó los huesos?

—Solo el retrato robot de mala calidad que ha visto.

—Supongo que le enseñaron el retrato a la familia Shreever para ver si la reconocían. ¿Un familiar? ¿Una niñera? ¿Una empleada del hogar?

—Lo hicimos. Nada. Después de este interrogatorio, hablaremos con los testigos. Han ayudado, o al menos lo han intentado. Esos pequeños gamberros nunca deberían haber hablado con un periodista, pero... Bueno, todo lo que tenemos es una mujer de entre cincuenta y setenta años, con pelo castaño claro o rubio ceniza. Es bastante difícil relacionar eso con la familia Shreever, aunque hemos peinado todas sus redes sociales. No tienen empleada del hogar ni niñera. Una tía encajaba en la descripción, pero la hemos situado en Connecticut en aquel momento. También es de la Marina. Una coartada irrefutable.

Austin vio una furgoneta de un canal de noticias aparcada al final de la calle y, después, el cordón policial que rodeaba la casa. Lucy aparcó y acompañó a Austin al jardín, donde el detective Calvin estaba respondiendo a las preguntas de un corrillo de periodistas entre los que se encontraban un hombre asiático de aspecto serio con una acreditación del *Seattle Times*, un par de reporteros más jóvenes que parecían blogueros y Anna Downey.

—No descartamos nada en este momento —estaba diciendo Ridley cuando se detuvieron a su lado.

El reportero del *Seattle Times* continuó. —¿Diría que le preocupan las similitudes entre este caso y el secuestro y asesinato de los Shreever?

—Todo me preocupa —dijo Ridley, con voz tranquila y directa—. Y, como ya he dicho, aunque no tenemos pruebas de que los casos estén conectados, desde luego estamos investigando esa posibilidad.

Un movimiento captó la atención de Austin y se giró hacia un lado de la casa, por donde un enorme pavo real se pavoneaba hacia ellos. Se paseó por el césped como si fuera el dueño del lugar, observó a los periodistas por un momento y luego emitió un sonido largo y estridente, a medio camino entre el maullido de un gato y el llanto de un bebé. Austin se inclinó hacia Lucy. —¿Esto es normal aquí?

—¿Normal? —susurró ella—. No. ¿Inaudito? Tampoco.

El pavo real se acercó a la multitud y desplegó su magnífica y brillante cola, que abarcaba un metro y medio y estaba cubierta de ocelos gigantes. Luego empezó a hacer vibrar las plumas de la cola, con un sonido que casi parecía un redoble de tambor.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Austin sin dirigirse a nadie en particular.

Anna se agachó para verlo más de cerca. —Es un macho, está buscando pareja. ¿Le interesa?

Austin la miró con el ceño fruncido.

—Los aficionados a las aves llaman a ese ruido el «traqueteo del amor» —continuó Anna—. Las vibraciones se pueden sentir en la cola de la pava real.

Austin negó con la cabeza. —Todos los días se aprende algo nuevo.

Mientras el pavo real se alejaba, Ridley se negó a responder más preguntas y después hizo pasar a Austin y a Lucy a la casa.

Deidre Gailhammer y Damian Green estaban sentados en los extremos opuestos de un sofá de cuero beis. El espacio que los separaba era solo el de un cojín, pero parecía mucho, mucho más grande. Mientras el detective Calvin presentaba a Austin y a Lucy, Austin los estudió. A veces, la tragedia une más a las parejas. No era el caso.

Había frialdad entre ellos, rabia. No se miraban. La cara redonda de Deidre, pecosa como la de Lucy, estaba roja y amoratada, quizá por las horas de llanto o quizá por la bebida. Lo más probable era que por ambas cosas. Se pasaba nerviosamente una taza de café vacía de una mano a otra. Damian permanecía sentado, impasible, sin mostrar emoción alguna. Para algunos de los detectives con los que Austin había trabajado, eso era una señal de alarma. Si se hubieran llevado a tu hijo de tu casa, ¿acaso *tú* no estarías destrozado? Pero Austin había aprendido que las víctimas responden a la tragedia de maneras diferentes y que era un error juzgar con demasiada precipitación. Aun así, le dio que pensar.

Cuando se despertó en el hospital tras doce horas de cirugía de urgencia, entumecido por los analgésicos y desesperado por saber de su mujer, él también se había mostrado impasible. Cuando su capitán llegó para decirle que Fiona ya no estaba, sintió como si le hubieran hecho el corazón trizas con un hacha oxidada. Deseó que los pistoleros se lo hubieran llevado a él también. Pero no le dijo nada de eso a su capitán. En lugar de ello, se mordió el labio hasta que sangró, intentando contenerlo todo. Luego, procedió a contarle a su superior todos y cada uno de los detalles que pudo recordar sobre los atacantes. Solo más tarde, solo en la cama del hospital en mitad de la noche, se permitió que afloraran las emociones.

Sabía lo que era intentar mantenerse racional, conservar la cordura, cuando todo se desmoronaba. De modo que su primera impresión sobre el padre fue que estaba haciendo precisamente eso: mantener la calma para poder comunicarse con los inspectores.

Entonces, Damian Green miró a su mujer, se levantó lentamente y se abalanzó sobre el inspector Calvin como un borracho en una pelea de bar.

11

Antes de que Austin pudiese reaccionar, Damian ya tenía el antebrazo derecho presionado contra el pecho de Ridley. Era unos quince centímetros más bajo que el detective y, probablemente, unos treinta kilos más ligero. No es que fuera un hombre pequeño, pero, al lado del medio gigante de Ridley, su inferioridad era de risa. Con la mano izquierda, Damian intentó agarrar a Ridley por el cuello. Nunca llegó a tocarlo.

Justo cuando Austin daba el primer paso para intervenir, Ridley retrocedió medio paso con destreza, interceptó la mano que iba hacia su garganta y se la retorció con tal fuerza que Damian se desplomó en el suelo, retorciéndose en una ridícula media voltereta y contorsionando el cuerpo para evitar que le rompiera la muñeca.

Cuando Ridley lo soltó, Lucy ya se había abalanzado sobre el padre, con la rodilla en su espalda y presionándole la cara contra el sofá. —¿Quieres que lo espose?

—Suéltalo —dijo Ridley.

Lucy lo cacheó y luego se apartó.

Ridley levantó a Damian de un tirón y lo empujó de vuelta al sofá. —No ha sido muy inteligente por su parte, señor Green.

Al hombre le corrían las lágrimas por el rostro. Su mujer se había alejado aún más de él en el sofá, con una expresión a medio camino entre el asco y el horror en la cara.

—Otro movimiento como ese —dijo Ridley— y estará en la cárcel cuando encontremos a su hijo. No le conviene.

—Le ha dicho a mi mujer dónde estaba yo esa noche —dijo Damian. Intentaba sonar enfadado, pero sonó más bien patético—. No tenía por qué hacerlo.

—¡Claro que tenía! —gritó Deirdre, dándole una bofetada en el hombro—. ¡Capullo egoísta!

Evidentemente, Austin se había perdido algo, pero la distancia que los separaba en el sofá cobraba ahora más sentido.

Ridley dijo: —En primer lugar, señor Green, no puedo insistir lo suficiente en lo mucho que le interesa no volver a atacarme. Si hubiera atacado a Lucy de esa manera, créame, *no* se habría librado. Estaría en la parte de atrás de un coche de policía con un cargo por agresión a un agente. Pero tengo dos hijos. Puedo entender su dolor, suponiendo que sea eso. Sé cómo el dolor puede convertirse en rabia. Era importante que le dijera a su mujer que, de hecho, no estaba fuera de la ciudad por un viaje de negocios cuando secuestraron a su hijo. Su coartada inicial era mentira. Otra mala decisión. Otro posible cargo al que ahora se enfrenta. En este momento, toda persona sobre la faz de la tierra es sospechosa, y es crucial que tengamos una imagen completa de todos los que forman parte de la vida de Joshua.

—Esa zorra no forma parte de la vida de Joshua —escupió Deidre. —Por lo visto, está metida en los pantalones de mi marido. Y seguramente también en su cartera.

Damian torció el gesto.

Ahora todo cobraba sentido. Damian Green tenía una aventura. Le había mentido al detective Calvin y, probablemente durante el trayecto, su coartada se había venido abajo y Ridley había llamado a Deirdre. Es lo que Austin habría hecho. Según su experiencia, la gente mentía sobre el sexo más que sobre cualquier otra cosa en el mundo. Más que sobre el dinero y, sorprendentemente, más que sobre los asesinatos. Había tratado con criminales curtidos que, tras admitir varios asesinatos, mentían sobre su bisexualidad. Un padre al que había detenido por ahogar a su hijo adolescente había negado vestirse de mujer —a pesar de los montones de pruebas

fotográficas— porque pensaba que le hacía quedar mal. En resumen, el sexo volvía a la gente más loca que ninguna otra cosa en el mundo.

Ridley sin duda también lo sabía. Y cuando los delitos estaban recientes, se podía sacar mucho provecho observando las reacciones emocionales genuinas de los sospechosos, las víctimas o sus familias. Deirdre se acababa de enterar de que su marido había estado con otra mujer la noche que su hijo desapareció, dos semanas después de haber dado a luz. Ridley había querido presionar su relación justo antes de que llegaran para obtener las reacciones más espontáneas posibles. Era diabólico, desde luego, pero un buen trabajo de investigación.

Lucy se arrodilló delante del sofá, entre la pareja, pero se dirigió a Deirdre. —A mí me han engañado. Es una mierda, lo sé. Duele y…

—Ya *sabía* que tenía una aventura —dijo Deirdre—. Pero dos semanas después de traer a nuestro hijo a casa del hospital. —Miró a Damian con furia—. ¿No podías esperarte ni un mes antes de… Bastardo… Eres un cabrón…

Se desplomó en los cojines del sofá como un globo desinflado. Luego dejó escapar un largo y cansado suspiro. —¿Podemos seguir con esto? Tenemos que centrarnos en Joshua.

—Exacto —dijo Lucy—. Estamos aquí para averiguar todo lo que podamos para encontrar a su hijo. —Miró a Damian—. Encontrar. A. Su. Hijo. Tienen que madurar de una puta vez. —Su tono era autoritario, pero también compasivo, una buena combinación.

Y pareció funcionar, porque Damian le lanzó una mirada de disculpa a Deirdre, que se irguió un poco y finalmente estableció contacto visual con Ridley, quien dijo: —Thomas Austin está aquí como consultor porque es un experto en secuestros de niños. Les va a hacer algunas preguntas.

Austin ofreció una sonrisa tranquilizadora y luego dijo: —Llévenme al principio. A la noche en que su hijo desapareció.

Durante la hora siguiente, Austin conoció toda la historia. Aunque Damian intentó interrumpir un par de veces, en general se portó bien. Y Deirdre le pareció una fuente fiable y, aunque era evidente

que bebía con asiduidad, daba más la impresión de ser una madre aficionada al vino que una borracha.

Deirdre explicó que, desde que había traído a Joshua a casa del St. Michael de Silverdale, había caído en una rutina fiable, la misma que había seguido la noche en que desapareció. Esa noche, había acostado a Joshua sobre las 20:30, le había enviado un mensaje a su marido, que no había contestado, había visto la tele durante una hora, se había tomado una copa de merlot y se había ido a la cama. Se había despertado sobre la medianoche al oír a Joshua llorar por el vigilabebés que tenía en la mesilla de noche. En ese momento, no había ninguna señal de que algo fuera mal, salvo que necesitaba un cambio de pañal y un biberón. Hacia la una de la madrugada, más o menos, lo había acunado hasta que se durmió y había vuelto a la cama.

Lo siguiente que supo es que estaba despierta, con las primeras luces del alba colándose por las cortinas. Supo que algo iba mal cuando miró la hora en el móvil: las 6:30. Joshua nunca había pasado más de cuatro horas sin despertarla. Sus temores se confirmaron cuando abrió la puerta del cuarto del bebé y sintió una corriente de aire frío. Joshua no estaba, y tampoco su mantita. La ventana de al lado de la cuna estaba abierta. Estaba segura de que la había cerrado antes de acostarse. No faltaba nada más en la casa. Aparte de lo que podría haber sido la huella de un pie en la moqueta, el secuestrador no dejó rastro.

A los pocos minutos, llamó a la policía. Luego llamó a Damian, quien —y se aseguró de recalcarlo— no contestó. El detective Calvin llegó una hora después para la primera entrevista.

—Después de eso —concluyó—, todo fue una pesadilla en vida.

Lucy preguntó: —¿Algún familiar con el que haya discutido últimamente, exnovios, ese tipo de cosas?

Miró a Damian, que negaba con la cabeza. —No, que yo recuerde. Mi madre adora a Joshua. Mi padre murió cuando yo era pequeña y mis hermanas viven en la costa este.

Lucy sacó el retrato robot del bolsillo, lo desdobló y se lo entregó a Deirdre. —¿Le resulta familiar de algo?

Deirdre estudió el dibujo. —No.

Se lo pasó a Damian, que negó con la cabeza y luego dijo: —Espere. No conozco a la mujer, pero reconozco este dibujo. Es... No recuerdo dónde lo vi.

El detective Calvin dijo: —Es posible que haya visto este retrato robot en las noticias. Esta mujer es una persona de interés en otro caso. No sabemos si están relacionados.

Damian pareció que iba a levantarse, pero una mirada de advertencia de Lucy le hizo relajarse en el sofá. —Es la del otro secuestro —dijo—. El bebé que... Oh, Dios.

—El que mataron unos días después —dijo Deirdre. Le tembló el rostro y luego dejó escapar un grito agudo y angustiado. Puro dolor.

—Como ya he dicho —dijo Ridley con severidad—, todavía no tenemos ningún motivo para creer que los casos estén relacionados, pero si ustedes han visto a esta mujer —una vecina, una desconocida en el supermercado, alguien en el hospital, la cartera que les trae el correo…, cualquier cosa—, ahora es el momento de decírnoslo. Miren otra vez y piénsenlo bien.

Así lo hicieron, negando ambos con la cabeza todo el rato.

—Recuerdo haber visto la foto en las noticias —dijo Damian—. Eso es todo.

Austin se metió las manos en los bolsillos y soltó un largo suspiro. —¿Puedo ver la habitación de Joshua?

Deirdre los condujo al cuarto del niño, la puerta de al lado de su dormitorio. Era de color azul claro, con leones de dibujos animados amarillos y elefantes de un rosa chillón pintados en las paredes. Como había dicho Deirdre, la cuna estaba en un rincón, junto a la ventana, que seguía abierta. La marca en la moqueta no se apreciaba a simple vista, pero la habían rociado con un polvo negro y rodeado con banderitas rojas sujetas con alfileres.

Ridley la señaló. —Demasiado débil para sacar un molde, pero había una huella parcial en el barro de fuera, un número ocho de mujer, zapatillas de correr Adidas, compatible con el tamaño de esta marca.

Austin se agachó para estudiarla. Probablemente era irrelevante, ya que estaba entre rejas, pero Lorraine D’Antonia también calzaba un número 8. Al igual que aproximadamente el treinta por ciento de

las mujeres del país, por lo que no ayudaría mucho a reducir la lista de sospechosos, incluso si tuvieran una. La marca se encontraba a un metro de la ventana, con la puntera apuntando hacia el centro de la habitación, lo que concordaba con que alguien hubiera entrado por la ventana en dirección a la cuna.

Austin preguntó: —¿Qué número calza usted, señora Gailhammer?

—Un seis. —Levantó un pie como para demostrarlo.

—¿Tiene asistenta?

—Sí, pero no ha venido desde antes de que naciera.

—¿No veo de qué sirve esto? —exclamó Damian desde el umbral —. ¿Por qué no están ahí fuera buscando a ese cabrón?

Ridley lo cogió del brazo. —Usted y la señora Gailhammer, ¿por qué no vuelven al salón? Dejen que nuestra gente trabaje.

Cuando se fueron, Lucy se volvió hacia Austin. —¿Tú qué crees?

Austin señaló por la ventana. —Con la carretera ahí mismo, este es un buen sitio para pillar a un crío. Dormitorio en la planta baja. Un arbusto tapa casi toda la vista de la ventana. El agresor probablemente dejó el coche en marcha, forzó la ventana, metió un pie en la habitación y cogió al crío. Desapareció en dos minutos, como mucho."

Lucy señaló el monitor de bebé, que estaba sobre el cambiador, al lado de la cuna. —Esos cacharros no graban, ¿verdad?"

—Pueden hacerlo, pero ese parece bastante básico. La primera impresión es que ha sido un ataque muy dirigido. De todas las casas de la manzana, esta es la más fácil. El agresor sabía de algún modo lo suficiente sobre la casa como para saber que sería fácil entrar y que no tenía cámaras, pero no parece que lo haya hecho un familiar."

Lucy asintió. —Exactamente igual que en el caso de Allie Shreever en Bremerton. Habitación infantil en la planta baja, cerca de una carretera. En mitad de la noche. La familia y los amigos quedaron descartados en una semana. Parece un ataque dirigido, pero...

—Maldita sea. —Austin negó con la cabeza. Había esperado encontrar pruebas claras que demostraran que este caso no estaba

relacionado con el asesinato de Allie Shreever.

—¿El temperamento de Damian? —preguntó Lucy, levantando el móvil—. Correo de Samantha, nuestra becaria. Dice que las grabaciones de seguridad del apartamento de su novia lo sitúan en Seattle la noche en que ocurrió todo. Pero aun así.”

—Es preocupante, pero... —Negó con la cabeza—. No me cuadra para esto.”

Por supuesto, tendrían que investigar a Damian y a su amante más a fondo. Era posible que hubiera contratado a alguien para que se llevara a su hijo. Quizá quería romper el matrimonio y sabía que nunca conseguiría la custodia de Joshua, así que hizo que secuestraran al niño, planeando desaparecer con él y su amante. Merecía la pena investigarlo, pero Damian Green le parecía a Austin un exaltado y un mal marido, pero no un sociópata. —¿Nació Joshua en el mismo hospital que Allie Shreever?”

Lucy asintió. —Sí, y he pensado lo mismo. Quizá Ridley pueda ir para allá luego. —Su móvil sonó con un mensaje—. ¿Has terminado aquí?”

Austin asintió.

—Pues vámonos. Nuestros únicos testigos están listos para hablar.”

12

Austin bajó un poco la ventanilla mientras descendían la larga colina en dirección al agua. La llovizna había amainado y el sol se asomaba entre las nubes cuando entraban en Hansville. No era nada raro al conducir hacia el norte desde Kingston hasta el pequeño pueblo al final de la península. Cuando se mudó a la zona, Austin se había enterado de que Hansville se encontraba en una sombra orográfica; algunos lo llamaban el cinturón del sol. Hansville recibía un veinticinco por ciento menos de lluvia al año que el pueblo vecino más cercano, a solo ocho kilómetros al sur. En una zona conocida por la lluvia, ese veinticinco por ciento marcaba una gran diferencia.

Después de dejar a los padres de Joshua Green, Austin se había reunido con Lucy y Ridley en el césped, lejos de los oídos de los periodistas. Mientras el pavo real deambulaba a sus pies, habían decidido que Ridley iría al centro de maternidad de St. Michael —la única conexión conocida entre las dos víctimas—, dejando que Lucy y Austin volvieran a entrevistar a los adolescentes que habían encontrado los huesos de Allie Shreever en la playa de Point No Point.

El teléfono de Lucy sonó mientras giraban por Point No Point Road, un tramo de una milla que llevaba hasta el famoso faro. —Es Jimmy —dijo ella, tocando la pantalla táctil del salpicadero.

La voz excitada de Jimmy llenó el coche en ráfagas entrecortadas. —Fotos de… coche que pasó… carretera de Hansville. 10… de la… mañana. En… bandeja de entrada. Tengo matrículas de… unos cuantos con… y direc… Otros… borrosos, pero he marcado el tipo de coche.

—La cobertura es una mierda por aquí —gritó Lucy hacia el volante—. ¿Pero buen trabajo, J-Cool. Hay algo que te haya llamado la atención?

—Solo… una docena más o menos.

—Has conseguido…

—¿Que si hay gente yendo a las direcciones? —La voz de Jimmy sonaba más clara ahora. Habían encontrado una zona con buena cobertura al acercarse a la playa—. Sí. Estoy en ello. Acabo de hablar con Sherlock y ha puesto a toda la gente que ha podido a trabajar en esto.

—Gracias —dijo Lucy—. Le echaré un vistazo. —Colgó justo cuando Austin avistó a una pareja que supuso que eran los testigos. Unos adolescentes, cogidos de la mano en un banco frente al agua, ambos mirando a su alrededor con nerviosismo. —¿Son ellos?

—Sí, esta va a ser mi tercera entrevista con ellos. Estoy cabreadísimo porque le contaron a Anna lo de los huesos. Prometieron que no hablarían con nadie sobre el tema. Cuando anunciamos que Allie Shreever había sido encontrada muerta, queríamos asegurarnos de que la naturaleza exacta de su muerte se mantuviera en secreto, por ahora.

Austin se encogió de hombros. —Me sorprende que hayan tardado tanto en irse de la lengua. La mayoría de los adolescentes que he conocido lo habrían subido a Instachat antes de llamar a la policía.

Lucy enarcó una ceja. —¿Instachat?

—Snapgram, quería decir.

Lucy se rio. —Pero ¿*cuántos* años tienes?

Él se encogió de hombros. —¿Acaso no lo he dicho bien?

—Son *Instagram* y *Snapchat*.

—¿Estás segura?

Lucy se rio de nuevo y luego señaló con la cabeza a los adolescentes, que habían empezado a caminar hacia ellos.

—¿Su versión ha sido coherente en todo momento? —preguntó Austin.

En su mayor parte. La primera vez omitieron que estaban en la playa para fumar porros, pero por lo demás han colaborado. Los investigamos por si acaso, pero en el fondo son buenos chicos.

Se reunieron en la esquina del aparcamiento, junto a los baños. Tras regañar a Sarah y a Benny por hablar con un periodista, Lucy presentó a Austin como un «asesor que colabora en el caso».

Cuando terminaron las presentaciones, Austin dijo: —¿Qué tal si me lo cuentan todo? Despacio. Exactamente lo que vieron, oyeron, notaron, sintieron. Además, quiero saber si hubo algo diferente ese día con respecto a las otras veces que han venido aquí.

—Entendido —dijo Benny, con displicencia. Parecía distraído, desinteresado.

Austin esperó hasta que Benny lo miró a los ojos. —Si un grano de arena estaba en un sitio diferente al habitual, quiero saberlo.

Benny soltó una risita.

—¿Literalmente? ¿En serio? —dijo Sarah.

Austin esbozó una sonrisa tensa. —En serio, pero no literalmente.

Benny los guio por la playa, llevando la voz cantante. Como ya les había confesado a los otros detectives que estaban allí para fumar, incluyó ese detalle en su relato desde el principio. Desde la playa, siguieron el sendero que subía hasta el banco del acantilado.

Cuando Benny llegó a la parte en la que aparecía la mujer, Austin lo interrumpió. —¿En qué momento se dio cuenta de que llevaba algo?

—Enseguida. O sea, pensé que era un paraguas.

—¿Fue antes o después de que empezara a fumar?

—Antes —dijo Benny, mirando al suelo—. Me encendí uno cuando se fue. Y ya sé que soy menor, pero vamos…

—Yo no he fumado nada —intervino Sarah. Llevaba un vestido azul oscuro con mallas negras, el tipo de atuendo que esperarías ver en un recital de coro. Contrastaba con los vaqueros grasientos y la sudadera negra con capucha de Benny.

—¿Son pareja? —preguntó Austin.

Benny dijo «sí» y Sarah dijo «no», y entonces ambos se rieron y negaron con la cabeza.

—Es complicado —dijo Sarah en un tono que dejaba claro que no quería añadir nada más.

Austin señaló hacia la playa. —Así que baja por la playa, deja la bolsa y, ¿cuánto tiempo estuvo allí después?

—Quizá treinta segundos —dijo Sarah—. Hizo un par de fotos.

Al igual que el zapato de la talla ocho, esta era otra similitud con el caso D'Antonia. En el juicio se había revelado que Lorraine D'Antonia también había hecho fotos de sus bolsas de huesos. *Preciados recuerdos*, los había llamado ella, para asco de Austin. —¿Estaba la mujer de cara al agua cuando hizo las fotos? ¿O rodeó el tronco para ponerse de espaldas al agua?

Sarah se lo pensó. —Estaba de cara al agua, creo, eh…

—Lo estaba —confirmó Benny.

—¿Y tardó mucho en encuadrar las fotos o fue rápido?

—Rápido —dijo Sarah.

Austin señaló hacia el este, al otro lado del agua. —Y el sol ya había salido, pero no estaba muy alto, ¿correcto? ¿Las once de la mañana?

—Correcto —dijo Sarah—. Estaba nublado y lloviznaba, pero aun así se filtraba el resplandor. —Señaló al este, al otro lado del agua—. Ya sabe cómo es cuando llueve, pero sigue habiendo ese resplandor.

Austin lo sabía. En la costa Este, se había acostumbrado a las nubes y al sol, a las tormentas y los cielos despejados, a la nieve y al calor; pero aquí había un sinfín de tonos de gris que dependían del espesor de la capa de nubes.

Las fotos de D'Antonia habían estado bien compuestas, casi profesionales; y luego editadas en su móvil para darles un aspecto dramático y melancólico. La mujer que había dejado los huesos aquí parecía haber tenido prisa, como si en realidad no le importara el aspecto de las fotos. Si le hubiera importado, se habría puesto de espaldas al sol. La forma en que las hizo, de cara a la fuente de luz, habría hecho que la bolsa pareciera anormalmente oscura.

Lucy preguntó: —¿Adónde quieres ir a parar con esto?

Él se la quitó de encima con un gesto, sin querer explicarse delante de Sarah y Benny. —Sarah, cuénteme el ruido que oyó.

—Creí que era un disparo —dijo ella.

Benny negó con la cabeza. —Sonó como el petardeo de un coche.

Lucy sacó el móvil del bolsillo trasero y abrió el correo de Jimmy. —¿Les suena alguno de estos coches? Los ha grabado una cámara de vigilancia más o menos a la hora a la que vieron a la mujer.

Austin miró por encima de sus hombros mientras ellos ojeaban el documento. Cada coche tenía su propia página; algunos con matrículas, nombres y direcciones, y otros solo las fotografías. Todas las fotografías estaban tomadas desde un ángulo extraño, eran bastante borrosas, pero la forma general, el tamaño y los colores de los vehículos se distinguían con claridad.

—No vi entrar ni salir ningún coche —dijo Bennie.

—Yo tampoco —añadió Sarah. —Y no entiendo nada de coches.

—Pero a lo mejor los han visto por el pueblo —dijo Austin—, ¿o quizá vieron algún coche cuando estaban en el acantilado?

—Lo siento —dijo Sarah.

—Según la detective O'Rourke aquí presente —dijo Austin, cogiéndole el móvil—, oyeron pasar un coche poco después del ruido fuerte. ¿Es correcto?

Ambos asintieron.

—¿Cuántos segundos después de oír el ruido?

—¿Y eso qué más da? —preguntó Benny.

Austin le lanzó una mirada fulminante.

—Vale, vale. Fue como un minuto.

—No fue tanto. Literalmente, como diez o veinte segundos después —dijo Sarah. —Quizá menos, fue casi al instante.

Dado que Benny había estado colocado, iba a fiarse de la percepción del tiempo de Sarah.

Austin examinó el documento. Un BMW negro, matriculado en Bainbridge Island. Un Toyota Corolla rojo, sin matrícula visible. Una camioneta Chevy verde y marrón, a nombre de una mujer de Kingston. Se detuvo en esa. Era un modelo antiguo, de 1980. El

resto de los coches eran más modernos, y volvió atrás hasta la camioneta. —¿Están seguros de que no vieron esta camioneta?

Era menos probable que los coches más nuevos petardearan, a no ser que sus dueños los hubieran modificado para ello. Dudaba que una mujer de cincuenta o sesenta años lo hiciera. Los coches más viejos que necesitaban una puesta a punto eran más propensos a petardear en general, y sobre todo cuando estaban en marcha, en lugar de al arrancar. —¿Es posible —preguntó—, que la mujer aparcara esta camioneta, bajara a la playa, dejara la bolsa de huesos, volviera a su vehículo, saliera del camino de entrada, lo que provocó que el motor petardeara, y luego pasara a toda velocidad junto a ustedes carretera arriba para salir del pueblo?

—Claro —dijo Sarah—. Pero yo no vi esa camioneta.

—Yo tampoco —añadió Benny.

Lucy estaba siguiendo el hilo de pensamiento de Austin. Tecleando y deslizando el dedo por la pantalla de su móvil con furia, les dijo a los adolescentes: —Dennos un segundo.

Ellos se fueron encantados por el sendero que bajaba a la playa.

Antes de que Austin pudiera preguntar qué estaba haciendo, Lucy levantó su móvil. Lo tenía abierto en Facebook y mostraba la foto de una mujer que aparentaba tener cerca de sesenta años. Tenía el pelo rubio ceniza y un rostro huesudo y curtido. Se parecía vagamente al retrato robot de mala calidad que había en la pared de la oficina del sheriff. También tenía un aire a Lorraine D'Antonia: más o menos la misma edad, con el mismo color de pelo y la misma cara delgada y angulosa.

—Trisha Simone —dijo Lucy—. Kingston. La dueña de la camioneta.

Echó a correr hacia los adolescentes, que solo habían avanzado unos treinta metros por el sendero. —¿Podría ser esta la mujer que vieron?

Dijeron «sí» al unísono.

Una sonrisa se dibujó en la cara de Lucy. —No apaguen los móviles. Ninguno de los dos. —Luego se giró hacia Austin—. Vámonos.

PARTE II

LA PERSECUCIÓN

13

Diez minutos más tarde, aparcaron frente a un edificio de apartamentos a unas pocas manzanas del ferri de Kingston. Era de nueva construcción, de cinco plantas, con unos veinte o treinta apartamentos, algunos de los cuales daban al puerto deportivo del pueblo.

Austin abrió la puerta de golpe, listo para salir.

Lucy le puso una mano en el hombro. —Espera aquí. Órdenes de Ridley.

Austin quiso protestar, pero había aceptado mantenerse al margen de cualquier situación que fuera más allá de la investigación, las reuniones y las entrevistas. No era detective, no tenía licencia de investigador privado y el sheriff Daniels había insistido en que firmara media docena de exenciones de responsabilidad solo para actuar como asesor. —Si está ahí…

—Estarás presente en el interrogatorio. Te lo prometo.

El detective Calvin estaba en el hospital cuando Lucy lo llamó. Habían acordado que ella se dirigiera al apartamento mientras él se detenía a conseguir una orden para el piso y la furgoneta de Trisha Simone. Un coche patrulla de la zona se había reunido con ellos en el edificio de apartamentos.

Austin observó desde el coche cómo Lucy salía de un salto y situaba a un agente en la puerta principal, mientras hacía un gesto a

otro para que rodeara el edificio, supuestamente para vigilar la parte trasera. Luego, ella desapareció en el vestíbulo del edificio de apartamentos.

Austin repasó las fotos de los coches que Jimmy le había enviado antes. Eran de baja calidad, pero lo suficientemente buenas como para que se sintiera más seguro que nunca de que la vieja furgoneta de Trisha Simone había petardeado la mañana en que Benny y Sarah encontraron los huesos en la playa. Todos los demás coches eran mucho más nuevos, y ninguno tenía el aspecto de un vehículo que hubiera sido modificado para petardear. Pensó en intentar encontrar a la sospechosa en Facebook como había hecho Lucy, pero no tenía la aplicación en el móvil y no estaba del todo seguro de cómo funcionaba. No es que no viera el valor investigativo de rastrear las redes sociales de la gente, pero en el cuerpo de policía de Nueva York, había trabajado con un compañero que se encargaba de esa parte de las investigaciones.

Escrutó el aparcamiento sin mucho interés, luego levantó la vista hacia las ventanas del edificio de apartamentos y observó al agente de la entrada, que caminaba de un lado a otro frente a la puerta.

Dejando que su mirada volviera a caer sobre el aparcamiento, sus ojos se detuvieron en una furgoneta. Volvió a mirar el documento y luego la furgoneta. No era *una* furgoneta. Era *la* furgoneta. Una Chevy de 1980, marrón y amarilla.

Debería avisar a Lucy, pero Austin había aprendido en la policía de Nueva York que se conseguían muchas más cosas pidiendo perdón que pidiendo permiso.

Salió del coche y cruzó el aparcamiento, sin dejar de mirar hacia el edificio de apartamentos cada pocos pasos. Al acercarse, vio que la camioneta estaba vacía. Aun así, el pulso se le aceleró, su respiración se volvió un poco más agitada, el vello de la nuca se le erizó y notó el inconfundible sabor a cerezas ácidas en la boca. Por mucho que hubiera querido dejar este trabajo, no podía negar que le encantaba la emoción de la caza.

Lucy había decidido subir por las escaleras. La camioneta de Trisha Simone estaba registrada en el apartamento 4A y Lucy supuso que, si los veían a ella y a Austin desde la ventana, podría intentar escapar por las escaleras. Además, Lucy siempre intentaba usar las escaleras; cualquier cosa con tal de cumplir sus diez mil pasos diarios.

Tras subir dos pisos, se preguntó si estaba cometiendo un error. Podría haber dejado al agente en la puerta trasera y haberle pedido que la acompañara. Habría sido más seguro. Después de todo, si Joshua Green estaba en ese apartamento, Trisha haría cualquier cosa por escapar, incluso matarla. Debería haber esperado a los refuerzos, pero ya era demasiado tarde.

Al fin y al cabo, había pocas posibilidades de que saliera pegando tiros. Si es que estaba en casa, que bien podría no estarlo.

Soltó un largo suspiro al pasar por el rellano del tercer piso.

Iba a hacerlo.

Pura emoción. La sensación de que algo grande estaba ocurriendo. Una pieza del puzle que encaja en su sitio.

Austin inspeccionó la caja de la camioneta: vacía, salvo por unas cuantas hojas secas, un poco de gravilla y un vaso de Starbucks vacío.

Miró a través del sucio cristal de la cabina. Más vasos de café vacíos, papel de liar suelto, un par de patatas fritas viejas encajadas entre los asientos y la consola central. Un billete de ferri de hacía unos días, descolorido por el sol, reposaba sobre el polvoriento salpicadero. Si esta era su imitadora, desde luego no lo había copiado todo de Lorraine D'Antonia. Cuando Austin y su equipo la detuvieron, se maravillaron de la impecable perfección de su apartamento, de cómo llevaba el pelo y las uñas perfectos a pesar de que la habían sacado de la cama para arrestarla. Trisha Simone era una desastrada. La cabina parecía oler a pañales mojados, kétchup enmohecido y tabaco. Pero no había pañales a la vista.

Tampoco ropa de bebé, ni una mantita, ni biberones. De hecho, no había ninguna prueba de que un niño hubiera estado recientemente en el coche.

Lucy empezó con un firme *toc-toc-toc*. Esperó, con la oreja pegada a la puerta, escuchando.

Silencio.

Volvió a llamar, esta vez más fuerte, conteniendo la respiración y con la mano cerca de la pistola. *Pum, pum, pum.* Había cerrado algunos casos importantes, pero nunca nada como este. Y nunca se había sentido en verdadero peligro. No había disparado su pistola ni una sola vez estando de servicio.

Desde el otro lado de la puerta, oyó un rasquido, como de uñas sobre un suelo de madera. Se tensó.

Entonces oyó los gañidos agudos de lo que parecía un perro diminuto.

Una puerta se abrió a su espalda y ella se giró en redondo, apartándose a un lado para no darle la espalda a la puerta de Trisha.

Un anciano estaba de pie en el umbral, con el albornoz entreabierto, dejando ver unos calzoncillos tipo bóxer y una camiseta de tirantes blanca. —No está en casa.

Lucy respiró hondo. —¿Quién?

—La porrera. Su perro solo ladra cuando ella no está. Cuando está aquí, es el perro mejor educado que hayas visto. Cuando se va, ese chihuahua es un terrorista.

Le enseñó la placa. —Inspectora Lucy O'Rourke. ¿Sabe cuándo fue la última vez que estuvo aquí?

—Ayer, en algún momento.

Lucy se hizo a un lado para ver mejor la puerta de Trisha, por si acaso. —¿Qué me puede decir de ella?

El chihuahua estaba ya cerca de la puerta, ladrando sin cesar.

—No mucho, es muy suya. No es muy simpática. Supongo que está aquí por la hierba, ¿no? Sé que los jipis de este estado la han

legalizado, pero no tiene permitido fumar dentro. Son las normas del edificio. —Negó con la cabeza—. Se lo dije al dueño. Le da igual.

—Cuando la vio por última vez, ¿iba con un niño?

Se rascó la barba rala. —¿Un niño? ¿Ella? No. No me imagino a nadie que quisiera tener un hijo con ella.

—¿Ha oído alguna vez a un bebé llorar en el apartamento?

Señaló la puerta, donde el chihuahua arañaba y gemía. —No, a no ser que cuentes a ese pequeño demonio.

Austin echó un vistazo furtivo por el aparcamiento y luego probó la puerta del conductor. Cerrada con llave. Podía forzarla sin problemas con una herramienta del coche de Lucy, pero, bueno, no solo sería inadmisible cualquier cosa que encontrara en un futuro juicio, sino que, dado que ahora era un ciudadano de a pie, también sería un delito. Se metió las manos en los bolsillos y recorrió la zona con la mirada. El agente seguía yendo y viniendo junto a la puerta principal. Ni rastro de vida en el interior del edificio.

Al volverse hacia el centro, se fijó en una hilera de gente que bajaba por la acera. Parecía que el ferri había atracado y la gente se dirigía al pueblo.

Una mujer le llamó la atención. Mediría sobre un metro sesenta y cinco, de cara delgada y pelo rubio ceniza. Se agachó junto a la camioneta observándola mientras sorbía café de un vaso blanco. Una brisa fría le rozó la oreja y notó un sabor a especias, a pimienta de Cayena. Adrenalina.

Era Trisha.

Se detuvo al otro lado de la calle del aparcamiento, se llevó una mano a la frente como para protegerse del sol y luego se giró de repente. Había visto al agente que estaba en la entrada.

Su mirada se desvió hacia la camioneta.

Austin se puso de pie.

Al verlo, dejó caer el café, se dio la vuelta y echó a correr.

14

Antes de que Austin pudiera reaccionar, Trisha había echado a correr hacia el oeste. Su reacción inmediata le indicó que era consciente de que la policía podía aparecer, y era más rápida de lo que aparentaba.

Austin la siguió, buscando a tientas el móvil. No llevaba pistola, ni autorización para usarla aunque la hubiera tenido. Pero de ninguna manera iba a perder de vista a esa mujer.

En una calle lateral, giró a la izquierda y desapareció al doblar una esquina. Con la mirada saltando del móvil a la acera que tenía delante, Austin continuó la persecución y la entrevió al girar. Se desplazó por la pantalla buscando el número de Lucy, con el corazón desbocado y los pies martilleando el pavimento como no lo habían hecho en más de un año. Todavía estaba en bastante buena forma, aunque no tanto como en la treintena. Y nunca se perdonaría que lo adelantara una mujer de aspecto frágil que le sacaba quince años.

Por un momento creyó que le estaba ganando terreno, pero entonces se dio cuenta de que solo había reducido la velocidad brevemente para subirse la sudadera, que se le había resbalado por el hombro.

Llamó y Lucy descolgó de inmediato.

—Estoy persiguiendo a la sospechosa —gritó Austin entre jadeos —. En Norman Road. Hacia el sur, en dirección a… —No estaba seguro. Parecía que delante de él había un parque o un bosque.

Entonces vio la señal—. North Kitsap Heritage Park. Creo que va a intentar darme esquinazo allí.

Lucy dijo algo que no consiguió entender y él se guardó el móvil en el bolsillo trasero de los vaqueros sin colgar.

Respirando con dificultad, aceleró el paso. Ahora ella estaba solo a unos cuarenta y cinco metros, pero si conseguía entrar en el frondoso parque, podría ser suficiente para desaparecer.

Forzando las piernas al máximo, clavó la vista en la nuca de ella, intentando atraerla como si fuera un salmón gigante que se revolvía en el sedal en plena bahía. Treinta y cinco metros. Luego treinta. Ahora estaba completamente concentrado, decidido a no perderla de vista.

Estaba a solo veinte metros. Era imposible que pudiera mantener ese ritmo. Él solo tenía que aguantar hasta que ella se desplomara o hasta que Lucy los encontrara.

De repente, se desvió de la acera, zigzagueando entre el tráfico y colándose entre dos coches como si hubiera decidido no ir al parque, que ahora estaba cerca. Austin la siguió, cruzando más despacio y manteniéndose un poco más atrás. Entonces, con la misma rapidez, ella cambió de rumbo, virando de nuevo hacia el lado original de la calle y mirando por encima del hombro.

Los ojos de Austin iban y venían del tráfico a Trisha y de Trisha al tráfico, pero no se fijaron en el escúter que salía disparado de la entrada de un garaje a su derecha.

Trisha llegó al parque, mirando hacia atrás y tropezando cuando la sudadera se le enganchó en la rama de un árbol. Se dio de bruces contra el suelo.

Austin intentó saltar el bordillo, pero el escúter lo golpeó de refilón. Un dolor agudísimo le recorrió la cadera y cayó dando una vuelta, estrellándose contra la acera y haciéndose polvo el hombro. Al levantar la vista, vio a Trisha a cuatro patas, palpando el suelo como si estuviera buscando algo. Se incorporó y cojeó hacia ella.

Ella lo vio, se levantó de un salto y se adentró corriendo en el parque, hasta desaparecer entre un grupo de árboles.

Se desplomó, vencido por el dolor de la cadera, y golpeó la acera con la palma de la mano.

El conductor del escúter, un adolescente con la cara llena de granos, se había detenido. —Señor, lo siento muchísimo. Yo iba..., usted estaba... ¡Oh, no!

—Estoy bien —dijo Austin, incorporándose y sacudiéndose el polvo—. No ha sido culpa tuya, chaval.

Entonces, cayó en la cuenta de algo. ¿Qué había estado buscando ella entre las hojas?

Cojeando, se acercó al punto donde ella se había caído. El suelo era una mezcla de hojas húmedas en descomposición y otras más secas, caídas hacía poco. Las removió con el pie, buscando algo. La puntera del zapato topó con algo duro. Se arrodilló.

Allí, entre las hojas, con la pantalla de cristal rota y la carcasa mugrienta, había un iPhone.

Se iluminó al pulsar el botón de inicio. Él no podría reventar la contraseña, pero alguien sí podría.

Le había tocado el gordo. Tenía el móvil de la principal sospechosa.

15

Una hora más tarde, Austin estaba sentado en el bordillo, delante del edificio de apartamentos, mientras una sanitaria le vendaba un corte que tenía justo encima de la cadera derecha. —Te va a salir un moratón tremendo —dijo ella—. Pero estarás bien.

Austin se estremeció cuando ella le aseguró el vendaje con esparadrapo.

Cuando terminó, le dio una palmadita en la espalda. —El corte no es muy profundo. Has tenido suerte de que fuera un escúter y no un coche.

Austin asintió. —Gracias. Procuro esquivar los vehículos de más de un cuarto de tonelada.

La sanitaria frunció el ceño. Por lo visto, no le gustaban las bromas sobre ser atropellado, pero para él el humor era la mejor manera de distraerse de las punzadas rítmicas de dolor que le bajaban por la pierna desde la cadera.

—Lo siento —dijo él—. Un mal chiste. Gracias.

Ella volvió a fruncir el ceño y regresó a la ambulancia.

Sacó el móvil de Trisha Simone y la pantalla se iluminó con las notificaciones que ella había recibido. La primera era un mensaje de una mujer llamada Mary:

¿Qué tal está Itsy? Dale besitos de mi parte.

Una notificación de un banco local:

Alerta de saldo bajo, cuenta 111450892: 36,55 $ restantes.

Mientras lo sostenía, el móvil vibró en su mano:

Notificación de TaskRabbit: Nueva tarea disponible en Seattle. 60 $.

No había oído hablar de TaskRabbit en su vida, pero era algo que investigar cuando volvieran a la oficina.

Lucy entró en el aparcamiento. Austin levantó la vista expectante mientras ella aparcaba y se bajaba del coche, pero ya estaba negando con la cabeza. —Se ha esfumado.

—Joder. —Ella y los dos agentes que vigilaban las puertas habían llegado justo después de que él encontrara el móvil. Se habían desplegado por el parque, pero era enorme, ochocientos acres de senderos, pistas forestales y un bosque denso. Austin había pensado que la encontrarían. Se alegraba de haber conseguido el móvil, pero le avergonzaba que se le hubiera escapado corriendo. Se dijo a sí mismo que tenía que volver a salir a correr en cuanto terminara con este caso.

Lucy se detuvo ante él. —Tenemos a tres agentes buscándola, pero Sherlock ha vuelto con la orden judicial. Vamos a registrar el sitio.

—¿Cuánto se tardará en acceder a esto? —dijo mientras sostenía el móvil en alto.

—¡Joder! ¿Es ese...? —Le arrebató el teléfono—. —Se tardará más en conseguir una orden judicial para esto. Y Apple…, bueno, su cooperación es impredecible. Samantha puede darnos acceso, pero tardará un poco.

—¿Un poco? Pensaba que tardaría unos días.

—Es una forma de hablar. De verdad que no sales mucho, ¿eh?

Él la ignoró. —¿Puedo subir a…?

—No.

—¿Me mantendrás informado? —Se levantó la camisa, mostrando el vendaje—. —Ya estoy metido en el ajo.

Ella sonrió. —Con todo detalle. Y buen trabajo con esto. Si no hubieras estado ahí, habría cogido su camioneta y desaparecido.

Lucy fue la primera en entrar en el apartamento. La puerta daba a una pequeña cocina, que conducía a un salón con un sofá, una mesita y una cinta de correr demasiado grande para el espacio. Pasando el salón había un cuarto de baño mugriento y un dormitorio. El lugar era un caos, abarrotado con demasiadas cosas para los apenas sesenta metros cuadrados y necesitado de una limpieza a fondo.

La perra era una de las más pequeñas —y más monas, y más ruidosas— que Lucy había visto nunca. Tenía una escayola en la pata delantera izquierda, que era más o menos del tamaño de la pierna de una muñeca Barbie. Era un montoncito tembloroso arrinconado en una esquina de la cocina y sus ladridos habían pasado de un sonido tipo «guau, guau, guau» a un más agudo «ay, ay, ay», como si le estuvieran rompiendo la pata de nuevo. Lucy cogió a la perra y esta dejó de ladrar de inmediato y se puso a lamerle cualquier parte de su cuerpo que tuviera al alcance. Un gesto cariñoso, pero desesperado. A juzgar por el collar, se llamaba Itsy-Bitsy.

Fotos de la cosita adornaban la nevera, el baño y el dormitorio. Enmarcadas, sin enmarcar, vestida y al natural, parecía que a la sospechosa le importaba más esta perra que cualquier otra cosa en el mundo. Sobre el sofá, un montón de facturas estaban marcadas en rojo con avisos de *Último Aviso*, y también había una solicitud a medio rellenar de un plan de pago para una factura veterinaria que indicaba que debía 6000 dólares por la operación de la pata de Itsy-Bitsy.

Escondido bajo las mantas en la cama, Lucy encontró un ordenador portátil plateado. Combinado con el móvil, ahora tenían acceso a toda la vida digital de Trisha Simone. A menos que supiera de informática forense —algo que muy poca gente de su edad sabía —, podrían reconstruir gran parte de su vida. Lucy lo guardó con cuidado en una bolsa de pruebas y le pidió a Ridley que se pusiera con las órdenes judiciales.

Encontraron varios pares de zapatos de la talla ocho y, al cabo de cinco minutos, Ridley volvió del dormitorio sosteniendo una zapatilla de deporte en su mano enguantada.

—Adidas, talla 8.

—¡Bingo! —Era la misma talla y marca de la huella encontrada en la moqueta de la habitación de Joshua Green. Un hallazgo cojonudo, pero Lucy no lograba quitarse una idea molesta de la cabeza—. Me pregunto: ¿te imaginas a alguien que quiera tanto a su perro matando a un bebé? ¿Hirviéndolo y escribiendo un poema en sus huesos?

Ridley metió la zapatilla en una bolsa de pruebas.

—Algunos asesinos en serie muestran tendencias tempranas haciendo daño a animales. Otros adoran a los animales. Sus asesinatos provienen de un lugar completamente diferente. Algunos de los peores asesinos son asquerosamente sentimentales con ciertas cosas. —Etiquetó la bolsa y la añadió a la caja de pruebas que se llevarían del apartamento—. Un colega mío del este de Washington detuvo a un violador en serie que regentaba uno de los mejores zoos interactivos del estado. Según todo el mundo, trataba a los animales como reyes durante el día y a las mujeres como si fueran de su propiedad durante la noche. Está cumpliendo cadena perpetua ahora mismo. Se hizo vegano en la cárcel. —Negó con la cabeza—. Es imposible saberlo.

Lucy lo consideró.

—Puede, pero…

—¡Lucy! —El agente Johnson, a quien había apostado junto a la puerta principal antes, estaba de pie al lado del sofá. Lucy se giró para verlo sosteniendo una bolsa de casi cuatro litros llena de marihuana—. ¿Intención de distribuir?

—Bingo —dijo ella—. No hay pruebas de ningún bebé aquí, pero esto es suficiente para detenerla y retenerla. —Se volvió hacia Ridley —. Jefe, ¿crees que tiene al crío en otro sitio?

—El cuenco del agua del perro está casi lleno. Así que ha estado aquí en el último día o dos.

—El vecino del otro lado del pasillo con el que he hablado ha dicho que cree que estuvo aquí ayer.

—Mmm. —Ridley se pasó una mano por la calva—. Tenemos suficiente para retenerla, suponiendo que la localicemos. Pero...

—¿Qué? —preguntó Lucy cuando él se quedó callado.

—No lo sé. Se parece un poco a la Carnicera de Bebés. Sabemos que es probable que sea ella la que dejó los huesos en la playa. ¿Pero por qué iba a seguir volviendo a su apartamento cuando tiene a un bebé escondido en otro sitio?

Lucy señaló una foto enmarcada de Itsy-Bitsy, lamiendo un vaso de Starbucks lleno de nata montada. —Lo llaman «puppachino». Adora a este perro hasta la locura.

Ridley frunció el ceño. —Vale, entonces, ¿por qué no se ha llevado al perro con ella?

Lucy se encogió de hombros. —Podría haber un montón de razones, pero, jefe, este es un *buen* día. Tenemos a nuestra mujer. La furgoneta, los testigos, la huida de la policía, una bolsa de hierba del tamaño de un ferri. Es nuestra mujer. Y nuestros chicos la van a encontrar ahí fuera. Solo estoy esperando a que el móvil me vibre con las buenas noticias.

Austin se estaba impacientando. Estaba totalmente metido en el caso y quería estar dentro, ejecutando la orden judicial. Al otro lado del camino de entrada, otro equipo estaba inspeccionando la furgoneta, buscando huellas y catalogando los diversos restos de basura que había en su interior.

—*¡Corre, Forrest, corre!* —Reconoció la voz de la mujer a su espalda. Al girarse, vio a Anna Downey.

—¿Me estás acosando? —preguntó él.

—¿No me digas que tampoco pillas esa referencia?

—Hasta *yo* he visto esa película —dijo Austin—. ¿No deberías estar por ahí, hurgando en la basura de la gente o buscando titulares morbosos?

Se rio.

—Espera —dijo Austin—. ¿Cómo sabías que estaba corriendo? ¿Y quién te ha avisado de...?

—Has pasado corriendo por delante de mi casa, literalmente. —Señaló calle abajo—. La casucha blanca de la valla de estacas rota. Como la casa de Dorothy *después* del tornado.

Austin se encogió de hombros. Esa referencia no la había pillado.

Anna fingió un respingo, se quitó las gafas de sol y se sentó a su lado. Puso una voz de reportera muy exagerada. —Señor Austin, soy Anna Downey, para *Kingston News at Five*. La gente necesita saber, ¿usted *tuvo* infancia? ¿O vino al mundo ya convertido en un detective hastiado de cuarenta y tantos?

Él sonrió. —Lo segundo.

Ya con su voz normal, añadió: —Es de *El mago de Oz*.

Sabía que una buena parte de su generación hablaba con referencias de películas y series, pero lo de Anna estaba a otro nivel. —Ah, sí. Recuerdo que esa bruja me aterrorizaba de pequeño. Debí de haberlo bloqueado.

—Menos mal. —Se pasó una mano por la frente—. Empezaba a pensar que habías nacido antes de que se inventaran la televisión y los libros.

Él se rio entre dientes. —Qué graciosa. Y oye, antes de que preguntes, no puedo hacer comentarios sobre lo que ha pasado aquí.

—No te preocupes, ya me lo ha contado otra persona. —Estiró las piernas frente a ella.

Austin no pudo evitar fijarse en que llevaba unas zapatillas de correr Adidas. —¿Qué número calzas?

—Un cuarenta y uno y medio. ¿Por?

Se recostó. Ella era alta y sus pies eran decididamente grandes. —La costumbre es una segunda naturaleza. No puedo desconectar.

Sacó una libreta fina del bolsillo. —¿Estás diciendo que uno de tus sospechosos tiene este tipo de zapato?

Él apretó los labios con fuerza.

—Entonces déjame preguntarte otra cosa —dijo Anna—. Perseguías a esa mujer a una velocidad de la leche para ser un tipo que no cree que el mundo tenga salvación.

Austin frunció el ceño. —Eso no ha sido una pregunta.

—Más bien una observación. ¿Quieres comentar algo al respecto? —Ladeó la cabeza y su mirada se suavizó—. No es para un artículo. Solo por curiosidad.

—Como ya te he dicho, las viejas costumbres nunca mueren.

Ella se lo pensó y luego ladeó la cabeza hacia el otro lado como si accionara un interruptor. —He venido para hablar con Ridley, pero te lo preguntaré a ti primero. ¿Alguna idea sobre el hecho de que Joshua Green y Allie Shreever nacieran en el mismo hospital? Por lo que sé, es la única conexión entre los dos. Y hay algo más. Dos enfermeras de la maternidad no han aparecido por sus turnos habituales esta semana.

Ridley todavía no le había puesto al día sobre lo que había averiguado en el hospital, pero tuvo que suponer que, si Anna lo sabía, él también. —Podría haber muchas razones para eso.

—Claro, pero es interesante.

—Estoy seguro de que el detective Calvin te dirá todo lo que quiera decirte.

Ella sonrió con suficiencia. —Vaya, qué soso eres, ¿no?

Se levantó y le entregó una tarjeta de visita.

Austin se la guardó en el bolsillo. —Ya me has dado una de estas.

—Lo sé. Supongo que la tiraste.

—No la he tirado.

Se dirigió hacia el edificio de apartamentos, girándose lo justo para gritar: —Entonces aún nos queda esperanza.

16

De vuelta en la oficina, Austin estaba sentado a solas en la sala de reuniones, con la mirada fija en la foto de Joshua Green pegada en la pared. El niño desaparecido tenía la cara regordeta, la piel sonrosada y unos pocos mechones de pelo castaño. Era adorable, como lo son la mayoría de los bebés: mono e inocente, aún sin rasgos muy marcados, una monada genérica que le recordaba a los bebés de los anuncios de comida infantil.

La semana antes de morir, Fiona le había dicho que estaba lista para tener hijos. Él llevaba años queriendo ser padre y habían esperado mucho tiempo, prefiriendo centrarse en sus carreras. Fiona tenía treinta y nueve años cuando murió e iba camino de convertirse en la fiscal del distrito de Manhattan. A partir de ahí, el cielo era el límite. A Austin no le habría sorprendido que hubiera acabado de gobernadora de Nueva York o de fiscal general de los Estados Unidos. Así era de inteligente, de astuta y de buena en su trabajo. Pero había decidido tomarse un año sabático, quizá dos, para tener un hijo. Quería ser tan buena en eso como en todo lo demás. Además, siempre había hablado de escribir novelas policíacas y se había sumergido de lleno en la fantasía de una nueva vida. —Tú puedes seguir luchando contra el crimen —había dicho ella—. Yo seré madre y *escribiré* sobre el crimen. Si eso no funciona, la fiscalía del distrito siempre estará ahí para mí. En un arrebato de nostalgia

retro, incluso se había comprado una máquina de escribir Olivetti Lettera amarilla de los años setenta. Austin la había picado diciéndole que se suponía que *él* era el ludita de la familia, pero ella había insistido en que iba a escribir una novela entera con esa cosa. Ahora reposaba sobre un pequeño escritorio de persiana en un rincón de su salón, con una sola hoja de papel y los primeros párrafos de lo que iba a ser su novela.

Mucha gente hablaba de *tenerlo todo*: el trabajo, la faceta creativa, la vida familiar. Ella era de las que podrían haberlo conseguido. Habían tenido algunos baches en los primeros años de su matrimonio, pero los cinco años anteriores a su muerte habían sido mejores de lo que él creía posible. Austin la admiraba profundamente y estaba feliz de acompañarla en el viaje. Había pasado un año y todavía no podía creer que todo lo que le quedaba de ella fuera una placa, una máquina de escribir y sus recuerdos.

La puerta se abrió de golpe y entró el detective Calvin, seguido de Lucy y, por último, de Jimmy, que dejó la puerta abierta tras de sí.

—Buen trabajo con ese teléfono —dijo Ridley—. El sheriff está cabreado con los dos, pero joder, es una captura cojonuda. —Puso la voz más aguda y un poco gangosa, agitando los brazos al azar—. ¡Detective Calvin, NO me vuelva a soltar a ese vaquero de Nueva York por Kingston!

—Ni siquiera llevo pistola —dijo Austin, cortando las risas—. En fin, solo me jode no haberla alcanzado.

El diminuto chihuahua irrumpió por la puerta como una rata que escapa de su jaula, corriendo a toda velocidad a pesar de que apenas apoyaba la pata rota. Miró a su alrededor con nerviosismo y luego corrió hacia Jimmy, que se agachó y la recogió en sus manos mientras ella intentaba saltar a su regazo. —Ay, Itsy-Bitsy, ¿quién es una perrita buena?

Junto a las manos carnosas y los bíceps abultados de Jimmy, Itsy parecía aún más pequeña. Se enroscó como una bola y se acurrucó en su regazo.

—Estamos esperando a Control de Animales —dijo Ridley—. La retendrán hasta que localicemos a Trisha.

—Si acaba en la perrera —le dijo Lucy a Jimmy—, deberías quedártela tú.

—¿Te gustan los tíos con cachorros?

—Tiene tres años. No es un cachorro.

—Es tan pequeña como un cachorro.

Lucy suspiró. —Y tú eres tan listo como uno.

Jimmy frunció el ceño.

—La verdad, retiro lo dicho. —Lucy ladeó la cabeza—. No querría insultar así a los cachorros.

Jimmy acarició a Itsy con suavidad y esta se puso panza arriba, con los ojos cerrados. Austin echaba de menos a Run.

Ridley golpeó la pizarra con los nudillos. —¿Podemos volver al tema? —continuó sin esperar respuesta—. El caso es este: todos los coches disponibles del condado están buscando a Trisha. Estamos vigilando su móvil, con la esperanza de que alguna notificación nos dé una pista. Estamos investigando TaskRabbit… Por lo visto, son una… Bueno, Jimmy, explícalo tú.

Jimmy le pasó a Itsy a Lucy y tecleó en su móvil. Un instante después, la pantalla del televisor se encendió y apareció una página web. *TaskRabbit* estaba escrito en grandes letras plateadas y rojas, y debajo había fotos de gente con aspecto feliz que miraba el móvil.

—Esta es su página de inicio —dijo Jimmy—. Básicamente, es una aplicación donde te apuntas para hacer trabajillos esporádicos, algo así como Uber, pero para tareas. Te registras, te verifican y luego te notifican las tareas que hay que hacer en tu zona. Como 40 dólares por llevar un sobre de un lado a otro de la ciudad. U 80 por esperar al técnico del cable desde el mediodía hasta las cuatro. O 15 por sacar a un perro a pasear media hora. Todo el que la usa tiene que enseñar el carné de conducir, y la gente recibe valoraciones, para que los usuarios sepan en quién confiar. —Pasó a otra página con un toque—. Este es su perfil. Trisha Simone.

Austin vio una foto de la mujer a la que había perseguido por Kingston. En la foto, llevaba el pelo recogido en una coleta y estaba bastante maquillada. Su sonrisa revelaba unos dientes torcidos y amarillentos, pero tenía un aspecto lo suficientemente simpático y

profesional. Su ubicación figuraba como «condados de Kitsap y King».

—No tenemos ninguna dirección suya en el condado de King —dijo Jimmy—. Supongo que simplemente cogía el ferri para ir allí a hacer recados de vez en cuando.

—¿Y estamos en contacto con la aplicación? —preguntó Austin.

—Sí —dijo Ridley—. Nos han confirmado que tiene una cuenta y que hace trabajos para ellos. Han confirmado su nombre y todo eso. Cuando llegó el momento de pedirles una lista de los trabajos que había hecho, de sus clientes, se cerraron en banda y dijeron que tenían que consultarlo con sus abogados. Ya sabes, «para proteger la privacidad de sus valiosos clientes».

Austin suspiró. —Este podría ser un buen momento para involucrar al FBI. En Nueva York, cuando teníamos casos de secuestro, a veces nos coordinábamos con el FBI para que las cosas se movieran. Tres tipos con traje oscuro intimidan más que un puñado de agentes locales.

—Oye —dijo Lucy, acariciando al perro—, yo puedo ser intimidante. Sí, sí, sí… ¿verdad que sí, pequeñín, verdad que sí? Somos *muy* intimidantes.

—Sin ofender —dijo Austin.

Ridley dio unos golpecitos con un rotulador en la pizarra blanca. —Hablaré con el sheriff Daniels sobre eso. Hay más sobre Trisha. Tiene antecedentes. Posesión de marihuana, de cuando era ilegal. Robó un coche en los noventa. —Dejó el rotulador y lanzó una carpeta sobre la mesa que había entre ellos.

Austin empezó a rebuscar en la carpeta, que contenía sus antecedentes penales. —Eso dista mucho de robar bebés.

Ridley asintió. —Tenemos que mantener la mente abierta en esto. El hecho de que dejara los huesos en la playa y se parezca un poco a Lorraine D'Antonia es demasiada coincidencia, pero todavía no sabemos de qué va todo esto.

Una joven asomó la cabeza por la puerta. —Hay un nuevo mensaje en el teléfono. He pensado que querríais verlo. —Tenía una cara redonda y simpática, el pelo negro y liso y un tatuaje de caligrafía china que le subía por el antebrazo. Por su aspecto, podría

tener solo veinte años. Al igual que Lucy, su piel era bastante pálida, como si ni siquiera saliera al poco sol que ofrecía la zona.

Ridley hizo un gesto con la mano en su dirección. —Austin, esta es Samantha. Nuestra becaria de informática. Lleva nuestras redes sociales y ayuda con las cosas que hasta a Jimmy se le escapan por la edad. Samantha, Austin es…

—Lo sé —dijo ella con una sonrisa triste—. Siento lo de su mujer.

—¿Cómo lo…? —se interrumpió a media frase—. ¿Google?

Ella asintió. —Hago una búsqueda rápida de todo el mundo antes de conocerlo. Empecé a hacerlo con mis citas y, bueno, ahora me gusta estar preparada.

Jimmy dijo: —Es una estudiante de matrícula de honor en criminología en el Olympic College. Me ha enseñado la mitad de lo que sé de tecnología.

Samantha sonrió. —Tres cuartas partes. Y, en realidad, estudio ciencias forenses con una especialización de diseño propio en análisis forense digital. —Se percató de la mirada perdida de Austin —. ¿Análisis forense digital? Todo el mundo sabe que la gente deja pistas con su actividad en internet, ¿no? Publicaciones de Facebook, etiquetas de ubicación si son lo bastante estúpidos como para dejarlas activadas mientras cometen un delito. Pero para lo bueno de verdad necesitas acceder a su móvil u ordenador. Correos, búsquedas en Google, y todo eso. Yo me especializo en conseguir lo bueno *antes* de que consigamos las órdenes para sus móviles y ordenadores.

—¿Piratería informática? —preguntó Austin.

Ella negó con la cabeza. —Eso es ilegal. Todo lo que hago es cien por cien legal. Usar IA para peinar archivos y bases de datos de internet. Tendencias en transacciones públicas de *blockchain*, *software* de reconocimiento facial y de matrículas en fotografías públicas. Te sorprendería la cantidad de pruebas que la gente revela en el fondo de sus selfis de Instagram. Y, por supuesto, cuando conseguimos entrar en un móvil, entonces se lía parda.

Austin sentía cómo envejecía en tiempo real. Por mucho que quisiera creer que sus métodos de la vieja escuela eran superiores,

era difícil negar que gente como Samantha era crucial para el futuro de las investigaciones. —Encantado de conocerte.

—Entonces, ¿qué tienes? —preguntó Ridley.

Samantha levantó el móvil de Trisha. —Una nueva notificación.

—Dame buenas noticias —dijo Austin.

—Nada del otro mundo, pero es interesante. Un mensaje de alguien llamado David: *¿Cómo está Itsy? Me muero de ganas de verla. Mañana a las 5 de la tarde. En el muelle de Kingston.* Sonaba un poco en clave. He buscado todas las palabras en clave para la marihuana y nadie la ha llamado nunca *Itsy*, o al menos no que yo haya encontrado. Se me ocurrió que quizá Itsy fuera el nombre en clave de Trisha.

Jimmy se cubrió la cara con las manos.

Lucy se rio a carcajadas. —Supongo que deberíamos habértelo contado. —Levantó a la perra—. Te presento a Itsy.

Samantha se quedó mirando el teléfono. —*Eso* tiene mucho más sentido. Bueno, yo vuelvo a mi mazmorra.

—En el muelle de Kingston mañana a las cinco —dijo Ridley cuando Samantha se marchó—. Mandaremos a alguien, aunque dudo que ella aparezca. Quizá este tal David sí lo haga.

Jimmy dijo: —Tengo algo más. —La pantalla del televisor cambió para mostrar un artículo del *Seattle Times* de hacía tres meses—. He estado haciendo una serie de búsquedas, peinando internet en busca de cualquier novedad sobre la Carnicera de Bebés. En el último año, ha habido varias menciones sobre ella en artículos acerca de la agencia que gestionó su adopción cuando era un bebé.

El titular en la pantalla rezaba: «La agencia de adopción Johnson Hill, demandada por colocaciones inapropiadas y fraude».

Ridley dijo: —¿Adónde quieres llegar, Jimmy? Lorraine D'Antonia está entre rejas. Agradezco tu rigurosidad, ¿pero qué más da si su agencia de adopción está siendo demandada por alguna mierda turbia de hace sesenta años?

—Bueno, el artículo dice que dos familias los están demandando por prometer colocar a los niños con familias pudientes, pero abandonarlos en la pobreza. Algo sobre cobrar dinero del estado.

Austin tamborileaba con el pie, impaciente. —¿Alguna conexión con Lorraine o sus padres biológicos o adoptivos?

—No —admitió Jimmy—. Pero te digo una cosa, a veces los algoritmos saben más de lo que pasa que nosotros.

—Sigue con ello —dijo Ridley—. Pero nuestra prioridad es entrar en ese teléfono.

Itsy se incorporó de repente y soltó un gañido, como si se despertara de una pesadilla.

—Parece que no quiere que miremos ese móvil —dijo Lucy.

—Por suerte para nosotros —dijo Ridley—, la decisión es de un juez, no de un perro. Mañana tendré noticias. Las órdenes para registrar móviles son difíciles de conseguir, pero la conseguiré.

Entró la mujer que trabajaba en recepción. —El sheriff Daniels quiere verle —le dijo a Ridley. Se volvió hacia Austin—. Y a usted.

—¿Cómo está? —preguntó Ridley.

Ella sonrió. —Nunca diría nada malo de mi jefe a sus espaldas, pero si tienen chalecos de kevlar, yo me los pondría para la reunión.

17

—¿Pero qué demonios han hecho ustedes? —El sheriff Daniels se puso en pie cuando entraron, haciendo aspavientos como si apartara telarañas de una puerta.

Austin procuró mantenerse un paso por detrás de Ridley. Cuando Ridley se sentó, él cogió la silla de al lado.

Daniels permaneció de pie, con la boca abierta, y luego se sentó lentamente, alternando la mirada entre Austin y Ridley.

—No estoy seguro de a qué se refiere, sheriff. —dijo Ridley.

—He recibido llamadas de dos comerciantes distintos de Kingston que dicen que ha habido una especie de persecución. ¿Y *no* han atrapado al sospechoso?

—Yo puedo aclarar eso —dijo Austin. Había conocido a tipos duros. Tipos *verdaderamente* duros. El sheriff Daniels era un matón, un hombre inseguro que había ascendido por incompetencia y tenía que compensar el hecho de ser el más tonto de la sala haciendo valer su autoridad sobre los demás. Ya había estado a las órdenes de un tipo así una vez, y había aprendido que la mejor manera de tratarlos era con cordialidad, pero sin disculparse. Le gustara o no, Daniels podía apartarlo del caso, y Austin no quería que eso ocurriera.

—Ya le tocará a usted en un minuto, pero primero… —deslizó una hoja impresa por la mesa hacia Ridley.

Austin se inclinó para leerla con él. Era un artículo del *Kitsap Union*, de Anna Downey. El titular decía: *Posibles conexiones advertidas entre los recientes secuestros.*

Daniels arrugó un papel ruidosamente. Tenía su propia copia. —Les diré lo que dice. —Su voz era un staccato furioso, como si se estuviera comiendo el último diez por ciento de cada palabra—. «A pesar de que la policía asegura que aún no se ha encontrado ninguna conexión entre los recientes secuestros en el condado de Kitsap —el primero de los cuales terminó con la trágica muerte de Allie Shreever—, el *Union* ha podido saber que ambos bebés nacieron en la maternidad del hospital St. Michael, con solo dos semanas de diferencia. Además, el *Union* ha averiguado que dos enfermeras, que podrían haber estado presentes durante los turnos que coincidieron con las víctimas, han desaparecido en los últimos días».

—Espere, espere, espere —dijo Ridley—. Se han ausentado de sus turnos. No «han desaparecido».

Daniels golpeó la mesa con el periódico. —¿Cómo es que me entero de esto por un periódico local de una reportera que trabaja a tiempo parcial, y no por el detective principal del caso?

Ridley dejó escapar un suspiro largo y lento. —Mire, estaba en el hospital, interrogando al personal administrativo y consiguiendo las grabaciones de vigilancia cuando localizamos a nuestra principal sospechosa. Iba a ponerme con ello justo después de esta reunión.

Daniels y Ridley se quedaron mirando el uno al otro en silencio durante más tiempo del necesario.

—De acuerdo —dijo Daniels por fin, volviéndose hacia Austin—. ¿No le dije que *nada de chulerías*?

Con la voz más neutra que pudo lograr, Austin dijo: —Nunca he montado a caballo, señor.

Ridley se rio, pero Daniels no estaba para bromas. —Le dije que siguiera las reglas, firmó unos documentos en los que decía que no se pondría en peligro. Si consigue que le maten, ¿sabe en qué lugar me dejaría eso a mí?

Austin le sostuvo la mirada. Los ojos de Daniels estaban húmedos e inyectados en sangre, como si se hubiera pasado toda la

noche bebiendo. —Es agradable saber que se preocupa por mí.

—Su sarcasmo neoyorquino aquí no cuela, Austin. Estoy por rescindirle el contrato.

—Lo necesito —se apresuró a decir Ridley.

Por mucho que Austin quisiera mandar a Daniels a la mierda, quería ver cómo terminaba todo aquello. Y, más aún, se lo debía a Ridley, Lucy y Jimmy. Ahora estaban juntos en esto.

Austin intentó sonar conciliador. —Sheriff Daniels, *mire*. —Levantó ambas manos en un gesto de *«me rindo»*. —Vi a la sospechosa y tomé la decisión impulsiva de perseguirla. Se lo comuniqué al detective O'Rourke de inmediato y en ningún momento estuve en peligro.

—Le atropellaron.

Austin se dio una palmada en la cadera. —Es solo un rasguño. —Pensó un momento y luego adoptó un tono tan suave que probablemente sonó condescendiente—. Intentaré tener cuidado. Seguiré las reglas. Pero hay algo que debería saber sobre mí, sheriff Daniels.

Daniels jugueteaba con un pisapapeles de bola de nieve que tenía en su mesa. —¿Y qué es, Nueva York?

Austin se puso de pie y esperó a que Daniels levantara la vista. Se inclinó hacia él, mirándolo a los ojos. —Si tengo la oportunidad de perseguir a una sospechosa que creo que es una psicópata que ha asesinado a un bebé, las reglas me importan un bledo. Cuando hay vidas en peligro, las reglas las pongo yo.

Daniels se levantó, señalando el pecho de Austin con un dedo. —Es usted un gilipollas arrogante.

—Puede ser —dijo Austin—. Pero esa es mi forma de trabajar. Si no le parece bien, ya me marcho. Tengo que atender una cafetería. Y un ultramarinos. Y una tienda de cebos.

Le echó un vistazo a Ridley y luego volvió a mirar a Daniels, que parecía estar pensándoselo. Austin apostaría a que cedería, como suelen hacer los matones cuando se les planta cara.

Daniels se sentó pesadamente. —Puede quedarse. Por ahora. Ridley, mantén a raya a tu vaquero de Nueva York, ¿vale?

Ridley asintió, se levantó y se dirigió a la puerta. —Antes de que se me olvide, jefe, ¿puede pedirle a sus contactos del FBI que presionen a una aplicación llamada TaskRabbit? Buscamos una lista de los trabajos, con sus detalles, que realizó Trisha Simone en los últimos tres meses.

—Lo haré —dijo Daniels—. Pero eso solo les dará más motivos para apartarnos del caso. Iba a decírtelo, el grupo de trabajo del FBI del caso D'Antonia, junto con una unidad de la policía de Seattle y… —señaló a Austin con el pulgar—, incluso uno de *sus* antiguos compañeros de la policía de Nueva York, van a reunirse mañana. Videollamada segura.

—¿Para qué? —preguntó Ridley.

—Para hablar del caso. El FBI nos está ayudando con el análisis forense de la casa de los Green. Nada por ahora. Me han asegurado que no van a meter las narices, pero si no conseguimos algo pronto, no puedo justificar que mantengamos el caso a nivel local. No creo que haga falta que te lo diga, Rid, pero este es *el caso*. Para mí, para ti, para nuestro departamento. Puede que pienses que soy un gilipollas, pero ambos podemos estar de acuerdo en que las próximas cuarenta y ocho horas serán decisivas para nuestra pequeña comisaría.

Ridley tragó saliva. —Recibido, jefe.

Hasta Austin tuvo que admitirlo. Daniels era un cabrón, de eso no cabía duda, pero quería resolver aquello tanto como cualquiera, aunque solo fuera por puro interés. El caso ya estaba recibiendo atención a nivel nacional y, ahora que Anna Downey había planteado la posibilidad de una conexión entre los dos secuestros, esta no haría más que aumentar. Y si alguien filtraba detalles sobre cómo se habían encontrado los huesos —la bolsa de regalo de Acción de Gracias—, todos los medios de comunicación nacionales se abalanzarían sobre el condado de Kitsap.

Austin se detuvo en la puerta. —Recibido, sheriff Daniels. No se preocupe. Mantenga al FBI a raya un par de días más y le prometo que encontraremos a Joshua.

18

Austin dio una palmada para llamar la atención de todos. —¡La regla de los tercios! —Se había colocado al frente de la sala, de pie ante la gran pizarra blanca, y se pasaba un rotulador de una mano a otra.

Lucy, Jimmy, Ridley y Samantha estaban sentados alrededor de la mesa de reuniones, cada uno tomando su bebida con cafeína preferida.

—Las estadísticas básicas en secuestros por desconocidos —continuó Austin—. Un tercio de los niños nunca aparecen, un tercio aparecen muertos y un tercio, vivos. De los que se encuentran con vida, la inmensa mayoría son hallados en las primeras setenta y dos horas. —Echó un vistazo a su reloj—. Son las seis de la tarde del 22 de diciembre. A Joshua Green lo secuestraron hace unas catorce horas. Si su secuestrador sigue el mismo plazo que con Allie Shreever, tenemos unas cuarenta y ocho horas. Si el secuestrador sigue el patrón de la mayoría de los secuestros por desconocidos, tenemos cuarenta y ocho horas. Y, a juzgar por lo que el sheriff de Nottingham nos acaba de soltar, tenemos cuarenta y ocho horas, posiblemente menos, antes de que le permita al FBI ponerse al frente del caso. No es ninguna vergüenza recibir ayuda de los federales, pero Daniels ha dicho una cosa en la que he estado de acuerdo. Este es *el* caso. Podría ser el caso más importante en el que trabajéis en vuestra vida. No lo deis por sentado. —Paseó la

mirada de Lucy a Jimmy, de Ridley a Samantha—. Estoy firmemente convencido de que los cinco somos los que tenemos más posibilidades de traer a Joshua a casa. Si el FBI llega dentro de dos días, lo más probable es que… —bajó la voz—… lo más probable es que Joshua Green ya esté muerto.

—De acuerdo —dijo Ridley.

—Pues a por ello —añadió Jimmy—. ¿Cómo va lo de la orden para los teléfonos?

—El juez ha estado en el juzgado todo el día —dijo Ridley—. Deberíamos tenerla para esta noche. No sé vosotros cuatro, pero yo no me voy a casa.

Jimmy levantó una bolsa de plástico del supermercado, que sonó al agitarla. —Red Bull. Café infusionado en frío. Monster Energy. Hasta los chicles tienen cafeína. Suficiente para todos.

—Yo me quedo con el café —dijo Austin—. Lo importante es que localicemos a Trisha. Estoy convencido de que nos llevará hasta Joshua, o hasta la persona que lo tiene.

Ridley se levantó y escribió dos nombres en la pizarra blanca. *Myrian Brightstone* y *Mary Bonner*. —Estas son las dos enfermeras que no se han presentado a sus turnos. Estoy en la junta directiva con el administrador del hospital. He hablado con él personalmente. Ninguna de estas enfermeras tiene ni una sola mancha en su expediente. Me ha dicho que a Brightstone le va la marcha, pero que no deja que afecte a su trabajo. Ambas han llamado para decir que estaban enfermas. No son 'desapariciones' como a algunos periodistas les gustaría que la gente creyera.

Jimmy abrió un Red Bull. —Aun así. Es interesante, ¿no? —Le dio un trago largo, chasqueando los labios en dirección a Lucy.

—¿Cómo puedes beberte esa porquería? —preguntó Lucy.

Él levantó la lata. —Sin azúcar.

Ignorándolos, Ridley dijo: —Tengo a varios agentes de camino a sus apartamentos para interrogarlas.

Samantha había estado tecleando en su portátil como si no estuviera escuchando, pero se detuvo de repente. —¿Qué quieres saber sobre ellas?

—¿Qué tienes? —preguntó Austin.

—Myrian Brightstone está por todo Facebook e Instagram. Tiene treinta y cinco años, es guapa y le gusta presumir. Posturas de yoga, selfis en la playa, chupitos de tequila con sus amigos. Le da por hacerse fotos con sus amigos bebiendo chupitos. No tiene hijos y sale con una mujer llamada Diane. —Bajó la vista hacia su portátil—. —Y posiblemente también con un tío llamado Samuel. Fue a México a la boda de un amigo el año pasado. Parece que es muy fiestera. No hay nada sospechoso en lo que respecta a secuestros. Tendré que conseguir los metadatos y las geoetiquetas, pero estuvo publicando cosas hasta altas horas de la noche en que se llevaron a Joshua.

—¿No se pueden programar las publicaciones? —preguntó Austin —. ¿Para crear una coartada?

Samantha asintió. —Pero es mucho más difícil falsear las etiquetas de localización. Estaba en Tacoma, a noventa minutos de Bainbridge, a medianoche de la noche en que Joshua desapareció. Cerró un bar de allí con sus amigos. Aun así, tuvo tiempo de llegar a la isla, pero también tiene una publicación con etiqueta de localización a la mañana siguiente. No la descarta, pero es muy improbable.

—Buen trabajo —dijo Ridley—. Lo verificaremos con el bar. ¿Y Mary Bonner?

—Alquila un apartamento en Bremerton. Lleva mucho tiempo siendo enfermera. Tiene un Kia Soul de 2014 registrado a su nombre. Sin antecedentes. No está en ninguna red social, al menos que yo haya encontrado de momento. Muy poca huella digital.

—Sigue buscando —dijo Ridley.

Itsy estaba persiguiendo una mosca en un rincón de la habitación, apoyada sobre las patas traseras, castañeteando la mandíbula, intentando atraparla con su única pata delantera sana y fallando por mucho.

—Disculpadme un segundo —dijo Austin, saliendo al pasillo y llamando a la tienda.

El teléfono sonó durante un buen rato antes de que Andy respondiera. —Dime que has tardado tanto en cogerlo porque el local está a reventar esta noche.

Andy se rio entre dientes. —¿Cuatro clientes cuenta como a reventar?

Austin sonrió.—No está mal para ser tres días antes de Navidad. Gracias por cuidar del chiringuito.

—Tu nueva hamburguesa está literalmente *volando* de la carta. Ya he preparado dos. Un tipo ha dicho que deberías embotellar esa mermelada de tomate.

Austin paseaba por el pasillo. —Me alegro de oírlo. ¿Has sacado a Run al jardín?

—Sí —dijo Andy—. También le he dado de comer.

—Te lo agradezco. No pensaba que estaría fuera todo el día, pero puede que esté fuera toda la noche.

—¿Alguna novedad sobre el niño desaparecido? —Su voz se había vuelto sombría—. Todos los que han entrado han estado hablando de él.

—Lo estamos haciendo lo mejor que podemos.

—¿De verdad eras un detective de la hostia en la policía de Nueva York?

Austin sonrió. Le había dicho a Andy que había trabajado para la policía de Nueva York, pero compartía la menor información posible sobre sí mismo. —No sé yo lo de «de la hostia», pero sí. Veinte años en la policía de Nueva York, diez como detective.

—La gente está hablando de ello. Ha entrado una anciana y ha dicho que te ha buscado por internet. Ha dicho que te parecías a Bobby Simone. Estaba coladita por ti, pero a lo bestia.

—Solo he entendido la mitad de lo que acabas de decir.

—Bobby Simone, de *Policías de Nueva York*. Interpretado por Jimmy Smits. La quitaron de la tele cuando yo tenía siete años, no me digas que sé más que tú de la serie.

Había oído hablar de ella, pero la tele nunca había sido lo suyo. —Vale, ¿y qué significa «coladita»?

—No quieres saberlo, jefe. Una cosa más, ha entrado una mujer buscándote, un poco insistente.

Austin se apoyó en la pared. —A ver si adivino. Más alta de lo normal, coleta rubia, ¿y con un cuaderno en la mano?

—Esa misma. Anna no sé qué. No te preocupes, no le he dicho nada. Ha pedido los minibocadillos de French Dip, con extra de rábano picante. Ha dejado un treinta por ciento de propina, así que no me puedo quejar. No te voy a mentir, también parecía un poco coladita.

Ahora Austin lo entendía.

Le dio las gracias a Andy, le prometió que se pasaría al día siguiente y se dirigió al vestíbulo. El café estaba tibio, así que se lo bebió de un trago como si fuera agua y volvió a llenarse la taza. Al abrir la puerta de la sala de reuniones, vio a todo el mundo apiñado alrededor de Samantha, con la vista clavada en el móvil de Trisha.

—Mensaje nuevo —dijo Ridley—. Podría ser importante.

Austin se inclinó y leyó: *El restaurante mexicano Juanita's ha confirmado tu pedido de DoorDash. ¡Te avisaremos cuando tu Dasher haya recogido la comida para llevártela!*

Lucy se levantó de un salto. —Juanita's está en Bremerton. A quince, quizá veinte minutos de aquí.

—Ni de coña es tan estúpida como para pedir comida —dijo Jimmy.

Lucy le dio un puñetazo en el brazo. —Veinte pavos a que es así de estúpida.

Ridley dijo: —Apuesto otros veinte con Lucy. Las series de polis pintan a los criminales como mucho más listos de lo que suelen ser.

Austin seguía dándole vueltas al mensaje. —¿Cómo ha pedido comida si *nosotros* tenemos su móvil?

—Puedes tener la aplicación en varios móviles —dijo Samantha —. Y puedes hacer el pedido desde un ordenador, si tienes tus datos de acceso.

—¿Cuánto tarda en llegar la comida? —preguntó Ridley—. ¿Cómo funciona?

Samantha cerró el portátil y colocó el móvil encima. —En la mayoría de los sitios, tarda de veinte a cuarenta minutos. Pero depende de dónde pidas que te entreguen la comida.

—Aunque sea lo bastante tonta como para pedir comida —dijo Austin—, no va a pedir que se la lleven al apartamento del que acaba de huir.

Samantha asintió. —Y es poco probable que DoorDash reparta desde Bremerton hasta Kingston. Está demasiado lejos. Puedes poner la dirección que quieras. La de un hotel, por ejemplo.

—¿No hay forma de que sepamos adónde va la comida? —preguntó Austin.

Samantha cogió el móvil de Trisha. —No sin desbloquear esto. Hay tres formas de averiguarlo. La primera: preguntarle a Trisha. La segunda: conseguir que DoorDash nos lo diga, y buena suerte con eso. La tercera: seguir al repartidor."

—¿Y qué pasa con el restaurante? —preguntó Ridley.

—Ellos no ven la dirección en el tique. Solo el pedido y un nombre. El único que ve la dirección exacta es el *Dasher*."

Ridley ya se estaba poniendo la chaqueta. —Samantha, ven conmigo. Necesito entender todo lo que pueda sobre cómo funciona esto. Lucy, Austin, seguidme en el coche de Lucy."

—Jimmy, tú quédate aquí. Llama a DoorDash y consigue esa dirección, cueste lo que cueste."

19

La pequeña cabaña olía a azúcar, mantequilla y vainilla. A galletas de Navidad.

No tenía ningún recuerdo feliz de las fiestas, pero se imaginaba que así era como debían oler las casas en Navidad. A algunas personas les gustaba el jengibre, la canela y otras especias, pero pensó que el pequeño Joshua preferiría las clásicas.

No es que fuera a darle una galleta. Era demasiado pequeño para eso. Pero aun así, era su Navidad, la Navidad de *ellos*, y era importante que fuera perfecta. Era importante crear recuerdos ahora.

Después de todo, solo les quedaba un día o dos juntos.

El viejo suelo de madera crujió mientras cruzaba la cocina. Sobre un cambiador junto a los fogones, Joshua yacía dormido boca abajo. Se quedó de pie junto a él, admirando su atuendo. Lo había vestido con un pelele rojo y blanco con un parche en la espalda en el que se leía «Santa Baby» en una bonita cursiva verde. Sus diminutos pies estaban cubiertos con unos patucos verdes de elfo que ella misma había hecho y su cabeza reposaba cómodamente en un gorrito de Papá Noel.

Frunció el ceño. Se había olvidado de comprarle un regalo. No es que un bebé de tres semanas necesitara un regalo, pero era importante que estos recuerdos fueran perfectos. Sopesó la idea de

escaparse a la tienda mientras él dormía, pero eso sería una negligencia. Las galletas tendrían que bastar.

Joshua era un comilón y le había costado una eternidad conseguir que se durmiera. La página web decía que un niño de su edad necesitaría un máximo de cuatro onzas de leche de fórmula por toma. Él se había tomado seis sin apenas respirar.

—Ese es mi niño grande —dijo, pero no lo bastante alto como para despertarlo.

Su voz sonó extraña en la pequeña cocina: débil y etérea, como el viento que silbaba a través de la ventana agrietada.

Con una Polaroid antigua, le hizo una foto al angelito dormido. Sacudió la foto con una mano mientras con la otra comprobaba las galletas del horno. Les faltaban unos minutos.

Examinó la imagen. Era la tercera que le hacía a Joshua, pero sin duda la más bonita. En la primera estaba llorando —¡qué tesorito más quejica!— y en la segunda se le había resbalado el gorro de Papá Noel hasta taparle los ojos. Esta nueva era perfecta.

Un tendedero cruzaba la cocina y colgó la Polaroid justo en el centro, al lado de su foto favorita de la pequeña Allie, vestida con un pelele de pavo y rodeada de una cornucopia de calabazas, calabacines y arándanos rojos.

Joshua soltó un pequeño chillido, pero no se despertó. —Chitón, mi niño —dijo ella, sentándose a la mesa de la cocina.

Cogió un lápiz y estudió lo que llevaba hasta el momento.

La Navidad es
un tiempo de alegría,
juntémonos todos
con gran algarabía.
Calcetines, galletas
y regalos sin igual,
trae gozo y asombro
la estación invernal.

Dejó que las palabras fluyeran en su mente y salieran de su boca en un suave susurro. ¿Por qué le sonaba tan rara su propia voz? Quizá fuera por Joshua. Era como si él pudiera condenarla, criticarla, por muy tonto que pareciera. ¿Y si el poema no era lo bastante

bueno? Aún no tenía ni un mes; seguro que no iba a juzgar sus dotes de madre. Al fin y al cabo, había hecho todo lo posible para que la Navidad fuera perfecta.

Paseó la vista por la cocina. A través de la ventana, vio un par de águilas que trazaban bucles y planeaban una alrededor de la otra, como si estuvieran inmersas en una danza aérea secreta. Se preguntó si serían una posible pareja, hermano y hermana, o padre e hijo. No lo sabía, pero le parecieron una familia. Igual que en lo que se habían convertido ella y Joshua.

Se planteó rimar *águila* con *regia.* ¿Qué festividad era más regia que la Navidad? Pero no le pareció que las águilas fueran especialmente navideñas, así que desechó la idea.

Su mirada se posó en la enorme olla para conservas que ocupaba los dos fuegos de la hornilla. Aquello la hizo pensar en mermelada y en crema de manzana con especias navideñas. Un año había preparado y envasado un exfoliante de sal navideño con aroma a jengibre y clavo. Quizá pudiera incluirlo de alguna forma en el poema.

Tenía tantas ideas navideñas maravillosas y tan poco tiempo.

20

Lucy dio un frenazo en el aparcamiento del Juanita's, un garito sin pretensiones con un cartel diminuto que no se veía desde la carretera. Según la experiencia de Austin, ese era el tipo de sitio donde era más probable que sirvieran comida auténtica. Al bajar del coche, los deliciosos aromas lo asaltaron de inmediato y le recordaron que había estado sobreviviendo a base de café solo durante todo el día.

Samantha y Ridley aún no habían llegado, pero Lucy cruzó el aparcamiento a toda prisa, con Austin pisándole los talones, e irrumpieron por la puerta del abarrotado restaurante. Olía a comino y a carne a la parrilla, a tamales de maíz y a contundentes salsas de mole.

Lucy sacó su placa y se la plantó delante de la cara a la recepcionista. —Detective Lucy O'Rourke, del Departamento del Sheriff del condado de Kitsap. Necesito hablar con un encargado.

La joven dio un paso atrás, lo pensó un instante y luego se apresuró a entrar en la cocina sin decir una palabra. Por lo general, Lucy era de modales apacibles, pero podía ser tremendamente autoritaria cuando se lo proponía.

Un momento después, salió una mujer baja y rechoncha, ataviada con un delantal blanco y con el pelo recogido en un moño despeinado. Se secó las manos en un trapo y se lo echó al hombro

con un eficiente movimiento de muñeca. —Soy Juanita. —Parecía rondar la cincuentena y tenía un fuerte acento; sus palabras sonaban algo forzadas y dubitativas, como si el inglés fuera su segunda lengua.

Lucy dijo: —Recibiste un pedido de DoorDash hace unos treinta minutos. Necesitamos saber adónde fue.

La mujer parpadeó, confundida. —Esta noche ya hemos recibido diez o veinte pedidos.

—¿Puedes enseñármelos?

La mujer la miró con escepticismo. —Los pedidos no tienen dirección. Solo la ve el repartidor.

Austin maldijo por lo bajo. Había esperado que Samantha se equivocara con eso, pero no le sorprendió saber que tenía razón. Como la mayoría de la gente menor de treinta años, parecía vivir en un mundo diferente, uno con reglas y sistemas que él no entendía.

—Enséñanoslos, por favor —dijo Lucy—. Es un asunto policial de vital importancia que involucra a un bebé desaparecido.

Juanita la miró con los ojos entornados. —¿*El bebé de la isla Bainbridge?* —En español, sus palabras salieron a la velocidad del rayo. Su expresión cambió a una de genuina preocupación, como si la idea de que su restaurante pudiera tener algo que ver con el secuestro la horrorizara.

—*Sí* —dijo Austin—. El bebé de Bainbridge Island. —Había aprendido un poco de español en su trabajo de Nueva York—. Sabemos que no tiene usted nada que ver con esto. Buscamos a un cliente. —Señaló una tableta que había junto a una caja registradora, por donde supuso que entraban los pedidos—. *Por favor.*

Ella se acercó corriendo al mostrador y se quedó mirando la pantalla durante un tiempo exasperante mientras la tocaba con un solo dedo. Austin había trabajado en restaurantes para pagarse la universidad. En ese negocio, había gente de sala y gente de cocina. Al igual que el propio Austin, Juanita se sentía claramente más cómoda en la cocina. Al final, se dio por vencida y llamó con un gesto a la encargada de sala, le habló en un español rapidísimo —incomprensible para Austin— y se apartó.

Segundos después, la joven dijo:

—Vale —y volvió al comedor.

La pantalla mostraba una lista de pedidos de la última hora. Efectivamente, justo en medio, había un pedido de «Trisha S.», realizado a las 18:05. Un burrito de pollo, arroz con frijoles y un refresco mexicano llamado Jarritos, sabor mandarina. No figuraba ninguna dirección y solo la mitad de un número de teléfono; la segunda mitad estaba oculta.

Austin señaló el pedido.

—¿Puedes pinchar ahí para ver más información o algo?

Lucy negó con la cabeza.

Juanita dijo:

—No.

Austin señaló la pantalla.

—Dice que el *dasher* se llama Mark. ¿Quién es Mark?

—El repartidor.

Ponía que el pedido se había recogido a las 18:31. Eran las 18:38. Austin maldijo por lo bajo. Siete minutos. Se les había escapado por siete minutos.

—¿Puede llamar? —Tocó el número de teléfono que figuraba para Trisha S., cuya segunda mitad estaba oculta.

Lucy dijo:

—Lo configuran para que puedas llamar sin ver el número completo. Por privacidad.

—*Sí* —dijo Juanita—. Solo a través de la tableta. —Dio dos toques, cogió la tableta y se la entregó a Austin. Se sintió ridículo sujetando el aparato junto a la cabeza como si fuera un teléfono, pero, después de tres tonos, la voz de una mujer dijo:

—¿Diga?

Era una voz que reconoció.

—¿Samantha?

—¿Austin? ¿Por qué me llamas desde el teléfono de Trisha?

—Mierda. —Había esperado que Trisha hubiera añadido otro número a la cuenta.

—Estamos a solo unos minutos —dijo Samantha—. Y Trisha ha recibido otro mensaje: «Dasher está en camino», o algo así. Y Ridley

ha recibido la llamada. Han aprobado las órdenes de registro para el portátil que encontramos en el apartamento de Trisha.

—Bien —dijo Austin. Colgó y volvió a examinar la tablet, deslizando el dedo por la pantalla con la esperanza de encontrar algo más que pudiera ayudarles.

Lucy señaló la sección de «Notas» y la leyó en voz alta: «Llamar dos veces. Dejar la bolsa fuera. Si hay algún problema, que el dasher envíe un mensaje al 360-555-1290».

Bingo. Austin cogió el teléfono fijo y marcó. Se oyó la voz de un hombre al otro lado de la línea. —¿Diga?

La voz sonaba alta; por algún motivo, la llamada estaba en manos libres. Austin retrocedió hasta un cuarto de material de limpieza que había junto al vestíbulo, llevándose el teléfono y la tablet. Lucy y Juanita lo siguieron.

Pensando rápido, dijo:—Soy Brian, del Juanita's. ¿Podría hablar con Trisha? Es sobre su pedido.

—No está.

Le lanzó una mirada a Lucy, que se encogió de hombros. —Eh, ¿han recibido ya un pedido?

—No. La aplicación dice que está a tres minutos.

—Nos preocupa que el dasher se haya llevado el pedido equivocado, ¿puede confirmarme el nombre y la dirección del pedido para que podamos comprobarlo con nuestro historial?

El hombre no respondió.

Austin contuvo el aliento. Solo oía una respiración y, quizá, el leve maullido de un gato de fondo.

Finalmente, el hombre dijo: —Perdone, ¿quién ha dicho que es?

—Brian. Del Juanita's.

—*No suenas como un mexicano.*

Austin no estaba seguro, pero creía que significaba algo así como: —No suenas a mexicano.

—Soy nuevo —dijo.

—Como allí tres veces por semana, tío, toda la gente que trabaja allí es mexicana: las hermanas de Juanita, sus primas y sus sobrinas. ¿Quién eres?

Austin pensó rápido. Se planteó decirle la verdad y exigirle que devolviera a Joshua, pero lo más probable es que eso hiciera huir al hombre si es que tenía algo que ver con el secuestro. —Le pongo con la encargada. —Le pasó el teléfono a Juanita, que parecía no tener ni idea de lo que estaba pasando. Austin le susurró—: Dile que hay un problema con el pedido.

—Soy Juanita —dijo—. ¿Ha pedido un burrito de pollo y un refresco?

—Sí.

—Nos hemos quedado sin pollo desmenuzado. Lo hemos sustituido por pollo a la parrilla.

Mentía mejor de lo que él esperaba.

—No pasa nada —dijo el hombre.

—Si es un problema, le envío un cupón de cinco dólares. *Cinco dólares*. Solo dígame la dirección de su casa y se lo envío.

Mentía *mucho* mejor de lo que él esperaba.

El hombre dijo:—De verdad, no pasa nada. Sois la bomba, y de todos modos el pedido ya está aquí. Adiós.

La llamada se cortó.

Ridley y Samantha entraron de golpe por la puerta. Ridley parecía cabreado.

—Nos hemos equivocado de camino —dijo Samantha, a modo de disculpa y sin dirigirse a nadie en particular.

—Nosotros nos encargamos —dijo Lucy. Luego, volviéndose hacia Juanita, preguntó—: ¿Tienes el número de Mark, el repartidor?

Juanita sonrió con orgullo, con las manos en las jarras. —Es mi nieto.

Austin dejó escapar un suspiro de exasperación, con los ojos casi saliéndosele de las órbitas. ¿No podía haberlo dicho antes? —El número de móvil. Rápido. Por favor.

—No puede darle la dirección. Va contra las normas. Nos cancelarían la cuenta de DoorDash.

Lucy se puso las manos en las jarras, a punto de saltarle encima. Austin sacó el móvil, buscó la foto de la bolsa de huesos que le había enviado Ridley y se la enseñó. —En esta bolsa están los huesos de un bebé diminuto. Hay otro bebé desaparecido. *El bebé*

de la isla Bainbridge. Llama a tu nieto. Consigue la dirección donde se entregó el burrito. Puedes ayudarnos a salvar a un niño.

Juanita miró la foto, se quitó el trapo del hombro y volvió a limpiarse las manos, aunque seguían pareciendo perfectamente limpias.

Cogió el teléfono fijo y marcó.

21

El detective Calvin aporreó la puerta como si le hubiera insultado a su hermana. —Oficina del Sheriff de Kitsap, abran, por favor. La forma en que lo dijo hizo que hasta el «por favor» sonara como una orden directa que uno ignoraba por su cuenta y riesgo.

El repartidor les había dado una dirección a solo diez minutos de allí, un complejo de apartamentos de dos plantas que parecía haber sido un motel. Unas escaleras exteriores conducían a unas pasarelas que recorrían el edificio a lo largo, con cinco o seis apartamentos por planta. Desde la puerta, Austin alcanzaba a ver el aparcamiento, donde Samantha esperaba en el coche.

Como nadie respondía, Lucy también aporreó la puerta. —Detective Lucy O'Rourke, abra. Ahora. Ella se ahorró el «por favor».

Del interior del apartamento provinieron una serie de ruidos extraños: un clangor ahogado, el ruido de algo que se movía y rozaba, y un golpe sordo. Cuando la puerta se abrió de par en par, a Austin lo asaltó el hedor nauseabundo a orina de gato. Pero no a una orina de gato cualquiera. Era de la que llevaba días, puede que semanas, acumulándose hasta convertirse en un olor a amoniaco tan repugnante que los tres retrocedieron un paso hacia el aire más fresco de la pasarela.

El hombre, vestido con unos bóxeres blancos, una camiseta manchada y una bata entreabierta atada sin apretar a la cintura, no

pareció sorprendido de verlos. —¿Puedo ayudarles? Sostenía un burrito envuelto en papel de aluminio frente a él, como si se lo ofreciera a sus invitados.

—Soy el detective Calvin. Buscamos a Trisha Simone.

—¿Quién? Al darle un mordisco enorme al burrito, se le escaparon unos cuantos granos de arroz que cayeron en la moqueta.

—Sabemos que la conoce —dijo Ridley—. Le voy a dar una oportunidad de decir la verdad antes de que su día vaya de mal en peor.

—No he oído hablar de ninguna Trisha. Mientras hablaba, trocitos de pollo y de tortilla salieron disparados por la puerta y aterrizaron a sus pies. Austin creyó que iba a vomitar.

Cuando terminó de masticar, examinó el burrito como si estuviera eligiendo el bocado perfecto, y luego lo bajó hasta dejarlo a un lado. —¿Por qué creen que conozco a una tal Trisha?

Lucy avanzó hacia él y le tiró el burrito al suelo de un manotazo. —El detective Calvin hace las preguntas. Usted las responde.

—Oiga, eso me ha costado diez pavos más la propina.

Austin veía los puños de Lucy apretados a los costados, con los nudillos blancos.

—¿Dónde está? —exigió Ridley.

—Ni idea.

Ridley mantuvo la compostura. —¿No la conoce, o *sí* la conoce pero no sabe dónde está?

—No tengo nada que ver con lo que se traiga entre manos.

Ridley se inclinó hacia él. —¿Así que *sí* la conoce?

Él asintió.

—¿Y qué es lo que se trae entre manos?

—Hierba, supongo. Vamos, que por eso están aquí, ¿no?

Ha sido rápido. Ridley lo había hecho cantar en menos de dos minutos.

—¿Y qué más? —preguntó Ridley.

—¿Más?

Ridley se acercó un poco más. —Se hizo un pedido en su cuenta de DoorDash con esta dirección.

Él tragó saliva. —Eso no significa que sepa dónde está.

—¿Vive aquí?

—No.

—¿Cómo se llama?

—Frank Baxter.

Ridley sacó un cuaderno y anotó el nombre. —¿Por qué usa su cuenta, Frank Baxter?

—¿Se ha metido en algún lío?

La impresión de Austin era que este tipo no se enteraba de nada, probablemente un muerto de hambre, pero dudaba que Frank Baxter tuviera la predisposición —o la inteligencia— para llevar a cabo dos secuestros sin dejar rastro. Después de todo, no era capaz ni de comerse un burrito sin dejar pruebas de ADN por todas partes. Si Trisha estaba detrás de los secuestros, estaba bastante seguro de que Frank Baxter no era su cómplice.

Austin buscó la mirada de Ridley, preguntándole con un gesto si podía tomar el relevo. Ridley asintió. —Señor Baxter, ahora mismo no está usted metido en ningún lío. Trisha vende marihuana sin licencia de dispensario. Eso lo sabemos. Quizá usted forme parte de eso, o quizá no. Aquí, en el estado de Washington, eso podría suponerle a ella… ¿qué? ¿Un mes más o menos en la cárcel, quizá un año de libertad condicional? Sinceramente, me importa un bledo si se lía un porro del tamaño del Empire State y se lo fuma en la playa con cada una de las personas con edad legal para ello del estado de Washington. Ahora mismo estamos intentando encontrar a un bebé desaparecido. —Dio un paso al frente, con la mirada dura, conteniendo la respiración—. Díganos todo sobre ella, ahora, o nos llevaremos su sucio culo detenido como cómplice de secuestro y asesinato.

Austin le sostuvo la mirada. Los ojos de Frank Baxter eran de un azul claro, húmedos y algo inyectados en sangre. No era la primera vez que estaba bajo el escrutinio de la policía, pensó Austin. Cuando Baxter bajó la mirada hacia su burrito, que estaba desparramado por la alfombra, Austin retrocedió.

Baxter cerró un ojo y ladeó la cabeza, como si intentara concentrarse lo suficiente para decir la verdad. —Trish y yo follamos a veces. —Lo dijo con naturalidad, lanzándole una mirada lasciva a

Lucy como si quisiera ver su reacción—. No es nada serio, pero… bueno, como he dicho, follamos a veces. La conocí en una aplicación.

—¿Por qué usa su cuenta de DoorDash? —preguntó Austin.

—Metió sus datos en mi ordenador la última vez que estuvo aquí. O quizá la anterior. Se había quedado sin batería o una mierda de esas. En fin, que follamos y luego pedimos comida y vemos Netflix. Como dicen los chavales, peli y mantita, ¿no?

—¿Dónde está? —inquirió Ridley.

Se encogió de hombros. —Se lo juro, no tengo ni idea. —Recogió lo que quedaba de su burrito, una tortilla lacia con trozos de arroz, frijoles y pollo aferrados a ella como si les fuera la vida en ello. Mientras lo inspeccionaba en busca de pelusas y suciedad de la alfombra, dijo—: Voy a poner una denuncia sobre esto, a ver si el condado me compra un burrito nuevo.

—Cuando quedan para tener sexo —dijo Ridley—, ¿quién suele iniciar el encuentro? ¿Le manda ella un mensaje primero, o simplemente aparece? ¿Cómo funciona?

—De varias formas. Normalmente, me manda mensajes. Un par de veces ha aparecido sin más cuando necesita tema, ¿sabéis? —Le guiñó un ojo a Ridley, que hizo una mueca de asco.

—Es usted un cerdo —constató Lucy, con rotundidad.

Él se encogió de hombros. —Es ella la que llama para echar un polvo.

Austin preguntó: —Si estuviera en apuros, ¿vendría aquí? Si no, ¿adónde iría? Piénselo bien.

—Sé que a veces trabaja por Seattle, en *Task-no-sé-qué*. Pero no se queda allí, a no ser que tenga otro rollo por la zona del que yo no esté al tanto.

—¿Qué más? —preguntó Austin.

—No creo que viniera aquí. Como ya he dicho, no somos uña y carne. Aparte de mi tema, yo no le doy nada. Y aparte de su mandanga, ella tampoco me da nada a mí.

Por alguna razón, el olor a orina se estaba intensificando y, al mezclarse con las especias y el pollo del burrito, creaba un nuevo hedor distinto a cualquier cosa que Austin hubiera olido jamás. Dio

un paso atrás y se inclinó sobre la barandilla, con el estómago revuelto como si fuera a vomitar.

Vio a una mujer. Delgada, con el pelo rubio ceniza. Cruzaba el aparcamiento con una bolsa de plástico de la compra. —Ridley, Lucy. —Se giraron y él señaló—. —Es ella.

Dijo Ridley: —Lucy, tú coge la escalera de la izquierda. Yo iré por la de la derecha. Austin, quédate aquí y no le quites ojo a este tipo.

Trisha todavía no había levantado la vista. Lucy y Ridley echaron a correr, bajando los escalones de dos en dos y de tres en tres. Cuando llegaron al aparcamiento, estaban a solo treinta metros de Trisha. No tenía ninguna posibilidad.

¡Trisha! —gritó Baxter—. ¡Coooorreeeee!

Ella levantó la mirada y vio a Austin. Durante una fracción de segundo, pareció inspeccionarlo, intentando ubicarlo. Luego se giró, vio a Ridley que iba a por ella y salió disparada en la dirección por la que había venido.

Austin se volvió hacia la puerta. Frank Baxter ya no estaba. Asomó la cabeza en el apartamento, conteniendo el aliento.

Lo último que vio fue una maceta de barro marrón que se dirigía directa hacia su cabeza.

22

Boca abajo en el pasillo exterior, Austin mantuvo los ojos cerrados incluso después de haber recuperado la consciencia. ¿Cómo coño se había metido en este lío? La mañana anterior había estado en su cocina, intentando preparar la hamburguesa perfecta. Ahora yacía boca abajo en un pasillo pringoso, con la sangre corriéndole por la mejilla, rodeado de tierra para macetas, restos de arroz mexicano con pollo y los añicos de una maceta que le había abierto una brecha en la cabeza.

Abrió un ojo lentamente. El golpe lo había hecho girar, dejándolo de cara a la barandilla, desde donde podía ver el aparcamiento. A pesar del agudo dolor de cabeza, esbozó una sonrisa involuntaria al ver a Lucy empotrando a Trisha Simone boca abajo contra su coche patrulla. La sonrisa se desvaneció al instante mientras inspiraba hondo. Orina de gato, amoniaco. Entonces se acordó de Frank Baxter.

Incorporándose de un salto como un muerto que vuelve a la vida, Austin se giró bruscamente hacia Baxter, que estaba de pie en el umbral de la puerta con un trozo de la maceta que le había roto en la cabeza. La expresión de su rostro le dijo a Austin que Baxter no solo no suponía una amenaza, sino que se estaba replanteando cada una de las decisiones que lo habían llevado hasta ese momento. Hacía una hora, estaba esperando un delicioso burrito,

probablemente un porro y una cerveza, quizá una película. Ahora su «novia» estaba detenida y él acababa de agredir a un hombre que le sacaba quince centímetros y más de veinte kilos.

Austin se limpió la sangre de la mejilla con el dorso de la mano y luego levantó los puños, listo para golpear. —Está teniendo un *muy* mal día, Baxter.

Durante una fracción de segundo, Baxter levantó los puños con una expresión de tipo duro pintada en la cara, como si acabase de ver *Toro Salvaje*.

Bastó el más mínimo movimiento —Austin echando la mano derecha hacia atrás apenas cinco centímetros— para que Baxter se viniera abajo. En un solo movimiento, levantó las manos y dejó que las piernas se le doblaran, cayendo al suelo con las piernas cruzadas y los brazos en alto. A Austin le pareció la postura de yoga más ridícula que había visto en su vida. Decidió llamarla la postura d*el Perdedor que se Rinde*.

Austin le enseñó el dorso de la mano a Baxter. —¿Ve esta sangre? Como le he dicho, hoy es un día muy malo para usted.

—Le juro que no sé nada.

—¿Por qué me ha pegado con una maceta?

Baxter agachó la cabeza. —Soy un maldito idiota. Vi a Trisha y pensé que estaba en apuros. —Cerró los ojos con fuerza, como si encoger la cara en una bola de remordimiento pudiera de algún modo sacarlo de esa situación—. Le juro por Dios que nunca he hecho nada parecido.

Por lo general, Austin no era un tipo vengativo. Por mucho que quisiera justicia para las víctimas, por mucho que quisiera sacar de las calles a los tipos verdaderamente malos, perdonaba con facilidad cuando alguien le hacía daño personalmente. Salvo una excepción, no buscaba venganza. Si alguna vez consiguiera estar veinte minutos a solas en una habitación con los hombres que habían matado a Fiona, bueno, eso sería diferente. Muy diferente. ¿Pero Frank Baxter? Austin siempre había sentido debilidad por los tipos como Frank Baxter. Una especie de compasión del tipo *«podría haber sido yo»*. Sin conocer ningún detalle de la vida de aquel

hombre, sabía que no había sido fácil. Y si estaba calando bien a Baxter, no estaba involucrado en ninguna de las tramas de Trisha.

Austin se cernió sobre él. —Dentro de uno o dos minutos, estará en la parte de atrás de ese coche patrulla. —Señaló hacia el aparcamiento—. —Le propongo un trato. Cuando volvamos a la comisaría y le haga preguntas, dígame la verdad, toda la verdad, la primera vez que le pregunte algo. Si lo hace... —señaló el corte que tenía en la cabeza—, nos olvidaremos de esto. Podría estar en casa esta misma noche, quizá incluso a tiempo de pedirse otro burrito. —Se puso en cuclillas, buscando la mirada huidiza de Baxter—. —Si no lo hace, tendremos que asumir que está involucrado en los chanchullos de Trisha. —Sostuvo un trozo de la maceta rota justo delante de los ojos de Baxter—. —Y tendré que contarles a los detectives de ahí abajo lo de su agresión con un arma mortal.

Ridley había accedido a que Austin llevara la voz cantante en el interrogatorio, con la esperanza de que su conocimiento del caso D'Antonia le permitiera orientar las preguntas en la dirección correcta. Pero primero había obligado a Austin a curarse la herida de la cabeza. No pensaba ir al hospital ni por asomo y arriesgarse a perderse el interrogatorio, así que, después de tomarse un par de aspirinas con otra taza de café tibio, había usado el espejo del baño de hombres para limpiarse y presionar la herida con una toallita de papel cuidadosamente doblada.

La sala de interrogatorios era un habitáculo de dos metros y medio por dos metros y medio en la esquina del fondo del edificio. La habían pintado de un blanco aguado, como leche desnatada, como si alguien le hubiera dado una mano de imprimación y luego se hubiera olvidado de rematar la faena con una capa de pintura de interior.

Austin se sentó en una silla de plástico frente a Trisha. Ridley se apoyó en la pared.

Trisha estaba sentada en un viejo y destartalado sofá de dos plazas en la esquina, con la barbilla asomando por encima de una fina manta que se había echado hasta el cuello.

Al otro lado del pasillo, Jimmy y Lucy estaban en una sala idéntica con Frank Baxter. Aunque todos estaban de acuerdo en que parecía ser un mero pasajero en el autobús de la delincuencia de Trisha, era probable que a ella se le hubieran escapado detalles en el pasado. Las conversaciones de alcoba, sabía Austin, habían hecho caer a tantos criminales como la ciencia forense.

—Trisha —empezó Ridley, sentándose junto a Austin—, esta conversación está siendo grabada. —Señaló una pequeña cámara que apuntaba hacia abajo desde la esquina.

Ella asintió.

Le leyó los derechos Miranda y ella asintió mientras lo hacía, confirmándolos verbalmente solo cuando Ridley se lo preguntó por segunda vez. Afortunadamente, no pidió un abogado, lo que habría puesto fin a la conversación antes de que empezara.

Cuando terminó con los preliminares, Ridley se reclinó en la silla y entrelazó las manos detrás de la nuca. —Thomas Austin es asesor en este caso. Va a hacerle unas cuantas preguntas.

Ella miró fugazmente en dirección a Austin y luego siguió con la vista perdida al frente. —Usted estuvo en mi apartamento. En mi camioneta.

—Lo estuve.

Abrió la boca para hablar, pero se lo pensó mejor. Finalmente, dijo: —Nunca me han detenido. —Su voz era débil, un poco cascada. Parecía cansada.

Austin le tendió una fotografía. —¿Dónde está este niño? ¿Dónde está Joshua Green?

Ella bajó la vista solo un instante. —Ni idea. No he oído hablar de él.

Austin mantuvo la cabeza completamente inmóvil. Había aprendido que la ausencia total de movimiento era a veces una forma más eficaz de captar la atención de alguien que un gesto, por lo inesperado. Cuando Trisha lo miró, Austin dijo: —Le prometo que podemos estar aquí mucho, mucho tiempo. Puede ir a la cárcel por

mucho, mucho tiempo. Pero todo en su vida irá mejor si me dice ahora mismo todo lo que sabe sobre este niño.

Miró la foto de nuevo, con un ligero temblor en el labio. —Le juro que no sé nada de *ese* niño.

Austin casi sonrió. —Qué forma de decirlo más interesante. ¿Así que sabe algo de *un* niño?

—No es eso lo que he dicho, no es lo que quería decir.

—¿Por qué ha dicho *ese* niño?

—No lo he dicho.

Austin dio un giro rápido a la conversación. —¿Cuándo fue la última vez que estuvo en Hansville?

Ella desvió la mirada hacia arriba y a la izquierda. —No lo sé. Hará unos meses.

—Entonces, ¿por qué tenemos un vídeo de su camioneta entrando en Hansville hace tres semanas?

—Mierda.

—Pues sí —dijo Ridley con rabia—, *mierda* es la palabra exacta.

—¿Por qué estuvo usted en Hansville? —exigió Austin.

—Yo no estuve allí. A lo mejor alguien me robó la camioneta.

—¿Y luego se la devolvió y la aparcó en su sitio? ¿Sin que usted se diera cuenta? Sería extraordinario. —Austin sacó una servilleta de papel limpia del bolsillo y se secó la herida. Sintió una urgencia abrumadora por sacárselo todo lo más rápido posible, pero su instinto le decía que, con Trisha, una táctica agresiva solo conseguiría que se cerrara en banda y, probablemente, pidiera un abogado. —Trisha, quizá debería ir aceptando que el detective Calvin y yo somos bastante buenos en esto. Y, sin faltar al respeto, es usted una de las peores mentirosas que he interrogado en mi vida. ¿Qué tal si nos dice dónde está Joshua?

De repente, dio una patada en el suelo como una niña pequeña. —¿Te has dado un golpe en la cabeza o qué? Ya os he dicho que no he oído hablar de *ese* crío en mi vida.

—Ahí está otra vez —dijo Ridley—. «*Ese* crío». ¿Hay algo que quiera contarnos?

Se cruzó de brazos.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo en la isla de Bainbridge? —preguntó Austin.

Se encogió de hombros.

—¿Usa usted un treinta y ocho de pie?

—Sí, a veces un treinta y siete y medio, pero sí. ¿Y qué?

Austin se agachó y le quitó la manta de los pies de un tirón. Unas Adidas, iguales que las que se habían llevado de su apartamento. —Cuando el FBI compare estas—o el par que encontramos en su apartamento— con la huella del treinta y ocho junto a la cuna de ese niño, ¿qué cree que encontrarán?

—Hago mucho ejercicio —dijo Trisha—. Tengo muchos zapatos.

Austin se volvió hacia Ridley. —El FBI… He oído que se les da bastante bien lo de las huellas dactilares, las de calzado y ese tipo de cosas. ¿Lo habías oído?

—Si ese zapato estaba en la habitación de Joshua, lo sabremos mañana por la mañana. Y si es así —hizo una pausa y negó con la cabeza mientras Trisha lo miraba fijamente—, jaque mate. Cadena perpetua.

Ridley le entregó una fotografía de la bolsa de regalo de Acción de Gracias que Sarah y Benny habían encontrado en la playa. —¿Reconoce esto?

Trisha intentaba mantener un rostro impasible, pero Austin advirtió un levísimo tic en el contorno de sus ojos. —Es una bolsa, una bolsa de Acción de Gracias.

—¿Y qué hay dentro? —preguntó Austin.

—Ni idea.

Austin le pasó otra foto. Un primer plano del interior de la bolsa. Los huesos. El cráneo.

Se quedó mirando, inexpresiva. —¿Huesos?

—Ha vuelto a acertar —dijo Austin. Le entregó otra foto. Una imagen de Allie Shreever. —*Sus* huesos*.*

Trisha alternaba la mirada entre la foto de los huesos y la de Allie Shreever. El rostro le temblaba ligeramente. —Oh, Dios mío.

Su conmoción parecía real, pero eso no significaba gran cosa. Ciertos tipos de asesinos estaban tan trastornados que podían

autoconvencerse de que no lo habían hecho, por lo que las pruebas de sus actos a menudo les provocaban una sorpresa genuina.

Austin señaló la foto de Allie Shreever. —Eso es. *Sus* huesos. Trabajé en Nueva York mucho tiempo. Vi muchas cosas horribles. Cosas que le pondrían la piel de gallina. Cosas que la atormentarían. —Dio un golpecito a la foto de la bolsa de huesos—. Esto es lo peor que he visto en mi vida. Y usted lo hizo. —Su tono de voz era aún relativamente frío, relativamente neutro.

Ella dejó caer las fotos sobre su regazo. Clavó la mirada en los ojos de Austin, su voz un susurro. —Le juro que no la maté.

Llamaron a la puerta con unos golpes rápidos y Lucy asomó la cabeza. —Jefe, Austin, ¿podemos robaros un segundo?

Austin le sostuvo la mirada a Trisha un instante más y después siguió a Ridley al pasillo, donde Jimmy se les unió desde la otra sala de interrogatorios.

—No hemos llegado a ninguna parte con Frank Baxter —dijo Jimmy—. O bien es porque en realidad no tiene nada que ver con Trisha, aparte de darle la…

Lucy le tapó la boca con la mano. —No lo digas.

Jimmy le apartó la mano. —El ingrediente secreto. O porque es un mentiroso de cojones.

—*No* es un buen mentiroso —dijo Austin.

—Lo único que sabe es lo del trapicheo de hierba. Dice que ella se la compra al por mayor a un tipo de Seattle, luego la divide en veinte bolsitas y se la vende a críos del instituto. Creo que no sabe mucho más que eso.

Ridley asintió. —Trisha estaba implicada en lo de Allie Shreever, de eso no hay duda. Sigue diciendo que no sabe dónde está Joshua. Lucy, Jimmy, seguid presionando a Baxter. Lo que sea sobre Hansville, cualquier cosa rara que le haya oído decir sobre bebés. Lo que sea. Austin, ¿qué te parece?

Antes de que pudiera responder, apareció Samantha, que venía a paso ligero por el pasillo con un portátil plateado. —Tengo algo. Algo gordo.

Giró el portátil para que pudieran ver la pantalla y luego se explayó como una profesora de universidad. —Había borrado el

historial de búsqueda, pero aún quedaban fragmentos en la caché. Mirad.

Era una captura de pantalla de un historial de búsqueda de Google. Trisha había buscado «El Carnicero de los Bebés de Navidad», «asesinatos de bebés en Seattle» y «huesos de bebé en sacos de Navidad».

Austin sonrió. No era frecuente que apareciera una prueba tan condenatoria en mitad de un interrogatorio. Era casi demasiado bueno para ser verdad.

Ridley le dio una palmada en la espalda a Samantha. —Buen trabajo.

Austin cogió el portátil y regresó a la sala de interrogatorios. Cuando Ridley se reunió con él, lo sostuvo en alto como un padre orgulloso presumiendo de su recién nacido. —¿Le suena esto de algo?

Trisha frunció el ceño. —Eso es mío. No pueden…

—Podemos —dijo Ridley con firmeza—. Y lo hemos hecho.

Austin se sentó y colocó el ordenador de forma que ella pudiera ver la pantalla, su propio historial de búsqueda. —¿Mire la pantalla y luego las fotos que tiene en el regazo. Quiere contarnos algo sobre esos dos bebés?

—No *hice* nada.

Austin soltó un suspiro largo, lento y decepcionado. —Intento ayudarla, Trisha. —No era una mentira *total*, pero andaba muy cerca. Intentaba ayudar a Joshua Green y a sus padres. Ya era demasiado tarde para ayudar a Allie Shreever, pero intentaba ayudar a los padres de ella. —¿Por qué hizo esas búsquedas? Al final, decir la verdad siempre sienta mejor.

Se quedó mirando la pantalla un buen rato y luego cerró el ordenador. —Que te jodan, Google.

—A mí tampoco me entusiasma —dijo Austin—. Por todos esos anuncios, ¿verdad? ¿Dónde está Joshua?

Trisha se cruzó de brazos. —No sé quién es. Se lo juro.

De repente, Ridley cruzó la habitación y se agachó para plantársele justo delante de la cara. —Con esas búsquedas, el vídeo de su camioneta y los testigos presenciales que la sitúan en la playa,

la tenemos por el secuestro y asesinato de Allie Shreever. —Su voz se había vuelto airada, incluso con un toque maníaco, como si estuviera imitando a Samuel L. Jackson. —Cuando el FBI nos devuelva la huella, la tendremos por otro secuestro. Le insto en los términos más enérgicos posibles: deje de mentir.

Ella miró al suelo, apilando y recolocando las fotos que tenía en el regazo. Cuando por fin levantó la vista, tenía los ojos llenos de lágrimas. —Un abogado —dijo en voz baja—. Quiero un abogado.

23

Dos horas después, Austin estaba sentado en el suelo, en un rincón de la sala de reuniones, lanzándole una bola de papel a Itsy. Estaba bien adiestrada; se sabía su nombre, sabía sentarse y había dejado de soltar chillidos agudos. En definitiva, era una perra encantadora una vez que había tenido la oportunidad de calmarse.

Itsy dejó el papel pringoso de babas a sus pies. Él lo apretó para hacer una bola más compacta y lo lanzó al otro lado de la sala. Itsy corrió a buscarlo, todavía cojeando, y luego se tumbó en el rincón para roerlo hasta hacerlo trizas.

Ridley le estaba tomando declaración a Baxter, que había renunciado a tener abogado y se estaba mostrando colaborador, aunque seguía afirmando no saber nada más allá del trapicheo de poca monta de Trisha. Baxter había entregado su móvil, que mostraba un largo historial de mensajes con Trisha que indicaban que probablemente había dicho la verdad: quedadas para follar, burritos y Netflix. Alguna que otra foto subida de tono. Nada que indicara que estuviera implicado en sus trapicheos o que supiera algo de los secuestros.

Lo de Trisha era harina de otro costal, y Austin no podía dejar de pensar en el interrogatorio. Era obvio que había estado mintiendo. La pregunta era: ¿estaba mintiendo sobre *todo*?

Lo que no podía entender era por qué había ido a casa de Frank Baxter para empezar. Si tenía a Joshua escondido en algún sitio, habría vuelto con él en cuanto huyó de su apartamento. Habría querido cambiarlo de sitio, dando por hecho que, si la policía había encontrado su piso, no tardarían en encontrar su guarida. Era posible que hubiera ido a intentar pedirle a Baxter el teléfono o dinero prestado. Pero llevaba novecientos dólares en efectivo encima cuando la detuvieron. Entonces, ¿por qué no había cogido Trisha un taxi de vuelta adondequiera que estuviese escondido Joshua después de desaparecer en el parque? Solo habían pasado unas pocas horas entre el momento en que le dio esquinazo a Austin en Kingston y el momento en que llegó a casa de Baxter. Así que, si *había* ido a trasladar a Joshua, había sido rápida, lo que significaba que tenía otro lugar cerca.

Había otra cuestión que le rondaba la cabeza. Austin conocía a Lorraine D'Antonia mejor que cualquier otro agente de la ley del país. No era una amante despechada que se enfurece y le pega un tiro a su ex. Ni siquiera era una madre desbordada que había ahogado a sus hijos en un lago. Había detenido a mujeres así antes y, por horribles que fueran, Lorraine D'Antonia era de otra categoría completamente distinta. Se había llevado a niños de sus casas, los había disfrazado con ropa festiva durante tres días y luego les había administrado dosis letales de veneno. Después, les arrancaba la carne de los huesos hirviéndola y grababa poesía cursi en ellos con una Dremel. Era una psicópata de un calibre sin igual. Por mucho que quisiera creer que tenían a su mujer, sencillamente no creía que Trisha Simone fuera capaz de ese tipo de comportamiento inhumano. Al igual que Frank Baxter, parecía una pobre desgraciada con mala suerte. Una delincuente de poca monta que carecía tanto de la inteligencia como de la psicopatía necesarias para llevar a cabo secuestros y asesinatos tan elaborados. Y si no estaba detrás de los secuestros, ¿por qué seguía mintiendo?

Itsy regresó, ofreciéndole un trozo de papel húmedo, y luego se acurrucó a sus pies. Echaba de menos a Run. Había llamado a Andy para asegurarse de que iría temprano a darle de comer y a lanzarle la pelota un rato, pero se sentía culpable por haberla dejado. Se dijo

a sí mismo que la llevaría a dar un paseo extralargo por la playa cuando todo esto acabara.

Jimmy y Lucy entraron en la sala y Austin se unió a ellos en la mesa de reuniones. —He estado pensando —dijo—. ¿Qué más tenéis sobre esas dos enfermeras desaparecidas?

—¿No crees que Trisha sea nuestra chica? —preguntó Lucy.

—Quizá como cómplice, pero…

—Estoy contigo —dijo Jimmy, apretando una y otra vez una pelota de goma que tenía en la mano izquierda. Al soltarla, emitía un chirridito que hizo que Itsy aguzara las orejas. — No tiene esa maldad.

Lucy le lanzó una mirada de fastidio a Jimmy. — ¿Se puede saber qué *es* esa pelota?

Él la levantó, apretándola irritantemente cerca de la cara de ella. — Para fortalecer el antebrazo y la muñeca. Me pierdo el entrenamiento de esta noche y tengo que mantenerme cachas.

—¿Cachas? —preguntó Austin.

—Mazado —dijo Jimmy. — Fuerte.

Lucy enarcó una ceja. — ¿Estás seguro de que eso es lo que quieres decir?

Él la miró perplejo.

Ella sonrió con suficiencia. — ¿Te pones a hacerte pajas para mantenerte *mazado*? A veces pienso que donde deberías tener el cerebro tienes un amasijo de músculos.

Jimmy se dio unos golpecitos suaves en la sien con los nudillos. — Pues no. Materia gris de primera, cien por cien educada en un instituto de formación profesional.

Austin tuvo ganas de decirles que se fueran a un hotel.

Ridley entró con cara de cansancio. — Ese Baxter es un auténtico cabronazo, pero no es un secuestrador.

Austin preguntó: — Jimmy, ¿pudiste conseguir las fechas de esas búsquedas de Google?

—Samantha las encontró, pero ¿qué más da? —Jimmy se encogió de hombros—. Hizo las búsquedas una semana después de dejar los huesos en la playa.

Austin lo sopesó. —Podría haber estado buscando en Google qué tipo de cobertura estaba recibiendo en los medios. Pero también..., mmm..., es posible que en realidad estuviera intentando averiguar algo. —Se giró hacia Ridley—. ¿Ha tenido suerte el sheriff Daniels con TaskRabbit?

—Todavía nada. El FBI los está presionando, pero... no. ¿En qué piensas?

Austin se acercó a la pizarra blanca y trazó una línea con el dedo desde la foto de Trisha Simone hasta la de Allie Shreever. —Sabemos que Trisha dejó los huesos de Allie en la playa, pero de momento no tenemos nada que la vincule con la escena del crimen de los Shreever, ¿correcto?

—Correcto —dijo Ridley.

—Y tenemos la huella de zapato en casa de los Green, que podría coincidir. Pero un treinta y ocho de mujer no es que sea especialmente raro.

—Correcto.

—Lo que yo pienso es, ¿por qué iba Trisha a buscar información sobre las bolsas y el Carnicero de las Fiestas *después* de haber dejado ya los huesos en la playa? Pienso en TaskRabbit. ¿Y si alguien contrató a Trisha para que dejara los huesos? ¿Y si sabía que era turbio, pero lo hizo de todos modos? Entonces, cuando se enteró del descubrimiento del bebé muerto en Hansville, y luego del segundo secuestro, ¿se puso a buscar en Google y encontró el caso de Lorraine D'Antonia? Y entonces se dio cuenta: «Oh, no, *yo* dejé una bolsa de Acción de Gracias».

—Es posible —dijo Ridley—, pero, de ser así, sabe quién la contrató y sigue ocultando información.

Austin asintió.

Samantha irrumpió por la puerta. —Joder, qué fuerte, peña. —Como de costumbre, llevaba un portátil, pero esta vez lo sostenía entre las palmas de las manos como si llevara un delicado huevo de Fabergé sobre un cojín de terciopelo.

Antes de que pudiera decir nada más, giró el portátil. Austin se quedó mirando sin comprender. Parecía una publicación de Facebook.

—Bueno, ¿os acordáis que os dije que Mary Bonner no está en ninguna red social?

Austin asintió. Mary Bonner era una de las dos enfermeras que habían faltado al trabajo en el centro de maternidad donde habían nacido tanto Allie Shreever como Joshua Green.

—¿La has encontrado? —preguntó Jimmy.

—No exactamente. Pero a veces la gente está en una plataforma, la etiquetan en una publicación o en una foto y luego *abandona* la plataforma. La etiqueta que redirige a su perfil desaparece, pero su nombre sigue ahí. En Facebook, cuando esto ocurre, pasa de ser azul a gris. En la búsqueda, no he encontrado ni una sola referencia a Mary Bonner —aparte de algunas de fuera del estado—, pero también he conseguido una lista de todas las enfermeras con las que había trabajado. Así que busqué a Jessie Johnson. Es otra enfermera del St. Michael's.

Austin estaba confuso. —¿Y por qué la has buscado?

—Ridley me ha conseguido sus horarios de trabajo. En el último año, Jessie Johnson compartió más turnos con Mary Bonner que nadie. Pensé que a lo mejor encontraría alguna mención a Mary en las redes de Jessie. Esta publicación es una foto de la fiesta de Navidad de las enfermeras del año pasado. De hace solo un año. El pie de foto dice: «Equipo de Maternidad del St. Michael, Fiesta de Navidad».

Ridley se acercó a su lado. —Por favor, dime que Mary Bonner sale en esa foto.

—No sale, pero está en una etiqueta en gris. La etiquetaron en esta foto —probablemente porque estaba en la fiesta— y luego se dio de baja de Facebook.

—Vale, ¿y qué tiene de especial? —preguntó Austin.

—Mira. —Samantha señaló la sección de debajo de la foto.

Había docenas de comentarios, respuestas y respuestas a las respuestas. Austin examinó los comentarios, negando con la cabeza y preguntándose por qué aquello era tan importante. Sus ojos se detuvieron de repente en un comentario de Myrian Brightstone, la otra enfermera que había faltado al trabajo los últimos días.

En realidad, se detuvieron en cinco palabras en medio de un largo comentario: *La Carnicera de Bebés Navideña*.

24

Todos se agolparon alrededor de la pequeña pantalla para leer. Durante una fracción de segundo, Austin se preguntó en qué momento leer comentarios de Facebook de hacía un año se había vuelto tan relevante para el trabajo de detective, pero negarlo sería como perseguir a un sospechoso a la fuga en un carruaje tirado por caballos.

La conversación bajo la fotografía empezaba bien antes de degenerar en lo que parecía un cotilleo y acoso de instituto. Austin entendía bastante bien el lado oscuro de la naturaleza humana. Llevaba dos décadas siendo su trabajo. Pero nunca sería capaz de entender un mundo en el que gente, por lo demás normal, tratara a los demás de esa manera, por escrito y en público.

Jessie Johnson: ¡Ooh, me encanta esta foto! ¡Qué noche tan divertida!

Myrian Brightstone: ¡Lo mismo digo! Tenemos que juntar a las chicas más a menudo.

Keeran Smith: ¿Chicas? ¿Y yo qué?

Myrian Brightstone: Lo siento, Keeran, ahora eres una de las chicas. Puedes ocupar el lugar de Mary.

Keeran Smith: Por cierto, ¿adónde se fue?

Jessie Johnson: Se fue pronto. No bebe.

Myrian Brightstone: Más bien se fue pronto porque es una rarita.

Keeran Smith: Myrian, no empieces.

Myrian Brightstone: No, lo siento. Alguien tiene que decirlo.

Keeran Smith: Pero no tiene por qué ser aquí.

Jessie Johnson: Keeran, no se equivoca. Toda aquella conversación fue rarísima.

Myrian Brightstone: ¿Rarísima? Fue inquietante, y sinceramente me da igual QUIÉN vea esto. Yo intentaba pasármelo bien en una fiesta y pedal. Vaya bajón.

Keeran Smith: No digo que te equivoques, pero es que está etiquetada en la foto, literalmente.

Myrian Brightstone: ¡Ni que fuera a verla! ¿Crees que se va a poner a mirar Facebook? Lo siento, pero es que estoy hasta las narices de ella. Da grimilla. Vieja. ¿Y qué coño fue esa mierda del final? ¿Cómo puedes pasarte cinco minutos de una fiesta de Navidad hablando de un asesino en serie?

Jessie Johnson: Ya ves, ¿verdad? Hablaba de ello como si, por supuesto, todos tuviéramos que saber de qué iba. Yo ni siquiera había oído hablar del tema.

Myrian Brightstone: ¡¿Cómo te atreves, Jessie?! Jaja. Cómo se te ocurre no querer hablar de la Carnicera de Bebés de las Fiestas en la fiesta de Navidad de tu empresa. Jajajaja. ¿Y esa poesía cursi que cuelga en la sala de descanso antes de cada festivo? ¡DIOS, QUÉ HORROR!

Durante un largo momento, todos se quedaron sentados en silencio. Un silencio sepulcral. Fue Ridley quien finalmente habló. —Samantha, excelente trabajo. Puede que acabe de resolver este caso. Pero no tenemos tiempo para celebraciones. ¿Quién es este Keeran Smith?

Samantha cerró su portátil. —Otro enfermero que trabaja allí.

Ridley se giró hacia Jimmy. —Consiga las direcciones de él y de Jessie Johnson. Envíe una patrulla para que los interroguen sobre Mary Bonner. —Jimmy asintió y salió de la sala a toda prisa.

Austin se levantó, se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y se puso a caminar de un lado a otro. —Decidme si estáis

conmigo. O sea, que Mary Bonner está trabajando en el hospital. A juzgar por esta conversación, está obsesionada con el caso, como la mayoría de los imitadores. Conoce a los padres de Allie Shreever, quizá estaba de turno la noche que nació. Es probable que reúna información en el hospital. Dirección, etcétera. Quizá incluso vigila la casa mientras los padres aún están en el hospital. Quizá se entera de que van a tener a su hija en una cuna en una habitación separada. Se aseguraría de esto *antes* de decidirse por una niña. Querría saber con certeza que la cría no va a dormir con los padres. Secuestra a Allie —y aún no sabemos qué pasó durante los tres días que la tuvo—, luego la mata, deja el poema en los huesos y entonces…

—Entonces contrata a Trisha a través de TaskRabbit para que deje los huesos. —Ridley le seguía el ritmo.

—De algún modo —continuó Austin—, hace todo esto sin faltar al trabajo ni llamar la atención.

—O —dijo Lucy—, todo el suceso —los tres días— fueron días que Bonner tenía libres de todas formas. Haré que Samantha compruebe su historial laboral con las fechas de la desaparición de Allie.

—Bien pensado —dijo Ridley.

—Correcto —asintió Austin—. Unas semanas después, cree que se ha salido con la suya y repite exactamente el mismo proceso con Joshua Green. Pero esta vez, algo cambia. En lugar de seguir en su trabajo, desaparece.

Lucy se puso en pie. —Lo que cambió fue el reportaje de Anna sobre las posibles conexiones entre los casos. En cuanto lo vio, supo que era cuestión de tiempo que llamáramos a su puerta.

Ridley se dirigió a la puerta. —Esperad aquí, voy a conseguir una orden para la casa de Mary Bonner. Esto, sumado a lo que ya tenemos, será más que suficiente. Se detuvo en el umbral. —Una cosa más: ¿creéis que es casualidad que Trisha se parezca un poco a D'Antonia o forma parte de todo esto?

—Buena pregunta —dijo Austin.

Ridley se encogió de hombros y se fue.

A Austin le daba vueltas la cabeza. Miró a Lucy y luego a Itsy, que dormía en un rincón.

Antes de poder convencerse de no hacerlo, se levantó de un salto, cogió a Itsy y corrió por el pasillo hasta la sala de interrogatorios. Entró de golpe por la puerta y vio a Trisha hablando con el abogado de oficio que acababa de llegar para asesorarla.

El abogado se levantó de inmediato. —Estoy reunido con mi clienta. Era un chico joven con un traje barato y el pelo rapado; no llevaría más de dos años licenciado.

Austin le hizo un gesto displicente con la mano. —Solo será un segundo. Trisha, míreme.

Ella extendió los brazos con desesperación y rompió a llorar al ver a su perra. Al ver a Trisha, Itsy soltó una serie de gañidos agudos y giró la cabeza casi por completo intentando morder a Austin.

—Sabemos que no se llevó a ningún niño —dijo Austin—. No creo ni que supiera lo que había en esa bolsa. Solo es una camello sin blanca que hacía trabajillos para pagar la operación de su perra.

—No diga nada —le ordenó el abogado. Luego, dirigiéndose a Austin, añadió—: Se está pasando de la raya. Detective, saque a este tipo de aquí.

Ridley había aparecido detrás de él y Austin sintió sus enormes manos sobre los hombros.

—Alguien le pagó para que dejara esa bolsa. Sabemos quién fue. ¿Quizá la contactó primero a través de la aplicación TaskRabbit? Supongo que hizo un trabajo para ella y que más tarde le ofreció un encargo especial, ¿con una paga extra?

El abogado se deslizó hacia un lado, interponiéndose físicamente entre su clienta y Austin. —¡No responda a eso!

Austin se agachó y dejó a Itsy en el suelo. Inmediatamente, la perrita corrió por la habitación, pasó entre las piernas del abogado y saltó a los brazos de Trisha.

—¡Trisha! —bramó Austin—. ¡Respóndame!

Estaba llorando, con el rostro descompuesto por el alivio y el dolor.

—Seguro que la contactó al margen de la aplicación, duplicando o incluso triplicando la paga. Probablemente por teléfono, nada por escrito. Díganos quién le pagó por dejar esa bolsa y podremos llegar a un acuerdo. Le lanzó una mirada fulminante al abogado. —Haga que hable o la sangre de ese bebé también manchará sus manos.

Empujó a Ridley fuera y cerró la puerta a sus espaldas con una fuerza que hizo temblar las paredes.

25

Mordisqueaba el borde de una galleta con forma de árbol de Navidad y partía los crujientes trocitos de azúcar entre los incisivos. El crujido sonaba muy fuerte en la diminuta cocina. O quizá solo parecía fuerte ahora que Joshua se había echado la siesta.

El angelito dormía profundamente. Irradiaba calidez y bondad. ¿Habría dormido ella así de bebé? Lo dudaba. Su hogar nunca se había llenado con los olores de la Navidad. Nunca la habían querido tanto como a Joshua.

Fuera, el viento aullaba entre los cedros y azotaba la pequeña cabaña. Pero ella estaba calentita, muy calentita. Y Joshua también. Le había dado un hogar maravilloso estos últimos días. Recuerdos que le durarían el resto de su vida.

Y el resto de la suya.

Se tensó de repente, sin querer.

Un ruido del exterior. Y no era el viento. Más bien un golpe seco, como el de un pájaro al chocar contra un lado de la cabaña, algo que ya había ocurrido una vez. O una rama de un árbol al caer sobre el tejado, lo que pasaba cada vez que había tormenta.

Probablemente no era nada. Pero el artículo del periódico la tenía preocupada. Esa zorra de Anna Downey había estado husmeando por el hospital. Podía echarlo todo a perder.

Salió deprisa de la cocina y entró en el salón. Las cortinas estaban echadas. Avanzando sigilosamente, llegó a la pared de al lado de la puerta principal y apoyó una rodilla en el brazo del sofá. Con cuidado, se inclinó hacia la ventana y apartó la cortina despacio, muy despacio. Solo unos centímetros.

No vio nada.

Otro sonido, una retahíla de chasquidos. El arranque de un motor. Su mente se aceleró pensando en el pequeño Joshua. ¿Los habían encontrado? ¿Habían venido a por su niño?

Oyó el ruido de unos neumáticos sobre la gravilla.

Neumáticos sobre la gravilla.

Cada vez más débil.

¿Más débil?

Volvió a mirar por la ventana. Una furgoneta se *alejaba* de su casa. Una furgoneta de reparto de Amazon.

Se le relajaron los hombros. Soltó un largo suspiro y abrió la puerta de la calle. Se agachó y, con un movimiento rápido, cogió la caja marrón.

De vuelta en la mesa de la cocina, comprobó cómo estaba Joshua. El precioso angelito no se había enterado de nada. Se movió un poco y se llevó su bracito regordete a la frente, como si intentara protegerse del sol.

Su regalo ya estaba aquí, pero se alegró de que estuviera dormido. Así sería una sorpresa.

Abrió la caja rasgando sin dificultad la cinta de embalar marrón con una uña larga. El crujido del embalaje de plástico siempre la hacía feliz y hoy no era ninguna excepción.

Sacó la bolsa y volcó su contenido sobre la mesa. La descripción de la página web decía que era «El artículo perfecto para regalar en estas fiestas».

Estaba de acuerdo.

Era una pequeña bolsa de regalo de fieltro. Roja en su mayor parte y decorada con arbolitos de Navidad verdes, copos de nieve blancos e incluso un trineo en miniatura con un alegre Papá Noel que decía «Jo, jo, jo».

Llevó el embalaje a la basura y dejó la bolsa en el centro de la mesa. Parecía pequeña.

Se preguntó si sería lo bastante grande. Al fin y al cabo, el pequeño Joshua crecía por momentos.

Entonces se acordó de Allie Shreever. Ella había tenido más o menos el mismo tamaño y no había supuesto ningún problema. Después de todo, el cuerpo de un bebé es más de un setenta por ciento agua.

Miró la gran olla para conservas, plateada y reluciente, que tenía sobre el fogón.

Y casi todo lo demás era carne.

26

Eran casi las doce de la noche en la oficina del sheriff de Kitsap, pero nadie dormía. Tras el arrebato de Austin, el abogado de Trisha Simone se había reunido con su clienta durante treinta minutos antes de aparecer en el pasillo y pronunciar una única y agotada frase. —En contra de mi recomendación legal, está dispuesta a confesarlo todo.

Ahora, Austin, Ridley, Lucy y una cámara de vídeo observaban cada movimiento de Trisha y estaban pendientes de cada una de sus palabras.

—Empezó la semana antes de Acción de Gracias. —Trisha acariciaba a Itsy despacio mientras hablaba. La presencia del perrito había sido una condición para contar la verdad—. Recibí un mensaje a través de la aplicación. Ciento veinte pavos por llevar unos documentos legales de Bremerton a Seattle.

—¿Dónde era la recogida? —preguntó Ridley.

Trisha agachó la cabeza. —En el Saint Michaels. El hospital.

Austin oyó un fino silbido de aire escapando entre los dientes de Ridley. Estaba furioso, probablemente porque pensaba exactamente lo mismo que Austin: si Trisha hubiera atado cabos cuando oyó que habían encontrado a Allie Shreever muerta en Hansville, podría haber evitado el secuestro de Joshua.

—¿Quién le dio los documentos? —preguntó Austin.

—Una mujer, blanca, de unos cincuenta o sesenta años.

—¿Qué más? —exigió Ridley—. Todos. Y. Cada. Uno. De. Los. Detalles.

Trisha cerró los ojos con fuerza, intentando encontrar los recuerdos. —Llevaba gafas de sol y un uniforme de enfermera. Parecía simpática. Los documentos estaban en un sobre amarillo. No le pregunté nada sobre ellos, pero me dijo que eran los papeles finales de su divorcio. Dijo que tenían que ser entregados ese día. Algo sobre un acuerdo.

—¿Nombre? —dijo Ridley.

—En la aplicación era Suzanne Brown.

—¿Se refirió a sí misma alguna vez con otro nombre? —preguntó Austin.

Trisha se lo pensó un momento y luego negó con la cabeza.

Necesitaban volver a la descripción física, pero Austin esperaba tener suerte primero y conseguir una dirección o algún otro detalle clave que los llevara hasta Joshua. —¿Dónde era el punto de entrega? —preguntó Austin.

—Eso fue lo raro. La mujer había escrito la dirección equivocada en el sobre. Cuando llegué, no había ningún bufete de abogados en esa dirección. Era un supermercado. Me puse en contacto con ella a través de la aplicación y no tuve noticias suyas hasta el día siguiente. Me traje los documentos de vuelta. Cuando me escribió, me dijo que había sido culpa suya, que se había equivocado con el nombre de la calle. Pero que no pasaba nada, porque había descubierto cómo presentar los papeles por internet. Quedé con ella al día siguiente, le devolví los papeles y me dio una propina de sesenta dólares a través de la aplicación por las molestias.

Austin sopesó la información y luego se volvió hacia Ridley. —La estaba poniendo a prueba. Para ver si era de fiar.

Ridley asintió. —Continúe, por favor. ¿Cómo acabó dejando esa bolsa en la playa de Hansville?

—Una semana después, más o menos, volvió a contactar conmigo. Me dijo que tenía un encargo especial y me preguntó si podía contactarme fuera de la aplicación. Se supone que no

debemos hacer eso, la aplicación se lleva su quince por ciento, al fin y al cabo, pero parecía una mujer decente, así que le di mi móvil.

—¿O sea que incumplió el contrato de servicio de la aplicación? —preguntó Ridley.

Los ojos de Trisha fulminaron a Ridley. —Todo el mundo lo hace. ¿De verdad va a echarme la bronca por *eso*, con la que está cayendo?

El abogado levantó el teléfono. —La señora Simone ha accedido a mostrarles los mensajes que recibió a cambio de dos cosas. Señor Austin, quiere que usted decline presentar cargos contra el señor Baxter. Y detective Calvin, quiere su palabra de que intercederá por ella si se enfrenta a un cargo de intento de distribución sin licencia o a cualquier otro cargo relacionado con la siguiente fase de su interacción con la mujer que se hace llamar Suzanne Brown.

Tanto Austin como Ridley asintieron. Trisha introdujo la contraseña y el abogado le entregó el teléfono a Ridley.

Itsy se había quedado dormida y Trisha la acunaba como a un bebé mientras hablaba. —Fue algo bastante rápido. Me ofreció quinientos dólares por recoger un saco en un sitio de Hansville y dejarlo en otro.

—¿Hansville? —preguntó Austin, sorprendido—. ¿La recogida también?

Ella asintió.

—¿Y eso no le pareció raro? —preguntó Ridley, con un tono mordaz que se insinuaba en su voz.

—Claro que sí. —Trisha se rio—. Pero también sonaba a dinero para el alquiler. —Paseó la mirada de Ridley a Austin, y de Austin a Lucy—. El negocio de la maría es una mierda desde que la legalizaron, y supongo que ninguno de ustedes ha sido pobre nunca. Pobre de verdad. De esos de «¿dormiré en la furgoneta esta noche?». —Negó con la cabeza—. El caso es que eso hice. Sabía que podía ser turbio, pero, sinceramente, parecía una mujer decente.

Ridley tenía la vista fija en el móvil. —¿Y el punto de recogida era al final de la Northwest 360th?

Trisha asintió.

Lucy la miraba con escepticismo. —¿Le pagaba quinientos dólares por recoger una bolsa y llevarla a un kilómetro y medio de distancia? ¿Y usted aceptó?

—Lea los mensajes —dijo Trisha, a la defensiva—. Decía que era una de esas yincanas de Instagram que hace la gente. Que había dejado el premio final en el lugar equivocado y tenía que doblar turno en el hospital. Toda su familia estaba en la ciudad, ¿que si podía moverlo yo?

—¿Y se creyó *eso*? —preguntó Lucy.

—Sinceramente, sí. Ya sé lo estúpido que parece ahora. —Cerró los ojos y suspiró—. Quizá es que *quería* creerlo.

Austin negó con la cabeza. Las cosas que la gente estaba dispuesta a creer cuando había dinero de por medio.

El abogado de Trisha levantó un dedo. —Me gustaría recalcar que en ningún momento la señora Simone realizó ninguna acción que considerara ilegal, o siquiera inmoral.

—Vamos, hombre —dijo Lucy—. Me creería que pensó que era una entrega de droga. Eso al menos tendría sentido lógico. Ni de coña se tragó lo de la yincana.

El abogado se encogió de hombros, con una sonrisa burlona en el rostro. —No estamos de acuerdo.

Lucy lo fulminó con la mirada y luego a Trisha. —¿Y no miró usted dentro de la bolsa?

Trisha negó con la cabeza.

—¿Por qué le hizo las fotos a la bolsa? —preguntó Austin.

—Solo para demostrar que había hecho la entrega. Como hacen los repartidores.

Ridley le tendió el móvil a Lucy. —Apunte el número de teléfono de Suzanne Brown y consúltelo con Samantha. Es casi seguro que sea un móvil de prepago, pero averigüe todo lo que pueda. —Lucy apuntó el número—. Y ya que está, consígame un listado impreso de todas las casas que hay en el bosque, por la zona de la 360. Y haga unas llamadas. A ver si convence a alguno de nuestros dibujantes para que venga.

—Es sábado a medianoche, jefe.

La mirada de él le dijo que le daba igual. Ella asintió. A ella tampoco le importaba.

Cuando Lucy se fue, Austin se volvió hacia Ridley. —He pasado con el coche por la Nordeste 360 cientos de veces. Siempre me he fijado en ella. Pero nunca he ido por allí. —A Austin le había parecido raro que hubiera una calle 360 en un pueblecito costero donde las calles tenían nombres como Shoreview, Cedar Grove, Heron y Sandy Cove.

—Es un camino de tierra —dijo Ridley—. Con algo de gravilla. Un montón de caminos secundarios, unas treinta o cuarenta casas en total.

Austin tomó nota mental de ello antes de preguntarle a Trisha: —¿En algún momento la contactó por teléfono?

—No.

—¿Tiene usted otro teléfono en el que pudiera haberla contactado?

—No.

—Después de que le pidiera contactar con usted fuera de la aplicación, ¿volvió a contactarla alguna vez dentro de la aplicación?

—No.

Austin empezaba a frustrarse. Se daba cuenta de que así no iban a llegar a ninguna parte. —¿Salió a relucir *su* aspecto en algún momento? ¿El hecho de que se parece un poco a Lorraine D'Antonia?

—¿Qué está usted insinuando? —preguntó el abogado.

Austin lo ignoró, con los ojos clavados en Trisha.

—No creo que me parezca mucho a ella. Pero no, nunca salió el tema.

—Los quinientos dólares. Por favor, dígame que se los envió por PayPal o algo parecido.

Trisha negó con la cabeza. —En efectivo, en un sobre con la bolsa.

Una expresión de preocupación apareció en la cara de su abogado.

Se había percatado del mismo agujero en la historia que Austin. —Dijo que se creyó su historia de la búsqueda del tesoro. Que

estaba trabajando y no podía mover la bolsa. ¿Y aun así, de alguna manera, se las arregló para dejar quinientos dólares en efectivo con la bolsa y con el nombre de usted?

Trisha miró a su abogado, que se encogió de hombros. Debería haberle hecho caso y haberse negado a hablar.

—Vale —admitió—, esa mujer policía tenía razón. Pensé que era un asunto de drogas.

—Y cuando vio a la policía fuera de su apartamento —dijo Ridley —, ¿echó a correr porque se dio cuenta de que era cómplice del asesinato de Allie Shreever?

Ella cerró los ojos. —Por eso, y por la hierba que tenía en casa.

—Ya volveremos al dinero —dijo Ridley—. Queremos los billetes que le dio. Criminalística. Poca prioridad en este momento.

Austin estaba de acuerdo. Ya conocían la identidad y el domicilio de la presunta asesina, Mary Bonner. Además, era muy difícil encontrar huellas en los billetes, pero valía la pena intentarlo. Sería útil si el asunto llegaba a juicio, pero no de mucha ayuda para lograr su prioridad número uno: localizar a Mary Bonner y, con suerte, a un Joshua Green con vida.

—Para que quede claro —dijo Austin—, ¿no tuvo usted ningún contacto con esa persona aparte de las dos reuniones en el hospital, los mensajes que estamos leyendo ahora y las conversaciones que tuvo dentro de la aplicación TaskRabbit?

—Así es.

Ridley acercó una silla y se sentó a su lado. —Esta parte es importante, Trisha, y quiero que cierre los ojos y lo piense bien. —Su tono era ahora cálido, paternal, a pesar de que Trisha le sacaba unos doce años—. Quiero que piense en su aspecto. Haga un esfuerzo por visualizarla.

—Llevaba gafas de sol. —Trisha bajó la vista hacia Itsy, como si la respuesta pudiera estar en la coronilla de su diminuta cabeza—. Y una mascarilla, como si acabase de salir de una operación.

—¿Tatuajes, marcas identificativas? ¿Alguna cicatriz en la piel que tuviera a la vista?

—La verdad es que no me fijé en nada de eso. Parecía que tenía prisa.

—Piense —le imploró Ridley.

—Era más o menos de mi altura, de complexión parecida. Menuda, como yo.

—¿Cómo caminaba?

Trisha sopesó la pregunta. —Rápido. Con resolución. No era una vieja decrépita.

—¿Cómo era su voz?

—No sé. ¿Normal?

—¿Acento?

—Nada destacable —dijo Trisha—. Parecía de aquí.

Ridley y Trisha le dieron vueltas y más vueltas al aspecto de la mujer durante otros cinco minutos antes de que Ridley se diera por vencido. La historia de Trisha coincidía con todos los hechos, pero no los había acercado mucho a localizar a Mary Bonner.

Samantha no había conseguido encontrar ni una sola foto de Bonner en internet y estaba buscando en otras fuentes. Había agentes vigilando su apartamento y, por la mañana, Ridley tendría una orden de registro. Pero Austin no creía que eso sirviera de mucho. Dudaba que hubiera llevado a Joshua allí alguna vez, dudaba que hubiera dejado alguna prueba sobre su paradero. Mary Bonner se había esfumado y se había llevado a Joshua Green con ella.

Lo único que Trisha había proporcionado que podría dar sus frutos era la ubicación de la recogida de los huesos. Esa era la siguiente pista que había que seguir.

Austin llevó a Ridley al pasillo, donde Lucy estaba apoyada contra una pared como si intentara echar una cabezada. —Noreste con la 360.

—Ya me he adelantado —dijo Ridley—. A primera hora de la mañana estaré allí con todos los que pueda conseguir, llamando a las puertas.

—Voy contigo —dijo Lucy, bostezando. Le entregó a Ridley un papel impreso—. Cuarenta y dos casas en total. Direcciones, nombres de los propietarios. De momento, ninguna conexión con Mary Bonner.

Austin dijo: —Si tenemos suerte, tiene una casa allí. Aunque no sea así, *estuvo* allí, y puede que alguien la viera. Quizá fue en coche y alguien tenga una cámara en la entrada.

Austin bostezó. El café lo había puesto nervioso, pero ya no era el detective treintañero que podía pasarse las noches en vela como un universitario.

Ridley estiró los brazos por encima de la cabeza y tocó el techo con la punta de un dedo. —Has hecho un trabajo cojonudo —dijo Ridley—. Vete a casa. Duerme unas horas. Mañana va a ser un día largo.

—Pero...

—Usted también —le dijo a Lucy, ignorando la objeción de Austin —. Voy a terminar con Trisha y a echar una cabezada en el sofá. No se preocupe, Trisha no va a ir a ninguna parte.

Austin aceptó a regañadientes, pero solo después de que Ridley le prometiera que lo llamaría en cuanto entraran en el apartamento de Mary Bonner.

27

Austin apagó los faros y observó cómo las pequeñas olas rompían en la playa rocosa, con la espuma deslizándose por la orilla bajo la luz de la luna. Nunca había estado tan feliz de estar en casa. El último kilómetro y medio de su trayecto hasta Hansville le hizo sentir como si estuviera dejando atrás el mundo para entrar en una realidad alternativa donde las cosas eran más pequeñas, más sencillas y mejores.

Incluso después del día más largo que había tenido desde que se mudó allí, su cuerpo se relajó al bajar la larga colina que llevaba al pueblo, donde los árboles se abrían para dar paso al agua, a las islas, a las montañas y al cielo. No es que Silverdale, Bremerton y Kingston fueran grandes ciudades —la gran ciudad más cercana era Seattle, a cuarenta minutos en ferri cruzando el Sound—, pero, en comparación con Hansville, cualquier ciudad era un hervidero.

Tenía la mano en el tirador de la puerta cuando una luz centelleó en el retrovisor. Se giró rápidamente, pero ya no pudo verla. Escrutando la oscuridad, buscó cualquier movimiento. La luz se encendió de nuevo. Un débil resplandor en las sombras de su edificio, como el de una linterna mediocre o, más probablemente, la pantalla de un móvil. Observó con atención, dejando que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Entonces vio la silueta.

No podía distinguirle la cara, ni siquiera el torso, pero los zapatos blancos de la persona captaban la suficiente luz de la luna como para ser visibles. Había conseguido el permiso de armas para portación oculta cuando se mudó al estado de Washington, pero no había llevado un arma ni una sola vez. Después de vivir en Nueva York, Hansville le parecía el lugar más seguro del mundo. Pero, mientras miraba fijamente hacia las sombras, deseó que su MR1911 estuviera en el coche y no bajo llave en la caja fuerte de casa.

Pero, por otro lado, quienquiera que estuviese allí lo había visto llegar. De eso estaba seguro. Así que no estaría mirando el móvil si hubiera venido a hacerle daño. Por no mencionar que, aunque Mary Bonner supiera que él estaba trabajando en el caso, no tendría ninguna razón para ir a por él.

Estaba paranoico. Los últimos días lo habían devuelto a la mentalidad de un detective, una mentalidad en la que los asesinos y violadores eran sus compañeros diarios y el peligro acechaba en cada sombra.

Abrió la puerta de un empujón y dio tres largas zancadas hacia la silueta ensombrecida. El último de sus miedos se disipó cuando Anna Downey salió de las sombras. —Ridley dijo que estaba de camino a casa y no respondía al móvil.

Austin se detuvo a medio camino del aparcamiento. —¿Y le pareció buena idea esperar en la penumbra delante de mi casa a la una de la madrugada? Está empezando a hacer que los sabuesos del *Post* y del *Daily News* parezcan ciudadanos modelo.

—Sé que los policías tienen que odiar a los periodistas, es algo que va con la placa, pero no tiene ningún problema en utilizarnos cuando le conviene.

Austin no podía negarlo. Había filtrado historias a los periodistas con bastante frecuencia, pero siempre con un objetivo estratégico. —No soy policía. Pero cuando lo era, si servía para hacer avanzar un caso, acojonar a un sospechoso o movilizar a la opinión pública para encontrar a alguien, cuente conmigo. La diferencia es que yo lo hago para resolver crímenes, usted lo hace para vender periódicos.

—¡Me siento ofendida! —protestó Anna, un poco demasiado alto —. ¡Solo publicamos *online*! Yo lo hago por los *clics*.

Austin no dijo nada.

—Oh, venga. Soy yo la que depende de los clics para pagarle la universidad a mi hijo. —Dio un paso hacia él. —¿Ni siquiera consigo una risa por compasión?

—Estoy demasiado cansado para reír. —Pasó a su lado, rodeando el edificio. —Y sé que no ha venido aquí a contar chistes.

Ella lo siguió. —Tengo una exclusiva. Es gorda y no le va a gustar.

Él se detuvo y se apoyó en la verja que daba a un pequeño patio vallado. —¿Y supongo que Ridley no ha querido hacerle ninguna declaración?

—Claro que sí. —Miró su libreta con dramatismo, aunque estaba demasiado oscuro para leer—. Dijo, y cito: «Ni un *puto* comentario. Y si publicas eso, estás en la lista negra de mi departamento». Fin de la cita. Y, como se podrá imaginar, no utilizó la palabra «puto».

—Suena grave. Sea lo que sea, yo no lo publicaría. Y ya sabe que no voy a decir nada, así que, ¿por qué está aquí?

—Porque es mi trabajo. —Se acercó más, demasiado, y él pudo olerle el perfume. La fragancia era muy del noroeste, como a cedro y espuma de mar—. Estoy aquí porque, por mucho que a usted no le guste, por mucho que pueda dificultar su trabajo, tengo todo el derecho a hacer el mío. Y no solo eso, soy rematadamente buena en ello. A pesar de lo que indiquen mis nóminas. —Su tono no era de enfado, pero también le indicaba que había tenido esta conversación con suficiente gente como para saber defenderse.

A Austin le entró curiosidad por saber qué exclusiva era tan importante como para que Ridley la amenazara con ponerla en la lista negra. No se marchó, pero tampoco respondió.

Ella lo interpretó como una oportunidad. —Me he dado cuenta de una cosa sobre los tíos que trabajan en las fuerzas del orden. —Retrocedió un paso y se puso las manos en las caderas.

—¿El qué?

—Que siempre dan por hecho que guardarse hasta el último ápice de información es la mejor manera de resolver los crímenes.

Austin se encogió de hombros. —De verdad que estoy muy cansado. Tengo que sacar al perro. ¿Adónde quiere llegar?

Sacó el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros, pulsó la pantalla y deslizó el dedo. —Significa que el departamento del sheriff de Kitsap ha tenido esta foto guardada durante veintidós días. Un nudo de pavor se le formó en el estómago y un sabor a tostada quemada le cubrió la lengua.

Le enseñó el móvil. La foto era la de la bolsa de Acción de Gracias que contenía los huesos de Allie Shreever, apoyada sobre un tronco arrastrado por la marea en la playa.

Su cabeza iba a mil por hora. ¿Quién podría haberla filtrado? ¿Lucy? ¿Jimmy? ¿Samantha?

No. De ninguna manera.

Entonces cayó en la cuenta. Los adolescentes le sacan fotos a *todo*. —¿Fueron Sarah o Benny?

—No estoy autorizada a revelar mis fuentes, pero fue Benny.

—Ese mierdecilla. ¿Cuánto?

Ella resopló con desdén. —No pago por las exclusivas. Las consigo partiéndome el lomo. Si usted tuviera hijos, lo entendería.

Austin se irritó. La mención de los niños le trajo a la memoria a Fiona y estaba demasiado cansado para aquello.

Debió de notar su irritación. —Lo siento. He estado fuera de lugar. —Dio unas vueltas en círculo; el único sonido era el de sus pies arrastrándose por el camino de grava y el leve romper de las olas—. Mire, el departamento del sheriff ocultó a la opinión pública durante *tres semanas* que el asesinato de Allie Shreever —la forma en que se descubrió su cuerpo— era casi *idéntico* al de los asesinatos de media docena de otros bebés. Ocultó el hecho de que su asesino tiene el *mismo modus operandi* que una de las asesinas en serie más notorias de la historia de Estados Unidos. Sé que usted solo lleva dos días en esto. No fue su decisión. Personalmente, creo que esa decisión hizo que el condado de Kitsap fuera menos seguro.

—¿En qué sentido?

—Quizá si la familia Green hubiera sabido que la Carnicera de los Bebés Festivos tenía un imitador por ahí, habrían puesto la cuna en su habitación esa noche. Quizá si… —dejó la frase en el aire, chutó un poco de grava hacia la playa y luego se giró de nuevo hacia Austin—. Mire, aquí hay un millón de «y si…».

La mente de Austin iba a toda velocidad. ¿Qué pasaría si la foto salía a la luz? El caso de Lorraine d'Antonia había sido uno de los más comentados de la última década. Las mujeres asesinas en serie eran raras, y las que cometían sus atrocidades en mercados mediáticos importantes como Seattle y Nueva York, aún más raras. El hecho de que hubiera atacado a recién nacidos —los más inocentes entre nosotros— hacía el caso aún más perturbador, si cabía. Lo último que Austin había deseado jamás era la fama, pero cuando ayudó a atrapar a d'Antonia, se vio envuelto en un circo mediático que había tardado meses en apagarse, y solo porque él había hecho todo lo posible por acabar con él.

Habían publicado su perfil contra su voluntad en unas cuantas revistas y, a instancias de Fiona, había accedido a salir en un par de programas de la CNN, que había estado siguiendo el caso durante meses. Según Fiona, él era un detective joven y apuesto, alguien que hacía que la gente tuviese una buena imagen de las fuerzas del orden cuando la mayor parte de la prensa que recibían era negativa. Ella le había dicho: —Hace que la gente se sienta más segura al saber que hay tíos como tú ahí fuera. Él no estaba seguro de aquello, pero no tardó en darse cuenta de que la tele no era lo suyo. No le gustaba lo poco que el formato permitía profundizar en los matices y lo que *de verdad* no le gustaba era tener que maquillarse.

Si la foto de Anna salía a la luz, el circo mediático en torno al Carnicero de Bebés de Navidad volvería a la ciudad. El FBI encabezaría la ofensiva en el condado de Kitsap. No tendrían más remedio que asumir un papel más importante, y el sheriff Daniels probablemente los recibiría con los brazos abiertos. Eso sacaría a Daniels en la tele y pondría a sus detectives en su sitio.

Después, se presentarían todos los medios de comunicación nacionales. Expertos en crímenes reales, escritores, detectives aficionados de internet. Todos los programas de televisión sobre crímenes publicarían una variante del titular: *¿El imitador definitivo? El Carnicero de Bebés de Navidad vuelve a escena, a pesar de estar entre rejas.* O, lo que es peor: *¡Vuelve el Carnicero de Bebés de Navidad! ¿Fue Lorraine D'Antonia condenada por error?*

La especulación se dispararía. ¿Había echado Austin a perder el caso original? ¿Había confesado D'Antonia en falso? ¿Había estado libre el verdadero asesino todo este tiempo? Joder, con la rapidez con que se propagaban las gilipolleces por internet, Austin podría despertarse y encontrarse con una entrada de blog acusándolo *a él* de los asesinatos. Al fin y al cabo, se había mudado hacía poco a Hansville, donde se encontraron los huesos. Internet no tenía límites en lo que a estupidez se refería.

Se pasó una mano por el pelo. —Hemos hecho un gran avance hoy. Estamos cerca. ¿Hay algo que pueda hacer para convencerla de que no publique esa foto?

—Lo siento. Mi editor ya tiene el artículo. La foto. Mírelo desde nuestro punto de vista. Sería una negligencia profesional *no* publicarlo.

—Entonces no creo que tengamos nada más que decirnos. —Cuando abrió la verja, oyó las patitas ansiosas de Run correteando por la cocina. Conocía el sonido de esa verja y respondía a él como si un jugoso chuletón de buey estuviera de camino al jardín. Salió disparada por la gatera y corrió hacia él, frotando la cabeza y el cuello contra sus espinillas mientras él se agachaba. La luz del sensor de movimiento se encendió, bañándolos en un suave resplandor.

—Es adorable —dijo Anna.

—¿Tiene alguna pregunta para mí, Sra. Downey?

—Vamos, llámeme Anna.

Él no dijo nada. Ella se quedó pensativa un buen rato, mientras Austin la miraba desde abajo al tiempo que acariciaba el suave pelaje de Run. Le fastidiaba que le hubiera arruinado el que habría sido el mejor momento del día. Pero lo que ella le había dicho le hizo preguntarse: *¿y si tenía razón?* Una cosa que sabía era que el comportamiento de los asesinos era mucho menos predecible de lo que parecía en las series de crímenes de la tele. Incluso los asesinos en serie fríos y calculadores cometían errores, actuaban por resentimiento, desesperación y pura estupidez. Y Anna tenía razón en que, en ocasiones, era bueno que la gente conociera los detalles de un caso en curso. A veces, eso llevaba a pistas que resolvían

casos. Así que, desde luego, era posible que la foto supusiera otro avance en el caso. Sin embargo, lo más frecuente era que reportajes como el que ella estaba a punto de publicar llevaran a los asesinos a deshacerse de sus víctimas y a huir del estado.

Anna se inclinó sobre la valla, con el rostro mitad en la luz y mitad en la sombra. —Usted detuvo a Lorraine D'Antonia por el asesinato de Sonya Lopez en Nueva York. Ella confesó todos los asesinatos conocidos cometidos por el llamado Carnicero de Bebés de las Fiestas en Seattle. Johnathan Gruber y otros tres, ¿verdad?

—Correcto.

—Supongo que mi pregunta es esta: ¿hay alguna posibilidad de que ella mintiera? ¿Alguna posibilidad de que usted se equivocara? ¿Alguna posibilidad de que el verdadero asesino haya estado suelto todo este tiempo?

Él se levantó y caminó hacia la puerta. Run lo siguió. En el umbral, se detuvo lo justo para decir: —No. No hay ninguna posibilidad de eso.

Austin dio vueltas en la cama durante una hora antes de caer en un sueño inquieto y atormentado.

En sus sueños, veía huesos.

Primero, los huesos de Jonathan Gruber metidos en una bolsa junto al Green Lake en Seattle. El fin de semana del Cuatro de Julio. Roja, blanca y azul, cubierta de barras y estrellas, la bolsa flotaba en su mente como un fantasma.

Después vio los huesos de Shaneequa Jackson. Era a principios de abril de 2015 y sus huesos habían sido encontrados en una cesta de Pascua justo al sur del famoso mercado de Pike Place de Seattle. Él no había visto esos huesos en persona, no había trabajado en esos casos. Solo los conocía por las fotografías que había visto cuando Lorraine D'Antonia reapareció en Nueva York unos años después de que se le perdiera la pista en Seattle.

Su víctima fue la pequeña Sonya Lopez, una bebé prematura que solo llevaba seis días en casa desde que salió del hospital cuando desapareció. El día después de Navidad, un indigente había encontrado los huesos fuera de una bodega en el Bronx, metidos en una bolsa de regalo navideña.

Aún estaba oscuro cuando Austin se levantó de la cama y se dirigió a la cocina a trompicones. Eran las cinco y media de la madrugada, lo que significaba que habría dormido, como mucho, tres horas. Tendría que ser suficiente. Puso una cafetera, observando los chorros de vapor que salían de las grietas de la carcasa de plástico y escuchando los siseos y gorgoteos en la casa, por lo demás silenciosa. Necesitaba una cafetera nueva.

Run lo miró expectante. Sus grandes ojos transmitían una inteligencia que él nunca había visto en un perro. No estaba seguro de si era porque había aprendido a apreciar más la inteligencia animal o si ella era simplemente una perra excepcional. Quizás ambas cosas.

Se arrodilló y le dio una chuchería, luego señaló con la cabeza la cama del perro en la esquina. —A la cama.

Ella miró la bolsa de chucherías y luego se retiró a regañadientes a la cama y se tumbó.

Sentía como si hubiera estado fuera durante días, quizás semanas. Se sentía diferente y, sin embargo, la vieja placa de Fiona colgaba exactamente donde la había dejado en la pared.

Cada segundo,
de cada día,
cada víctima merece lo mejor de mí.

Pensó en ella, en lo que diría si supiera que estaba persiguiendo a un clon del Carnicero de Bebés de Navidad. Lo más probable es que le dijera que no le diera tantas vueltas, que siguiera yendo a trabajar y que mirara la placa cada vez que se desanimara.

No leería el artículo, pero a estas alturas la historia de Anna se habría 'vuelto viral', como le gustaba decir a Andy. El FBI estaría al teléfono con el sheriff Daniels. La prensa nacional estaría de camino al condado de Kitsap. Y, lo que era más importante, si Joshua Green

seguía vivo, su captor tenía una razón para volverse más impredecible.

Se sirvió una taza de café, la aguó con un poco de agua fría del grifo y se la bebió de un trago como si fuera una botella de Gatorade después de una larga caminata por el desierto.

Iba a ser un día de mil demonios.

28

Austin pensaba que sería el primero en llegar, pero Ridley ya se estaba volviendo a llenar la taza de café cuando entró. Entonces recordó que Ridley había dormido en la oficina.

Las primeras luces del alba se habían abierto paso entre las nubes y arrojaban una luz gris y mortecina que entraba por la ventana e iluminaba la lúgubre sala de reuniones.

Ridley les había enviado un mensaje a Austin, a Lucy y a Jimmy a las seis de la mañana, diciéndoles que fueran a la oficina cuanto antes. Su plan era ponerlos a todos a trabajar sobre el terreno *antes* de que llegara el sheriff Daniels y tuviera la oportunidad de frenarlos o, peor aún, de ordenarles que le pasaran toda la información al FBI.

Austin había pasado por la cafetería cinco minutos antes de ir a la oficina, el tiempo justo para charlar con Andy —que estaba encantado de hacer horas extra, sobre todo en una época del año con tan poco trabajo— y para dejar la camita de Run detrás del mostrador. Se imaginó que iba a ser otro día largo, y Run era lo suficientemente buena como para quedarse en la cafetería mientras Andy trabajaba. La mayoría de los clientes habituales la conocían y la querían tanto como él. Además, se llevaría las sobras especiales que él preparara: media loncha de beicon por aquí, un trocito de queso por allá.

Sin siquiera saludar, Ridley empezó a repasar cada pista, cada ángulo, y a repartir las tareas del día. Empezó con la dirección que le habían dado a Trisha en Seattle. Tal como ella había dicho, era un supermercado. Aun así, le había pedido a un colega del Departamento de Policía de Seattle que se pasara por allí para hacer algunas preguntas cuando abrieran, por si había alguna conexión con el caso.

Un pequeño avance había surgido de una llamada a primera hora de la mañana a los padres de Joshua Green. Cuando les preguntaron específicamente por alguna enfermera que pudiera haberles parecido extraña, recordaron a una mujer mayor, de cincuenta y tantos o sesenta y pocos años. Su descripción coincidía con la de Trisha, pero con un poco más de detalle. La enfermera que recordaban era delgada, con el pelo castaño oscuro que parecía teñido y una nariz afilada. No recordaban el nombre de Mary Bonner, pero no cabía duda. Dijeron que había merodeado demasiado cerca, se había preocupado en exceso y había hecho demasiadas preguntas. Había sido el día más feliz de sus vidas, así que en ese momento no les pareció raro. Pero en retrospectiva, había parecido mucho más interesada en ellos y en su hijo que las demás enfermeras.

Del hospital, Ridley había recibido una foto de Mary Bonner, pero no había sido de gran ayuda. No guardaban permanentemente las que se hacían para las tarjetas de identificación, así que lo único que tenían era una que su equipo de seguridad había sacado de las cámaras de vigilancia del hospital. Estaba tomada desde un ángulo extraño y, como llevaba mascarilla, no servía de mucho. Aun así, confirmaba la descripción que habían dado tanto Trisha como los Green.

Lucy entró, con un enorme vaso de Starbucks en la mano y silbando una melodía.

—Lucy O'Latte —ofreció Austin, con voz débil.

Lucy esbozó una sonrisa cansada. —Es un moca, pero no está mal, Nueva York.

El teléfono de Ridley sonó y Austin observó su rostro mientras escuchaba. Esperanzado, luego aún más esperanzado, y después

inexpresivo. Y por último, una mueca de decepción.

Ridley colgó. —La aplicación de TaskRabbit por fin ha respondido. En cuanto les dimos el nombre y la dirección de Mary Bonner, sus abogados les dijeron que podían confirmar que la cuenta con la que interactuaba Trish le pertenecía. —Hizo una pausa y, de repente, golpeó la mesa con la palma de la mano; el sonido retumbó en la pequeña habitación—. ¡Cabrones! Si nos lo hubieran dicho hace dos días… solo con su nombre y nosotros… —Se apretó la calva con ambas manos como si intentara reventar una sandía en un concurso de forzudos—. Como Joshua Green muera…

—No lo hará —dijo Austin—. Estamos cerca. Volvamos al trabajo.”

Ridley respiró hondo un par de veces y luego asintió en dirección a Austin’.

—Todo se reduce a una cosa —dijo Austin—. La ubicación. Tenemos que encontrar a Mary Bonner.”

—Tengo algo —dijo Lucy.

Hizo una pausa cuando Jimmy entró por la puerta con un vaso de Starbucks y uno de esos vasos mezcladores que la gente lleva al gimnasio. Estaba lleno de un líquido de aspecto asqueroso, entre verdoso y marrón, y viscoso. —Siento llegar tarde.

—Son las seis y media de la mañana —dijo Ridley—. Nadie llega tarde.”

Austin se fijó en que Jimmy llevaba la misma ropa que el día anterior, unos pantalones caquis y una chaqueta azul sobre una camisa blanca arrugada. También se dio cuenta de que Jimmy no le dijo nada a Lucy, ni la miró a los ojos.

Ridley hizo un gesto con la mano en la dirección general de Lucy’. ¿Qué tienes?

—Hace cinco minutos —dijo Lucy—. Llamada de la patrulla que está fuera de casa de Myrian Brightstone. La acaba de dejar un Uber.”

—Eso es importante —dijo Austin.

—Les he dicho que no se le acerquen, pero que no la dejen marchar. Dicen que se tambaleaba como si estuviera borracha, como

si volviera de una noche de juerga, así que probablemente estará sobando. ¿Austin y yo nos acercamos?"

Ridley asintió. —Jimmy, tú te vas a encargar de la búsqueda en Hansville. Todas y cada una de las casas en la NE 360th o sus alrededores, y luego empieza a ampliar el radio desde ahí. Si hay suerte, llamaremos a una puerta y encontraremos a Mary Bonner. Y si no la hay, quizá alguien la vio dejar la bolsa de huesos para Trisha."

Jimmy asintió. —Hablando de Hansville. No iba a sacar el tema, pero Samantha me ha mandado un correo esta mañana. Es muy rebuscado, desde luego, pero, bueno…

—Suéltalo ya —dijo Ridley.

—En las cuatro horas que han pasado desde que se publicó el artículo de Anna Downey, el debate en internet sobre el caso de Lorraine D'Antonia se ha disparado. Twitter, Reddit, Facebook, foros, páginas web sobre crímenes reales y demás.

Ridley le hizo un gesto con la mano para que continuara, como quien dirige el tráfico. —Como era de esperar. ¿Y?

—Claro —asintió Jimmy—. Pero ha usado una IA para analizar el uso de las palabras, y el resultado es interesante.

Austin se le quedó mirando. —¿Qué es eso? —No pudo evitar fijarse en lo que parecía ser el borde de un chupetón, apenas visible cuando Jimmy se giró y el cuello de su camisa se bajó un poco. Sumado al hecho de que Lucy también tenía un vaso de Starbucks y que habían llegado casi al mismo tiempo..., espaciando sus entradas para que pareciera que no venían juntos... Quizá su relación no estaba tan acabada como Lucy había dado a entender.

—¿Habéis visto alguna vez eso de las nubes de palabras? —preguntó Jimmy.

—No —dijeron Austin y Ridley al unísono.

—Imaginaoslo así: Samantha puede usar una IA para rastrear frases y palabras comunes en los debates en internet sobre el caso, y luego compararlas con el uso de palabras en los hechos conocidos a través de los archivos del caso. Filtra las palabras y frases comunes, como los artículos o los nombres de las víctimas, por ejemplo.

—¿Y qué busca? —preguntó Austin.

—Anomalías. Palabras y frases que no cuadran. En esencia, está usando la sabiduría popular para averiguar si estamos pasando algo por alto.

Lucy le dio un sorbo ruidoso al café. —«Anomalías» es una palabra muy rebuscada para un cabeza hueca.

Jimmy ignoró su comentario, pero le lanzó una mirada con las cejas enarcadas que confirmó las sospechas de Austin. Eran una de esas parejas de quita y pon que eran mitad pasión, mitad desdén.

—Bueno —continuó Jimmy—, nadie fuera de esta sala, de Trisha y de su abogado sabe todavía lo de la calle 360. Todo el mundo habla de Hansville porque el artículo de Anna mencionaba el lugar donde se encontraron los huesos. Pero incluso cuando *excluyó* los debates publicados *después* de que saliera el artículo de Anna, descubrió que Hansville salía mucho más de lo que debería, estadísticamente hablando.

—¿Qué demonios significa eso? —preguntó Ridley, tan molesto como Austin. Conocía el caso tan bien como cualquiera y el nombre de Hansville no había surgido jamás. Antes de mudarse a Nueva York, D'Antonia había secuestrado a sus víctimas en Seattle, las había matado en Seattle y había dejado los huesos en Seattle. Que él supiera, no existía ninguna conexión entre Lorraine D'Antonia y el tranquilo pueblecito costero al que llamaba hogar.

Jimmy se levantó y sacó el móvil. —Por sí solo, nada. Pero cuando empezó a revisar las menciones individuales… Mirad. Hace dos años, un comentario en un foro de *true crime*: «Fui al instituto con la Carnicera de Navidad en Seattle e incluso pasé un fin de semana en la cabaña de sus padres en Hansville. Daba un mal rollo que te cagas».

—¿Me estás citando un comentario cualquiera de internet? —preguntó Austin, intentando que su tono no sonara mordaz. —No hay ningún registro de que sus padres tuvieran una cabaña en Hansville. Si lo hubiera, yo lo habría encontrado.

Por no mencionar que él nunca se habría mudado allí.

Jimmy le dio un buen sorbo al café. —¿Y qué me dices de esto, de septiembre de este año?: «Conocí a sus padres, Maria y Mark

D’Antonia, en un viaje de pesca en Hansville. No recuerdo cuándo, pero no paraban de hablar de su encantadora hijita adoptada, así que debió de ser justo cuando la acogieron. Estuve pescando al lado de los padres de la maldad personificada». Levantó una mano antes de que Austin pudiera protestar. —Por sí solo, no es gran cosa.

—¿Que no es gran cosa? —replicó Austin. —A lo mejor los padres de D’Antonia fueron a pescar a Hansville una vez. A lo mejor hasta tenían una cabañita allí a otro nombre, o a lo mejor era la cabaña de un amigo que usaban de vez en cuando. ¿De qué nos sirve eso para atrapar a Mary Bonner?

Ridley intervino: —De nada, pero tampoco es irrelevante, ya que los huesos fueron tanto recogidos como encontrados en Hansville. Ladeó la cabeza. —Siento decirlo, pero Jimmy tiene razón. Se puso en pie y dio una vuelta lentamente alrededor de la mesa de reuniones. —Tenemos que encontrar a Mary Bonner. Hoy. Lucy y Austin, id a ver a Myrian Brightstone. Hizo un gesto en dirección a la mala foto de Bonner, que había pegado en la pared. —No os vayáis hasta que tengáis una buena foto suya o un retrato robot.

—Ya he hablado con un dibujante de la universidad para que esté disponible —dijo Lucy. —Ha dicho que es el cumpleaños de su hijo, pero que está listo.

—Jimmy, tú y yo iremos a Hansville. Si Mary Bonner está allí, la encontraremos. Si *estuvo* allí, encontraremos su coche o algo.

Los miró a cada uno, uno por uno. —¿De acuerdo?

Austin dio unos golpecitos en la mesa. —Manos a la obra.

29

Según el GPS, estaban a cinco minutos de la casa de Myrian Brightstone cuando Lucy le dirigió a Austin una mirada extraña que él no supo interpretar. —Tu mujer también trabajaba en las fuerzas del orden, ¿verdad?

—Fiscal adjunta. O sea, no era poli, pero sí.

—Un poli y una fiscal. Menuda pareja.

—A nosotros nos iba bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Sé cómo falleció, y lo siento, pero ¿puedo preguntarte una cosa? —agarró el volante, nerviosa.

Él creyó saber por dónde iban los tiros. —¿Por Jimmy?

Ella sonrió, avergonzada. —¿Puede funcionar una pareja en la que ambos se dedican más o menos a lo mismo?

Austin sopesó la pregunta. —Fiona y yo nunca trabajamos juntos directamente. El mismo mundillo, sí, pero solo testifiqué en sus casos un par de veces. Nueva York es una ciudad muy grande. No como esto.

Lucy esquivó una rama que había caído en la carretera. —¿Y si trabajarais juntos todos los días?

—Bueno, ahora mismo aceptaría cualquier cosa. Me pasaría el resto de mi vida echando patatas a la freidora en un McDonald’s si ella estuviera a mi lado poniendo pepinillos en las hamburguesas.

Pero sé a lo que te refieres. Y no, no creo que hubiera sido bueno si hubiésemos trabajado codo con codo.

—¿Por qué no?

—Mi padre me dio un único buen consejo sobre las mujeres. Murió cuando yo era un adolescente, justo cuando empezaba a salir con chicas. Me dijo: «Busca a una mujer que sea lo más *diferente* a ti posible, pero que comparta tus mismos valores fundamentales».

—Entonces, ¿en qué era Fiona diferente?

—Ella era más de pensar las cosas, a veces de darles demasiadas vueltas. Yo soy más de lanzarme y preguntar después. Fue la primera de su promoción y yo vivía con el lema de que «con un aprobado basta». A ella le gustaba planificar las vacaciones al minuto, y a mí me valía con comprar un billete, meter cuatro trapos en una bolsa de viaje e improvisar sobre la marcha. Yo era impulsivo; ella, bueno, pues no lo era. Nos sacamos de quicio mutuamente durante un tiempo, pero en cuanto aprendimos a valorarnos el uno al otro…

—¿Y todo fue como la seda?

Austin asintió. —No es que fuera perfecto, pero tuvimos suerte y los dos lo sabíamos. Y bien, ¿y Jimmy?

—Es… no sé. ¿Tú qué piensas?

—La verdad es que no sabría qué decirte. No lo conozco bien.

Ella enarcó una ceja, escéptica. —Eres un detective bastante bueno y nunca he conocido a un detective que no se enorgullezca de calar a todo el mundo a la primera.

Austin se rio entre dientes. —Bueno, déjame que te pregunte una cosa: durmió en tu casa anoche y… —cuando ella levantó una mano para protestar, él se la apartó—. No te molestes en negarlo. Como has dicho, soy un detective bastante bueno.

Ella sonrió. —Estuvimos juntos un tiempo cuando empezó. Con altibajos desde entonces. Intentamos que no sea muy evidente.

Austin se rio entre dientes. —Pues no debéis de esforzaros mucho.

—Entonces, ¿qué pasa con que haya dormido en mi casa?

—Déjame preguntarte esto: cuando llegaste, sabías que Ridley te quería en la oficina de inmediato. También sabías que no querías

entrar exactamente a la vez que él. ¿Parte de vuestro *ingenioso* plan para ocultar vuestra relación?

—Correcto —dijo, y redujo la velocidad lo suficiente para saludar con la mano a los agentes del coche patrulla aparcado al final del camino de entrada de Myrian Brightstone, que estaba flanqueado por árboles crecidos. La casa se alzaba junto a un pequeño lago, con la superficie moteada por la lluvia.

—Entonces —dijo Austin—, ¿de quién fue la idea de que entraras tú primero?

—¿Qué?

—Me refiero a que, en el aparcamiento, habéis llegado al mismo tiempo después de ir juntos a Starbucks. Os pone nerviosos que vuestra relación sea tan evidente. Tuvisteis que decidir quién entraría primero y quién esperaría unos minutos para entrar después.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó Lucy mientras aparcaba el coche frente a un césped con una suave pendiente que conducía a la casa.

En realidad, hacia la *mansión*. Era demasiado grande para una mujer soltera con sueldo de enfermera. Desde el camino de entrada, a Austin le pareció que tendría unos trescientos setenta metros cuadrados. Una casa de tres pisos de estilo Reina Ana con vistas al lago, parecía el escenario de un coqueto *bed-and-breakfast*, no el hogar de una fiestera treintañera.

Se bajó del coche y su mirada se cruzó con la de Lucy por encima del techo. —Eres buena detective, ¿a dónde crees *tú* que quiero llegar?

—No tengo ni idea, pero recuerdo que fue idea suya que yo entrara primero.

—Sabe que tienes madera de líder —dijo Austin—. *Lucy O'Teniente*. No quería que te perdieras ni un segundo. Si alguien tenía que llegar tarde, prefería ser él.

Lucy sonrió y dio unos golpecitos en el techo del coche con los nudillos, para luego dirigirse a la casa.

—La impresión que me da es que es un buen tipo —dijo Austin, siguiéndola—. Supongo que alguna vez has pensado que eres

demasiado lista para él. Créeme, él también lo ha pensado. Pero yo, entre un zopenco de buen corazón y un gilipollas brillante, me quedo con el primero sin dudarlo. Además, parece que entiende de tecnología. Si alguna vez vuelvo a salir con alguien, esa será la cualidad número uno que buscaré en una mujer.

Lucy se rio entre dientes y, mientras subían las escaleras hacia el amplio porche, señaló el pomo de la puerta. Era de bronce pulido y tenía un águila tallada. —A lo mejor deberíamos investigarla por blanqueo de capitales o algo así.

—¿Dinero de familia?

—Podría ser. O que está cuidando la casa.

Lucy llamó al timbre, que resonó con fuerza. Nada.

Austin aporreó la puerta. Nada.

Lucy volvió a llamar. Seguía sin haber respuesta.

Austin intentó abrir la puerta. Estaba cerrada. —Sabemos que está ahí dentro. —Le lanzó a Lucy una mirada irónica—. Tengo motivos para creer que está en peligro. —Ladeó la cabeza, pidiendo permiso para echar la puerta abajo.

—Espera un segundo —dijo Lucy, tocando el timbre y golpeando la puerta al mismo tiempo.

Austin retrocedió un paso y examinó la puerta. Hacía un par de años que no echaba abajo ninguna, y esta parecía condenadamente resistente. Unos doce, quizá quince centímetros de roble macizo.

—¿Seguro que puedes echarla abajo? —preguntó Lucy.

Se encogió de hombros. —No, pero solo hay una forma de averiguarlo.

—Tenemos motivos suficientes —dijo Lucy. —Adelante.

Austin se tensó, preparándose para coger impulso y dar la patada.

—Espera. —Lucy pegó la oreja a la puerta. —Escaleras.

Austin se relajó. Ahora lo oía él también. Un crujido procedente de la casa. Luego, unos pasos.

El crujido se hizo más fuerte y después cesó. La luz tras la mirilla cambió lo justo para que Austin supiera que alguien estaba mirando. Entonces la puerta se abrió lentamente con un largo y lastimero crujido.

—¿Quién demonios son ustedes? —La voz de Myrian Brightstone sonaba como el graznido de una rana toro enferma. Un tono ronco y gutural que Austin habría esperado de un soldado fumador empedernido en su lecho de muerte, no de la treintañera que tenían delante. Llevaba unos pantalones negros ajustados y un top rojo de lentejuelas, probablemente la ropa de la noche anterior. Se había maquillado mucho, pero con el paso de las horas se le había corrido, dejándole rayas negras en las mejillas, cerca de los ojos, y carmín alrededor de los labios y en un lado de la cara.

Lucy dijo: —Soy la detective Lucy O'Rourke. Este es Thomas Austin, asesor en un caso en el que estamos trabajando. ¿Podemos pasar?

—No. —Brightstone se tambaleó hacia la izquierda y se sujetó al marco de la puerta para no caerse. —Ahora mismo voy borracha como una cuba. —Se agarró al marco con una mano y se frotó un ojo con la base de la otra, corriéndose aún más el maquillaje. —Me han despertado. ¿Qué decían que querían?

—No lo hemos dicho —dijo Austin. En circunstancias normales, habría empezado poco a poco, infundiéndole un poco de miedo al preguntarle por qué había desaparecido del trabajo. Pero el tiempo corría en su contra. —Mary Bonner. ¿Sabe dónde está?

—Eres bastante mono —dijo Brightstone con palabras apenas comprensibles. Luego miró a Lucy. —Tú también lo eres, pero estoy buscando un viejo con pasta. Ah, me van a despedir, pero bien. —Luego, como si su cerebro por fin hubiera procesado la pregunta, añadió: —¿Mary? La conozco. Sí.

—¿Sabe dónde está? —preguntó Lucy.

Brightstone negó con la cabeza.

—¿Sabe si tiene otra residencia aparte de su apartamento en Bremerton?

—*Pff*..., no soy su amiga.

—Eso ya lo sabemos —dijo Lucy, sacando el móvil. Le enseñó unas capturas de pantalla de la publicación de Facebook que Samantha había encontrado—. La acosó por internet.

Brightstone echó un vistazo al móvil y se encogió de hombros. —Soy un poco cabrona. Es como mi seña de identidad. Me importa

todo una mierda. —Se inclinó más, moviendo los ojos con pesadez, como si le costara leer la publicación. Luego se rio—. No hay ni una mentira. Es más rara que un perro verde.

—¿En qué sentido? —preguntó Austin.

Se relamió los labios en lo que fue posiblemente el gesto menos seductor que Austin había visto jamás. —Oye, rompí con mi novio la semana pasada. Así que, si te interesa, yo...

—¿Por eso ha faltado al trabajo? —preguntó Lucy—. Parece que ha estado de juerga.

—Yo era DJ. Mis padres me obligaron a estudiar enfermería. Solo me dejan vivir aquí si conservo el trabajo. —Se rascó la cabeza de repente, con fuerza, como si una mosca invisible se le hubiera posado encima—. Actuar con responsabilidad y todo eso.

—Mary Bonner —insistió Austin—. ¿En qué sentido era rara?

—Simplemente distante. Quiero decir, tiene edad para ser mi madre y es demasiado mayor para tener hijos. Está superobsesionada con los bebés y…

La atención de Austin se desvió hacia su móvil, que le vibraba en el bolsillo. Tenía un mensaje nuevo de Anna:

Me sabe mal lo de la foto. Así que le dejo algo, una pista: una cabaña en Heron Avenue, en Hansville. ¿Está ya en ello?

Brightstone lo amonestó con el dedo, con la torpeza de una borracha. —Oiga, disculp-*MUA*, pero es un poco de mala educación leer un mensaje en medio de una conversación, ¿sabe?

—Perdone —dijo Austin—. Yo… vamos a terminar con esto.

Lucy preguntó: —¿Cuándo fue la última vez que vio a Mary Bonner?

—Cuando trabajé con ella por última vez. Hará una semana, tal vez.

—Hemos visto que no hay fotos suyas en internet; al menos, ninguna que hayamos podido encontrar.

—No le gustaba que la fotografiaran. Probablemente porque era… —Brightstone soltó una carcajada—. Por *eso* era tan rara. Tenía una herida en la cabeza. Alguien le había metido un palizón con el palo de la fealdad.

—¿Es esta? —Lucy le enseñó la foto de la cámara de seguridad del hospital.

Brightstone asintió.

—¿Está segura de que no está en ninguna red social?

—A ver, no es que me meta en sus asuntos, pero es mayor, ¿no?

Austin preguntó: —¿Nunca ha mencionado una casa de fin de semana, una cabaña, quizá en Hansville, en Heron Avenue?

Brightstone se limitó a negar con la cabeza, tarareando una extraña melodía como si ellos no estuvieran allí. De repente, dijo: —Esperen aquí. Puede que tenga algo.

Volvió a subir trastabillando por la escalera que crujía, dejando la puerta abierta.

Austin le enseñó el mensaje a Lucy.

Tras leerlo dos veces, ella dijo: —Haz una captura de pantalla, envíasela a Jimmy y a Ridley y luego contéstale para pedirle más detalles.

Austin así lo hizo y, para cuando hubo terminado, Brightstone ya estaba de vuelta y parecía sujetar un montón de fotos. —Fiesta de Navidad de hace un par de años. Estaba en mi fase irónica-retro de la Polaroid…, en fin…, Mary venía y, en fin, fingía ser una persona por una noche. No le gustaba salir en las fotos, pero… —Rebuscó en el montón de fotos, entrecerrando los ojos mientras las iba colocando una sobre otra—. ¡Zas! Lo sabía. —Alzó una foto.

Austin lo asimiló. Primero le golpeó la conmoción, luego la confusión y después el horror.

Lucy se giró hacia él con los ojos como platos. —¿Pero qué demonios está pasando?

30

Jimmy iba por la sexta casa cuando vio algo extraño. Ahora llovía a cántaros; el agua se filtraba a través de la densa arboleda y golpeaba el techo de su coche con salpicaduras irregulares. Había un todoterreno blanco aparcado a mitad de un largo camino de entrada, a unos treinta metros de la casa que había ido a inspeccionar, la penúltima de su lista.

Se detuvo a su lado y bajó la ventanilla. Vacío. ¿Por qué iba alguien a aparcar a mitad del camino de entrada con este tiempo? Comprobó los neumáticos; no parecían estar atascados en el barro.

Continuó por el camino de entrada y aparcó junto a un pequeño huerto en bancales que parecía no haberse cuidado en una década. El lugar era algo intermedio entre una casa pequeña y una cabaña grande: una sola planta de unos ochocientos pies cuadrados. Estaba orientada al este y a solo unos veinte metros de un terraplén que descendía hasta la playa, unos quince metros más abajo. No había ningún otro coche en la casa, aunque el garaje adosado para un solo vehículo probablemente lo explicaba.

Cuando salió del coche, hundió las botas en un par de centímetros de barro. —Maldita sea. —Las arrastró por una pequeña parcela de césped mientras se dirigía al porche, cubierto por un toldo de vinilo descolgado. El lugar parecía desierto. Las cortinas

estaban echadas y no se veía ninguna luz a través de la ventanita de la parte superior de la puerta principal.

Llamó con fuerza.

Muchas de las casas de estos bosques solo estaban habitadas por temporadas, ya fuera por familias de Seattle que buscaban una escapada de verano, o por jubilados que vivían en Arizona o California durante el invierno y volvían para los magníficos veranos del noroeste del Pacífico. De hecho, la mitad de las casas que ya había comprobado estaban vacías por ser invierno. Las otras habían sido de poca ayuda. Una mujer creía haber visto la camioneta de Trisha la mañana en que dejó los huesos en la playa, pero ni una sola persona conocía a Mary Bonner ni reconocía su foto.

Jimmy se puso de puntillas y miró a través de la ventana esmerilada. Ningún movimiento.

Escuchó con atención. Ni un ruido del interior de la casa. Solo el susurro de los árboles sobre él.

Volvió a llamar. Seguía sin haber respuesta.

Según los registros, la cabaña era propiedad de un tal señor y señora Houghton. «Suena a gente mayor», pensó Jimmy. Sin duda estarían jugando al golf en Phoenix en ese mismo momento, o bebiendo Mai Tais en Kona. Él y Lucy habían hablado una vez de comprar un pequeño apartamento en Kona. Más tarde —la tercera o cuarta vez que ella había roto con él—, lo había descartado como simples tonterías de alcoba. Pero después de la noche anterior…

Dejó que su mente divagara hacia la cálida playa, imaginándose sentado con Lucy en la arena, con chanclas a juego y margaritas. Ella llevaría su pelo rojo y rizado recogido en un moño. Él nadaría todos los días. Joder, quizá hasta aprenderían a hacer surf.

Sacudió la cabeza. Probablemente ella volvería a romper con él mañana. Y necesitaba mantenerse centrado en el trabajo.

Se apartó de la puerta con la intención de dirigirse a la parte trasera. Vio algo en el suelo. Estaba justo debajo del viejo toldo de vinilo que se extendía unos metros desde la casa. Casi seca, con la tapa salpicada por un poco de lluvia con barro, era una libreta.

Se agachó y la abrió.

Leyó las palabras escritas con una pulcra letra cursiva en la solapa interior de la tapa:

Anna Downey, periodista. Se gratificará su devolución.

31

En el primer plano de la polaroid, tres mujeres sostenían lo que parecían chupitos de tequila en un bar tenuemente iluminado, con los rostros iluminados por el flash de una cámara que las hacía parecer anormalmente brillantes en la oscura estancia. Austin reconoció a Myrian Brightstone, pero no a las otras dos mujeres.

Sentada en un taburete a la izquierda de Brightstone, justo fuera del alcance del flash, estaba la Carnicera de Bebés de Navidad. Con el rostro casi completamente en la sombra, su mano aparecía borrosa, levantada justo por debajo de la barbilla como si hubiera estado intentando taparse la cara.

No podía ser ella, pero ahí estaba. Tenía el pelo de otro color, castaño oscuro y corto. Pero era la misma cara delgada y huesuda que había atormentado los sueños de Austin. La misma nariz y barbilla afiladas. Y los ojos. Habría sido capaz de reconocer aquellos ojos crueles y sin vida en una rueda de reconocimiento. Si esa no era Lorraine D'Antonia, era una mujer que se había sometido a mucha cirugía estética para parecerse a ella.

El porche cubierto los protegía de lo que se había convertido en un fuerte aguacero, y Austin se apartó de la puerta para observar la foto a la poca luz que se colaba. —¿Cómo demonios…?

—Lo sé, da repelús, ¿verdad? —dijo Brightstone—. ¿Qué hizo, por cierto?

—¿Cuándo se tomó? —exigió saber Austin.

—En Navidad, hace dos años.

—¿Y *esta* es Mary Bonner? —preguntó Lucy.

—La misma.

Austin estudió la foto, mirando alternativamente la cara de Mary Bonner y las de las dos mujeres que se tomaban chupitos junto a Brightstone. —Son…

—Jessie Johnson y, eh… —Brightstone se rascó la cabeza—. Marcia no sé qué. Solo trabajó allí unos seis meses.

—¿Podemos quedárnosla? —preguntó Lucy.

—Claro, pero…

Lucy le metió una tarjeta en la mano a Brightstone. —Llámame si se te ocurre cualquier otra cosa que te haya dicho que pueda ser relevante para encontrarla. —Cogió la foto y bajó del porche de un salto.

Austin fue corriendo tras ella y se subió al coche.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Lucy.

Austin volvió a mirar la foto. Era extraño; a primera vista, había estado seguro de que era Lorraine D'Antonia. Pero cuanto más la miraba, más diferencias sutiles encontraba. El pelo era la diferencia más evidente, pero también había algo distinto en sus caras. No en la forma o en la estructura ósea, que eran sorprendentemente similares. Sino algo en la tez, en la piel. D'Antonia tenía la piel tersa, ni pálida ni especialmente bronceada. Como si hubiera pasado mucho tiempo en interiores. Bonner, en cambio, parecía un poco más ajada, con la piel algo más curtida, como si hubiera pasado mucho tiempo trabajando al aire libre o, lo que era más probable, bajo las potentes lámparas de una cabina de bronceado.

Como no respondía, Lucy dijo: —Lo que no entiendo es: ¿qué probabilidades hay de que una mujer que se parece un poco a D'Antonia deje los huesos en la playa y luego encontremos a otra que es idéntica a ella trabajando en el hospital donde nacieron los niños desaparecidos? O sea, ¿qué demonios está pasando aquí?

—No lo sé —dijo Austin—. Mi mejor suposición es que se trata de una mujer obsesionada con el caso y que está como una cabra. Probablemente ya se parecía a ella, se hizo operaciones de estética y

luego empezó a copiar sus secuestros, sus asesinatos. Muchos asesinos en serie han tenido imitadores. Solo que ella lo está llevando a otro nivel.

Lucy estaba marcando un número en su teléfono. —Ridley, eche un vistazo a la foto que le está enviando Austin.

Él hizo una foto y se la envió a Ridley por mensaje.

Lucy esperó. —¿La ha recibido ya? —Escuchó—. Ya. Lo sabemos. —Pulsó la pantalla de su teléfono y activó el altavoz.

La voz grave de Ridley llenó el coche. —Hemos tenido a dos agentes en el piso de Mary Bonner todo el día. Nada. El administrador del hospital dice que sigue sin presentarse a trabajar. Le enviaré esto a Samantha para que lo edite, saque la versión más nítida posible y la difundamos por todas partes. Llamaré al *sheriff* Daniels. Esto no es algo que pueda ocultarle. Obviamente, el equipo de analistas de perfiles del FBI también tiene que verlo.

Austin preguntó: —¿Alguno de los dos ha visto algún caso en el que un imitador se someta a cirugía estética para parecerse más a un criminal?

Lucy negó con la cabeza.

—No —dijo Ridley—, pero hay otras opciones. Austin, ¿estás seguro de que D'Antonia no tiene una hermana?

—Investigué su pasado a fondo. Fue adoptada, pero no hay constancia de ninguna hermana.

—¿Y la otra opción? —preguntó Lucy.

Ridley soltó un largo suspiro. —Por ridículo que suene, puede que no sea Lorraine D'Antonia la que está en la cárcel ahora mismo.

A Austin se le había pasado por la cabeza esa idea, del mismo modo que se le pasaban por la cabeza una docena de ideas ridículas cada semana antes de descartarlas. Si Lorraine D'Antonia se había fugado de la cárcel, de algún modo había encontrado a alguien que se le parecía para que ocupara su lugar. Imposible. —Era ella la del vídeo. Usted habló con ella. *Era* ella.

—Lo sé —dijo Ridley—. Lo sé. Es una locura. O es la imitadora más obsesionada de la historia o una hermana de la que nadie sabe nada.

Un pensamiento sobre la infancia de D'Antonia, enterrado en su memoria desde hacía mucho tiempo, se abrió paso desde un rincón de su mente hasta el centro y eclipsó todo lo demás. ¿Y si había pasado algo por alto? Entonces recordó el artículo sobre la agencia de adopción que Jimmy había mencionado.

—¿Qué hay de lo de Heron Avenue? —preguntó Lucy.

—No hay ninguna casa a nombre de Bonner, ni de D'Antonia, ni de ningún miembro de sus familias. Probablemente solo sea Anna haciendo sus locuras. Esa mujer es implacable. Aunque la casa estaba en la lista de Jimmy para que la revisara hoy. Puede que ya la haya tachado.

El teléfono de Austin sonó con otro mensaje de Anna Downey.

Era una sola palabra.

Ayuda.

32

Protegiendo la libreta de la lluvia, Jimmy pasó las páginas. En la primera figuraban el número de teléfono, la dirección de correo electrónico y la dirección postal del periódico de Anna Downey.

Jimmy se guardó la libreta en el bolsillo trasero y luego cogió la radio del cinturón. —Ridley, soy Jimmy, cambio. —Esperó. El crepitar de la radio se mezclaba con el sonido de la lluvia mientras una brisa fría le helaba la cara. Tenía los ojos fijos en la casa, y su mirada saltaba de la puerta a la ventana. Ni rastro de vida. —Ridley, soy Jimmy, cambio.

Consultó el móvil. Sin cobertura.

Volvió a intentarlo. —Ridley, soy Jimmy. He encontrado un vehículo abandonado y la libreta de Anna Downey en la dirección de Heron Street. Solicito refuerzos. Cambio.

—Ji-immy... yo... qué.... —Estaba bastante seguro de que era la voz de Ridley, pero llegaba entrecortada y esporádica.

—Solicito refuerzos en la dirección de Heron Street. Pasada la 360. Cambio.

—Dame... espera... la... cambio. Yo...

Jimmy volvió a engancharse la radio en el cinturón. Por la respuesta confusa de Ridley, parecía que le había oído. Ridley y otros dos agentes también estaban llamando a las puertas del vecindario y tardarían menos de cinco minutos en llegar. No le tenía

ningún aprecio especial a Anna Downey, pero algo no iba bien. De hecho —la idea lo golpeó como una bofetada—, si Anna había venido hasta aquí y había dejado el coche y la libreta, existía la posibilidad de que Joshua Green estuviera en esa casa. Vivo. En ese mismo instante.

Pensó en Lucy. La noche anterior, tumbados en la cama, le había preguntado: —¿Por qué haces este trabajo, en realidad? —Él había soltado una gracieta, pero al final admitió que en realidad no lo sabía. Su padre era policía, sus tíos eran agentes de la policía estatal y su madre era policía. Nunca se lo había planteado. Pero se trataba de esto. De momentos como este. *Por esto* se había hecho policía. No podía esperar a Ridley.

Rodeó la casa sigilosamente, dejando atrás el garaje. Habían despejado la zona de árboles, así que la lluvia torrencial caía sobre él, calándolo hasta los huesos en cuestión de segundos.

En la parte trasera de la casa, que daba al estrecho de Puget, había un gran ventanal. Las cortinas estaban echadas. Ni una luz. Ni rastro de vida.

Oyó un sonido leve, un silbido, o quizá un pájaro. Se dio la vuelta bruscamente. ¿Provenía de detrás de él? No, tal vez había salido de la casa, pero entre la lluvia intensa y el viento, era difícil saberlo.

Se acercó a la ventana. Se inclinó. Ni un ruido en el interior.

Rodeó la casa sigilosamente hasta el otro lado, donde una mosquitera oxidada colgaba medio desprendida de las bisagras. Se dirigió hacia ella. Otro sonido. No era un pájaro. Fue un único y solitario chillido, como los que sus sobrinos pequeños hacían sin motivo aparente, a veces de alegría, a veces de malestar. Pero no le cupo la menor duda: era el sonido de un bebé.

Se quedó paralizado medio segundo, sin saber qué hacer. Lucy le diría que volviera al coche y esperara a los refuerzos. Pero era probable que la propia Lucy no siguiera ese consejo. Apartó la mosquitera y aporreó la delgada puerta de madera. —¡Policía del condado de Kitsap, abran!

Nada. No hubo más llantos. Ni un solo sonido más.

Probó el pomo. Cerrado con llave.

Era una puerta de madera fina, probablemente la misma que habían instalado cuando construyeron la cabaña en los ochenta. La lluvia y el tiempo habían desgastado la pintura, dejando al descubierto un pino veteado que había conocido días mejores.

Echó un vistazo a su coche.

Entonces oyó otro grito, este más agudo, más dolido. Un tono diferente.

No de un bebé. De un adulto.

33

Lucy pisó a fondo por el camino de entrada de Myrian Brightstone y no redujo la velocidad al pasar junto a los agentes que vigilaban la casa.

Tras reenviar el segundo mensaje de Anna a Ridley y a Jimmy, Austin introdujo Heron Avenue en el GPS. Estaban a treinta minutos.

—Llámala —ladró Lucy, mientras adelantaba a un camión en la sinuosa carretera por el carril izquierdo.

Austin llamó a Anna, pero le saltó directamente el buzón de voz.

A continuación, llamó a Ridley. A él también le saltó el buzón de voz. La cobertura en Hansville era irregular, pero no inexistente. Cabía la posibilidad de que Ridley encontrara una señal fuerte y le llegaran los mensajes, aunque las llamadas fueran al buzón de voz.

Lucy se conectó al canal de Ridley por la radio. —Ridley, soy Lucy, cambio.

Sorprendentemente, respondió al instante. —Lucy. ¿Has sabido algo de Jimmy? Acabo de recibir un mensaje suyo raro e ininteligible. Pedía refuerzos, pero no he podido oír dónde estaba. Ni siquiera las radios funcionan bien por aquí.

Cuando le dirigió una mirada a Austin, sus ojos reflejaban miedo. —¿Has visto el mensaje? Cambio.

—No. Cambio.

—Heron Avenue —dijo ella—. Tiene que estar en la casa de Heron Avenue. Ve para allá ahora mismo. Cambio. Lucy esquivó una motocicleta y se puso a ciento diez kilómetros por hora al incorporarse a la autopista.

Después, Austin llamó al número del *Kitsap Union* y, tras un pequeño lío, consiguió que le pasaran con el editor de Anna. Tras presentarse, Austin dijo: —Puede que esté en apuros. ¿Sabe usted cómo y por qué ha acabado en una dirección de Heron Avenue, en Hansville?

El editor se mostró escéptico. —Estaba investigando un montón de pistas para ese reportaje.

—No ha respondido a mi pregunta.

—Usted sirvió… ¿cuánto?, ¿veinte años en la policía de Nueva York?

—Sí —ladró Austin.

—¿Y cree que voy a darle explicaciones sobre uno de los reportajes de mi periodista? ¿Sobre sus fuentes?

—Nos ha enviado un mensaje pidiendo ayuda, imbécil. Está en peligro.

El director pareció sopesarlo un momento. La parte de Austin que tendía a pensar lo peor de los periodistas supuso que estaba sopesando qué sería mejor para las ventas: que una de sus reporteras consiguiera una exclusiva sobre el caso o que una de sus reporteras muriera persiguiendo esa exclusiva. Ya había conocido a directores que hacían esos cálculos en el pasado.

—Se lo diré, pero tiene que enviarme capturas de pantalla de sus mensajes. Por si acaso.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Austin con impaciencia.

—Ahora, por favor.

Austin habló entre dientes. —¿No le parece extraño que, cuando ha necesitado ayuda, nos haya escrito a nosotros y no a usted?

No dijo nada. No iba a dar su brazo a torcer. Austin consiguió su dirección de correo electrónico y le envió rápidamente capturas de pantalla de sus mensajes. Después de que el director las revisara, dijo: —No puedo creer que le ofreciera el soplo sobre Heron Avenue, pero, bueno, nadie es perfecto.

—¡Vaya al grano! —ordenó Austin.

—Esta mañana temprano me ha dicho que se había pasado la noche estudiando antiguos documentos de propiedad. Estaba trabajando en un seguimiento del reportaje de la foto, intentando responder a la pregunta de por qué Hansville y no otro lugar.

—Vale, vale...

Lucy ejecutó una serie de cambios de carril dignos de un videojuego de carreras, desviándose a la derecha para adelantar a los coches que atascaban el carril izquierdo, para luego volver a meterse delante de ellos y adelantar a un camión saliéndose al arcén.

—Me dijo que solo era una corazonada —continuó el director—, pero en los ochenta, la familia Houghton compró una cabaña en Hansville, junto a la 360. En Heron Avenue. Más bien el camino de tierra de Heron, pero bueno. Anna fue al instituto con una chica apellidada Houghton. Nunca vio esa cabaña, vivían en Poulsbo, pero mucha gente tenía cabañitas por aquel entonces. Todo estaba tirado de precio.

Lucy pisó el acelerador, superando los ciento cuarenta por hora.

—¿Y? —preguntó Austin.

—La cuestión es que dijo que lo había investigado en algunas páginas de genealogía y que los Houghton son primos de la familia Bonner de Seattle. Primos segundos, tal vez. No lo sé. El caso es que Mary Bonner, una de las enfermeras desaparecidas, es pariente de una familia que tiene una propiedad en Heron Avenue.

Austin colgó y golpeó el móvil contra su muslo. —¿Cómo coño se me ha podido pasar?

Ahora llovía a cántaros y, aun con los limpiaparabrisas a toda velocidad, la visión a través del parabrisas era un borrón acuoso. —A todos se nos ha pasado —dijo Lucy—. ¿Dónde está Heron Avenue en relación con la calle donde Trisha recogió los huesos?

—Heron es un pequeño camino de tierra que se extiende hacia el este, en dirección al agua. A un cuarto de milla, medio como mucho, de donde recogió los huesos.

Lucy dio un volantazo y se metió en el carril izquierdo. Adelantó a un camión y volvió bruscamente al carril derecho para pasar a un

todoterreno. —Entonces, las posibilidades de que esto sea una coincidencia son…

—Nulas. Mary Bonner secuestró a Allie Shreever, la retuvo en la cabaña de Heron Avenue, la mató y dejó los huesos para que Trisha los recogiera. Luego secuestró a Joshua Green. Supongo que lo tiene allí ahora mismo. —Se tragó el pánico que le sabía a tostada quemada en la garganta—. Si no llegamos demasiado tarde.

34

Jimmy retrocedió y lanzó una violenta patada a la puerta con su bota del cuarenta y seis. El tacón golpeó justo debajo del pomo y resquebrajó el marco, pero no llegó a abrir la puerta del todo.

Tras tomar impulso, se abalanzó contra la puerta con el hombro por delante, la atravesó y aterrizó sobre un suelo de linóleo. Se levantó de un salto, recorriendo con la mirada la pequeña y oscura habitación. Percibió el aroma dulce y mantecoso de unas galletas de azúcar. La única luz se filtraba por la puerta rota, un suave resplandor grisáceo que revelaba una cocinilla y una mesa. Sobre ella había unos cuantos papeles esparcidos, además de un cuaderno y...

A pesar del frío, un sudor frío le perló la frente. Junto al cuaderno había una bolsa de regalo de Navidad roja y blanca.

Al otro lado de la puerta contigua a la cocinilla se veía un sofá; probablemente, el salón. —¿Hay alguien? —gritó mientras desenfundaba su arma—. Policía. Identifíquese.

Con la mirada fija en la puerta del salón, volvió a gritar: —Policía del condado de Kitsap. Si hay alguien aquí, que se tire al suelo con los brazos y las piernas extendidos.

Todo estaba en silencio. ¿Había imaginado los sonidos? Quizá habían estado allí y se habían marchado en otro coche. El viento

había estado azotando los árboles, aullando a su manera. Tal vez sus oídos le habían jugado una mala pasada.

Sin apartar los ojos de la puerta, alargó la mano libre hacia la bolsa de Navidad. Parecía estar vacía. A su lado, una carpeta le llamó la atención durante una fracción de segundo. Llevaba la etiqueta «Orfanato de Johnson Hill». El mismo orfanato que había tramitado la adopción de Lorraine D'Antonia.

Un grito agudo y dolorido brotó del salón.

Luego, un alarido ahogado.

El chillido de un bebé.

—Policía del condado de Kitsap. Le dispararé. Tírese al suelo con los brazos y las piernas extendidos y saldrá de aquí con vida.

Cruzó la cocina lentamente. Al llegar al umbral, se asomó al salón. Una mujer rubia estaba atada a una silla en el extremo opuesto. Anna Downey. Vio cómo ella desviaba la mirada hacia su izquierda; la derecha de Jimmy.

Se giró, pero ya era demasiado tarde.

El cuchillo de chef ya se había hundido hasta la mitad en su abdomen para cuando levantó la vista y se encontró con los ojos fríos e inexpresivos del Carnicero de Bebés de Navidad.

35

Austin y Lucy estaban a solo diez minutos de la casa cuando la voz de Jimmy sonó por la radio. —Heron Avenue. Agente herido. —Sonaba como una versión cansada y maltrecha de sí mismo. Su voz había perdido toda la confianza y el vigor habituales—. Herida de arma blanca en el abdomen. Anna Downey retenida por… alguien. Idéntica a Lorraine D'Antonia. Pero con el pelo oscuro. He oído a un bebé. No lo he visto. Repito: Joshua Green probablemente vivo, pero sin confirmar. Corto.

Lucy conducía a toda velocidad por la carretera de Hansville bajo una lluvia torrencial, con las manos aferradas al volante con tanta fuerza que se le estaban poniendo blancos los nudillos.

Tras un cruce de comunicaciones, en el que Ridley pidió una ambulancia y dijo que estaba a solo un minuto, Lucy pulsó el botón de la radio. —Jimmy, soy Lucy. Estás bien. Llegaremos pronto. Corto. —Esperó—. Jimmy, di algo. Corto.

Austin dijo: —Jimmy, mantén unidos los bordes de la herida para controlar la hemorragia e intenta no moverte, a no ser que puedas cambiar de postura para ayudar a cerrarla.

La voz de Ridley sonó a continuación. —Jimmy, aguanta. La ambulancia estaba en la zona por otro aviso. A dos minutos. ¿Qué más has visto? ¿Jimmy?

—¿Jimmy? —gritó Lucy.

Esperaron lo que pareció una eternidad, con la radio en silencio. La lluvia cesó de repente cuando empezaron a descender hacia Hansville.

Todo estaba en silencio, salvo por el siseo de los neumáticos sobre la carretera mojada.

Lucy tenía los ojos llenos de lágrimas. —¡Jimmy, di algo, joder!

—Sospechoso ha huido. He oído arran… arrancar un coche. —Una larga pausa—. Posiblemente todoterreno bla… blanco. —Otra pausa—. Mirad en… la mesa. Prue… prue… pruebas. Bolsa. Carpeta. Ac- ac- acuerdo de adopción. Oh, no.

Un golpeteo y, después, silencio. La radio al caer al suelo.

La ambulancia llegó al lugar antes que ellos. Cuando Lucy se detuvo en el camino de entrada embarrado y saltó del coche, los sanitarios ya tenían a Jimmy en la parte de atrás. Antes de que pudieran verlo, las puertas se cerraron de golpe y la ambulancia arrancó bruscamente.

Ridley los recibió en el porche.

—¿Le has echado un vistazo? —preguntó Lucy—. ¿Cómo estaba? —A Austin le pareció que intentaba sonar más calmada de lo que en realidad estaba.

Ridley hizo una mueca. —Herida punzante en el abdomen. No tiene buena pinta. Si la ambulancia no hubiera estado cerca… —negó con la cabeza—. Aun así, la pérdida de sangre… —Miró al suelo —. Se había desmayado. No dijo nada.

—Pero ¿estaba vivo? —preguntó Lucy.

Ridley asintió. —Apenas.

—Ya no está en nuestras manos —dijo Austin—. Lo mejor que podemos hacer es atraparla para que cuando salga de la operación —vivo—, podamos darle buenas noticias.

—Hemos montado un control en Eglon Road. Nadie sale de Hansville sin que le den el alto. Por la hora que es, creemos que todavía está en la península. Hemos avisado a todos los agentes

disponibles y están de camino. Llamarán a todas las puertas, hablarán con todos los residentes.

Hansville tenía setenta y dos kilómetros cuadrados, apenas un poco más grande que Manhattan, pero con una diezmilésima parte de su población. No dudaba de que serían capaces de encontrarla si estaba en casa de alguien, pero… —¿Y qué pasa con los bosques y las playas?

—¿Deberíamos implicar a la gente del pueblo? —preguntó Lucy.

Ridley suspiró. —Es complicado. Si se tratara simplemente de una persona desaparecida, entonces sí. Pero ¿queremos a un puñado de ancianas peinando los bosques en busca de una asesina?

—Grupos —dijo Austin—. Grupos de veinte o treinta personas, recorriendo cada parque, cada trozo de bosque. Podemos organizarlo en mi casa.

—Vale, pero primero echemos un vistazo a la casa. —Ridley los guio hacia la sangrienta escena del salón. Jimmy había perdido mucha sangre, suponiendo que toda fuera suya.

La interpretación de Austin sobre la escena era que sí lo era. —A ver, Jimmy llega a la casa, ve el todoterreno de Anna. Llama y nadie responde.

—¿Cómo sabes que no le dejó entrar Bonner? —preguntó Lucy.

—Por el frío que hace. —La llevó a la cocina y señaló la puerta rota—. Me imaginé que habían reventado una puerta o una ventana. —Volviendo al salón, añadió—: Además, Jimmy hacía lucha libre en el instituto, ¿no?

Lucy asintió.

—¿Metro ochenta y quizá ochenta kilos de puro músculo? De ninguna manera Mary Bonner puede con él si se enfrentan cara a cara. Es imposible que lo pille por sorpresa. —Señaló la puerta principal. —Entonces, Jimmy llama, nadie responde. Oye algo, ve algo, o quizá se da cuenta de que Anna está dentro por su coche. Echa abajo la puerta lateral, ve la cocina, ve a Anna a través del umbral. Lo más probable es que la tuviera amordazada para que no pudiese advertirle, él entra en el salón y… —Señaló la cuna vacía junto a la chimenea—. Joshua está ahí y Mary Bonner está escondida allí, detrás de la puerta. —Austin volvió a la cocina y cruzó

lentamente el umbral, fingiendo que sostenía una pistola. —Mientras atraviesa el umbral, ve la cuna. Supongo que eso es lo que lo distrajo. Ve a Bonner por el rabillo del ojo, se gira y ¡zas!, el cuchillo se le clava en el estómago. —Cayó de rodillas, sujetándose el estómago. —La pistola se le cae de las manos y se desliza… —Se arrastró hasta el sofá. —Aquí. —Se tumbó boca abajo y apuntó con la linterna del móvil debajo del sofá, dejando al descubierto el arma de Jimmy.

Lucy se arrodilló a su lado y miró el arma. —Joder, eres bueno.

Austin se puso de pie. —He hecho esto un par de veces.

—No la toques —dijo Ridley—. La embolsaremos luego. Así que ya sabemos a lo que nos enfrentamos. Mary Bonner es mayor, pero está en forma, es fuerte y no le asusta matar a un policía. Aquí no hay ningún cuchillo, así que lo lleva encima.

—Probablemente lo usó para amenazar a Anna —dijo Lucy—. Para obligarla a conducir.

Cuando entraron en la cocina, Austin casi se dobló por la mitad, con el estómago revuelto. No fue la bolsa lo que se lo provocó. La había visto enseguida. Lo que no había visto era la olla para conservas, plateada y reluciente sobre el pequeño fogón. En todo el tiempo que había pasado investigando a Lorraine D'Antonia, nunca habían encontrado pruebas físicas de lo que hacía con los cuerpos.

Ridley estaba junto a la mesa. —La bolsa está vacía. Hay un poema en este cuaderno. ¿Por la radio no dijo Jimmy algo de una carpeta, algo sobre el orfanato?

—Sí, lo dijo. —Austin examinó el suelo y la encimera de la cocina. —Quizá la cogió cuando salió pitando, pero ¿por qué coger eso y no la bolsa, que estaba justo al lado?

Ridley se frotó las sienes. —Ha hecho la transición. Su objetivo ya no es su forma de matar, enferma y retorcida. Es que no la pillen. Algo en esos papeles nos habría ayudado a atraparla. Sea como sea, Mary Bonner está en algún lugar de Hansville.

—Y vamos a encontrarla —dijo Lucy.

Austin echó un último vistazo a la cocina. La bolsa de regalo de Navidad sobre la mesa, el cuaderno con el poema, la olla para conservas. Jimmy había dicho que oyó llorar a un bebé, lo que

significaba que Joshua estaba vivo o, al menos, que lo había estado hacía una hora.

Asintió a Lucy. —Y tanto que la vamos a encontrar.

36

Llevaban seis horas buscando en vano cuando Austin volvió a la cafetería a tomarse un descanso. —Andy, un café, por favor.

Andy le entregó un vaso grande de cartón con café solo. —Tienes una pinta horrible, jefe.

Run salió disparada de detrás del mostrador, donde Austin le había puesto la cama esa mañana. Parecía que hubieran pasado días.

Austin le dio un trago largo al café y luego se sentó en el suelo, agotado. —Tranquila, Run. No pasa nada.

Run saltó a su regazo, gimoteó y le ladró en la cara. Se levantó de un salto, cruzó la sala corriendo y restregó el costado contra el rodapié, frotándose el hocico y girando la cabeza como si intentara secarse. Se apartó de la pared de un brinco, se quedó quieta un instante y ladró con fuerza antes de lanzarse de nuevo al regazo de Austin, donde empezó a gemir suavemente y a lamerle la barbilla.

—¿Pero qué te pasa, perrita tonta? No he estado mucho por aquí estos últimos días, ¿verdad? Tranquila, tranquila.

Le acarició las orejas a Run, y ella por fin se calmó, se acurrucó hecha un ovillo, soltó un profundo suspiro y luego bostezó. Era extraño pararse a pensar en ello, pero Austin se dio cuenta de que en los últimos días habían pasado más tiempo separados que nunca desde que la encontró en la protectora la semana que se mudó a

Hansville. Daba la impresión de que el día había sido tan estresante para ella como para él.

—Hemos estado yendo puerta por puerta —dijo Austin—, inspeccionando cabañas abandonadas y casetas de playa. Se puede decir que estoy cansado.

Lo único que le apetecía era volver a su apartamento, tirarse en el sofá con Run, tomarse una cerveza y poner un partido. Hoy no había fútbol, pero le daba igual. A estas alturas, se conformaría con los bolos o una competición de dardos. Pero no había tiempo para descansos.

Andy había colocado la cafetera industrial cerca de la entrada, junto con cientos de vasos de cartón. También había dispuesto unas cuantas docenas de sándwiches ya preparados, además de magdalenas y dónuts navideños que habían encargado especialmente para que les duraran todas las fiestas. La cafetería se estaba usando como punto de partida para los equipos de búsqueda, que Andy había ayudado a organizar junto con los vecinos que administraban el grupo de Facebook del pueblo.

Andy rellenó el depósito de la cafetera con una jarra grande de agua. —¿Alguna novedad?

Austin negó con la cabeza. —Habrán hablado como con una cuarta parte de las casas del pueblo. Un par de corredores creen que vieron un todoterreno blanco sobre la hora correcta, pero eso es todo. Dicen que venía en esta dirección desde la 360, pero no es gran cosa. El inspector jefe quiere que vaya al hospital a hablar con Jimmy. Que les deje la búsqueda a ellos. Con los voluntarios, tienen a cien personas en ello.

Andy rodeó el mostrador con otra bandeja de sándwiches. —Es un pueblo pequeño. Tiene que estar en alguna parte.

Mientras Andy apilaba los sándwiches, Austin cogió uno de arriba. —La única forma de salir es en barco o por la única carretera, que han cortado a los dos minutos de la llamada de radio de Jimmy. Suponiendo que Jimmy hiciera esa llamada en cuanto ella se fue, es imposible que superara el bloqueo. Es imposible. O está en Hansville o está en un barco. Tiene sesenta años y tiene que manipular a una cautiva más joven y fuerte, y a un bebé. Dudo que esté en un barco.

—Negó con la cabeza—. Creo que está cerca. Es solo cuestión de tiempo. —Intentaba mantenerse optimista, pero el hecho de que estuviera acorralada no era necesariamente una ventaja. Atrapar a un asesino solía ser bueno, pero cuando el asesino tiene dos rehenes, la cosa se complica. Muchas cosas podían salir mal.

Le dio una última caricia a Run, luego la espantó y se dirigió a su coche.

Austin odiaba los hospitales. Había pasado tres semanas en uno tras el tiroteo en el que murió Fiona. Lo operaron dos veces por sus heridas y tomó tantos analgésicos que se quedó insensible. Más de una vez, pensó que la única forma de salir del hospital sería con los pies por delante. Una o dos veces, había deseado que la bala mortal la hubiera recibido él en lugar de Fiona.

Cuando por fin lo sacaron en silla de ruedas a un frío día de otoño, se quedó maravillado por la sencilla belleza de Nueva York en otoño y juró no volver a pisar un hospital hasta que no estuviera a las puertas de la muerte. Y quizá ni siquiera entonces.

Lo que le afectaba era el olor. Antiséptico y, de algún modo, con olor a enfermedad y a muerte al mismo tiempo.

La presencia del sheriff Daniels de pie fuera de la habitación de Jimmy no mejoraba las cosas. —Vaya —dijo él, con los brazos cruzados, bloqueando la puerta de la habitación—, si es nuestro cowboy de Nueva York.

—¿Cómo está Jimmy?

—Vivo. Por los pelos. —Dejó escapar un largo suspiro—. Va a vivir.

—¿Puedo verlo?

Daniels se mofó. Tenía las mejillas pálidas, no de su rojo habitual. Parecía que hasta *él* dejaba la botella cuando uno de sus agentes estaba herido.

—Puede que no le caiga bien —dijo Austin—. Pero... mire... me ha enviado Ridley. Ha mencionado una prueba que podría haber

estado en la escena del crimen y no la hemos encontrado. Podría ser importante para localizar a Mary Bonner. De verdad, necesito hablar con él.

—¡No *puede* hablar! Ha estado cinco horas en el quirófano mientras intentaban recomponerle los intestinos con cinta americana, gilipollas arrogante.

—Lo siento.

—Pues ya puede sentirlo. Ha estado usted todo el tiempo diciéndonos: «imitador, imitador». Resulta que Mary Bonner está *directamente* relacionada con su Holiday Baby Butcher, y lo ha estado todo el puñetero tiempo. —Soltó las palabras entre perdigones que volaron en dirección a Austin.

Por mucho que Austin quisiera abofetear al tipo, estaba más confuso que otra cosa. —¿Qué quiere decir?

—Nuestra becaria de informática… ¿cómo se llama? ¿Suzanne o algo así?

—Samantha.

—Me ha dado esto al salir. —Daniels sacó un papel doblado del bolsillo trasero y se lo estampó a Austin en el pecho—. La ha cagado. Este caso, el caso original de Lorraine D'Antonia. Quizá ambos. Y casi le cuesta la vida a Jimmy. En el mejor de los casos, estará meses comiendo por una pajita y cagando en una bolsa.

Austin cogió el papel.

Daniels le dedicó una última mirada de desdén y luego se alejó pasillo abajo. Austin lo vio marchar, luego se dejó caer en una silla incómoda del pasillo y desdobló el papel. Era un artículo del *Seattle Times*, impreso de internet.

El titular decía:

El orfanato de Johnson Hill zanja un caso de colocaciones ilegales de los años 70

Le echó un vistazo rápido al primer párrafo, y luego otro.

Oh, no.

Había considerado lo que significaba que Mary Bonner tuviera papeles del mismo orfanato que Lorraine D'Antonia, pero supuso que era otra pieza de su obsesión.

Mientras leía el artículo, resultó que era algo completamente distinto.

Algo mucho, mucho peor.

PARTE III

LA VERDAD

Mientras leía el artículo, Austin sintió que las paredes del hospital se le echaban encima.

El orfanato Johnson Hill llega a un acuerdo en el caso de las colocaciones ilegales de los años 70

A solo cuatro días del inicio previsto del juicio, el orfanato Johnson Hill de Seattle ha llegado a un acuerdo en una disputa de décadas con un grupo de demandantes que afirmaban que la organización los había engañado en los años 70. El caso se originó a raíz de tres docenas de colocaciones de gemelos y cuatro de trillizos, todas ocurridas entre 1971 y 1974.

Según los documentos judiciales, los demandantes —quienes reclamaban más de cuarenta millones de dólares por daños y perjuicios— alegaron que el orfanato los engañó al tramitar sus adopciones. Concretamente, nunca se les informó de que los niños que adoptaban formaban parte de un grupo de hermanos gemelos o trillizos.

Cuando las revelaciones sobre gemelos y trillizos separados comenzaron a salir a la luz a principios de la década de 2000, según los documentos judiciales, Johnson Hill alegó que era difícil dar en adopción a gemelos y trillizos, lo que motivó la separación.

Sin embargo, unos archivos descubiertos recientemente demuestran que, de hecho, los gemelos y trillizos habían sido separados intencionadamente para un polémico estudio dirigido por los psiquiatras Sandra D. Conrad y Mark Voohrees.

El estudio consistía en colocar a los gemelos y trillizos separados en familias con diferentes estilos de crianza y distintos niveles de riqueza y estatus. Mientras que un gemelo era colocado, por ejemplo, en una familia de clase alta, el otro era ubicado en una familia de clase baja. En un caso, unos trillizos fueron colocados en tres familias diferentes que habían indicado en sus solicitudes estilos de crianza radicalmente distintos, que iban desde —partidarios de una estricta disciplina militar— hasta —hippies del laissez-faire—, según el estudio no publicado. Y aunque los padres adoptivos aceptaron que se estudiara a sus hijos, nunca se les explicó el alcance total del experimento, según la demanda.

Byron Moskovitz, investigador de psicología clínica en la Universidad de Washington, cree que el experimento —aunque quizá no fuera ilegal en los años 70— fue una desviación radical de las normas y una flagrante quiebra de la confianza. —En esencia —afirmó Moskovitz—, esto fue un experimento sobre la genética frente a la crianza en sujetos humanos que no habían dado su consentimiento.

Los demandantes, que interpusieron una demanda por lo civil, afirman que Johnson Hill destruyó y falsificó expedientes durante años para encubrir la filiación compartida de los gemelos y trillizos separados. La verdadera intención del estudio —que nunca se publicó— solo salió a la luz recientemente, cuando los hijos del psiquiatra Mark Voohrees donaron sus documentos a su alma mater tras su muerte.

La cuantía del acuerdo aún no ha sido revelada.

Austin se quedó mirando el artículo un buen rato, con la vista perdida y desenfocada, hasta que el periódico se convirtió en un borrón en blanco y negro. Se le había secado la boca mientras leía el artículo. La habitación pareció encogerse a su alrededor. No podía creerlo y, sin embargo, explicaba tantas cosas.

Mary Bonner era la hermana gemela de Lorraine D'Antonia.

El móvil le vibró en el bolsillo. Aturdido, lo sacó.

—¿Cómo está Jimmy? —La voz de Ridley lo devolvió a la realidad.

—No he podido verlo. —Sus palabras sonaron extrañas, como si se estuviera observando desde fuera de su cuerpo. Las implicaciones del artículo eran demasiado grandes para asimilarlas de golpe—. Cinco horas de operación. Daniels ha estado aquí. Parece que Jimmy saldrá de esta.

—Bien, me alegro. Si no lo hubiera conseguido…

—Lo sé. Yo… La he cagado.

—Sé que has tenido un encontronazo con Daniels, pero solo busca a alguien a quien culpar. Esto no es culpa tuya.

—Te lo agradezco, pero en cierto modo esto *sí* es culpa mía. ¿Alguien ha hablado con los dueños de los amarres? ¿Falta algún barco? ¿O es posible que tuviera el suyo propio?

—Hemos comprobado los registros de los amarres —dijo Ridley —. Nada a nombre de Mary Bonner ni de los Houghton, los dueños de la cabaña. Falta un barco, eso sí. Ya lo está buscando nuestra gente.

Estaba a punto de contarle a Ridley lo del artículo cuando oyó un alboroto al otro lado de la línea. Parecía gente gritando, pero más de emoción que de rabia.

La voz de Ridley sonó lejana, como si se le hubiera caído el móvil de la cara. —Vale. ¿Dónde? Voy para allá. Que nadie toque nada. — Entonces su voz volvió a la normalidad—. —Austin, hemos encontrado el coche.

—¿Lo habéis encontrado? —Austin se animó al instante. Era la primera buena noticia del día.

Pero Ridley no parecía contento. —En el embarcadero que hay junto a Point No Point.

—¿Entonces por qué suena como si fueran malas noticias?

Ridley hizo una pausa, y Austin casi pudo verlo pasándose la mano por la calva. —Porque está a seis pies bajo el agua.

38

La parte trasera del todoterreno blanco de Anna Downey asomaba por la superficie del agua cuando Austin llegó a la rampa para barcas. Observó la escena desde unos cuarenta y cinco metros de distancia, apoyado en una valla metálica, mientras el corpulento conductor de una grúa sacaba el vehículo del agua de forma constante con un cabrestante eléctrico.

Poco a poco, la luna trasera quedó completamente a la vista. Austin contuvo la respiración, intentando recuperar la serenidad que había encontrado sentado a solas en la pequeña iglesia. Una ráfaga de viento helado le azotó la mejilla y se subió el cuello de la chaqueta, esperando mientras el coche emergía del agua muy, muy despacio.

Ya no rezaba, pero, si lo hiciera, rezaría para que el coche estuviera vacío. Para que no contuviera los cuerpos ahogados de Anna Downey o Joshua Green.

El trayecto desde el hospital había sido un infierno.

Había hablado con Lucy para ponerla al día sobre Jimmy y se había enterado de que los equipos ya habían llamado a dos tercios de las puertas de Hansville. Además, los voluntarios habían peinado Buck Lake Park y Point No Point sin encontrar a nadie. Ahora, los equipos recorrían las playas, bordeadas de rocas cubiertas de percebes, acantilados de diversas alturas y troncos que la marea

había semienterrado, integrados en fuertes de madera a la deriva abandonados que habían construido durante el verano.

También se había enterado de que el registro del apartamento de Mary Bonner había concluido. Habían encontrado montones de material estupendo si el caso llegaba a juicio: recortes de prensa e impresiones sobre Lorraine D'Antonia, más pruebas de que Bonner había estado investigando el orfanato de Johnson Hill, e incluso algunas fotografías de las dos mujeres juntas ya de adultas. Lucy había guardado silencio un instante antes de contarle lo más inquietante de todo. La policía que ejecutó la orden había encontrado una foto del propio Austin pegada en la pared de Mary Bonner. Eso, junto con un cuaderno que habían hallado, indicaba que Bonner culpaba a Austin del encarcelamiento de Lorraine D'Antonia. Mary Bonner sabía el nombre de Fiona, sabía que Austin se había mudado a Hansville, e incluso especulaba con que se había mudado a Hansville específicamente para encontrarla *a ella*.

Cuando colgaron, Austin empezó a repasar mentalmente cada una de sus interacciones con Lorraine D'Antonia. Cada pista, cada fragmento de prueba, cada palabra de su confesión. Ahora muchas más cosas de este caso cobraban sentido, pero eso no le hacía sentirse mejor.

En algún momento, Mary Bonner y Lorraine D'Antonia habían descubierto que eran hermanas. Lo más probable es que esto ocurriera cuando empezaron a salir todas las noticias sobre el orfanato. Supuso que una de ellas habría oído hablar del orfanato, habría empezado a investigar el pasado y, finalmente, habría descubierto a la otra.

Puede que les hubiera llevado un tiempo forjar un vínculo… o puede que el lazo entre gemelas fuera tan profundo que intimaron en el instante en que se conocieron. ¿Pero tanto como para cometer un asesinato la una por la otra?

La única explicación plausible era que Mary Bonner había estado siguiendo de cerca el caso de D'Antonia y que solo se había decidido a cometer el primer secuestro cuando denegaron la última apelación de esta. La apelación se había basado en lo que D'Antonia denominaba su 'falsa confesión'. Quizá Bonner creía que si

empezaban a desaparecer y morir más bebés exactamente de la misma forma que lo hacía la Carnicera de Bebés de las Fiestas, los fiscales tendrían que admitir que la confesión de D'Antonia había sido falsa, que habían encarcelado a la mujer equivocada. Tendría que ser idiota para pensar que las cosas funcionaban así, pero Austin había aprendido a no subestimar nunca el poder ilusorio del razonamiento motivado.

Mientras la parte trasera del todoterreno emergía por completo del agua, Austin cruzó la verja que conducía al embarcadero. Ridley estaba supervisando la operación y ordenó al equipo que se detuviera cuando el vehículo estuvo lo bastante alto como para ver con claridad a través de las ventanillas.

Austin se acercó hasta unos diez metros. Lo bastante cerca para oír, pero no para ver. Si estaban ahí dentro, no quería verlo. Contuvo la respiración. Se le encogió el estómago.

Ridley se asomó y luego echó la cabeza hacia atrás. —¡Vacío! —gritó.

Se oyeron algunas aclamaciones entre un pequeño grupo de curiosos. Al menos Bonner no había ahogado a Anna y a Joshua.

Pero entonces asimiló el siguiente dato. Si había abandonado el coche en el embarcadero —o si había obligado a Anna a hacerlo—, lo más probable es que hubiera tenido acceso a una barca, lo que significaba que podría haberse escapado hacía horas.

Austin se acercó a Ridley a toda prisa. —¿Alguna noticia sobre la barca desaparecida?

—No, pero… —Se interrumpió al oír una voz en su radio.

—Aquí la detective Lucy. Tenemos la barca. Ha aparecido en la orilla de Twin Spits. Cambio."

Ridley cogió la radio y empezó a caminar hacia su coche. —Llego en dos minutos. Asegura un perímetro de veinte metros. No toquéis nada."

Austin lo siguió hasta el coche, pero Ridley se detuvo en seco. —Usted no. Esta vez no. Podría ser peligroso."

—¿Me llamará cuando haya registrado la barca?"

Ridley asintió, subió al coche y se marchó a toda velocidad.

Austin se metió las manos en los bolsillos, dándole vueltas a la idea que se le acababa de ocurrir. No era tanto un pensamiento como una objeción: sencillamente no se creía que Mary Bonner hubiera robado una embarcación. Puede que estuviera en buena forma, pero era una mujer menuda de unos sesenta años y con dos rehenes. Además, era invierno. A estas alturas, la mayoría de las embarcaciones estaban guardadas y preparadas para pasar el invierno. Era posible, pero no probable. Algo se le escapaba y necesitaba tiempo para pensar.

Austin le echó un último vistazo al todoterreno chorreante de Anna y luego volvió sobre sus pasos en dirección a su casa.

39

Mientras caminaba hacia el noroeste, Austin contemplaba la suave curva de la playa que se extendía desde el embarcadero de Point No Point hasta su tienda. Al otro lado del estrecho, más allá de un solitario barco de pesca, los árboles de hoja perenne de la isla de Whidbey estaban iluminados por una suave luz dorada del sol poniente.

Algo no cuadraba, y tenía que averiguar el qué.

El embarcadero donde habían encontrado el coche de Anna estaba a unos cinco minutos de la casa de Mary Bonner, en Heron Avenue. Después de apuñalar a Jimmy, debió de obligar a Anna a meterse en el coche y le ordenó a punta de cuchillo que condujera hasta allí. Luego, habían abandonado el coche y, o bien encontraron otro, o siguieron a pie, o robaron una barca. El problema era que el puerto deportivo estaba al otro lado de la península, a dos o tres millas del embarcadero de Point No Point. Si Bonner hubiera planeado robar una barca, ¿por qué no habría abandonado el coche en el puerto deportivo, donde estaban todas las embarcaciones? El embarcadero era para gente que traía sus barcas desde otros lugares y, en invierno, eso era muy raro. En ocasiones, la gente dejaba pequeñas embarcaciones sin vigilancia junto al embarcadero mientras usaba los aseos o recogía provisiones. Pero solían ser kayaks y en verano. «No —pensó Austin—, no robó ninguna barca.

Después de abandonar el coche, había escapado en otro vehículo o a pie».

El sol poniente desapareció tras la colina del oeste y el cielo adquirió el color morado oscuro de un moratón. Mañana era el día de Navidad, y a lo lejos podía ver las parpadeantes luces navideñas de su tienda. Aparte de esas luces y el miniarbolito de la tienda, apenas se había percatado de la festividad. A él y a Fiona no les iban mucho las fiestas, pero la Navidad era una que nunca se perdían. Su familia era pequeña y estaba repartida por todo el país, lo que dificultaba las reuniones, pero la de ella era grande y vivía mayormente en el noreste. Tenía hermanos en el norte del estado de Nueva York, una hermana en Massachusetts y sus padres en Connecticut, a solo cuarenta minutos de la ciudad de Nueva York. Por no hablar de más sobrinos y sobrinas de los que podía contar. Así que cada Navidad significaba una gran reunión por parte de la familia de Fiona. Lo habían invitado a ir este año —la familia de Fiona se esforzaba por incluirlo incluso después de su muerte—, pero, por algún motivo, no le pareció lo correcto.

Cuando la atrapó, Lorraine D'Antonia le había dicho en un interrogatorio que la Navidad era su fiesta favorita. Se preguntó si también lo sería para Mary. Bonner era una imitadora, pero no una cualquiera. Estaba seguro de que el recurso fallido de Lorraine D'Antonia para un nuevo juicio había desencadenado los asesinatos, pero puede que no fuera el único móvil. Probablemente, Bonner compartía gran parte de la mentalidad de su gemela y podría estar motivada por cosas parecidas.

D'Antonia había mantenido durante todo el juicio que les daba a esos niños unas fiestas maravillosas. Parecía creer genuinamente que vestirlos, alimentarlos, quererlos y luego masacrarlos era lo que un buen padre debía hacer. Como muchos asesinos, usaba su propia infancia como justificación para sus actos. Estaba trastornada, sí, pero Austin nunca había dudado de su sinceridad. D'Antonia creía de verdad lo que decía. Las fiestas eran importantes para ella. Lo más probable era que lo mismo ocurriera con Mary Bonner.

Si era así, ¿qué querría ahora mismo? Era Nochebuena, el día en que mataría a Joshua si seguía el calendario previsto. Querría seguir

adelante con ese plan. Cuando huyó de su cabaña, sus planes se habían visto alterados. Su bolsa y su olla de conservas se habían quedado atrás. Querría recuperar ese control, encontrar un lugar seguro. Con Anna como rehén, querría vestir a Joshua de Papá Noel o de un adorable elfo, para luego asesinarlo, hervirlo y grabar un poema en sus diminutos huesos. Eso no era posible a menos que encontrara otra casa.

Sabría que su apartamento no era una opción. ¿Pero y sus amigos? A Austin le vino a la mente su conversación con Myrian Brightstone. ¿Se presentaría Bonner en su casa o en la de otro compañero de trabajo? Poco probable, incluso si pudiese salir de la península, lo cual era prácticamente imposible con el control de carretera.

La playa había sido peinada, las casas de los alrededores e incluso el famoso faro habían sido registrados. Posiblemente tuviera un cómplice que la estuviera escondiendo en una casa cercana, pero no parecía tener muchos amigos. También era posible que hubiera entrado a la fuerza en una casa de las inmediaciones. De hecho, esa era la opción más probable. Las casas de la playa eran una mezcla de grandes viviendas familiares y coquetas pero caras cabañas a pie de playa. Al menos un puñado estarían vacías en esta época del año.

Probablemente era eso. Habría abandonado el coche, habría deambulado por la playa hasta ver lo que parecía una casa vacía y luego habría entrado a la fuerza por el lado que daba a la playa. Pensó en llamar a Ridley para ver si se habían registrado las casas vacías, pero, como de costumbre, no tenía cobertura en la playa.

Estudió las ventanas de las casas a su paso. En algunas se veían grandes árboles de Navidad en los salones; otras estaban llenas de gente cocinando o jugando a juegos de mesa. En una parecía haber una fiesta navideña en pleno apogeo. Otras tenían las cortinas echadas, las ventanas a oscuras, con sus dueños probablemente en Arizona o California, Hawái o Las Vegas. Tenía que creer que Ridley y su equipo habían registrado todas las casas.

La revelación de que Mary Bonner y Lorraine D'Antonia eran gemelas todavía estaba reorganizando toda la información pasada en su mente. Le vino a la memoria la entrevista que Ridley le había

enseñado. Tenía que asumir que, durante todo ese tiempo, D'Antonia había sabido que su hermana mató a Allie Shreever. Aquello le provocó un escalofrío por la espalda.

Sus ojos fríos e inexpresivos, la forma en que había insistido en que había sido una buena madre para aquellos niños. La forma en que le había mencionado por su nombre. ¿Qué era lo que había dicho? Algo como: —El guapo detective se ha mudado a la otra punta del país, igual que yo. De Nueva York al estado de Washington, aunque creo que su nuevo hogar es probablemente más bonito que el mío. Se rio tontamente al decirlo, y las arrugas de su cara temblaron de forma nauseabunda.

Austin se detuvo en seco.

Su nuevo hogar.

Cuando lo dijo, Austin supuso que se refería al pueblo de Hansville. Él se había mudado al estado de Washington y se había instalado en Hansville. Ella se había mudado al estado de Washington y se había instalado en la cárcel. ¿Pero y si no se refería a su nuevo pueblo, sino a su *casa*? Bonner podría haber conseguido su dirección a través de Anna, o quizá las gemelas habían descubierto de algún modo que su apartamento estaba conectado a su negocio.

Entonces cayó en la cuenta. Los incesantes ladridos de Run no se debían a un estrés general. Le había estado diciendo que había alguien dentro de su casa.

Alzó la vista. Estaba a cuatrocientos metros de su tienda, de su casa. Sacó bruscamente el móvil del bolsillo y echó a correr a toda velocidad por la playa.

40

La casa estaba bien, pensó. Mejor que la vieja cabaña de su familia. No olía a galletas, pero de momento serviría.

El salón era austero, como un piso de soltero. Un sofá de cuero negro, dos sillones de color crema con una mesita entre ellos. De la pared colgaban dos fotografías: una antigua foto en blanco y negro del puente de Brooklyn y la fotografía de una mujer con uniforme de la Marina. Probablemente, la madre de Austin. Tenía el mismo pelo oscuro, la misma nariz, los mismos ojos azules e inteligentes.

Sin duda, había sido una madre de verdad, que lo había querido y cuidado a cada paso. No como *su* madre. No como *ninguna* de sus madres. La suya la había abandonado en un orfanato que la había condenado a un destino peor que la muerte.

Pobreza. Violencia. Una jaula para perros cuando se portaba mal. —Buena disciplina y mano dura —lo llamaba su madre.

Lo había pasado mal. Mucho peor que su hermana, de lejos. Pero, aun así, había salido adelante, y no se había torcido.

Fue a ver a Joshua, que dormía en el dormitorio. Había tenido que taparle la boca con cinta adhesiva para que no llorara, pero él era listo. Había aprendido a respirar por la nariz. Le quitó la cinta despacio. Se movió un poco, pero no se despertó.

En el suelo, junto a la cama, la periodista estaba sentada con la espalda contra la pared. Le había atado las muñecas y los tobillos y

le había puesto una mordaza en la boca. —Voy a quitarle la mordaza. Si grita, la gente del restaurante la oirá. Vendrán corriendo, pero el bebé estará muerto antes de que lleguen. —Alzó el largo cuchillo de cocina que había usado para apuñalar al agente que había entrado en su casa sin invitación—. —Me capturarán y me llevarán a la cárcel, sí. Pero la dejaré con vida para que cargue con el hecho de que es usted una zorra egoísta que antepuso su propia vida a la de un bebé indefenso. —Se encontró con la mirada aterrorizada de la periodista—. —¿Y bien? ¿Va a gritar?

La periodista negó con la cabeza.

Le quitó la mordaza. —¿Cuándo volverá a casa?

La periodista estiró la boca, adaptándose a la nueva libertad. —No lo sé. Probablemente esté buscándola con la policía.

—¿Tiene usted una barca?

—Ya le he dicho que no. Ni siquiera *vivo* aquí. Vivo a quince kilómetros.

—¿Tiene otro coche en su casa?

—No, e incluso si lo tuviera, estoy segura de que la carretera de salida del pueblo está cortada. —La periodista frunció el ceño. —¿Puedo preguntarle algo?

No le gustaban los periodistas, pero quizá esta podría ayudarla a contar la verdad, a conseguir que liberaran a Lorraine. Asintió.

—¿Es usted la hermana de Lorraine D'Antonia?

—Su gemela.

—¿De verdad cree que matar como ella convencerá a alguien para que la dejen en libertad?

—Tendrán que hacerlo.

—No, la verdad es que no. Lo único que conseguirán es meterla en la cárcel con ella.

—¿*Con* ella? —Aquello sonaba bien, mejor que la vida que llevaba.

—No *con* ella. No en la misma celda, pero quizá podría verla de vez en cuando. A lo mejor permitirían las visitas. Puedo ayudarla. Conozco a gente en la prisión.

—¡Miente! —escupió. —Igual que los periodistas mintieron sobre Lorraine.

—Le prometo que dentro de poco alguien nos encontrará aquí. Aunque nadie nos haya visto entrar, van a llamar a esa puerta. Cuando lo hagan, puede que muramos todas. No dudarán en disparar si creen que así pueden salvar a Joshua. Déjeme llamar a alguien de confianza. Puede ponerse al teléfono y la sacarán de aquí con vida siempre que Joshua no sufra ningún daño. Le juro que la ayudaré a ver a Lorraine de nuevo.

Se rascó la cabeza, pensativa. No le gustaba esta periodista. Volvió a su lado y la amordazó de nuevo, atando el trapo aún más fuerte que antes. Lo apretó hasta que ella se retorció de dolor.

Se dirigió al umbral de la puerta y se giró. —Me dejarán vivir, me dejarán ir con Lorraine, aunque solo tenga un rehén. Llamaremos a alguien como usted ha dicho. Pero es Nochebuena y primero hay algo que tengo que hacer. Por Joshua.

Fue a la cocina y echó un vistazo a la nevera. Kétchup, unos palitos de zanahoria y fiambre, unas cuantas cervezas. Lo típico de un soltero. Si su mujer siguiera viva, probablemente la habría surtido mejor.

Abrió una cerveza y se apoyó en la mesa de la cocina. En el suelo había un cuenco de perro. Y, sin embargo, no había ningún perro. No sabía que tuviera uno.

Era extraño que el perro no estuviera allí mientras su amo andaba por ahí, y también un golpe de suerte. Si el perro hubiera estado en casa, podría haber ladrado cuando ella entró, alertando a la gente de la cafetería de al lado.

No había ninguna jaula para perros. Solo una cama para perros, bonita y mullida, en un rincón. Mejor que la cama en la que había dormido de niña. Austin trataba a su perro mejor de lo que sus padres de acogida la habían tratado a ella.

Recorriendo la habitación con la mirada, sus ojos se detuvieron en una pequeña placa.

Cada segundo,
de cada día,
cada víctima merece lo mejor de mí.

Sacó una olla grande del armario, la llenó de agua y la puso al fuego. Con un trapo de la encimera, pulió los lados donde estaba

deslustrada.

Tenía que brillar.

Con un susurro ronco, leyó la placa en voz alta:—Cada segundo, de cada día, cada víctima merece lo mejor de mí.

No podía estar más de acuerdo.

41

Los grupos de búsqueda de voluntarios se habían marchado a casa por esa noche y el aparcamiento que rodeaba el edificio estaba extrañamente vacío. Run dormía en su cama, en un rincón, y Andy estaba a punto de cerrar la tienda cuando llegó Austin, que aminoró la marcha de su carrera, jadeante. —Teléfono fijo... Llama... al detective Calvin... a Lucy. A quien sea. Creo... que Bonner está aquí. —Señaló la pared que había junto al almacén, al otro lado de la cual estaba su apartamento. —En mi casa. Voy... a echar un vistazo.

—¿No deberías esperar a-

Él ya había salido por la puerta.

Se deslizó sigilosamente por el lateral del edificio, con los ojos fijos en las ventanas del salón. No había luces encendidas. Nada parecía fuera de lo normal, salvo por el nudo que sentía en el estómago. El viento se había calmado, lo que le daba a la noche un aire inmóvil y espeluznante. Olió el agua salada y oyó el débil romper de las olas en la playa.

Se detuvo junto a la valla. No oía nada dentro. No pensaba abrirla. Todavía no.

En su lugar, rodeó el edificio sigilosamente, moviéndose con lentitud. Encima del fregadero de la cocina había una pequeña ventana, visible desde el lado oeste del edificio. En realidad, no era una ventana, sino una sección de antiguos bloques de vidrio

metalizado, de esos que estaban diseñados para dejar pasar la luz y, al mismo tiempo, mantener cierta privacidad del mundo exterior. No se veía luz a través de los bloques de vidrio.

Quizá se había equivocado. Estaba paranoico. La única habitación sin ventana era el dormitorio, así que, a menos que ella estuviera actuando en la oscuridad o hubiera metido a todo el mundo allí, Mary Bonner no estaba en la casa.

Entonces vio algo. Los bloques de vidrio tenían un aspecto diferente. Además de ser ondulados y opacos, estaban húmedos, empañados por dentro. Lo había visto una vez antes. Cuando había hervido agua para los raviolis.

Su primer impulso fue entrar corriendo por la puerta principal. Pero eso lo llevaría directo a la cocina. Joshua Green no pesaba más de cuatro kilos y medio. Si ella todavía tenía el cuchillo que había usado con Jimmy, un simple movimiento de muñeca podría acabar con él.

Volvió a toda prisa a la tienda, hizo callar a Andy con un gesto al pasar y entró silenciosamente en el almacén de la cafetería, donde un extraño y estrecho hueco conducía al apartamento, a su dormitorio.

Conteniendo la respiración, avanzó a gatas, con cuidado de no golpearse con los lados en el estrecho espacio. Sus ojos se acostumbraron poco a poco a la oscuridad.

Llegó a la trampilla del fondo del armario de su dormitorio, que estaba cubierta con un trozo de contrachapado colocado de cualquier manera cuando se añadió el apartamento al edificio en los noventa. Podía empujarla fácilmente hacia dentro, pero tenía que mantenerse en silencio.

Haciendo palanca con los dedos, levantó con cuidado el contrachapado y se asomó a través del pequeño armario hacia su dormitorio. Las luces estaban apagadas. No vio nada.

Entonces oyó algo. Un gemido ahogado.

Dejó escapar un suspiro silencioso mientras apoyaba la tapa de la trampilla en la pared del armario.

Entró a gatas en el armario, rozando con la cabeza las camisas colgadas, y miró a su izquierda, donde Anna Downey estaba atada

en un rincón.

Aún agachado, avanzó en cuclillas hasta ponerse a su lado, con la vista fija en la puerta que daba al salón y a la cocina. —¿Sigue aquí? —susurró.

Ella señaló hacia la cocina.

Entonces, de repente, oyó la suave voz de Mary Bonner, que cantaba. No pudo distinguir las palabras.

Le quitó la mordaza, un pañuelo rojo que le rodeaba la cabeza y le cubría la boca. Le desató los pies. —Pasa por ese hueco a gatas. Lleva al restaurante. No mires atrás ni intentes ayudar. Los detectives llegarán pronto. —Terminó de desatarle las manos y correspondió a su mirada desafiante con una igual. Ella quería quedarse, quería ayudar, pero lo entendió.

Esperó a que se fuera antes de avanzar sigilosamente hacia la caja fuerte para armas que había debajo de su cama. Sin apartar la vista de la puerta, tecleó el código y sacó su MR1911. Había esperado no tener que volver a usarla nunca fuera de un campo de tiro, pero la guardaba cargada.

Silenciosamente, caminó hacia la puerta y entró en el oscuro salón. La única luz provenía de los dos fogones que ardían a máxima potencia en la cocina. Sobre ellos, su olla para la pasta echaba vapor.

Oh, Dios. Había llegado demasiado tarde.

Mary Bonner empezó a cantar de nuevo, y esta vez sí pudo entender la letra.

La Navidad es
tiempo de alegría
Juntémonos todos
todos los niños y niñas
Calcetines y galletas
y regalos para todos
Trae alegría y asombro
cuando el invierno llama

Su voz era un susurro profundo y gutural, lleno de dolor.

Entonces oyó el mejor sonido que había escuchado en su vida. El suave arrullo de un bebé diminuto. Se asomó por el umbral de la

puerta hacia la cocina a oscuras. Mary Bonner estaba de pie junto a los fogones, acunando al pequeño Joshua Green en brazos y cantándole.

La Navidad es
un tiempo de alegría

Alzó su calibre 45 y se plantó en el umbral.

Juntémonos todos
niñas y niños

—Mary Bonner. —Le apuntó a la cabeza—. No. Te. Muevas.

42

Bonner se giró deprisa, casi como si lo hubiera estado esperando. En el mismo movimiento, extendió los brazos para sostener a Joshua sobre la olla de agua hirviendo. —Si me dispara, se caerá. —Su voz era cortante y, sin embargo, también un susurro, como el arañazo de la rama de un árbol contra una ventana en plena noche.

Bonner ladeó el cuerpo para quedar parcialmente cubierta por el torso de Joshua mientras los pies de este colgaban justo por encima de la olla, a unos quince centímetros del agua. Llevaba un pelele de Papá Noel, con patucos rojos y blancos incluidos. Pataleó y soltó un chillido aterrador.

—No tiene por qué hacer esto —dijo Austin—. Hay una salida para esto, se lo prometo. ¿Qué le parece si deja a Joshua en la otra habitación, yo bajo el arma y lo hablamos?

—Usted se llevó a mi hermana.

—He hecho mi trabajo. —Austin tenía un tiro claro. Desde esa distancia, mataría a Bonner cien de cada cien veces. Pero no había forma de arriesgarse. Joshua caería al agua hirviendo o al suelo, lo que podría partirle el cuello. —Por favor, Mary. Deje a Joshua en el suelo. Le prometo que no dispararé. —Los lloros del bebé se hacían más fuertes, más desesperados, rebotando por la pequeña cocina, contra las ventanas y el suelo de linóleo. No creía que el vapor fuera

suficiente para quemarlo, dado que llevaba patucos, pero, aun así, los llantos sonaban como si estuviera sufriendo un gran dolor.

Su mirada era de perplejidad, como si estuviera sopesando sus opciones. —Baje el arma primero.

Como no se movió, ella empezó a cantar, y sus palabras sonaron extrañas y ominosas entre los chillidos de Joshua.

Navidad es
tiempo de alegría
Juntémonos todos
niñas y niños

Al decir la palabra «niños», sacudió un poco a Joshua. —No seas tan quejica.

—De acuerdo —dijo Austin. Se agachó lentamente, extendiendo el arma frente a sí. —Voy a bajarla. Por favor, no le haga daño al niño. Tiene padres. Lo quieren igual que usted quiere a su hermana.

—El amor de los padres no es nada comparado con lo que Lorraine y yo teníamos. Ella haría lo que fuera por mí. *Lo que fuera*.

La forma en que dijo la última palabra lo inquietó, como si contuviera capas y capas de significado que no era capaz de comprender. ¿Qué más habrían hecho? ¿A cuántos más habrían matado?, se preguntó.

Bajó el arma.

—Patéela hasta aquí —siseó ella.

Le dio un suave toque con el pie y el arma se deslizó por la cocina. —Ahora deje a Joshua en el suelo y podremos hablar de esto.

Lentamente, ella apartó al bebé de la olla. Los llantos del niño habían alcanzado un tono histérico. Su respiración era rápida y entrecortada, como si estuviera hiperventilando.

—¿Qué le ha hecho? —exigió saber Austin.

—Nunca ha tenido hijos. A veces se ponen revoltosos por mucho que los quieras.

Bonner se inclinó despacio, sin apartar la vista de Austin, y colocó a Joshua junto al arma, sujetándolo por los hombros. Austin retrocedió de un respingo. Joshua no tenía fuerza para coger un

arma, y mucho menos para apretar el gatillo, pero, aun así, la imagen de un bebé junto a un arma cargada le revolvió el estómago.

Lo había sentado sobre el trasero, pero pesaba demasiado de la parte de arriba, era muy pequeño para mantenerse sentado solo. Cuando ella se irguió, el niño empezó a inclinarse hacia la izquierda. Austin se abalanzó por instinto para protegerle la cabeza de la caída. Llegó a tiempo, agarrando a Joshua por el hombro justo antes de que su cabeza golpeara el suelo.

La vio moverse por el rabillo del ojo. Ella soltó un chillido espantoso mientras le hundía el cuchillo en el brazo.

Austin se tambaleó hacia atrás, soltando al bebé y cayendo de espaldas, golpeándose la cabeza contra la mesa de la cocina.

Entonces, todo se volvió negro durante unos segundos y lo único que oyó fueron las bisagras de la contrapuerta gritando en la noche.

43

Austin se levantó de un salto e intentó correr hacia la puerta, pero se tambaleó contra los fogones y chocó con la olla humeante. Esta cayó y el agua hirviendo le salpicó la ropa y le empapó los zapatos, quemándole los pies. Resbaló, se estrelló contra la encimera y destrozó la jarra de la cafetera con el hombro. Mientras caía, había cristales y agua por todas partes.

Entonces se dio cuenta de que todavía tenía el cuchillo clavado en el brazo.

La primera regla ante una herida de arma blanca era no extraer el cuchillo. Pero eso suponiendo que fueras a buscar atención médica. Si perseguía a Bonner con el cuchillo en el brazo, podría causar aún más daño que sacarlo. Cogió una cuchara de madera de un cajón, la mordió con fuerza, se preparó para el dolor y sacó el cuchillo de un tirón. Escupió la cuchara y dejó caer el cuchillo en el fregadero, luego rasgó un paño de cocina a lo largo y usó una tira para hacerse un torniquete justo por encima de la herida. Apagó los fuegos y corrió hacia la puerta.

Una luna casi llena arrojaba una luz plateada sobre el jardín y relucía en la verja metálica, que Bonner había dejado abierta al huir. Corrió hacia ella en busca de huellas. Se agachó, sacó el móvil y enfocó el suelo con la linterna. Todavía estaba húmedo por la lluvia y

había huellas claras que se alejaban de su jardín en dirección a la playa.

La vio en cuanto pisó la arena. Las luces de las propiedades de primera línea de playa proyectaban manchas de luz nítidas y angulosas sobre la arena, dejando otras zonas en sombra. Con Joshua Green en brazos, Mary Bonner corría por el tramo que él acababa de recorrer, de vuelta hacia Point No Point. Entrando y saliendo de las manchas de luz, entrando y saliendo de la sombra, corría más rápido de lo que él habría creído posible cargando con un bebé. O quizá era él quien corría más despacio de lo que pensaba. Con la cadera magullada, un corte en la cabeza y un brazo perforado, cojeaba en más de un sentido.

Oyó sirenas a lo lejos. Estarían en su casa en menos de un minuto. Sabía que en este trozo de playa no había cobertura y, aunque la hubiera, no se arriesgaría a detenerse lo suficiente para hacer una llamada.

Le estaba ganando terreno a Bonner, corriendo al menos a una velocidad media vez superior a la de ella. La herida del hombro no era terrible, pero también estaba perdiendo sangre. Cuanto más corría, peor se sentía.

Mary Bonner entró en el tramo de playa junto al faro y, por un momento, desapareció por el sendero que subía hacia el aparcamiento. El mismo sendero que él había recorrido con Sarah y Benny.

Austin llegó al sendero, acelerando por la suave pendiente. Se detuvo. Había desaparecido. El aparcamiento parecía vacío.

Intentó calmar su respiración, escuchando en la penumbra. No oyó nada, ni el crujido de una ramita, ni una puerta de coche abriéndose o cerrándose. Nada.

Probó la puerta del faro. Cerrada con llave. Dentro, todo estaba oscuro y en silencio.

Estaba a punto de intentar echar la puerta abajo de una patada cuando vio movimiento.

Pasado el faro, un sendero discurría por una pequeña zona de marismas y luego subía por una larga escalera de madera hasta el acantilado que se alzaba sobre la playa, el mismo lugar donde Sarah

y Benny habían estado cuando Trisha dejó caer la bolsa de huesos. Corrió a toda prisa por el sendero y llegó al pie de la escalera de madera cuando Bonner estaba a mitad de camino.

—¡Deténgase! —le gritó.

Austin subió los escalones de tres en tres, pisándole ya los talones. Cuando ella llegó a lo alto del sendero, se desvió bruscamente hacia el agua, esquivando un banco y desapareciendo por un hueco entre los matorrales donde habían talado las zarzas.

Por un segundo pensó que iba a lanzarse desde el acantilado a toda velocidad, pero se detuvo a un metro del borde y se giró, aferrando con fuerza a Joshua en brazos. —No… se acerque más. —Jadeaba, con el pelo alborotado y la mirada desquiciada. Joshua había dejado de llorar.

Austin no podía ver si respiraba. Oh, Dios, que esté respirando.

Austin se detuvo al otro lado del banco, a unos diez metros de Bonner. Su respiración era entrecortada. —¿Es… tá… vi-… vivo?

—Está descansando.

—Se ha acabado, Mary.

Ella retrocedió un paso. —Lo tiraré por el precipicio.

Austin no podía ver la orilla, pero ya había estado en ese acantilado. Nueve metros más abajo, troncos a la deriva y rocas puntiagudas poblaban la playa. A un adulto fuerte le costaría sobrevivir a una caída. Joshua no tendría ninguna posibilidad. —No querrá hacer eso. —Extendió ambos brazos delante de él, con las palmas hacia arriba, intentando parecer lo menos amenazador posible—. Quédese quieta. Deje a Joshua en el suelo y márchese. Le juro que no la perseguiré. Solo quiero al bebé. Puede llegar a Seattle sana y salva en un par de horas. Por favor. Deje a Joshua.

Su rostro era puro dolor, un gesto sombrío de pérdida e ira. —No tiene ni idea de lo que me hizo, de lo que *nos* hizo.

—Cuéntemelo, entonces. Hablemos de ello. Deje al niño en el suelo. —Se acercó un poco—.Háble me de Lorraine.

Ella miró al suelo como si considerara su oferta, pero luego agarró a Joshua con más fuerza.

—Si no quiere hablarme de Lorraine, háble me de Trisha.

Bonner parecía confundida.

—La mujer a la que le pidió que llevara la bolsa a la playa. ¿La contrató porque se parece un poco a usted? ¿Un poco a Lorraine?

—Pensé que si alguien la veía… —Sacudió la cabeza con violencia, como si intentara soltar algo a la fuerza—. Si alguien la veía, podrían detenerla y entonces pensar que ella había cometido todos los… todos los…

—¿Asesinatos?

Bonner asintió. Apenas consideraba lo que ella y D'Antonia habían hecho como asesinatos y era incapaz de pronunciar la palabra.

—Todo esto era para que dejaran libre a Lorraine, ¿verdad?

Bonner asintió. —Nos separaron cuando éramos bebés. Nuestra madre no nos quería, pero quería que permaneciéramos juntas. *¡Le prometieron que nos mantendrían juntas!* Está todo en los papeles*.* —Su voz se había convertido en el chillido de dolor de un animal moribundo—. Nos *separaron*. —Se detuvo para tomar aire un par de veces, furiosa, y luego continuó—. A Lorraine la pusieron con una familia rica. Italiana. Una *buena* familia. Eran dueños de una cadena de restaurantes. Ella tenía pollo a la parmesana, pan recién hecho y una cama mullida. A mí me criaron los Bonner. —Casi escupió el nombre—. Yo tuve pan mojado en leche y una jaula de perro.

Austin se acercó un poco más, con las manos aún extendidas. —Lo siento. —Tenía razón sobre el pasado de Lorraine D'Antonia. Se había criado en una relativa riqueza, con unos padres que poseían cinco o seis restaurantes italianos en Seattle. Fiona le había dicho una vez que los asesinatos de D'Antonia eran la prueba de que la naturaleza importaba más que la crianza. Después de todo, a D'Antonia se le habían dado todas las ventajas y se había convertido en una de las asesinas más sádicas de la historia.

Dio otro paso hacia delante. —De verdad que *lo* siento. Y usted no merecía lo que le pasó. Nadie merece eso. ¿Cuándo os conocisteis Lorraine y usted?

Ella sonrió, con el rostro iluminado por la luz de la luna que se filtraba a través de los árboles sobre ellos. —Nos encontramos hace más de treinta años.

—¿*Antes* de las noticias sobre el orfanato? —Estaba aún más sorprendido de lo que aparentaba. Dio otro pequeño paso hacia delante—. Daba por hecho que se habían conocido cuando saltó la noticia del estudio de los gemelos.

Hizo una mueca al mencionar el estudio. Estaba a solo unos metros del acantilado y se inclinó hacia el agua, como si pudiera dejarse caer de espaldas, llevándose a Joshua con ella. —No's se acerque más.

Se detuvo. —De acuerdo, cuénteme más. Sigamos hablando y veamos qué podemos solucionar."

—Nos conocimos por la escuela de enfermería. Ella había ido a la UW. Se lo pagaron sus *padres*. Yo fui a un centro de formación profesional. Fregué platos para pagármelo. Una enfermera con la que hacía prácticas me dijo que había tenido una estudiante unos años antes que era *idéntica* a mí. Al principio no le hice caso, pero me enseñó una foto y supe que era ella. Siempre había sentido que me faltaba algo y por fin supe lo que era. Lorraine y yo nos conocimos un poco después."

Austin oyó el crujido de una ramita a su izquierda, procedente de los arbustos que había a mitad de la escalera. No movió la cabeza, pero desvió la mirada lo justo para ver a Anna Downey, agazapada y avanzando sigilosamente, pegada a los arbustos que flanqueaban la escalera. —A ver si la entiendo, porque *quiero* entenderla, Mary, de verdad que sí. —Se desplazó ligeramente hacia la derecha, atrayendo la mirada de Mary Bonner con él, lejos de Anna—. Usted piensa que tal vez solo pretendo detenerla, pero de verdad que quiero entender lo que ha pasado. Quiero entenderla *a usted*."

Ella asintió.

—Dígame si lo he entendido bien. Conoce a Lorraine mientras estudia enfermería e inician una relación. Inmediatamente empieza a descubrir todas las cosas en las que se parecen, a pesar de haberse criado de maneras tan diferentes. —Por el rabillo del ojo, vio a Anna llegar a lo alto de las escaleras. A cuatro patas, se movió entre las sombras hacia el acantilado—. Pero en algún momento Lorraine empieza a comportarse de forma extraña, se vuelve errática, quizá incluso cruel. Comienza a hablar cada vez más de su infancia,

quejándose de que no había tenido a su verdadera madre, de que nada era como debería haber sido. Y en parte de eso, usted podía estar de acuerdo. Al fin y al cabo, usted lo había tenido más difícil que ella. —Anna estaba a solo unos seis metros, escondida tras el tronco de una gran conífera que se aferraba al acantilado—. Y supongo que le contó sus planes incluso antes de llevarlos a cabo. Sus planes de empezar a llevarse bebés. Pero usted no es como ella, Mary. Es su hermana y la quiere, así que no la detuvo, pero apuesto a que sabía que lo que ella hacía estaba mal. Por eso no la ayudó. A ella se lo dieron todo y aun así hizo cosas muy malas. Usted lo tuvo mucho más difícil y la única razón por la que empezó a hacer estas cosas fue por amor. Quería que la sacaran de la cárcel. Pensó que si empezaban a aparecer bebés muertos de la misma manera, tendrían que dejarla en libertad. ¿Estoy en lo cierto?”

Mary Bonner permaneció en silencio un largo instante y luego soltó la risa más inquietante que él había oído jamás. No era la carcajada aguda de un villano de película. Fue un gruñido grave y ronco, una risa burlona que albergaba una oscuridad más negra que la medianoche. Cuando habló, su voz era tan oscura como su risa. —No, Thomas Austin. Lo ha entendido todo al revés.”

De repente, Anna se abalanzó sobre Bonner con el hombro por delante. Estaba a punto de impactar contra su costado, pero cuando se encontraba a un metro de distancia, tropezó, chocando contra las piernas de Bonner justo cuando la mujer se giraba. Joshua se le cayó de los brazos, lanzando un grito agudo al caer sobre la espalda de Anna y rodar por el suelo empapado.

Austin se lanzó hacia delante, pero ya era demasiado tarde.

Bonner le dio una patada violenta en el costado a Anna y luego se abalanzó sobre Joshua. Anna rodó y llegó a Joshua primero, cogiendo al bebé mientras se deslizaba hacia el borde. Lo sujetó con fuerza en brazos y, durante medio segundo, Austin pensó que lo había salvado.

Entonces, Mary Bonner se dejó caer de rodillas y aprovechó el impulso del deslizamiento de Anna para empujarlas por el acantilado.

44

Bonner desapareció de inmediato acantilado arriba mientras Austin corría hasta el borde y miraba hacia abajo. No podía ver a Anna ni a Joshua, pero oyó una sola palabra. —Socorro.

Se sentó y se agarró a una raíz que caía por el acantilado. Deslizándose con cuidado, se descolgó, agradecido al ver que el precipicio tenía una ligera inclinación. No era una caída en picado hasta la playa.

Mientras descendía metro y medio, luego tres, luego cuatro y medio, fue chocando contra rocas y raíces, lo que provocó un pequeño desprendimiento de tierra. Sus pies golpearon algo, un saliente de roca.

—¿Thomas? —era la voz de Anna.

A su izquierda, apenas visible, estaba ella, enredada en unas lianas y cubierta de tierra, aferrada tanto a Joshua como al sistema de raíces de un árbol caído que sobresalía del talud.

Austin entrecerró los ojos para verle la cara a Joshua a la luz de la luna. —¿Está...?

Como si fuera una respuesta, Joshua soltó un grito.

—Está bien —dijo Anna—. No creo que se haya dado un golpe en la cabeza. Baja el resto del camino y luego te lo paso.

Austin usó las lianas para descender los últimos tres metros hasta la playa y, entonces, Anna bajó lentamente a Joshua hasta sus

brazos.

Ella bajó después y se lo quitó. Señaló hacia arriba del acantilado. —Síguela.

Austin le dedicó una larga mirada y asintió con gratitud; luego usó las raíces y las lianas para trepar de nuevo por el precipicio.

Cuando llegó a la cima, se paró a escuchar, con la respiración entrecortada. Volvió la vista hacia el aparcamiento y vio luces intermitentes. Los refuerzos habían llegado.

Echó a correr acantilado arriba, caminando rápido pero deteniéndose cada pocos pasos para escuchar. Siguió el borde del precipicio, como supuso que había hecho Bonner. Conocía ese camino. A su derecha, continuaba hacia arriba a través del bosque y acababa saliendo a la carretera, no lejos de la casita de Bonner en Heron Avenue. Su otra opción era encontrar un lugar por el que deslizarse hasta la playa. Desde allí, había unos trece o dieciséis kilómetros hasta Kingston, donde podría coger un ferri, encontrar un coche o, quizás, un lugar donde pasar desapercibida.

Llegó a un punto donde el camino se desviaba bruscamente a la derecha y la playa se curvaba a la izquierda. Ya no podía mantenerse a medio camino entre ambos. Se detuvo. ¿Se desviaría Bonner en dirección a la carretera y la casa, bajaría a la playa o se quedaría en el bosque junto al acantilado?

—Austin. —Su voz sonó clara y firme desde el borde del acantilado.

Él se giró.

—¿Quieres saber a qué me refería? ¿Que te has equivocado en todo?

Dio un paso hacia ella. Sostenía una piedra del tamaño de una pelota de béisbol por encima de la cabeza y la luz de la luna iluminaba sus bordes afilados. Él no estaba seguro de en qué pensaba ella. Era imposible que le acertara desde esa distancia. Cuando salió disparado de la cocina, estaba demasiado alterado para coger la pistola, pero si quisiera reducirla, no le costaría mucho. De una forma u otra, la tenía.

—Mary, yo…

—Ahora hablo yo, Austin.

—No vas a lanzarme esa piedra. Admítelo, se ha acabado.

Ella retrocedió un paso hacia el acantilado. —Quedarás mejor si me coges viva. —Se giró y miró hacia abajo, aún con la piedra sobre la cabeza.

No tenía intención de lanzársela a *él*. Iba a golpearse a *sí misma* con ella.

—No hagas esto, Mary. No saltes. Puede que te parezca la mejor opción, pero no lo es. Si vives, podrás volver a ver a Lorraine.

La verdad era que la quería viva por muchas razones. Había trabajado en docenas de asesinatos. Entre esos y su propia experiencia, sabía que nada podría curar del todo las heridas que sufrían las familias de las víctimas. Pero también había aprendido que el proceso de ver al asesino llevado ante la justicia solía ofrecer *cierto* consuelo. Los asesinos que se quitaban la vida al ser capturados dejaban una herida aún mayor en las familias que habían destrozado.

—Habla conmigo, Mary. Estamos solos tú y yo. Conozco a gente en la prensa. Puedo ayudarte a que tu historia se conozca. Lo de los Bonner. El orfanato. No deshará lo que has hecho, pero hará que la gente lo entienda. ¿A qué te referías cuando has dicho que me equivocaba?

Ella volvió a reír, y esta vez fue aún más inquietante que la anterior. Era como si la propia oscuridad se hubiera instalado en su interior y estuviera intentando escapar. —Cuando dije que mi hermana era inocente, no mentía. Habéis tenido a la persona equivocada encerrada todo este tiempo.

45

Una sensación enfermiza y desoladora se apoderó de todo el cuerpo de Austin. La boca le supo a avena enmohecida, salpicada con el amargor a tostada quemada del pavor. No sabía a qué se refería, pero de algún modo supo que estaba diciendo la verdad. Solo pudo articular dos palabras. —Cuéntemelo.

—*Lorraine* era la buena. Cuando nos conocimos, ya era una enfermera de éxito. Yo estaba estudiando. Nos pareció curioso que las dos decidiéramos ser enfermeras sin habernos conocido nunca. Debe de ser cosa de la sangre. Éramos tan parecidas y, sin embargo, tan distintas.

—¿Cómo? —preguntó Austin.

—Se crio en una familia rica. Colegios privados, buenos padres. Por supuesto que se había preguntado por qué nuestra madre no nos quiso, pero había tenido una buena vida. Y también era más guapa que yo.

—¿En qué me equivoqué?

—La que mató a los bebés fui yo. No ella. Fui *yo* todo el tiempo.

—Eso no es posible. Sonya Lopez en Nueva York. Teníamos pruebas de vídeo. ADN. Una confesión.

—Ah, sí, a Sonya Lopez la mató ella. Porque *se lo pedí*. Pero la pequeña Sonya fue la única a la que mató. No es tan buen detective como se cree.

La mente de Austin trabajaba a toda velocidad. Cuando la devolvieron de Nueva York a Seattle, Lorraine D'Antonia había confesado todos los asesinatos de Seattle. Se había equivocado en algunos detalles, pero sabía lo suficiente como para que las confesiones parecieran legítimas. —Los detalles de los asesinatos de Seattle…

—No se acordaba de todo lo que le conté.

Austin se dobló por la mitad, con el estómago revuelto, mientras su mente repasaba velozmente los miles de momentos que había pasado interrogando a D'Antonia. No quería saberlo, pero tenía que saberlo. —Jonathan Gruber. Seattle. 2015.

—Era regordete, igual que el pequeño Joshua. *Yo* me lo llevé. *Yo* lo maté. Ella confesó.

—¿Y los otros?

—Todos yo.

—Entonces, ¿por qué...?

—En 2018, leí en el periódico que los detectives de Seattle estaban cercando a un sospechoso de los asesinatos. Lorraine ya se había mudado para entonces, ya vivía en Nueva York. Le supliqué que lo hiciera. Le dije exactamente lo que tenía que hacer. La obligué a hacerlo cuando yo estaba en el trabajo para que supieran que era inocente. Por eso solo cometió el de Nueva York.

—¿Hizo usted que matara a Sonya Lopez para que los detectives pensaran que se habían equivocado de sospechoso en Seattle?

Ella asintió. —No pensamos que la fueran a pillar.

—¿Y cuando la atrapé, confesó todos los asesinatos para protegerla a usted?

Ella asintió. —Para que nunca volvieran a buscarme.

Permanecieron en silencio, mirándose fijamente. El rostro de ella se crispó en una extraña serie de contorsiones, como si estuviera sintiendo una docena de emociones a la vez.

Finalmente, dijo: —¿Tiene usted un alma gemela, detective Austin?

—La tengo. O sea, la tenía. Aún la tengo.

—¿Su esposa?

Él asintió.

—Yo también tenía una, hasta que me la quitaron. Hasta que *usted* me la quitó.

—Pero ¿cómo pudo ella matar? ¿Cómo pudo convencerla?

—¿Habría matado *usted* por su esposa?

—Así no. No a una criatura inocente. Ni siquiera por ella.

—Nuestro vínculo es incluso más profundo que el amor.

Todo cobraba sentido en la mente de Austin ahora. Lorraine D'Antonia era malvada, de eso no cabía duda, pero habían tenido que empujarla para que actuara. Mary Bonner llegó hasta ahí por sí misma. —Puede *volver* a ver a Lorraine. —Austin señaló hacia abajo, en dirección al aparcamiento del acantilado, donde un remolino de luces rojas y azules iluminaba el faro y la playa—. Vuelva conmigo. Le prometo que la ayudaré a ver a Lorraine de nuevo.

—Cuando se despierte mañana, cuando esté tomándose un café y jugando con su perro... cuando esté en la tumba de su mujer, o en una cita, o leyendo sus libros... cuando esté pescando en una barca, o duchándose, o comiendo... ahora y durante el resto de su vida, siempre tendrá una cosa rondándole la cabeza. Tiene a la persona equivocada en la cárcel por cuatro asesinatos. Y no tendrá *nunca* a la correcta.

Mary Bonner levantó la vista hacia la roca, esbozó una leve sonrisa y después se la estampó con una violencia brutal contra la frente, cayendo de espaldas por el acantilado.

Lo siguiente que oyó Austin fue el golpe sordo y húmedo de su cuerpo al estrellarse contra las rocas de abajo.

46

Una hora más tarde, los padres de Joshua Green salieron de un salto del coche y corrieron por el aparcamiento. Su madre, Deidre, lo cogió en brazos y se dejó caer al suelo, acunándolo e inspeccionándolo al mismo tiempo.

Los sanitarios habían terminado el examen inicial del bebé y habían descubierto que tenía algunos moratones y que estaba claramente en estado de shock, pero nutrido e hidratado. Milagrosamente, no parecía tener ningún daño físico permanente. Desde allí, sus padres lo acompañarían al hospital, pero parecía que se pondría bien. Sus lloros ya no denotaban un dolor histérico, pero le quedaba mucho por sanar.

Tras unos minutos agachado junto a Joshua y su mujer, Damian Green, el padre de Joshua, se acercó a Austin. —¿De verdad está muerta?

Austin asintió con gravedad. Habían encontrado a Mary Bonner en la playa, con la cabeza hundida por una gran roca y una estaca de madera de deriva clavada en el pecho. —Lo siento. Intenté traerla viva. Quienes no han pasado por esto no entienden por qué es importante. Yo sí lo sé.

Austin había pensado en ello cientos de veces. Por supuesto que una parte de él quería que los hombres que habían matado a Fiona sufrieran el mismo destino. Pero no por sus propias manos. Hubiera

preferido verlos afrontar la humillación del arresto, un juicio público y pasar el resto de sus miserables vidas en prisión.

Damian asintió. —Tengo que darle las gracias.

Austin levantó ambas manos. —No tiene importancia. Vaya con su familia.

—No, de verdad. Lo investigué. Lo de su esposa. —Hizo una mueca y miró al suelo—. Me sentí tan impotente estos últimos días. Me puse a leer todo lo que pude sobre usted, sobre los otros inspectores, sobre Lorraine D'Antonia. Obsesionado, sin más. No podía despegarme de internet. —Negó con la cabeza—. Usted sabe lo que es perder a alguien. Yo lo supe durante tres días. Ahora… —Hizo un gesto hacia su mujer y hacia Joshua, que estaban subiendo a la parte de atrás de la ambulancia—. Ahora ya no tengo que saberlo.

—Debería darle las gracias a *ella*. —Señaló el todoterreno blanco de Anna, que la grúa había remolcado hasta el aparcamiento junto al faro. Dudaba que aquella cosa volviera a arrancar, pero Anna estaba sentada en el capó, tecleando un artículo en el móvil.

—Lo haré —dijo—. Y me disculparé con los otros inspectores. Estaba…

—¿Fuera de sí?

Damian asintió. —Estaba cabreado por que me hubieran pillado. Fui un estúpido y estaba rabioso.

Austin se metió las manos en los bolsillos. —No soy ningún experto en relaciones. Pero se me da bastante bien leer a la gente. Es solo una habilidad que he desarrollado. —Austin hizo una pausa.

—¿Y?

—A veces las tragedias destruyen relaciones, otras veces vuelven a unir a la gente. —Señaló con la cabeza a Deirdre, que abrazaba con fuerza a Joshua bajo las luces parpadeantes de la ambulancia—. Quizá su mujer le dé una segunda oportunidad. Si lo hace, no lo eche a perder.

—No lo haré, yo…

—No, escuche. —Austin esperó a que Damian Green le mirara a los ojos—. Yo antes lo tenía tan bien como usted ahora. No un hijo. Íbamos a intentarlo. Pero una esposa. Una esposa que… —Bajó la

mirada al suelo, con los ojos anegándosele en lágrimas—. Creía que apreciaba lo que tenía, pero no era así. Use este horror para hacer balance de su vida. Si le da otra oportunidad, haga lo que sea, mueva cielo y tierra para que funcione.

Era más de medianoche cuando Austin se sentó en la playa junto a los detectives O'Rourke y Ridley, haciendo equilibrios con tres vasos de cartón. Le dio un café a cada uno. —Invita la casa —dijo—. Andy está preparando bocadillos y café para todos los que estáis trabajando.

Los padres de Joshua se habían ido al hospital, Anna había enviado su artículo desde el móvil, completado la primera ronda de declaraciones sobre el caso y conseguido que la llevaran a casa. Ya se ocuparía de su coche más tarde.

Lucy brindó con él. —Feliz Nochebuena.

Ridley miró su reloj. —Técnicamente, ya es Navidad.

—¿Cuándo queréis mi declaración oficial? —preguntó Austin.

Ridley suspiró. —Puede esperar a mañana.

Austin se alegró de oír eso. Hacía años que no se sentía tan cansado.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Lucy, señalándole el brazo. Los sanitarios lo habían vendado, pero él se había negado a abandonar el lugar hasta que todo estuviera resuelto.

—Voy a ir al hospital después de esto. Seguramente me pongan algunos puntos, pero no ha sido muy profundo. —Le dio un sorbo largo y lento al café y se quedó mirando la negrura del estrecho de Puget—. ¿Qué va a significar esto? ¿Lorraine? ¿Mary?

Ridley dejó escapar un suspiro largo y cansado. —No es bueno. Los abogados de D'Antonia usarán lo que ha pasado para intentar sacarla de la cárcel, se enteren o no de lo que te contó Bonner. Tenemos a la científica en tu apartamento, buscando huellas y otras pruebas. Estamos en la cabaña y en su apartamento. Supongo que vamos a encontrar pruebas de que lo que te dijo es verdad. Que ella

mató a los bebés en Seattle y dejó que su hermana cargara con el muerto.

—¿Pero y si D'Antonia cometió el asesinato de Nueva York?

—Es complicado. Quizá su confesión se anule y la pongan en libertad, pero todavía tiene que ser juzgada en Nueva York, así que…

Austin sopesó la idea. —Conozco gente en Nueva York. Fiscales. Puedo ayudar a allanar el camino si tiene que ser juzgada allí.

—Eso estaría bien —dijo Ridley.

Todos se quedaron mirando el agua un buen rato, y entonces Austin dijo: —Fiona y yo solíamos discutir sobre la genética y el entorno. Ya sabes, sobre qué convierte a un criminal en un criminal. Si la gente nace malvada y todo eso.

Lucy se giró hacia él. —Te tiene que estar volviendo loco que Mary Bonner cometiera la mayoría de los asesinatos.

Austin negó con la cabeza lentamente y se frotó las manos, intentando entrar en calor. Había pensado que Lorraine D'Antonia era un ejemplo de que la genética era más importante que el entorno cuando la conoció como la niña adoptada en un hogar estable. Pero el hecho de que la maldad más abyecta hubiera estado en Mary Bonner, que había tenido una de las peores crianzas imaginables, le hizo replanteárselo todo. —No lo sé. Me recuerda a algo que me dijo una vez el hermano de Fiona. Era alcohólico. Ya está recuperado, pero intentaba explicar por qué bebía. Para él, no era exactamente una enfermedad con la que hubiera nacido, pero *tampoco* no lo era. Me contó una cita de un médico que estudiaba la adicción. La cuestión era que, en el mundo real, el debate entre genética y entorno es absurdo. Nuestras vidas son complejas de cien maneras que podemos ver y de mil que no. Millones de interacciones, instante a instante, entre factores genéticos y ambientales. Esas interacciones trabajan juntas para crear nuestras mentes, nuestros cuerpos y nuestras acciones. Para crear el mundo. Él hablaba específicamente de la adicción, de si la gente se vuelve alcohólica por sus genes o por las circunstancias de su vida. Quizá lo mismo se aplica al mal. Quizá no nacemos malos, y quizá no nos volvemos malos por lo que nos pasa. Quizá el mal sea algo intermedio que nunca llegaremos a comprender del todo.

—Eso suena bastante acertado —dijo Ridley en voz baja.

—Puede que nunca lleguemos a entenderlo del todo —añadió Lucy—. Pero a veces podemos detenerlo.

Aquello también sonaba acertado.

47

Poco después del mediodía del día de Navidad, Austin entró en la habitación del hospital de Jimmy con una bolsa de papel marrón.

Jimmy se incorporó apoyándose en los codos y esbozó una leve sonrisa.

—Te he traído el almuerzo —dijo Austin. Sacó una hamburguesa envuelta en papel de aluminio—. Una receta en la que he estado trabajando en la cafetería. Ya he vendido ocho.

Jimmy enarcó una ceja. —Ocho no parecen muchas.

Austin se rio entre dientes. —¿Qué esperabas, «miles de millones servidas»? Lleva beicon y chiles verdes asados. La mermelada de tomate le da un toque agridulce.

Jimmy desenvolvió lentamente el papel de aluminio. Se movía con deliberación, como un hombre dolorido que tuviera que reaprender algunos de los movimientos más básicos. —¿Mermelada de tomate?

—Piensa que es como un kétchup de lujo.

—He faltado al gimnasio estos últimos días —dijo Jimmy mientras inspeccionaba el panecillo—. No me convencen mucho los hidratos.

Austin se rio. —Ese panecillo podría subirte la grasa corporal hasta un seis por ciento. Sacó un vaso de cartón. —Es Bud. De barril. Se lo entregó a Jimmy. —Normalmente, iría en contra de mis principios servirle una cerveza con pajita a un hombre, pero era la

única manera de que pasara el control de las enfermeras. Bébetela y cómete el maldito panecillo.

Jimmy tomó un sorbo y sonrió. —Nada me ha sabido nunca tan bien.

—La he traído en una bolsa isotérmica para mantenerla fría.

—Gracias. —Dejó la hamburguesa de nuevo en el papel de aluminio sobre su regazo—. Ya me la comeré luego. Los analgésicos me están matando el apetito.

Austin se sentó en una silla junto a la cama. —¿Te has enterado?

Jimmy asintió. —Ridley y Lucy han estado aquí con el sheriff Daniels. Ridley ha recibido una llamada y creo que se han ido todos a tomar un café o algo.

—¿Te han contado lo de Mary Bonner?

Él asintió.

—¿Y lo de Joshua?

Jimmy bajó la cabeza. —Estuve a menos de tres metros de él. No me puedo creer que dejara que me pillara por sorpresa.

—No es culpa tuya. Podría haberle pasado a cualquiera. —Señaló su brazo con la cabeza—. ¿Te han dicho que a mí también me pilló por sorpresa?

Jimmy asintió. —A la tía no se le daba mal el cuchillo.

—Tuve suerte. Si me llegan a apuñalar como a ti, se habría escapado. Y si tú no hubieras hecho esa llamada, a lo mejor no la habríamos cogido.

Jimmy sorbió la cerveza con la pajita. —Yo...

—¿Qué?

—¿Cómo lo superaste? —preguntó Jimmy—. ¿Lo del tiroteo en Nueva York?

—No lo superé. Lo intenté, pero en realidad nunca me recuperé del todo. ¿Por qué te crees que me mudé a casi cinco mil kilómetros y me puse a hacer hamburguesas y vender cebo?

—Si hubieras seguido en el cuerpo, ¿crees que te habrías recuperado del todo?

Austin había pensado en eso casi cada día desde que dejó la policía de Nueva York, y, sinceramente, no sabía la respuesta. —Si solo me hubieran disparado a mí, sí. Lo habría superado. Aguanto un

golpe. La mayoría. Pero fue lo de Fiona. Y nunca cogimos a los tíos que lo hicieron.

—¿En qué estado se encuentra el caso?

—Más frío que esa Budweiser. Un Escalade negro abandonó el lugar. Sin matrícula. Un testigo vio a tres tiradores. Eso es todo.

—¿No viste nada?

Austin negó con la cabeza. —A mí me dieron primero, la bala me hizo girar. Me lancé delante de ella de espaldas a los tiradores. La siguiente bala me dio en el omóplato. Caí. Creen que alguien saltó del Escalade y le disparó en la cabeza. Una bala. Una ejecución. Me disparó en la espalda y en la pierna de camino al coche.

Jimmy guardó silencio un buen rato y luego le dio un sorbo a su cerveza. —¿Crees que te sentirías mejor si se resolviera?

—¿Que si me sentiría bien? ¿O curado? No, eso no pasará nunca. ¿Pero mejor? ¿Un *poco* mejor? Sí. Sé que sí.

Jimmy apuró el resto de la cerveza de un largo sorbo con la pajita. —¿Tienes Guinness? Soy más de cerveza negra.

Austin se rio. —Aquí, una cerveza como máximo. —Se levantó y fue hacia la ventana para contemplar la ciudad y las montañas a lo lejos—. ¿Quieres un consejo gratis?

—Creo que me hace falta.

—Estás vivo. Nadie a quien quisieras ha muerto. Y trabajas con una mujer que está loca por ti.

—¿Lucy?

Austin asintió.

—¿Te lo ha dicho?

—No con esas palabras, pero, bueno. Déjame que te lo diga así: se os da tan bien ocultar vuestros sentimientos como a mí bailar en un salón.

—Espera, entonces…

—Fatal.

Jimmy se rio. —Todavía no ha venido a visitarme a solas.

—Está intentando ser profesional. Dale tiempo.

La puerta se abrió con un crujido a su espalda. —Vaya, vaya, nuestro cowboy de Nueva York.

Austin se dio la vuelta. —Sheriff Daniels, yo…

Daniels le tendió una mano. —Nada de chorradas. Gracias, Austin.

Se dieron la mano mientras Lucy y Ridley entraban.

Dijo Daniels:—Austin. Mire. Por mucho que me pese decirlo, ha hecho un buen trabajo. Ridley me ha puesto al corriente.

—Y usted ha mantenido al FBI al margen el tiempo suficiente para que pudiéramos terminar con esto —dijo Austin, aceptando la tregua y ofreciendo la suya propia—. Gracias por eso. La próxima vez que vaya a pescar a Hansville, las cervezas y el cebo corren de mi cuenta.

Daniels sonrió. —Ya les pondrá Ridley al corriente de todo lo demás. Tengo una entrevista.

—¡La tele! —exclamó Lucy—. No es frecuente que la televisión de Seattle se pase por aquí.

—Con razón va tan elegante, sheriff —dijo Jimmy.

Austin apenas se había fijado, pero Daniels llevaba un bonito traje azul y tenía un aspecto más pulcro de lo que Austin le había visto jamás.

Daniels se sacudió una mota de polvo imaginaria de la solapa. —Cuando gane la reelección, quizá consiga que nos aumenten el presupuesto lo suficiente para fichar a este de forma permanente. —Señaló a Austin.

—¿Cómo? —preguntó Austin.

Daniels miró su reloj. —Como he dicho, Ridley ya os pondrá al día. —Le hizo a Jimmy un gesto con el pulgar hacia arriba y salió de la habitación.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Austin.

Lucy le dedicó una sonrisa extraña.

Dijo Ridley: —Te lo cuento en un segundo, pero primero, buenas noticias: acabo de hablar con el fiscal de distrito de Seattle. Van a querer todo lo que esté relacionado con el procesamiento de D'Antonia. Por ahora, su confesión se mantiene y seguirá en prisión. Tengo su palabra: la Descuartiza… —Miró a Austin—. Lorraine D'Antonia no volverá a ver la luz del día. Si su confesión acaba siendo desestimada, cinco minutos después le sacarán un billete solo de ida para Rikers Island.

Eran buenas noticias. Austin no había vuelto a Nueva York desde la mudanza, pero volvería encantado para testificar contra ella si el asesinato de Sonya Lopez llegaba a juicio alguna vez. —¿Y de qué estaba hablando Daniels?

—De eso es de lo que estábamos hablando abajo, en la cafetería —dijo Lucy. Miró a Ridley—. ¿Se lo puedo contar?

Ridley asintió.

—Daniels ha aprobado una paga de tres mil al mes. Para contratarte a tiempo parcial.

—¿Contratarme para qué? —preguntó Austin.

—Para el cuerpo —dijo Ridley—. Como asesor externo. Cuando se te necesite. El condado está creciendo rápido. La base impositiva también. Más gente significa más delincuencia, pero también mayores presupuestos. Daniels ha dicho que podía ficharte.

—Como Batman —dijo Jimmy—. Nos encontramos con un caso difícil, lanzamos la batseñal y tú sales pitando desde tu cocinita de Hansville.

Austin se rio, negando con la cabeza. —Ni hablar. Ya he tenido acción más que suficiente. Además, mi camioneta no es ni de lejos tan rápida como el Batmóvil.

—¿Te lo pensarás? —preguntó Ridley—. Sin horario fijo. Podrías seguir llevando la cafetería…

—Y el restaurante y la tienda de cebos —añadió Lucy—. Tendrías que sacarte la licencia de detective privado y no sé qué de un seguro. Pero Daniels ha dicho que podría incluirlo en el presupuesto.

Austin dio una vuelta lenta alrededor de la habitación del hospital. Sentía las miradas de los otros tres clavadas en él. —¿Qué ha hecho que Daniels cambie de opinión sobre mí?

—Un par de cosas —dijo Ridley—. Primero, que ayudaste a resolver este asunto. Y lo creas o no, de verdad que le importa. Y no solo por su reelección, que va a ganar por goleada.

—Y que le conseguiste salir en la tele —añadió Lucy—. Eso le importa más que nada.

—La buena noticia es —añadió Jimmy— que, si se hace lo bastante famoso, a lo mejor se presenta para gobernador y le deja el departamento a Ridley.

—Entonces *todos* estaríamos en deuda contigo —dijo Lucy.

Todos se rieron un buen rato y después la habitación se sumió en un silencio incómodo.

—Y bien, ¿qué me dices? —preguntó Ridley—. ¿Quieres unirte al equipo?

Austin se acercó a la puerta. —Tengo que volver a por Run y sacarla a pasear por la playa. Es lo más parecido que tengo a una tradición navideña anual. Estas serán las segundas Navidades que lo hago. En cuanto a la oferta, no lo sé. Dame una semana para pensármelo.

Les echó una última mirada a Jimmy y a los demás y salió tranquilamente del hospital, esperando que fuera la última vez en mucho, mucho tiempo.

48

Dos semanas después, Austin estaba en el jardín con Run cuando apareció el todoterreno blanco de Anna. Era un raro día soleado de enero, con el aire frío y fresco. Había pasado la mañana con Andy, formando a un cocinero nuevo y probando algunas recetas de tortitas con los clientes habituales. El señor y la señora McGuilicutty habían coincidido con todos los demás: las tortitas de plátano flambeado eran las claras ganadoras y debían añadirse a la carta.

Anna lo miró desde el otro lado del aparcamiento y parecía que sostenía un paquete.

No la había visto desde la noche en que todo el asunto de Mary Bonner llegó a su punto álgido. Se habían enviado algunos mensajes, pero Anna había estado ocupada. Su reportaje de primera mano sobre la noche en que salvaron a Joshua Green se había hecho viral en todo el país. La habían entrevistado en programas matinales, programas de crímenes reales y en una docena de pódcasts y blogs diferentes.

Austin se sorprendió gratamente al verla y le dedicó una cálida sonrisa mientras se acercaba. No recordaba ninguna otra ocasión en la que se hubiera alegrado de ver a una periodista caminar hacia él.
—Has recuperado el coche.

—¿Quién diría que puedes hundir un coche en el estrecho y tenerlo de vuelta y funcionando en dos semanas? —se apoyó en la

barandilla—. El mecánico de aquí es un portento. —Le entregó una pequeña caja envuelta en papel marrón y atada con una cinta blanca—. No tuve ocasión de darte tu regalo de Navidad. Bueno, para ser sincera, lo encargué la semana pasada. En realidad no pensaba hacerte un regalo de Navidad.

—Espero que sea una cafetera.

—¿Qué?

—La mía estaba rota, pero se podía usar. Ahora está destrozada. —Llevaba dos semanas bebiendo café de la cafetería porque todavía no había encontrado el momento para comprarse una nueva.

Run dejó caer la pelota sobre el pie de Austin, emitió un suave gruñido suplicante y luego la recogió y la volvió a dejar caer. Era su manera de llamar su atención cuando dejaba de jugar durante más de unos segundos.

—¿Quieres que demos un paseo? —preguntó Austin, cogiendo la pelota—. Necesita un espacio más grande para corretear.

Anna asintió y bajaron a la playa, donde el agua estaba en calma y el sol brillaba sobre la superficie tranquila como un millón de zafiros.

Lanzó la pelota tan lejos como pudo, observando a Run salir a la carrera.

—¿No lo vas a abrir? —preguntó Anna.

Austin se detuvo y abrió la caja. Dentro había una placa de madera con la misma forma que la de Fiona. El sol brillante se reflejaba en la lámina de plata incrustada en ella. Grabadas en la lámina había cinco palabras.

Merece la pena salvar el mundo.

Leyó la inscripción dos veces y luego miró hacia el agua, al otro lado del estrecho. En Nueva York, ni siquiera en los días más despejados, las vistas no tenían nada que ver con las de aquí. Al noreste, los picos nevados de la cordillera de las Cascadas del Norte resplandecían contra un cielo azul y despejado.

—Gracias —dijo en voz baja.

—He pensado que necesitabas otra —dijo Anna.

—¿Cómo sabías que guardé la de Fiona después de que muriera?

—Una corazonada. Leí lo de su placa en un artículo sobre ella.

—¿Una corazonada? No estoy seguro de sentirme cómodo con lo mucho que sabes de mí. —Hizo una pausa—. Nunca tuve la oportunidad de decírtelo, pero de no haberme mandado el mensaje, Jimmy habría muerto. Los médicos dijeron que habría sobrevivido quizá media hora más. Te debe la vida. —Esbozó una sonrisa sarcástica—. Quizá sea la primera buena obra que ha hecho una periodista en la historia.

Ella le dio un puñetazo juguetón en el brazo y luego señaló hacia la playa, donde Run se había desplomado sobre la arena para roer un trozo de madera flotante que la duplicaba en tamaño. —Hice lo que cualquiera habría hecho.

Caminaron en silencio durante un buen rato; Anna lo miraba de vez en cuando como si tuviera algo que decir pero no encontrara las palabras adecuadas. Llegaron al parque de Point No Point, con Run siguiéndolos, aunque siempre a una distancia de al menos tres metros. Austin había aprendido que temía acercarse demasiado porque no quería que la atraparan y le pusieran la correa. Quizá debería haberla adiestrado mejor, pero las chuches que llevaba en el bolsillo eran la única forma de asegurarse de que se dejaría coger cuando llegara la hora de volver a casa.

Anna se sentó en el banco con las piernas cruzadas. —No estás preparado, ¿verdad?

Austin estiró las piernas y entrelazó las manos detrás de la cabeza. —¿Preparado para qué? ¿Te ha contado Ridley lo del trabajo de consultor que me ofreció?

—Sí que me lo ha contado, pero no preguntaba por eso.

—Entonces, ¿a qué te referías?

—A si estás listo para *salir con alguien*.

Austin la miró. No le estaba pidiendo una historia. Estaba preguntando por ella misma. Sonrió. —Me siento halagado.

—¿Pero no estás preparado?

Negó con la cabeza. —Fiona y yo teníamos una broma recurrente. Una vez le dije que si alguna vez me pasaba algo, querría que encontrara a otra persona. Sabía que mi trabajo conllevaba riesgos. Le dije que querría que fuera feliz, significara lo que significara para ella.

Anna ladeó la cabeza. —¿Y cuál era la broma?

—Me dijo que si algo le pasaba a *ella*, querría que viviera el resto de mi vida como un monje. Célibe y desdichado.

Anna se rio. —Como has dicho, era una broma. Sabes que no querría eso *de verdad*.

—Le dije que no me quedaría célibe y desdichado por *ella*. Lo haría porque no querría someter a ninguna otra mujer a estar casada conmigo. Eso era parte de la broma. Ella se había apuntado pronto, no tenía escapatoria, pero yo no podía, con la conciencia tranquila, someter a otra mujer que me importara a una vida conmigo.

—¿Por qué no?

Austin cogió la pelota que tenía a los pies y la lanzó playa abajo hacia la orilla. Run corrió tras ella, levantando arena a su paso.

Anna señaló un gran velero que se deslizaba a lo lejos, mar adentro. —¿Has visto alguna vez a alguien en la proa de uno de esos barcos, con los brazos en alto, gritando: «¡*Soy el rey del mundo!*»?

Él se encogió de hombros. —¿Supongo que sale en alguna serie que debería haber visto?

Ella negó con la cabeza. —¿Es que viviste debajo de una piedra en los noventa? No me digas que no viste *Titanic.* No puedes. O sea, Celine Dion, «dibújame como a una de tus chicas francesas», ¿cabía Jack en la tabla al final?

Él se la quedó mirando, con cara de no entender nada.

—Tengo que averiguar a qué has dedicado tu tiempo. En serio, ¿qué ves?

—Interrogatorios de sospechosos, sobre todo. A veces deportes.

Se rio. —Bueno, pues invítame un día de estos y vemos *Titanic* juntos.

—Quizá. Como amigos.

—Entonces, ¿por qué no? ¿Por qué le dijiste a Fiona que no volverías a salir con nadie?

—Por el peligro. Tengo una forma de hacer las cosas. Temeraria. —La miró con el ceño fruncido—. —Y, por cierto, tú tienes el mismo maldito problema.

—Lo sé.

—¿La forma en que te abalanzaste sobre Mary Bonner como un linebacker de los Seahawks? No fue precisamente reglamentario.

—Lo sé. También es mi forma de investigar.

—Le dije a Fiona que, si alguna vez le pasaba algo, nunca haría pasar a nadie más por las preocupaciones que tenía ella.

—Pero ya no eres policía. Ridley dijo que no creía que fueras a aceptar su oferta. No es muy peligroso hacer hamburguesas y vender cebo, ¿no?

Austin sacó un papel doblado del bolsillo trasero de los vaqueros y se lo entregó. Era la licencia de actividad que le había llegado por correo esa mañana.

Ella lo leyó y se lo devolvió. —Thomas Austin, detective privado. Me gusta cómo suena. ¿Así que has aceptado el trabajo de Ridley?

Austin señaló con un gesto hacia la playa, donde Run peleaba con un trozo de alga que había llegado a la orilla. —No, no lo he aceptado.

—No lo entiendo. Creía que dijo que necesitabas la licencia de detective privado como una formalidad para que todo fuese legal.

—Lo dijo, y trabajaré con ellos. Quizá, de vez en cuando. Pero no bajo contrato. Voy por mi cuenta.

Ella sopesó la idea. —¿Vas a ser un detective de verdad? ¿De alquiler?

Él dio un golpecito a la placa que ella le había regalado. —A fin de cuentas, estoy de acuerdo con el sentimiento. Vale la pena salvar el mundo. Y también estoy de acuerdo con la placa de Fiona. Pero no puedo unirme a otro cuerpo de policía, ni siquiera como asesor. Ni ahora ni nunca. Trabajaré caso por caso para cualquiera que tenga una causa justa. Pero eso no se limita a Ridley y su equipo.

—¿Ya has cogido tu primer caso? —preguntó ella.

—Ni siquiera he abierto el despacho.

—Entonces invítame a una cerveza y a una hamburguesa. —Señaló la cafetería de él, que estaba más adelante en la playa. —He oído que ese sitio tiene las mejores hamburguesas del pueblo.

Él se rio. —Tenemos las *únicas* hamburguesas del pueblo.

—A mí me vale.

-**FIN**-

Continúa la serie con *Las sombras de Pike Place*, libro 2 de la serie de thrillers criminales de Thomas Austin.

NOTA DEL AUTOR

¡Gracias por leer!

Thomas Austin y yo tenemos tres cosas en común. Primero, los dos vivimos en un pequeño pueblo costero no muy lejos de Seattle. Segundo, a los dos nos encanta cocinar. Y tercero, probablemente pasamos más tiempo del que deberíamos hablando con nuestros corgis.

Muy pronto habrá más traducciones al español, así que te invito a descubrir la serie completa de misterios de Thomas Austin. Aunque cada libro puede leerse como un misterio independiente, recomiendo leerlos en orden, ya que los personajes y las situaciones evolucionan a lo largo de la serie.

Si disfrutas de mi serie de Thomas Austin, puede que también te gusten mis otras series: *FBI Task Force S.W.O.R.D.*, una serie de misterio trepidante ambientada en el noroeste del Pacífico, así como *Silas West: Misterio Psicológico*. Ambas series también estarán disponibles en español muy pronto.

No dudes en visitar mi página web, donde encontrarás fotos de los lugares reales que aparecen en los libros, una sección de preguntas frecuentes y mucho más. También publico a diario en redes sociales, donde comparto vídeos, fotos entre bastidores… y, por supuesto, fotos de mi corgi.

Cada día tengo la suerte de poder crear personajes y escribir historias, y todo esto es posible gracias a lectores como tú. Así que,

una vez más, te agradezco de corazón que hayas descubierto mis libros. Te deseo cientos de horas de apasionante lectura por delante.



MÁS NOVELAS DE D.D. BLACK

Si has disfrutado de este libro, otros títulos — de las series *Thomas Austin*, *FBI Task Force S.W.O.R.D.* y *Silas West*, así como otras novelas independientes — estarán disponibles muy pronto en español.

La serie de thrillers criminales de Thomas Austin
Book 1: Los huesos de Point No Point
Book 2: Las sombras de Pike Place
Book 3: Los caídos de Foulweather Bluff
Book 4: El horror en Murden Cove
Book 5: El terror en la Ciudad Esmeralda
Book 6: El ahogamiento en Dyes Inlet
Book 7: La pesadilla en Manhattan Beach
Book 8: El silencio en Mystery Bay
Book 9: La oscuridad en Deception Pass
Book 10: La desaparición en Opal Creek
Book 11: Los secretos de Second Beach
Book 12: Los cuerpos en Horse Heaven Hill

Serie FBI Task Force S.W.O.R.D.
Book 1: La quinta víctima
Book 2: Nada olvidamos
Book 3: Las viudas de Medina

Book 4: Bajo cielos de cicuta
Book 5: Susurros a medianoche

La serie de misterios psicológicos de Silas West
Book 1: El Quebrantador de Mentes
Book 2: El Coleccionista de Pecados
Book 3: El Comerciante del Caos

Títulos independientes
La crónica del crimen
Lo que ella robó

SOBRE EL AUTOR



D.D. Black es el autor de los *thrillers* criminales de Thomas Austin, de la serie *FBI Task Force S.W.O.R.D.* y de otras novelas policíacas ambientadas en el noroeste del Pacífico. Cuando no está escribiendo, se le puede encontrar paseando por las playas del noroeste del Pacífico, preparando la cena para su esposa y sus hijos, o lanzando la pelota a su corgi una y otra vez. Descubre más en **ddblackauthor.com** o en las páginas siguientes.

facebook.com/ddblackauthor
instagram.com/ddblackauthor
tiktok.com/@d.d.black
amazon.com/D-D-Black/e/B0B6H2XTTP